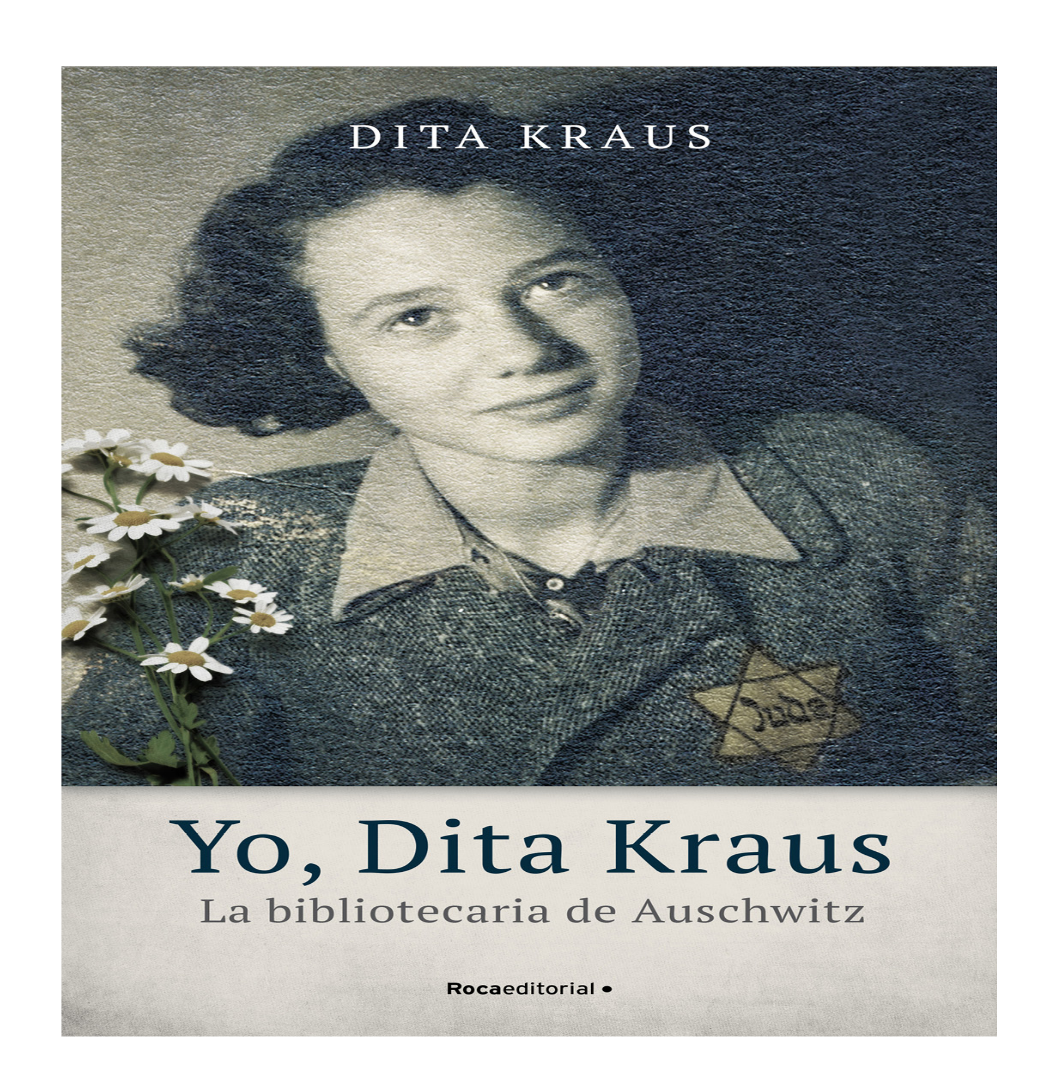
DITA KRAUS



Yo, Dita Kraus

La bibliotecaria de Auschwitz

Rocaeditorial


DITA KRAUS
Jude
Yo, Dita Kraus
La bibliotecaria de Auschwitz
Rocaeditorial

Yo, Dita Kraus. La bibliotecaria de Auschwitz

Dita Kraus

Traducción de Ana Momplet Chico



Rocaeditorial

YO, DITA KRAUS.

LA BIBLIOTECARIA DE AUSCHWITZ

Dita Kraus

LAS PODEROSAS Y EMOTIVAS MEMORIAS DE DITA KRAUS,
LA BIBLIOTECARIA DE AUSCHWITZ

Nacida en Praga en 1929, hija de familia judía, Dita Kraus ha vivido las décadas más turbulentas de los siglos XX y XXI. En estas, sus memorias, Dita escribe con sorprendente claridad sobre los horrores y las alegrías de una vida interrumpida por el Holocausto. Desde sus primeros recuerdos y amistades de infancia en Praga antes de la guerra, hasta la ocupación nazi que les llevó a ella y a su familia a ser enviadas al gueto judío en Terezín, así como el miedo y la valentía inimaginables de su encarcelamiento en Auschwitz y Bergen-Belsen, y la vida después de la liberación.

Dita ofrece un testimonio inquebrantable de las duras condiciones de los campamentos y su papel como bibliotecaria de los preciados libros que sus compañeros prisioneros lograron pasar como contrabando esquivando la mirada vigilante de los guardias y que ella atesoró y cuidó. Pero también mira más allá del Holocausto, haciendo hincapié en la vida que reconstruyó después de la guerra: su matrimonio con su compañero, también superviviente, Otto B. Kraus, una nueva vida en Israel y la felicidad y las angustias de la maternidad.

ACERCA DE LA AUTORA

Dita Kraus nació en Praga en 1929. En 1942, cuando Dita tenía trece años, ella y sus padres fueron deportados al gueto de Terezín, y luego a Auschwitz, donde el padre de Dita murió. Ella y su madre fueron enviadas a Alemania a realizar trabajos forzados, y finalmente al campo de concentración de Bergen-Belsen. La madre de Dita no sobrevivió. Después de la guerra, Dita se casó con el autor Otto B. Kraus, quien fue prisionero en Auschwitz y profesor en el campo de concentración. Emigraron a Israel en 1949, donde ambos empezaron a trabajar como maestros y tuvieron tres hijos. Desde la muerte de Otto en el año 2000, Dita vive sola en Netanya. Tiene cuatro nietos y cuatro bisnietos.

ACERCA DE LA OBRA

«Conocer a Dita Kraus es una de las cosas más importantes que me ha pasado en la vida.»
ANTONIO ITURBE, AUTOR DE *LA BIBLIOTECARIA DE AUSCHWITZ*

Índice

PRIMERA PARTE

1929-1942

1

¿Por qué la he llamado una vida aplazada?[1]

Mi vida no es la vida real. Es algo anterior al comienzo de «la vida real», una especie de prólogo a la narración. Todavía no cuenta, es solo un ensayo. Y alguien observa desde atrás, tal vez desde arriba, y me juzga. Hay un ser que controla y valora mi comportamiento. Tal vez no esté ahí fuera, sino dentro de mí. ¿Quizá sea mi madre? ¿O mi abuela? ¿O algo más interno… mi «ello»? No tengo ni idea. Pero siempre está ahí, sosteniendo un espejo invisible delante de mí.

Noto su aprobación y su desaprobación, esta última me hace estremecer por dentro, tratando de reprimir la conciencia intranquila, o buscarme excusas, aunque el sentimiento negativo es tremendamente tenaz e imposible de ahuyentar. Trato de encontrar razones para haber hecho o dicho lo que desagrada a mi controlador, pero al mismo tiempo sé que solo estoy intentando justificar mi ofensa.

Aún no sé qué relación tiene esto con la sensación de que mi vida esté aplazada. Hasta donde recuerdo, siempre he estado más centrada en el mañana que en lo que experimento en este momento concreto. Incluso ahora, cuando voy a un concierto, estoy pensando en el viaje de vuelta y la agenda del día siguiente, no en la música que he ido a escuchar. Cuando como, mi mente está en lavar los platos, y cuando me acuesto ya estoy planeando lo que haré al despertar. Nunca está en el aquí y el ahora, e intuyo que me estoy perdiendo el disfrute del presente. Hay demasiado control: nunca me dejo llevar, nunca me relajo del todo. Siempre está presente «El Observador», siempre juzgando.

Debía de ser muy pequeña cuando empecé a aplazar mi vida. Era una especie de posposición indefinida, una satisfacción aplazada. ¿Cómo la

«aplazaba»? Aceptando la amarga realidad de que no conseguiría lo que quería, desde luego no a corto plazo, probablemente nunca. Me decía a mí misma que debía tener paciencia, que la plenitud tal vez viniera más adelante. O nunca. Pensaba que tal vez, si ponía mi esperanza en espera y no pensaba en ella, algún día podía salir bien.

En el fondo, sigo pensando que el círculo se cerrará y que las cosas tomarán su debido curso, que todo volverá a su lugar normal; solo tengo que aplazarlo.

Sin embargo, estos fragmentos atrasados de mi vida, estos espacios vacíos, han creado lagunas, de modo que el mosaico de mi existencia tiene ángulos muertos donde la imagen queda inacabada.

Son muchas lagunas. ¿Cómo voy a llenarlas? El tiempo se acaba: quién sabe cuánto me queda de vida. Ya tengo cuatro nietos y cuatro bisnietos. La mayoría de los personajes de mi pasado murieron y no pueden contestar a mis preguntas. Intentaré reunir esos fragmentos y escribirlos: tal vez consiga un esbozo que llene los espacios en blanco del mosaico…

2

Infancia

Mis primeros recuerdos surgen de la nada que precede a la memoria consciente. Son como una imagen que parpadea unos instantes en la pantalla y vuelve a desaparecer en la oscuridad. Pero cada una de ellas está bañada de emoción.

Me han colocado sobre una báscula infantil, en una mesa cubierta con un hule, en la consulta de la médica. Estoy desnuda y noto el metal duro y frío contra mi espalda. Puede que tenga dos, o dos años y medio. Madre y la médica de blanco se ciernen sobre mí. No tengo miedo porque sonríen.

La doctora Desensy-Bill era nuestra pediatra. Recuerdo otras visitas posteriores. Me ponía la palma de la mano sobre el pecho, me daba unos golpecitos con el dedo corazón y luego escuchaba, apretando la oreja contra mi piel. La consulta estaba unida a su casa por una puerta de cuero marrón acolchado con botones de latón.

A veces, Madre se quedaba a hablar con la doctora y me hacían salir por la gruesa puerta que, aunque pesada, se movía con facilidad y sin hacer ruido, para ir a jugar con su hija Lucy. Esta tenía más o menos mi edad, pero no me caía demasiado bien. Era aburrida.

Otro recuerdo. Es de noche y estoy de pie sobre mi cama, llorando aterrada. Debo de ser muy pequeña, porque estoy agarrada a la barandilla de la cuna con ambas manos. Madre y Mitzi, nuestra doncella, están conmigo, tratando de calmarme. Pero yo no me tranquilizo, porque hace un instante una mano atravesó la pared e intentó agarrarme. Madre me saca de la cuna y me lleva al otro lado de la pared, al cuarto de baño, para mostrarme que no hay ningún agujero. Ella y Mitzi me dicen que ninguna mano puede atravesar una pared sólida. Pero no lo saben: ellas no la han

visto. Yo sí. Cuando dejo de llorar, vuelven a dejarme en la cuna, creyendo que me han convencido. Me tapan y apagan la luz. Sin embargo, el miedo sigue ahí y durante varias semanas, solo me duermo si separan la cuna de la pared.

Otra escena sale de la oscuridad del no saber. Es perturbadora. Yo estoy en la bañera y Madre sentada en el borde. De pronto, veo lágrimas cayendo sigilosamente por sus mejillas. Madre está llorando en silencio. Me asusta y yo también empiezo a llorar. «¿Qué he hecho? —pregunto—. ¿Qué he hecho?» Pero ella sacude la cabeza, no me contesta. No sé por qué lloraba. ¿Le hizo daño alguien? ¿Fue culpa mía? ¿Me porté mal? No sé, no tengo ni idea. Y aún ahora, al recordarlo, siento tristeza, culpa y dolor.

El nombre de soltera de mi madre era Elisabeth *Liesl* Adler. Tenía un hermano llamado Hugo, diez años mayor que ella. Su madre murió cuando ella aún era un bebé y su padre, juez, volvió a casarse. Madre decía que su madrastra era una mujer justa y concienzuda, pero que le faltaba efusividad y amor maternal. No recuerdo al abuelo Adler, murió al poco de nacer yo. Hugo también se hizo juez. Se casó, pero no tuvo hijos. Solo le llegué a ver dos veces en mi vida.



Wilhelm Adler con su hija, Elisabeth Adler-Polach

Cuando tenía seis o siete años, Madre y yo paramos en Brno dos o tres

días de camino a nuestro lugar de veraneo en los montes Tatras. Recuerdo claramente dos escenas de aquella visita. Madre se echó a llorar cuando entramos en casa del tío Hugo. Era el mismo piso donde había crecido; cuando ella se casó, Hugo se quedó allí. Seguía teniendo los mismos muebles y le traían recuerdos.

La otra escena que me viene a la memoria es en el juzgado. Hugo presidía un juicio vestido con una toga morada de juez, y nosotras estábamos al fondo de la sala. Cuando terminó la sesión, Madre le comentó que le había parecido tranquilo, poco emocionante, y Hugo contestó: «Yo no hago divorcios, así que mis juicios son aburridos».

Mis padres dejaron su Brno natal para mudarse a Praga poco después de casarse. Alquilaron un pequeño apartamento en la planta baja de una villa. Tenía un jardín con césped, parterres y arbustos de grosellas junto a la valla. Yo tenía permiso para coger las grosellas, pero no me gustaban, eran velludas y sabían ácidas. El dueño, el señor Hackenberg, era amigo y compañero de partido de mi abuelo Johann.

Los Hackenberg tenían un pastor alemán enorme llamado Putzi, que era tan bueno que me dejaba subirme a su lomo. Hay una foto mía desnuda, con dos años más o menos, de pie junto al perro, y los dos medimos lo mismo.

Me viene otro recuerdo: el señor Hackenberg y mi madre sentados en un banco del jardín, mientras yo juego en el arenero. Estoy cavando con las manos, haciendo un túnel. De pronto, una cosa horrible, rosa y viscosa, sale retorciéndose del agujero hacia mí. Grito de miedo y corro a los brazos protectores de mi madre. Cuando ve lo que me ha asustado, se echa a reír. El señor Hackenberg también se ríe. Me siento avergonzada, humillada. ¿Cómo pueden reírse cuando estaba tan asustada? Mi madre se ha puesto del lado del señor Hackenberg y los dos se burlan de mí. Me ha decepcionado, me ha traicionado. ¿Cómo iba yo a saber que solo se trataba de un inocente gusano? Era la primera vez que veía una criatura tan espantosa.

Cuando tenía unos tres o cuatro años nos mudamos a otro piso en Praga-Holešovice, y en esa época nos dejó Mitzi, la doncella. Hoy en día, solo los ricos tienen internas, pero en la Europa de antes de la guerra era algo habitual. Las jóvenes hijas de los aldeanos pobres venían a la ciudad en busca de empleo, a aprender a cocinar, a aprender modales y, con algo de suerte, a encontrar marido. Dormían en una diminuta habitación que había

para el servicio en prácticamente todos los pisos, recibían un pequeño sueldo y tenían una tarde y una noche libres a la semana. A menudo, no permanecían mucho tiempo con la familia, ya fuera porque eran demasiado lentas, o porque las sorprendían robando, algunas se quedaban embarazadas y tenían que ser despedidas.

A mi madre le llenó de orgullo que Mitzi nos dejara porque se iba a casar. Su prometido era un zapatero que tenía una tienda a la vuelta de la esquina, en la calle principal, cerca de la parada número seis del tranvía. Poco después de la boda, Mitzi me invitó a desayunar un domingo. Me dejaron ir sola, ya que el domingo por la mañana la calle estaba desierta, y salí contenta de que nadie me acompañara. Mitzi y su marido vivían en la trastienda, en una habitación que olía a cuero y pegamento. La tienda estaba cerrada y Mitzi me hizo sentir como una distinguida invitada. Me sirvió un buen trozo de *gugelhupf* como el que hacía mi madre, aunque el suyo sabía más festivo, no sé por qué. Estaba feliz y orgullosa de que me trataran como a una adulta.

Hubo más desayunos como aquel, pero se fueron espaciando y, después de un tiempo, Mitzi y el zapatero se marcharon; creo que él tuvo que cerrar la tienda porque no les daba suficiente para vivir. Nunca más supimos de ella.

Cuando Mitzi aún estaba con nosotros, mi madre y yo fuimos a pasar unas vacaciones a su pueblo. Estaba en la región germanoparlante de Böhmwerwald, el Bosque de Bohemia. Mitzi se quedó unos días allí con nosotras, y luego volvió a Praga para supervisar a los pintores, que estaban redecorando el piso durante nuestra ausencia. Lo recuerdo porque cuando volvimos, olía a pintura y a suelos recién encerados.

Había un río poco profundo detrás de la alquería donde nos alojábamos. Me viene otro recuerdo de estar con varios niños del pueblo, metidos hasta las rodillas en el riachuelo. El agua corría cristalina y buscábamos oro. Sí, oro de verdad. Los granos eran como semillas de amapola, pero brillaban entre los guijarros bajo el agua transparente.

Los poníamos en la palma de la mano y dejábamos que el sol jugara con ellos. Era muy emocionante. Aún hoy, cuando veo alguna película sobre la fiebre del oro, recuerdo que alguna vez yo también fui una buscadora.

En aquel pueblo descubrí lo que era la muerte.

Había un camino que recorría el pie de la colina, en la otra orilla del río. Un caballo yacía en el camino, con la cabeza y el cuello colgando por la pendiente inclinada. Detrás de él, había un carro volcado. El caballo no se movía. Estuve un rato allí de pie, mirándolo, esperando a que se levantara. Tenía varias personas a mi alrededor. Ellos también esperaban. Pero el caballo no se movía y empecé a comprender el hecho terrible y aterrador de que el animal no volvería a levantarse… que estaba muerto. Sentí angustia y miedo. Pero, como en tantos otros descubrimientos posteriores en la vida, más que toparme con un fenómeno nuevo, fue como si un conocimiento que ya estaba latente en mí saliera a la luz de la consciencia. Como dijo Platón: «Gran parte de nuestro conocimiento es inherente a la psique de forma latente». Aquel fue el primer indicio de que el mundo no era un lugar tan luminoso y feliz como lo había sido hasta entonces.

Mi siguiente encuentro inesperado con la muerte sucedió años más tarde, cuando tenía ocho. Una mañana, cerca de la escuela, vi a un grupo de chicos pegados a la verja del patio. Al otro lado había una cuesta empinada y, al pie de esta, la vía del tren. Allí, sobre los raíles, había una figura: una persona muerta, aunque parecía más un montón de harapos que un cuerpo. Los niños lo miraban atentamente, mudos e inmóviles. Fue un momento de profunda tristeza. Yo sabía que había sido un suicidio; alguien no quería seguir viviendo y decidió arrojarse bajo un tren. En mi recuerdo, ese lugar ha quedado asociado para siempre con la tragedia. Incluso cuando volví a mi escuela, sesenta años después, me vi arrastrada al mismo sitio junto a la verja, como si aquella triste figura siguiera tirada allá abajo.

Una visita habitual en casa era la tía Lori, una pariente lejana de la abuela que me caía muy bien. Siempre traía regalos bonitos. No estaba casada ni tenía hijos, pero sabía perfectamente cómo hacer feliz a una niña.

Una vez, me trajo un perro salchicha de peluche. Lo llamé Waldi. Era negro, aterciopelado y blandito, y tenía un collar con correa de cuero rojo. Lo «paseaba» detrás de mí igual que la gente que veía con perros de verdad.

Un día, estaba sentada en un taburete con mi perro delante de nuestro edificio cuando tuve que subir a casa. Até la correa a la reja de la ventana del sótano y le dije a Waldi que se portara bien y me esperase. Solía ver

perros atados a algún poste delante de las tiendas, esperando a sus amos.

Cuando volví, había desaparecido. Me llevé un disgusto tremendo. No comprendía que alguien pudiera ser tan malo y cruel de llevarse a mi perro y no dejar que viese a Waldi nunca más. Lloré amargamente de dolor y desilusión.

Mitzi era de la zona germanófona de la frontera, mientras que nuestra segunda doncella, María, provenía de un pueblo checo. Mis padres habían sido educados en alemán, como la mayoría de los judíos de Brno en aquella época, y hablaban checo bastante bien, pero mi padre era perfeccionista y no quería que se me pegaran sus imprecisiones ocasionales. Así que decidieron contratar a una joven checa, de quien adquiriría el acento nativo.

Me crucé con María en las escaleras el día que vino a presentarse. Ella bajaba rápidamente con el abrigo abierto ondeando tras de sí. Nuestras miradas se cruzaron y me enamoré de ella. No sabía que viniera de nuestra casa, pero cuando volvió un par de días más tarde para vivir con nosotros, me sentí muy feliz. Tendría unos dieciséis años, era muy guapa y estaba llena de vida y de risa. Ella también me tenía cariño, y yo prefería salir a pasear a su lado que con mis padres. Recuerdo que me habló de sus anteriores señores, que eran muy severos. Me señaló dónde vivían y me contó sobre la dictatorial señora Brod. Yo la imaginaba como la madrastra mala de Blancanieves.

María y yo nos hicimos cómplices. Mi madre nunca me compraba una limonada de colores o polos de los vendedores callejeros, pero a María le encantaban y a veces compraba uno para cada una con su dinero, haciéndome jurar que guardaría el secreto.

Nuestro piso tenía dos habitaciones grandes y una pequeña. La pequeña era la mía y las otras dos, el dormitorio de mis padres y la sala de estar con una mesa de comedor redonda en el centro. Nuestra María pasaba las noches en la cocina, en una cama plegable que doblaba cada mañana y escondía bajo una cortina. Tenía un armario para ella en la cocina con un espejo de cuerpo entero. Solía ponerse detrás de la puerta para vestirse antes de salir en su tarde libre.

Una vez, me colé detrás de ella y le vi los pechos. «Tus *brunslíky* son más grandes que los de mi madre», dije. Soltó una carcajada y cuando se lo

repitió a mi madre, ella también se echó a reír. *Brunslíky* no significaba nada, debí de inventármela o confundirla con otra palabra, pero desde aquel día se convirtió en la palabra oficial de la familia para esa parte de la anatomía femenina.

El trabajo de María no era duro: los suelos de parqué estaban cubiertos de alfombras que había que aspirar, de vez en cuando tenía que limpiar las ventanas de doble cristal y sacar brillo al suelo de piedra de la cocina. Uno de los grandes atractivos de la casa para las visitas era la lavadora automática del sótano. La Casa Eléctrica tenía dieciséis pisos en cada una de sus dos alas, así que teníamos que reservar día de colada en la oficina del portero.

Me encantaba acompañar a María a llevar los dos cestos grandes de ropa sucia en el ascensor. El aire del sótano era seco y cálido, olía a jabón y a limpieza. Los dos tambores enormes de las lavadoras giraban con un suave murmullo. También había cabinas de secado de aire caliente. Me gustaba el ruido de la campanilla que anunciaba el final del secado, y entonces María extraía las poleas, sacaba las sábanas almidonadas y las pasaba por la tabla de planchado. Varias horas después, volvíamos al cuarto piso con la ropa perfectamente doblada y perfumada.

Solía despertar con el ruido del molinillo de café. Cada semana, Madre compraba cien gramos de café recién tostado. Yo también desayunaba café, aunque era una parte de café por tres de leche. María ahuecaba las almohadas y las colchas y las ponía a ventilar en la ventana abierta. Cuando Madre y yo íbamos a hacer la compra, pasábamos por el carnicero primero a por la carne de la cena, y luego íbamos a la mantequería a por leche y mantequilla. Siempre rogaba a Madre que me llevase a la confitería de Pilař, pero casi nunca lo hacía porque teníamos que ahorrar. La tienda estaba enmoquetada de pared a pared y olía al delicioso aroma de vainilla y chocolate. Yo sabía que podía escoger dos dulces; normalmente pedía un *Indianerkrappfen* con una base de chocolate y un merengue, ambos con nata montada por dentro. El señor Pilař tenía una bolsa de tela triangular con un pitorro blanco al final para exprimir una espiral de nata fresca. Colocaba los dos delicados pasteles sobre un platillo de cartón y los envolvía con sumo cuidado para no aplastarlos. Madre me dejaba llevar el

paquete, pero tenía que esperar a comérmelos hasta después de la cena para que no me quitaran el apetito.

Era quisquillosa con la comida. Me negaba a comer lo que no me gustaba y, como estaba delgada, la familia insistía en que ingiriera cosas sustanciosas. En cuanto veía el mínimo rastro de nata flotando en el café, me entraban náuseas. La carne no podía tener nada de grasa, de lo contrario dejaba el plato sin tocar, aunque Madre le quitara la parte asquerosa. Ella intentó educarme por todos los medios, diciéndome que millones de niños pasaban hambre en el mundo y que serían felices si les dieran comida tan rica como la mía, o invitando a una amiga a cenar para que viese lo bien que comían otros niños. Cada día tenía que tragar una cucharada de aceite de hígado de bacalao hediondo para no desarrollar raquitismo. Pero nada funcionaba. Al final, Madre se dio por vencida y hacía platos especiales para mí, como espagueti con parmesano o escalope con patatas fritas.

Un día, mis padres tuvieron una idea brillante. El movimiento juvenil de los Socialdemócratas iba a enviar a los hijos de sus miembros a un viaje de vacaciones invernales en las montañas Iser. Se suponía que era para niños en edad escolar, y yo solo tenía cinco años y seguía en el jardín de infancia. Pero una de los acompañantes era Giesl, nuestra amiga y vecina de arriba, así que me admitieron y quedé a su cargo. Todos los niños eran mayores que yo, pero no me importaba. Montábamos en trineo, esquiábamos y nos divertíamos jugando en el rústico hotel donde estábamos alojados.

Ahora bien, alguien debió de informar a los empleados acerca de mi problema con la comida.

Todavía me veo en el comedor, sentada ante un plato de algo sospechoso e imposible de identificar. Ni lo toqué. No se enfadaron conmigo y me dejaron levantarme de la mesa con los demás. Eso sí, cuando llegó la cena, al resto les sirvieron algo distinto y yo tenía el plato que me había dejado en la comida. Tampoco lo toqué.

Al día siguiente nos abrigamos y salimos de excursión al bosque. Caminamos a través de la nieve amontonada y llegamos a un riachuelo que estaba completamente helado, con una finísima ranura en el centro por donde se veía el agua correr. Había un tablón de madera atravesado por encima con una barandilla en un lado. Recuerdo que empezamos a cruzarlo uno por uno, y de repente no me acuerdo de nada más.

Desperté en una cama grande y desconocida, cubierta por un inmenso

edredón. Había varios adultos a mi alrededor, y Giesl estaba inclinada sobre mí. Yo no entendía qué estaba pasando. Más adelante, los chicos me contaron emocionados que me había desmayado cerca del riachuelo y tuvieron que llevarme de vuelta inconsciente. Me dieron té y cosas ricas de comer. Me había convertido en el centro de atención de todo el mundo.

Durante el resto de aquellas maravillosas vacaciones, nadie intentó obligarme a comer lo que no me gustaba. Mi problema con la comida siguió igual que antes.

Cuando volvíamos de hacer la compra, Madre y María se ponían a cocinar. A día de hoy, sigo preguntándome qué hacían en la cocina durante al menos dos horas cada mañana. Siempre había varias cacerolas humeando sobre los fuegos eléctricos, y veía a las dos con el delantal y el rostro acalorado, removiendo, cortando o pelando. A veces hacían pasta, extendían la masa en láminas y la ponían a secar en trapos blancos sobre todas las mesas y camas que había en la casa. Después las cortaban en fideos finos para sopa, otros más anchos y también cuadraditos para el delicioso *Schinkenflekerln*. Madre solía hacer un plato con los fideos anchos, salpicados con azúcar y semillas de amapola o canela.

En verano, Madre hacía conservas y mermeladas para el invierno. Hervía albaricoques, fresas y cerezas con azúcar y luego los metía en tarros de cristal con una tapa hermética. Los tarros iban después a una olla gigante con un termómetro en el medio. Una vez enfriados, Madre les pegaba etiquetas con la fecha y guardaba los tarros en fila sobre las estanterías de la despensa. En otoño, cuando las ciruelas estaban maduras, hacía una mermelada negra deliciosa llamada *powidel*, que se utilizaba como relleno de pasteles o de *buchty*, una especie de bollito horneado que adoran los checos.

Los días de colada, la cena era sencilla, a menudo *Wurstgoulash*, que se hacía con patatas, trozos de salchicha y caldo. Pero lo que más comíamos eran estofados, que le encantaban a mi padre. Madre siempre guardaba una ración para él y por la noche hacía barquitos con el pan para rebañar la salsa. Lo que más me gustaba era el postre que preparaba Madre algunos domingos, sobre todo cuando venía a cenar Ernst-Benjamin, el hermano menor de mi padre. Se llamaba *Dukatenbuchteln*, y eran bollos cuadrados

de harina y levadura con una deliciosa salsa caliente y dulce de vainilla.

Las comidas se servían en la mesa verde ovalada de mi pequeña habitación porque la cocina era demasiado estrecha para meter una mesa y sillas. No era nada habitual que el servicio se sentara a la mesa con la familia, pero cuando María traía la sopera, cogía una silla y comía con nosotros. Mis padres eran socialistas y creían que había que acabar con las distinciones entre clases. María era una empleada, pero nunca se la trataba como una inferior.

Después de la comida, ella lavaba los platos y Madre se tumbaba en el sofá del dormitorio a fumar un cigarrillo. Yo solía arrodillarme a su lado y le pedía que dejara «una ceniza larga». Sostenía el cigarro sobre el cenicero encima de su estómago, con sumo cuidado de no tirar la ceniza, e iba dejando que creciera, hasta que casi se quemaba los dedos. Cuando por fin caía, siempre me salía un suspiro de desilusión.

Madre descansaba solamente un rato y luego íbamos al parque. Había dos cerca de donde vivíamos: uno se llamaba Stromovka, el otro Letná. Letná estaba un poco más lejos y era más pequeño, mientras que Stromovka era el antiguo parque real y llegaba hasta el río Vlatva. Había una especie de puente hecho con varias barcazas atadas, y me encantaba atravesarlo porque se mecía suavemente sobre las olas. En la otra orilla estaba el zoo de Praga. Los dos parques tenían zonas infantiles con areneros, pero yo prefería el Letná, mientras que Madre siempre quería ir al Stromovka. Cierto, allí había pequeños estanques con patos y patitos cubiertos de pelusa, nadando frenéticamente detrás de sus madres y dibujando una V en la superficie. Se les podía tirar migas de bollo duro. También había cantidad de ardillas pardas que se te acercaban bastante a los pies. A veces, Madre compraba cacahuetes a un hombre que iba con una bandeja colgada del cuello, con cucuruchos hechos de papel de periódico a una corona, la moneda checa. Y me dejaba compartirlos con la ardilla que se sentaba sobre las patas traseras con el cacahuete entre sus diminutas manos y lo mordisqueaba delicadamente con sus largos incisivos. Algunas veces, huía directamente a enterrar el cacahuete para el invierno. Me encantaba observar a aquellas criaturillas con sus colas de plumero curvándose como un arco doble.

A Madre le gustaba Stromovka por su magnífica rosaleda. Las había de todos los colores y tamaños, algunas casi reptaban por el suelo, otras formaban guirnaldas o trepaban por los espaldares, pero a mí me aburrían.

Yo quería ir al Letná, porque allí conocía a varios niños y había un hombre que vendía globos. Madre cedía de vez en cuando y me compraba uno. Una vez, cuando lo iba a coger se me escapó y voló hacia arriba. Yo pensaba que volvería a caer, como todas las cosas que tiras al aire, y me quedé desconsolada, al borde de las lágrimas, por haber perdido mi globo nuevo.

Los niños que jugaban en el parque de Letná iban bien vestidos; algunos venían acompañados de institutrices con un velo azul marino que les caía por la espalda. Unos pocos tenían lustrosos patinetes de metal —*corquinetes* en hebreo— con ruedas de goma, no como el mío, que era barato y de madera, con ruedas irregulares. Mi madre lo ganó en el Konsum donde hacía la compra. De vez en cuando me prestaban aquellas maravillas, especialmente una niña que tenía tirabuzones como los de Shirley Temple. Me dejaba bajar la ladera dos veces, y eso era lo mejor, porque solo tenía que subirme y dirigir el patinete, y bajaba solo sin tener que darme impulso con el pie.

A menudo, cuando Madre tenía otras cosas que hacer, me llevaba al parque María. Allí me divertía más, porque ella no parecía estar educándome. Era como una niña grande.

De camino al Stromovka, solíamos ver al Manco Frantík: un lisiado que se ganaba la vida demostrando su habilidad escribiendo a máquina con los dedos de los pies. Era una estampa habitual en las calles de Praga, allí sentado, en su carrito de ruedas bajas, y la gente acercándose a su alrededor a echar monedas en su gorra. Sin embargo, ver a gente o animales sufrir siempre me ha hecho estremecer de pena.

Una vez, María y yo volvíamos del parque cuando nos cruzamos con una señora con una niña, de mi edad más o menos, que llevaba el brazo escayolado. Parecía como si su brazo acabara en el codo y aquella cosa blanca estaba pegada al muñón, en vez de su mano. Nunca había visto nada igual, y asustada, pregunté qué era. En un arranque de inspiración, María me contestó: «Eso le ha pasado por sacarse los mocos». Me quedé horrorizada. Yo sabía que tenía aquella fea costumbre. Intentaba no hacerlo, pero no me podía contener; el dedo simplemente se me iba a la nariz sin querer. Pero, después de aquel día, al menos logré empezar a hacerlo solamente cuando creía que nadie me veía.

De pequeña no era consciente de las diferencias de clase. Las familias que conocía vivían más o menos igual que nosotros. Éramos lo que se considera comúnmente clase media, pero Padre no ganaba un gran sueldo, de modo que teníamos que calcular cuidadosamente nuestros gastos. Y así, por ejemplo, se pasaban todo el año apartando dinero para las vacaciones de verano.

Cuando estaba en primero, conocí a un niño rico. Se llamaba Fredy Petschek. Todas las mañanas venía a la escuela en un coche con chófer, y al mediodía le esperaba el mismo automóvil a la entrada. Vivía en una villa grande con parque, rodeada por una tapia alta. Su padre tenía minas de carbón y bancos. Uno de ellos estaba en un enorme palacio en el centro de la ciudad que más tarde se hizo famoso, porque los invasores alemanes lo convirtieron en cuartel de la Gestapo.

La madre de Fredy era una señora elegante, a veces la veíamos en el coche. Oí a unos mayores decir que tenía tanto miedo a los microbios que, cuando iba a comprar género para sus vestidos, se llevaba siempre a una doncella para que ella tocara las telas, y así evitar el riesgo de coger cualquier infección.

El pequeño Fredy era delgado y llevaba la cabeza ligeramente ladeada. Casi siempre se le olvidaba quitarse la cartera con el sándwich y la llevaba toda la mañana colgada del cuello. Los chicos de la clase solían burlarse de él porque tenía un andar raro, con las rodillas muy juntas. Pero de algún modo, él no se enteraba o no le importaba, como si estuviera distraído. Fredy se sacaba mucho los mocos. Una vez nos dijeron a todo primero que debíamos hacer un regalo a un compañero, no recuerdo con ocasión de qué. Uno de los chicos le dio a Fredy una caja grande. Todos esperábamos que contuviera un regalo grande. Al abrirlo, encontró una caja más pequeña, y luego otra, hasta que en la última encontró el regalo diminuto. Era un mondadientes con algodón en la punta. «Es para que te saques los mocos», dijo el pequeño bromista como explicación.

La historia de Fredy Petschek no acaba aquí. Hace años yo estaba en Estados Unidos, tal vez fuera 2010, y conocí a una señora llamada Nancy Petschek. Pensé que debían de ser familia. Le pregunté si tenía alguna relación con Fredy Petschek. Se quedó pensando y dijo: «Puede que sea el Tío Alfred». «¡Qué curioso! —pensé—. ¡El pequeño Fredy era el Tío Alfred ahora!» «Le preguntaré si fue a la misma escuela que usted», dijo

ella. Por desgracia, antes de que tuviera ocasión de preguntárselo, el tío Alfred Petschek falleció.

Mi compañera Annemarie Brösslerová también era rica. En su cumpleaños dio una fiesta con dulces y helados deliciosos, y todas las niñas recibimos un regalo. Una institutriz estaba vigilándonos y, cuando le preguntamos dónde estaba su madre, Annemarie contestó que en algún lugar de la casa. A mí me sorprendió, pero ella nos dijo que tenían ocho habitaciones y a menudo no sabía en cuál de ellas estaba su madre.

Yo envidiaba a Annemarie, no por la cantidad de habitaciones que había en su casa, ni por sus libros o sus juguetes, sino porque tenía un hermano mayor. De mis mejores amigas de la infancia, ella era la única que tenía hermanos. El resto (Raja, Gerta y Anita) eran hijas únicas como yo. El hermano de Annemarie era guapo, coleccionaba sellos y montaba en bicicleta. ¡Cómo le admiraba! Deseaba tener un hermano mayor como él.

Pobre Annemarie. Cuando los alemanes empezaron a deportar judíos, su familia y ella fueron trasladados al gueto de Łódź en uno de los primeros transportes que salieron de Praga. Nunca más supe de ella. Antes de que marcharan, fui a despedirme, me señaló sus libros, que solía pedirle prestados, y dijo: «Coge todos los que quieras. Se van a quedar aquí».

Cogí uno que ya había leído varias veces, una novela romántica tonta y sentimental. Sin embargo, mientras lo cogía, pensé que yo tampoco tardaría en tener que desprenderme de él, igual que de mis libros y juguetes, cuando nos deportaran a nosotros.

3

Anita



Anita Steiner

Llevábamos poco tiempo viviendo en la Casa Eléctrica cuando, un día, vi un camión de mudanzas delante de la entrada. Varios hombres estaban metiendo muebles en el edificio, siguiendo las indicaciones de una señora. Cuando me vio, me preguntó si vivía allí, cómo me llamaba y qué edad tenía. Luego dijo que tenía una hija de mi edad y que teníamos que hacernos amigas.

Anita y yo fuimos amigas durante muchos años, aunque la nuestra fue una relación extraña e irregular. A pesar de que solo me llevaba seis meses, era mucho más alta que yo. Ella siempre decidía a qué jugábamos y a veces tenía ideas raras.

Los Steiner vivían en la segunda planta, dos por debajo de nuestra casa.

La madre de Anita, Hilde, me tenía cariño y solía llamarme Shpuntl, un apelativo cariñoso para seres pequeños. Me venía bien tenerlas en el mismo edificio, porque mis otras amigas, Gerta y Raja, con quienes prefería jugar, vivían a varias calles de distancia.

A Anita se le ocurrió un gran proyecto: prepararíamos un espectáculo de títeres. Ella tenía un guiñol con telón y varios escenarios de fondo: un bosque, el salón de un castillo con un trono para el rey y una calle de pueblo. También tenía muchas marionetas con hilos: una bruja, una hermosa doncella, un payaso, un caballero, una reina y un rey. Decidió que debíamos pintar otro escenario de cartón para su espectáculo. Yo nunca llegué a saber de qué iría la obra, porque ella cambiaba de idea cada pocos días y cada vez empezábamos a hacer un nuevo escenario. Estuvimos varias semanas pintando, haciendo vestidos para las marionetas y preparando la escena. Nunca llegamos a representar el espectáculo. Cuando le preguntaba de qué trataba la historia, simplemente cambiaba de tema. Ella era la líder y yo la seguidora reticente pero obediente.

Un día, decidió que debía quedarme en su casa a dormir. No pidió permiso y dijo que tenía que ser un secreto, de lo contrario las madres no nos dejarían. Trajo almohadas y mantas a su cuarto y las puso sobre el suelo. Luego cerró la puerta con llave. Cuando llegó la hora de acostarse, María vino a buscarme, pero Anita me susurró que me hiciera la dormida y no contestara. María llamó a la puerta, luego se le unió la madre de Anita y, al ver que no había respuesta, fueron a llamar a mi madre. Yo estaba muy incómoda, no me apetecía dormir en aquel suelo duro en el dormitorio de Anita, y por mi parte no había ningún motivo para armar tanto alboroto. Pero hice lo que decía y me quedé callada. Al final, las tres mujeres consiguieron entrar de algún modo en el cuarto y Anita montó en cólera. Me llevaron a casa y subí los dos pisos de escaleras llena de culpa y vergüenza, porque ni siquiera era capaz de explicar por qué lo habíamos hecho.

Ahora bien, más allá de sus extrañas ideas de juegos, era una amiga leal. Lo demostró más adelante, durante la ocupación alemana, cuando ya teníamos que lucir la estrella de David amarilla con la palabra *Jude* y la población aria tenía prohibido mantener contacto con judíos. Como su padre era alemán y su madre judía, creyeron oportuno inscribirla en la BDM, *Bund Deutshcer Mädel*, la Liga de Chicas Alemanas, una sección de

las Juventudes Hitlerianas. El señor Steiner pertenecía a una minoría de tres millones de alemanes que llevaban siglos viviendo en Bohemia, una región histórica de la actual República Checa, la mayoría de ellos en la zona de la frontera, los Sudetes. Trabajaba en un banco y, por lo que sé, no tenía filiación política.

Anita vino a verme bastante cuando tuvimos que mudarnos a una habitación atestada antes de ser deportados. Me hablaba de lo que hacían en las reuniones de la BDM, que eran similares a las de los *scouts*, y siempre me traía algo que los judíos ya no podíamos comprar, como una pieza de fruta o miel.

Cuando volví de los campos después de la guerra, fui a visitarla varias veces. Me contó que su madre había sido deportada a Terezín durante los últimos meses de la ocupación y su padre fue internado en un campo de trabajo por estar casado con una judía. Ella se quedó sola en Praga, aterrada por sus padres. Cuando la visité en julio de 1945, los dos habían vuelto y Anita les cuidaba como una mamá gallina. La señora Steiner vio que no tenía qué ponerme, recién llegada de Bergen-Belsen, y me dio un par de medias y varias cosas que no necesitaba.

Un día, al llegar a su casa, me encontré la puerta precintada por la policía. No tenía ni idea de qué había pasado y fui abajo a ver si el portero podía explicármelo.

«¿Pero no lo ves? —dijo—. Eran alemanes y han huido antes de que el gobierno les eche.»

Toda la minoría alemana de Checoslovaquia fue expulsada a Alemania pocos meses después de acabar la guerra. Pero los Steiner no podían estar entre ellos, porque ellos mismos habían sido perseguidos por los alemanes. Sea como fuere, Anita desapareció de mi vida y nunca más supe de ella.

4

Gerta

De todas mis amigas, la más íntima era Gerta Altschul.

A ella también la envidiaba. No tenía hermano, pero sí dos vestidos de patinadora que su madre le había hecho para el día en que fuese lo bastante buena como para bailar sobre hielo. Ambos tenían una falda diminuta que se arremolinaba con elegancia cuando hacía una pirueta; uno era de terciopelo azul marino, el otro de color vino.

Íbamos a patinar juntas al Estadio de Invierno, a pocas paradas de tranvía de nuestra calle. Yo tenía que llevar pantalones gruesos sobre ropa interior de lana, un gorro de punto y guantes de piel, que acababan cubiertos de hielo de tanto caerme. A Gerta no le dejaban lucir sus vestidos ligeros y también iba envuelta en ropa muy abrigada, aunque la suya era más elegante.

Ella daba clases de patinaje artístico para convertirse en otra Sonja Henie, a quien su madre admiraba. Mientras tanto, nos poníamos los vestidos de terciopelo en su casa, donde jugábamos casi todas las tardes y bailábamos de puntillas, tarareando valses a falta de música real. Ni su familia ni la mía tenían radio o gramófono. A veces también jugábamos en mi casa, pero yo prefería ir a la suya. Su madre entendía la pasión de las niñas por los vestidos adornados, los lazos, chales y zapatos de tacón. Además, me encantaba el pequeño cuenco de requesón con una pizca de sal por encima que solía prepararnos como tentempié.

El padre de Gerta era judío, pero su madre, no. En aquella época tampoco tenía gran importancia, pero después, durante la persecución alemana, Gerta se salvó de ser deportada por ser hija de un matrimonio mixto y no estar registrada como judía. Ahora bien, su padre murió en la Pequeña Fortaleza

de Theresienstadt.

Yo quería ser como Gerta en muchos sentidos. Aparte de patinaje artístico, también aprendía inglés con una señora que la llevaba de paseo por el parque (el Letná, por supuesto) y le hablaba solamente en ese idioma. Cuando nos cruzábamos, no paraba y seguía andando, conversando con su profesora.

Gerta y yo decidimos vestirnos como hermanas. Su madre sugirió a la mía que su modista nos hiciera vestidos idénticos. A mi madre no pareció entusiasmarle la idea, tal vez no tuviera los mismos gustos que la señora Altschul, pero acabó accediendo. Nos hicieron dos vestidos a cada una, y uno de ellos me gustaba especialmente. Era de una tela de lana suave y de color rojo vivo, con un corpiño ceñido, falda ancha y cuello de encaje blanco. Lo que mi madre no entendía era por qué un vestido tan abrigado tenía manga corta, de manera que resultaba demasiado abrigado para verano y poco práctico para el invierno. También fuimos juntas a la zapatería Bata y nos compraron dos pares del mismo modelo a cada una. ¡Dos pares! Gastar tanto dinero me parecía increíble y fue una extravagancia que jamás olvidé. Pero no volvió a ocurrir; mi sensata madre no estaba dispuesta a tener que tirar dos pares de zapatos a la vez, ya que por supuesto se me quedaron pequeños en menos de un año.

Queríamos que nuestros padres se hicieran tan amigos como nosotras. Los Altschul estaban más que dispuestos e invitaron a mis padres a celebrar la cena de San Silvestre en su casa. Gerta y yo nos encargamos del entretenimiento. Tendríamos unos ocho años. Ensayamos un ballet y después de la cena que había preparado la madre de Gerta, lo representamos luciendo sus vestidos de patinaje y cantando nuestro propio acompañamiento. Los padres nos miraron desde la mesa y aplaudieron, nosotras hicimos reverencias y les lanzamos besos como auténticas bailarinas. Luego, el señor Altschul, que era viajante, contó unos cuantos chistes, uno de ellos asqueroso. Era sobre un hombre que dormía en una casa ajena y no encontraba el retrete, y esas cosas. Las madres charlaron entre ellas, pero mi padre estaba como acartonado, notaba su incomodidad en aquella incompatible compañía. Cuando por fin llegó la medianoche, vitoreamos por el año nuevo y volvimos a casa, para alivio de mis padres. Yo sabía que la fiesta no había sido un éxito.

Cada año, en marzo, el día de San Mateo se celebra una feria en Praga

llamada *Matějská Pout*. Solía tener lugar en un terreno circular de Dejvice, un barrio a las afueras de la ciudad. María y yo fuimos en tranvía, y la música atronadora ya se oía desde lejos. Había tiovivos con caballos blancos inclinados sobre las patas traseras y columpios con asientos en forma de barco para sentarse, aunque los más atrevidos se ponían de pie y hacían que el barco se balanceara muy alto, tanto que su cuerpo quedaba en horizontal. Había tiro al blanco, donde podías ganar un peluche o una figura de escayola de Cupido con los labios rojos y alas azules, carritos de algodón dulce o delicias turcas duras y pegajosas. Pero lo más interesante de todo era el gran tiovivo, con los asientos colgados de cadenas.

La primera vuelta empezó despacio, las sillas se balanceaban suavemente hacia delante y hacia atrás, pero con cada revolución aumentaba la velocidad, la fuerza centrífuga nos fue empujando hacia fuera y empecé a notar que el estómago me daba un vuelco. El miedo se convirtió en un terror atenazante y de ahí pasé a un estado de abandono absoluto. Cuando por fin se detuvo, me deslicé del asiento metálico con las piernas temblando e intenté aguantar las náuseas. Debía de estar tan pálida que María tuvo que tranquilizarme diciendo: «Este tiovivo no es tan divertido como creía; no montaremos más». Yo protesté, porque de algún modo había disfrutado del miedo, me había producido una sensación sensual en el vientre.

Mi padre se llamaba Hans, en checo Hanuš o Jan. Era proporcionado, de estatura media, con los hombros rectos y cuerpo esbelto. Tenía el pelo moreno, corto y ondulado, nariz judía y ojos verde grisáceo, igual que los míos, por eso Madre solía decir que eran «ojos de papá». Siempre iba cuidadosamente vestido, con las uñas bien limpias, y cuando se quitaba la ropa a la hora de acostarse, lo doblaba todo ordenadamente sobre una silla. Sacaba sus llaves, el peine de bolsillo y la cartera, y los dejaba sobre la mesa. En el armario tenía los cuellos almidonados desmontables dispuestos en el mismo orden que la pila de camisas planchadas. El cuello se lo cambiaba a diario, y la camisa cada dos días. Aún veo a mi padre de pie ante el espejo, decidiendo qué corbata iba con el color de la camisa y poniéndose un pañuelo limpio en el bolsillo del pecho. La cama sin hacer, porque María no entraba en el dormitorio para abrir la ventana y ventilar las colchas y las almohadas hasta después del desayuno. Cuando yo volvía de

la guardería, y más tarde de la escuela, la cama ya estaba hecha y bien alisada, cubierta con el cubrecama beige, y el dormitorio olía a limpio y fresco.

Un día, Madre y yo fuimos a ver el sitio donde trabajaba Padre. Tomamos el tranvía a las afueras de la ciudad. Allí, en la ladera sobre el Vlatva, estaba el imponente Instituto de la Seguridad Social, un edificio enorme con una gran cúpula en el centro. Pasada la magnífica entrada principal, había dos ascensores maravillosos sin puertas que se movían lentamente, uno hacia arriba y el otro hacia abajo, sin cesar. Madre decía que se llamaban Paternoster (las primeras palabras de la oración católica) porque a la gente le daba tanto miedo montarse que rezaban a Dios para que les protegiera. Yo también estaba asustada y le pregunté nerviosa qué pasaría si no nos bajábamos en el piso de arriba, ¿se daría la vuelta el ascensor y bajaría de cabeza?

El despacho de Padre me impresionó mucho, y me sentí orgullosa de que fuera un hombre importante. Era el señor Hans Polach, doctor en Derecho. En el Instituto de la Seguridad Social, defendía los intereses de los trabajadores, una labor acorde con sus opiniones políticas. Se había formado en la oficina legal del doctor Ludwicg Czech, que posteriormente se convertiría en ministro de Bienestar del gobierno checoslovaco. Padre ya había decidido no meterse en la práctica privada, porque eso podía obligarle a defender a criminales sabiendo que eran culpables, y eso era algo que su conciencia no podía soportar. Por eso optó por convertirse en funcionario del Estado y nunca se hizo rico, como tantos otros abogados judíos.

Cerca de la oficina de Padre, a orillas del Vlatva, había un área de baño, donde íbamos a menudo en verano. Madre y yo cogíamos el tranvía hasta allí y Padre se unía a nosotras por la tarde, después del trabajo. Había césped, cabinas de vestuario y embarcaderos de madera desde donde los nadadores se lanzaban al río. Para los niños y los que no sabían nadar había pantalanes flotantes con una pasarela y una barandilla alrededor. El socorrista también era profesor de natación. Enseñaba sosteniendo una vara larga con una cuerda por encima de la barandilla que iba atada a un cinturón de lona que llevaba el aprendiz. Mientras él cantaba «Y uno, y dos, y uno, y dos», la víctima salpicaba intentando mover brazos y piernas al ritmo de su voz.

Una vez puestos los trajes de baño, que por supuesto eran de lana porque

los tejidos sintéticos aún no se habían inventado, Madre nos frotaba la espalda y los hombros con manteca de cacao, la crema solar de aquellos tiempos. Parecía una pastilla grande de jabón marrón y tenía un olor muy peculiar que recuerdo aun a día de hoy. Madre y Padre solían nadar a la orilla opuesta y vuelta, mientras yo jugaba en la piscina poco profunda.

Allí fue donde, a la edad de tres o cuatro años, fui consciente por primera vez de mi desnudez, como Adán y Eva después de la caída. Madre me había quitado la ropa para ponerme el traje de baño, y de repente noté que tenía el «toto» a la vista. Avergonzada, me senté rápidamente sobre la manta y me cubrí la entrepierna con las manos. Acababa de hacer una de esas inevitables transiciones de la inocencia al conocimiento. Desde aquel día, no dejé que Madre me desvistiera en público.

A Padre le encantaban los libros, leía clásicos griegos y latinos, literatura alemana y francesa, pero ante todo le gustaban la historia y la geografía. Pasaba gran parte de su tiempo libre leyendo, sentado en el sofá verde bajo la lámpara de lectura. Tenía un aire de quietud, como si estuviera metido en un nido de tranquilidad. Se movía sigilosamente, cerraba las puertas sin hacer ruido; nunca se oía nada cuando dejaba la taza en el plato. Viajaba con el Atlas del mundo en su regazo, deslizando el dedo sobre los continentes.

Madre me contó una vez que cuando viajaron en tren por Suiza e Italia durante su luna de miel, Padre le señalaba todas las montañas que iban pasando, decía su nombre y altura, conocía el nombre y longitud de cada río y el número de habitantes de las ciudades donde paraban, hasta que ella empezó a sentirse incómoda delante de otros pasajeros, que debían de pensar que era un fanfarrón y un pesado.

Padre quería iniciarme en la buena literatura y, cuando tenía unos diez años, decidió que ya podía leer *Peer Gynt*, de Ibsen. Evidentemente todavía era demasiado para mí y no me interesó ni lo más mínimo. Desde entonces, evité cualquier libro que me recomendara mi padre, convencida de que todos tenían que ser aburridos. Por ejemplo, tardé siete años en leer *Las maravillosas aventuras de Nils* de Selma Lagerlöf, solo porque Padre dijo que era una bonita historia. Cuando por fin lo abrí un día, porque no tenía nada más que leer, me cautivó de tal manera que no pude dejarlo hasta

acabar, y entonces empecé a leerlo de nuevo inmediatamente.

A mis padres les encantaba la música e iban a la ópera y a conciertos a menudo. Ambos tocaban el piano bastante bien, y a veces lo hacían a cuatro manos, momentos que yo disfrutaba. Anotaba las piezas que más me gustaban en mayúsculas dentro del pequeño cuaderno verde de música, con muchas faltas de ortografía en mi letra de preescolar. Mis favoritas eran la «Serenata» de Schubert y una canción sobre un niño travieso que quería arrancar una rosa pero la rosa se vengó y le pinchó el dedo con una espina.

Mi padre había luchado en la Primera Guerra Mundial. Le reclutaron hacia el final de la guerra, justo después de sus exámenes de ingreso a la universidad, cuando tenía dieciocho años. Cayó herido en el frente italiano. Recuerdo las cuatro marcas, una en cada lado de sus muslos. Recibió una bala en cada pierna, aunque afortunadamente la primera pasó por delante del hueso y la segunda por detrás. Siempre le pedía que me contara otra vez cómo le rescataron.

Le hirieron cuando su unidad se batía en retirada y quedó rezagado, sangrando en el suelo, tal vez porque creyeron que estaba muerto. Debió de estar inconsciente mucho tiempo. Al abrir los ojos, vio a dos soldados italianos de pie junto a él. En ese momento recordó el latín que había aprendido en la escuela y dijo «*Aqua, aqua*». Los dos soldados se apiadaron de él y le dieron de sus cantimploras.

Sus padres no tuvieron noticias de él durante muchas semanas y meses. Le llevaron como prisionero de guerra a un hospital de guerra en Nápoles, desde donde podía ver el monte Vesuvio a través de la ventana. Informaron a sus padres de que había desaparecido, pero tardaron mucho en recibir una postal de su Hans.

No guardo esa postal en cuestión, pero sí otras que mi padre escribió desde el frente a su tío Adolf, que también estaba en el ejército. Están desgastadas, escritas a lápiz y llevan el sello de «Feldpost» con el retrato del káiser. Hasta que fui madre, años más tarde, no llegué a comprender la terrible angustia que debieron soportar mi abuela y mi abuelo sin saber si su hijo mayor estaba vivo o muerto.

¡Qué pareja más bonita hacían mis padres! Hay una foto de Padre en traje de baño donde se ve el cuerpo tan bien proporcionado que tenía. Madre no

era preciosa, pero tenía una piel delicada, buenas proporciones y piernas esculturales. Era castaña clara y llevaba el pelo recogido en la nuca, como dictaba la moda del momento. Tenía los ojos azul claro y la nariz un poco demasiado larga, tal vez. Le acomplejaban sus dientes incisivos, y por ello nunca sonreía en las fotografías, salvo una ocasión en la que el fotógrafo la cogió desprevenida.

A Padre y Madre se les daban bien otros deportes aparte de la natación. En invierno, me llevaban a patinar al Letná, donde convertían las canchas de tenis en pistas de hielo. Padre llevaba sus bombachos verdes, que acababan en una hebilla bajo la rodilla, su chaqueta Windjacke y guantes de lana. Se deslizaba despacio y rítmicamente, con las manos a la espalda, dando vueltas y vueltas a la pista. Madre llevaba las orejas cubiertas con una cinta de lana. Me divertía más cuando ella venía, porque Padre siempre era demasiado serio y didáctico.

Los dos eran buenos esquiadores también, pero lo que más les gustaba era el montañismo. En el almacén de nuestro piso había unas estanterías con botas de clavos, piolets y cuerdas que utilizaban en sus ascensiones por los Alpes o los Dolomitas. Hacían rutas bastante duras con guías de montaña. Tengo varias fotos donde se les ve morenos del sol, sentados en lo alto de una cumbre nevada en Suiza, que más tarde supe era el Matterhorn.



Hans y Liesl Polach (derecha) en el Matterhorn, 1933 o 1934

El almacén, llamado *Kammer*, tenía otra función. Cuando me portaba mal (a día de hoy, no creo que lo hiciera; en mi recuerdo soy una niña obediente…) me encerraban allí hasta que me arrepentía y prometía ser buena. En la oscuridad, buscaba a tientas una bota de clavos. El interior de la puerta estaba cubierto de marcas de los clavos hasta donde llegaba, de los golpes que pegaba entre gritos y aullidos.

No recuerdo qué maldad hice que mereciera un castigo como aquel. Puede que una vez fuese por mojar el suelo del cuarto de baño. Había visto a los chicos hacer pis de pie y yo también quería lograr esa proeza. Una y otra vez, intenté colocarme sobre la taza con las piernas separadas, pero era demasiado bajita y, aunque eché la barriga hacia delante todo lo posible, todo cayó en el suelo.

Tengo otro recuerdo relacionado con el retrete. Yo tendría unos tres años y medio, y acababa de licenciarme del asiento para niños cuando, una noche, me escurrí en la taza y me quedé atascada, con la frente tocando las rodillas. No podía salir. Mi madre estaba en la sala de estar con unos amigos, oía su conversación. Empecé a llamarla con todas mis fuerzas.

«¡Mamá…! —dije con voz suplicante cuando me sacó y me estaba

lavando y secando para devolverme a la cama—, no le cuentes a los invitados que me he caído en el retrete.»

Con el alma en vilo, escuché a ver lo que se oía en la sala de estar. Por un instante se hizo el silencio y luego hubo un estallido de carcajadas. Se lo había contado, lo sabía. Lloré de la vergüenza hasta quedarme dormida.



Dita Polach con sus padres, 1932

Vivimos en el piso de la Casa Eléctrica en Praga-Holešovice desde 1932 hasta que los alemanes nos echaron al comenzar la guerra en 1939. Era un edificio nuevo con innovaciones insólitas que estaban en boca de todo el mundo. Recuerdo la casa perfectamente. En el vestíbulo de entrada había varias puertas: la de cristal daba a la sala de estar y las lisas al cuarto de baño y al balcón de servicio, que llamábamos *gonk* y donde estaba la nevera que venía con el piso. Por aquel entonces había muy pocas neveras; las cocinas tenían fresquera para guardar la comida. Y por supuesto, otra de las puertas era del famoso almacén. Del vestíbulo salía un pasillito que conducía a la cocina, a mi cuarto y al aseo. A través de la sala de estar se podía acceder al dormitorio de mis padres. Las habitaciones tenían grandes ventanas de doble cristal con unas persianas negras enrollables llamadas *Rollo.* El suelo era de parqué salvo en la cocina, que era de baldosa de piedra rojiza.

En un lado del vestíbulo había un armario para abrigos y sombreros. En los estantes superiores, Madre guardaba toda la ropa de lana en verano, jerséis, chales y mitones, cada uno envuelto por separado en papel de periódico con unas bolitas de naftalina para las polillas. Me hacía mucha

ilusión cuando la sacaba y aireaba al comienzo del invierno, porque ya me había olvidado de ella y cada gorro y jersey que veía era como reencontrarme con un viejo amigo.

Sentía esa misma alegría cuando me dejaban ponerme calcetines el primer día cálido de primavera. En invierno, llevaba gruesos leotardos como todos los niños, junto con mi abrigo azul marino y botas hasta los tobillos, y me encantaba la sensación de ligereza que notaba en las rodillas desnudas y la facilidad de movimiento con mis zapatos finos.

Ah, aquellos años de infancia, cuando no hay conciencia del paso del tiempo, cuando el día no tiene fin y un verano parece durar para siempre. Qué alegría daba estrenar sandalias porque las viejas se habían quedado pequeñas. Mis vestidos ligeros con estampados de flores reaparecían de repente en el armario, junto con uno o dos nuevos. Madre solía hacérmelos, a menudo con la ayuda de mi abuela. Convertían mi dormitorio en cuarto de costura y durante varios días cosían vestidos para mí, además de mandiles, pijamas y faldas. Madre cortaba la tela con patrones de papel y la abuela cosía las piezas a mano. Me hacían subirme a una silla y a cuatro manos empezaban a tirar de aquí, poner una aguja allá y pedirme que levantara los brazos. Daban un paso atrás y me decían que girara a la izquierda y luego a la derecha, hasta que por fin me quitaban el vestido lentamente por la cabeza, con cuidado de que las agujas no me arañaran. La máquina de coser estaba junto a la ventana y Madre cosía con ella, moviendo el pedal con los pies, porque no tenía motor.

Una vez, le pedí que me hiciera un «vestido de tenis» con una faldita como la de las chicas que jugaban en las canchas del parque Letná.

Madre compró género pero no era del todo blanco; tenía rayas de colores y no me gustaba. «Esto no es un vestido de tenis de verdad», protesté. Pero cuando lo terminó, me gustó aunque no lo fuera.

En aquellos años, uno no se compraba los abrigos y trajes ya confeccionados. Se consideraban de peor calidad y chapuceros. Normalmente uno iba al sastre para que le hiciera la prenda a medida. Aunque, en nuestra familia, el procedimiento era distinto. Primero se enviaba una carta a mi tío Hans Bass, que tenía una tienda de telas en Brno, y él nos hacía descuento, evidentemente. A los pocos días, llegaba un paquete con muestras de telas de la mejor calidad. Madre, la abuela y Padre (el abuelo jamás se dignaba a ocuparse de asuntos tan mundanos) se

sentaban alrededor de la mesa de la sala de estar, frotando las muestras marrones, grises y negras entre los dedos, decidiendo cuál era más adecuada para un abrigo de invierno para el abuelo, para un traje para Padre o para una falda y una chaqueta para Madre.

En cuanto llegaba el paquete pesado de Brno, se hacía venir al sastre. Él vivía en Pilsen y venía en tren con un montón de revistas de moda. Cogía medidas, tomaba notas, esbozaba los modelos y regresaba. Volvía una segunda vez para hacer una prueba, rebosando sonrisas y amabilidad, con una maleta en la mano. Me fascinaba observarle trazando líneas con una tiza directamente sobre la tela. A veces, hacía falta una segunda prueba. Y por fin llegaba la ropa, nueva y preciosa, diseñada para durar, si no una vida, al menos muchas, muchas temporadas.

La nuestra era una familia muy ahorradora. No se tiraba nada que aún tuviera uso. A mí me hacían los vestidos con grandes dobladillos para soltarlos a medida que fuera creciendo, y los zapatos solían ser una talla de más, para que pudiese llevarlos al año siguiente.

A día de hoy sigo guardando retales de género, trozos de lana y restos de comida. Era, y hasta cierto punto sigue siendo, una costumbre de los europeos: no desperdiciar. Forma parte de una tradición que no tiene nada que ver con la pobreza o la opulencia. Mi abuela era la gran defensora de la austeridad. Deshacía jerséis viejos y hacía otros nuevos con la misma lana, después de lavarla y estirarla para dejarla suave. Cortaba viejas medias que ya no se podían zurcir en espirales y, con una enorme aguja de ganchillo, fabricaba alfombrillas bastante bonitas, marrones, beis y negras, agradables y mullidas al tacto de los pies. También tenía la costumbre de guardar cerillas usadas. Las dejaba en una caja a su alcance en la cocina y las usaba para pasar la llama de un fuego a otro.

Cuando tuve más edad, la abuela me explicó el porqué de su extrema austeridad. El abuelo y ella tuvieron otro hijo después de mi padre, Hans, y mi tío Ernst-Benjamin. Se llamaba Fritz y murió antes de nacer yo. Tuvieron que internarle en una institución para enfermos mentales. No sé qué enfermedad tenía. Le hospitalizaron de niño y desde aquel día la abuela empezó a ahorrar para que sus hermanos tuviesen dinero para mantenerle cuando ellos ya no estuvieran. Fritz murió a los veinte años, pero la abuela ya no pudo cambiar los hábitos ahorrativos que se había impuesto durante tantos años.

Fue muy extraño que nuestra hija Michaela también muriera con veinte años. Ella enfermó a los ocho. Su dolencia era incurable y nos dijeron que no viviría mucho tiempo. Nadie podía predecir cuánto. Empezamos a ahorrar con empeño, casi tanto como mi abuela, para asegurarnos de que sus hermanos pudieran pagar sus cuidados en caso de que nosotros muriésemos antes que ella.

Quería a mi abuela más que a nadie. Incluso ahora, casi setenta años después de su muerte, me envuelve un calor reconfortante cuando pienso en ella. Era una mujer menuda con una nariz grande y ojos marrones semíticos y cálidos. Lucía ropa oscura e informe que había estado de moda hacía mucho tiempo. Llevaba el pelo canoso recogido con horquillas en un moño en la nuca. Creo que en su vida pisó un salón de belleza. A ella no le interesaba cuidarse: su atención estaba centrada completamente en los demás. Era la persona menos egoísta que he conocido y desearía haber heredado esa cualidad. Trato de no ser egoísta y lucho pora ello, pero mis esfuerzos son conscientes; lo de la abuela era por naturaleza.

Nunca se enfadaba conmigo. Hasta cuando me portaba mal y me regañaba, yo me sentía totalmente aceptada. Decía: «*Das macht man nicht* (Eso no se hace)», y yo protestaba con descaro: «*Das macht Frau ja* (Eso es lo que hacen las mujeres)».[2]

La abuela nunca daba besos ni abrazos, ni a mí ni al resto de la familia. Respetaba a los demás, aunque fueran sus hijos o su nieta. Nunca le oí dar una opinión o criticar a alguien. Simplemente aceptaba a la gente tal y como era; trataba a todo el mundo con la misma deferencia, fuera ministro o criada. Era la persona más buena y amorosa que he conocido. Me llamaba Edithlein, nadie más me lo ha llamado nunca.

Un día, estaba en la guardería y me entró un terrible dolor de tripa. Llamaron a la mujer del bedel para que me acompañara a casa. (Nota: en aquella época, nadie tenía coche y pocas familias tenían teléfono.) De camino, le insistí en que me llevara con la abuela, que estaba mucho más cerca. Cuando nos abrió la puerta, aquella señora gorda quería asegurarse de que hacía lo correcto y preguntó: «¿Es usted de verdad la señora abuela?». Tuvo que repetírselo dos veces para tranquilizarla y, a pesar de mi dolor de tripa, me eché a reír.

La abuela me llevó a su salón, hizo que me tumbara en el sofá y fue a la cocina. Al rato volvió con una taza de té y la tapa de una olla caliente envuelta en un trapo. La colocó sobre mi tripa y, cuando se enfrió, la cambió por otra que había dejado calentando en el fuego. Después de repetir el proceso varias veces, el dolor desapareció milagrosamente.

Iba a ver a mis abuelos bastante a menudo. Se mudaron a Praga desde Brno en los años treinta, cuando el abuelo se convirtió en diputado. Recuerdo el día en que se instalaron en su piso, yo tenía tres años y medio. Se armó un alboroto enorme cuando los de la mudanza empezaron a meter sus grandes muebles con correas sobre los hombros. Vi a dos desconocidos y Madre me dijo que eran mi abuelo y mi abuela.



Johann y Katharina Polach, 1932

Me acuerdo muy bien de su casa. Había una estufa alta y amarilla con azulejos en una esquina del salón, y era agradable pegar la espalda contra ella en invierno. Durante la noche, el fuego se apagaba, y por la mañana Liesl, la doncella, sacaba las cenizas y preparaba otro con ramas y papel de periódico. Luego añadía leños y por fin, el carbón. El dormitorio era frío, la

chimenea no se encendía, y yo casi nunca entraba allí.

En medio del comedor estaba una mesa grande cubierta con una especie de alfombra y cuando había invitados se vestía con un mantel blanco. Se sentaban a beber el té y comer las galletas de jengibre de la abuela. Tenían una extraña propiedad: cuando estaban recién hechas eran tremendamente duras, te podías partir un diente al morderlas, pero tras unas semanas metidas en una caja de hojalata, se desmenuzaban y estaban muy ricas.

Había un piano blanco con ruedas de latón brillantes y me gustaba «tocarlo». Al abuelo le ponía nervioso. Solía decir a la abuela: «Kathi, no dejes que la niña acose al instrumento». La abuela rodeaba mis hombros con su brazo, lo cual era fácil porque era poco más alta que yo, y me llevaba a la cocina, donde me preparaba *topinka*. Abría el armario, liberando el aroma de los cientos de hogazas que había contenido a lo largo de una vida, cortaba una rebanada y la ponía en la sartén ennegrecida, donde había grasa de ganso chisporroteando. La freía por ambos lados y luego la untaba con ajo. Mi madre también hacía *topinkas* de vez en cuando, pero nunca le quedaban tan crujientes y sabrosas como las de la abuela. Es probable que la sartén tuviera que tener una costra negra, y la nuestra siempre estaba impoluta y lustrosa. Cuando me terminaba la *topinka,* todo el mundo estaba feliz, porque comía tan poco que les alegraba verme meter algo nutritivo en mi cuerpo.

Junto a la ventana estaba el escritorio del abuelo. A veces, cuando los mayores estaban sentados a la mesa del comedor hablando de política, la abuela me daba una hoja de papel y lápices de colores, y yo me arrodillaba en el escritorio a dibujar. Al abuelo no le hacía gracia, siempre pensaba que le iba a fastidiar su carpeta de papel secante.

A un lado del salón estaba el sofá y en la pared contraria, una enorme librería que casi tocaba el alto techo, con molduras decorativas y puertas de vidrio. Estaba a rebosar de libros serios, pero también había alguno que me gustaba. Estaban los *Cuentos de Andersen* y libros de ilustraciones de Wilhelm Busch que tenían mi padre y sus hermanos cuando eran pequeños. Me los dejaban coger para hojearlos, o la abuela me leía partes. También se sabía muchas canciones y poemas de memoria. Mi preferido era uno de Friedrich Rückert sobre un árbol joven que quería vestir algo más distinguido que las agujas que crecían en sus ramas. Su deseo se hizo realidad y a la mañana siguiente estaba cubierto de preciosas hojas verdes.

Pero entonces vinieron las cabras y se comieron las hojas. El arbolito pidió más hojas, pero esta vez la escarcha las abrasó y de nuevo se quedó desnudo. Cada vez pasaba algo distinto a las hojas nuevas hasta que el pequeño árbol pidió humildemente volver a tener sus viejas agujas y nunca más se quejó.

La abuela recitaba el poema con emoción, cambiando de una voz potente al susurro, y yo suspiraba de alivio cuando al final todo acababa bien.

Con su voz algo temblorosa, también me cantaba lo que yo pensaba eran melodías populares. Siendo ya adulta, descubrí que una era una nana de Brahms y otra un *lied* de Mozart. Para la escasa formación escolar que tuvo, es sorprendente cuánto sabía de música clásica. Era la mayor de cuatro hermanos, y a menudo tenía que cuidar de ellos mientras su madre iba a trabajar. La bisabuela era una especie de comadrona; cuidaba a madres jóvenes que daban a luz. En aquella época era habitual contratar a una mujer con experiencia para cuidar de un bebé, porque la madre no debía levantarse de la cama durante seis semanas. Mi bisabuelo estaba en el extranjero, tratando de hacer fortuna en otras tierras. La abuela, por ejemplo, nació en Hungría, donde su padre estuvo trabajando durante varios años llevando la finca de un noble. Luego regresaron a Brno, y la familia se quedó allí mientras el bisabuelo volvió a marchar. Se fue a Estados Unidos a trabajar para el barón Hirsch, el constructor de ferrocarriles. Terminó desapareciendo por completo, y nadie sabe dónde está enterrado.

La abuela Kathi creció pobre. Cuando era adolescente, conoció a un tal Alfred Fröhlich, que tocaba un instrumento en una orquesta sinfónica y ella asistía a los ensayos con frecuencia. Me contó que se sentaba en el palco y escuchaba las instrucciones del director, y así es como aprendió tanto sobre música clásica. Lo normal sería que se me hubiera olvidado ya el nombre de aquel músico, pero es que cuando cumplí diecisiete años, la abuela me dio un diario encuadernado en cuero con llave y candado. Era un regalo de Fröhlich que había conservado desde la juventud. Nunca escribió nada en él, pero en la primera página había una dedicatoria de su amigo, fechada el 27 de octubre de 1892. ¿Qué sentimientos habría entre Kathi y Alfred? ¿Tal vez estuviera enamorada de él? Nunca lo sabré; han pasado más de ciento veinticinco años desde entonces.

Milagrosamente, el diario sigue en mis manos, aunque perdí la llave hace mucho. Cuando nos deportaron a Terezín, me lo guardó mi amiga Judith

Lamplová, que no tuvo que ir al gueto porque uno de sus padres no era judío. Al volver de los campos después de la guerra, me devolvió el diario. Hay entradas que escribí en 1941-2, antes de la deportación, descripciones infantiles de lo que hacía a diario, pero también nombres de amigos que salieron en el siguiente transporte. También hay una entrada con información trascendental sobre mi primer beso. Me lo dio un chico llamado Erik. Ocurrió mientras estábamos sentados bajo un árbol, sobre la lápida de un judío olvidado en el Viejo Cementerio Judío, el 8 de julio de 1942. Fue un beso torpe, húmedo y ladeado.

Pero aquello fue más adelante. En ese momento, mi vida seguía su curso normal.



Dita Polach, 1942

Cuando era pequeña, tenía inflamaciones en el oído a menudo. Recuerdo que dolía mucho y que Madre me cogía en su regazo y me ponía gotas calentitas.

Una noche, mis padres salieron y colocaron mi cama en la sala de estar para que María pudiese dormir cerca de mí, en el sofá verde. Tenía el oído dolorido cubierto con un montón de algodón sostenido con un gorro de punto, y me pusieron una almohadilla eléctrica bajo la cabeza.

En plena noche, un olor extraño y acre despertó a María. Se acercó rápidamente a mí y vio que la almohada echaba humo: el gorro tenía un agujero quemado y el algodón estaba prendiendo. Debió de ser un cortocircuito, pero yo no noté nada, ni siquiera me despertó. Fue un susto

tremendo, que he oído relatar muchas veces. Debo confesar que desde entonces le tengo cierto rechazo a las mantas eléctricas.

Mis inflamaciones pararon cuando la doctora Desensy-Bill, nuestra pediatra, decidió quitarme las amígdalas. Es uno de mis recuerdos más imborrables de la infancia. No por la operación en sí, sino por el taxi. Fue la primera vez en la vida que subía a un coche. En Praga, se cogía el tranvía y el tren si había que salir de la ciudad. Nadie tenía automóvil; los únicos que conocía que tuvieran uno eran el señor y la señora Moller, que vivían en nuestra misma planta. Ella era una mujer joven, ligeramente coja, que no había tenido hijos y a menudo me invitaba a su casa. También se llamaba Edith, así que éramos tocayas. Tenía montones de revistas de fotos, algo que nunca veía en mi casa, con imágenes de estrellas de cine deslumbrantes. Era un ama de casa perfeccionista, siempre hacía galletas y sacaba brillo al parqué. En la cocina se ponía pantuflas rojas, pero cuando iba al salón paraba en la puerta y se calzaba unas azules. Entraba y salía, y cada vez se quitaba y ponía las pantuflas azules y las pantuflas rojas, azules y rojas. María se burlaba diciendo que lo hacía para ahorrarse las alfombras. Eso sí, los Moller nunca me llevaron a dar un paseo en su coche.

Estaba tan entusiasmada con la idea de ir en taxi que olvidé que me llevaban al médico para quitarme las amígdalas. No recuerdo la operación, solamente que me dieron doble ración de helado para aliviar el dolor de garganta. Y Madre me explicó que las amígdalas me volverían a crecer; solo me las habían recortado, no me las habían extraído.

Era un pensamiento alentador. Durante los años siguientes, viví convencida de que si alguien perdía un órgano, volvía a crecerle. Cada vez que veía un inválido en silla de ruedas, era un alivio saber que le crecería una nueva pierna en lugar de la que había perdido. Me ayudaba a sobrellevar el sentimiento de pena por el sufrimiento de aquellas personas.

Que yo recuerde, siempre he estado enamorada de chicos. En la guardería checa había un niño guapo cuyo nombre he olvidado. Me gustaba mucho y cuando me encontraba con él por la tarde en el parque, notaba cómo me sonrojaba. Él iba con su madre y yo con la mía o con María. Un día, empezó a sangrar por la nariz en la guardería, y le dejé mi pañuelo. A los pocos días, su madre nos lo devolvió, lavado y planchado, y me sentí

orgullosa e importante, como si le hubiera salvado la vida.

En primer curso fue Helmut, que también era el niño más guapo de mi clase. Era bastante popular entre las otras niñas, pero eso no impidió que estuviera enamorada de él. Estábamos en un colegio alemán a la vuelta de casa, donde estudié desde primero hasta tercero. Como el resto de alumnos, Helmut pertenecía a la minoría alemana con nacionalidad checoslovaca.

Gerta y yo nos enamoramos del mismo chico cuando teníamos unos nueve años. Él vivía en su calle y nos hacía todo tipo de trucos con la bicicleta. Podía cambiar de sentido sobre la rueda trasera, saltar de la calzada a la acera y de vuelta a la calzada, y le admirábamos muchísimo. Solíamos ponernos a la entrada de casa de Gerta, y reíamos y aplaudíamos. Aunque competíamos por sus atenciones, yo presentía que en el fondo me prefería a mí, porque un día me acompañó en su bicicleta desde casa de Gerta hasta la mía, que estaba a tres calles.

Otro enamoramiento compartido fue por un joven artista circense de unos catorce o quince años. La tienda del circo estaba instalada en una parcela vacía cerca de casa de Gerta. Fuimos a ver el espectáculo dos veces, con entrada y todo, solo para ver a aquel chico atlético y ágil actuando sobre una escalera de equilibrios con el torso desnudo. Su número llevaba de acompañamiento una melodía concreta de vals, que me devuelve a su recuerdo cada vez que la oigo. Cada día, nos quedábamos merodeando cerca de la valla del circo para verle y luego nos pasábamos horas describiendo sus facciones la una a la otra. Eso sí, cuando unas semanas después el circo recogió la tienda y siguió su camino, nuestro joven atleta fue olvidado sin una sola lágrima.

5

El abuelo

El abuelo Johann Polach nació en el pueblecito de Velké Bílovice, en Moravia. Tenía tres hermanos, Adolf, Arnold y Bernard, y dos hermanas, Johanna y Theresa. Él era el único cuyo apellido quedó registrado erróneamente como Polach, el de sus hermanos y los descendientes de estos es Pollak.

Le enviaron a estudiar al colegio Schottenring de Viena. Allí entró en contacto con los socialdemócratas y se hizo activista del partido.

Mi abuela me contó una vez que la abuela de Johann era muy religiosa. La conocían como la *Ofensetzerin*, la persona a quien las amas de casa del barrio llevaban los viernes sus cacerolas con el *cholent* del Sabbat para que los mantuviera calientes en su enorme horno hasta el día siguiente, porque los judíos no pueden encender fuego en Sabbat. Cuando el abuelo Johann era un joven estudiante, tuvo una discusión con ella sobre la existencia de Dios. Él no era creyente, y sí un ferviente socialista, e intentó convencerla de que no había Dios. Ella le contestó que tenía una prueba definitiva de Su existencia.

Le contó algo que le ocurrió un viernes por la tarde: «Yo volvía a casa a pie desde una aldea lejana con una cesta pesada a la espalda. Se estaba haciendo de noche y estaba tan cansada que apenas podía caminar. Temía no llegar a tiempo para el comienzo del Sabbat. Me senté junto al camino y le pedí a Dios que me diera fuerzas. Y en ese instante dejé de notar fatiga y llegué a casa antes de que apareciera la primera estrella en el cielo. Y ahora, señorito estudiante, ¿no es eso prueba suficiente para usted?».

Hace unos años, encontré una referencia al abuelo en la autobiografía de

Friedrich Stampfer (1894-1957), uno de los líderes del partido socialdemócrata y periodista conocido. Esto es lo que escribió:

> En aquellos días de jovial entusiasmo, tuve un extraño compañero de estudios. A pesar de que estaba en mi misma clase, era tres años mayor y, a juzgar por su apariencia, podía tener diez años más. Era enjuto, iba mal vestido y tenía un rostro feo interesante. Se llamaba Johann Pollach. También conocí a su padre, que trabajaba de mozo en una de las estaciones de ferrocarril de Viena. Yo me estaba trasladando de una residencia estudiantil a otra y le contraté a través de Johann —«para que el dinero quedara en la familia»— para ayudarme con la mudanza. Sin embargo, cuando vi a aquel anciano cogiendo mi baúl sobre su torcida espalda, mientras yo caminaba a su lado con una maleta ligera, tuve la sensación de que estaba cometiendo una injusticia. Y cuando se quitó la gorra roja de mozo para agradecerme la exigua tarifa (no me atrevía a pagarle más de lo habitual), sentí vergüenza. Johann también era de Viena. Su abyecta pobreza le había obligado a ponerse a trabajar; por ese motivo llevaba tres años de retraso. Al igual que yo, era un entusiasta admirador de Grecia, y como yo, un ardiente socialista; sin embargo, él era algo más, para ser más concretos, marxista.
>
> Hasta entonces yo nunca había oído hablar de Marx, y debo confesar que de primeras no me atrajo en absoluto. La forma despectiva en la que Johann me tachó de «socialista de caridad» y «utópico» me dolió.
>
> Johann no tardó en regresar a Brno. De no haberse cruzado nuevamente nuestros caminos, habría quedado en mi recuerdo como un joven presuntuoso. Sin embargo, de simples conocidos acabamos siendo amigos, y descubrí que era una de las personas más buenas y amables que he conocido en la vida. Se hizo profesor de griego y latín, labrándose un enorme cariño entre sus alumnos. Más tarde, se convirtió en senador de los socialdemócratas en Praga.

Me sorprendió descubrir que el padre de Johann hubiera sido mozo en Viena. El tío Ernst-Benjamin escribió en un artículo para una publicación alemana que «Johann era el hijo mayor de un agricultor y carretero pobre de Velké Bílvoce, cerca de Kostel (Moravia), el único judío del pueblo».

¿Tal vez su pobreza le hiciera marchar a Viena para probar suerte?

Johann conoció a Kathi mientras ella estaba visitando a su hermana pequeña, Sophie, en Viena. Sophie tuvo que casarse a toda prisa cuando era muy joven, quizá dieciséis años. Su marido pintaba casas en Viena, y era primo lejano de Johann. Kathi había ido allí para ayudar a su hermana con el bebé que acababa de tener. Tras un tiempo de cortejo, Johann y Kathi se casaron y tuvieron a su primer hijo, Hans, mi padre. Nació en Viena por casualidad, mientras el abuelo y la abuela estaban de visita allí. Sus otros dos hijos nacieron en Brno.

El abuelo era un hombre bastante alto y encorvado cuando yo le conocí. Tenía la perilla cana, pero su pelo, aunque escaso, seguía siendo negro. Llevaba unas lentes que en alemán se llaman *zwicker*, o quevedos, que se ajustaban pellizcando la nariz.

Tenía una enfermedad rara. Le daban convulsiones parecidas a las de la epilepsia pero el diagnóstico era distinto. Pocos segundos antes de que le diese un ataque, se quedaba rígido de repente con la mirada clavada al frente, y soltaba un pequeño grito. A mí me hacían salir de la habitación mientras la abuela y la doncella Liesl, o mi madre y mi padre, le tumbaban boca arriba. Su cuerpo temblaba durante varios minutos y luego se quedaba dormido. Cuando despertaba, no recordaba nada del ataque y me hacían prometer que no le contaría lo que había ocurrido. A veces, pasaban meses sin que le diera un ataque, pero luego tenía dos o tres seguidos. Un día, estaba solo en la habitación, se cayó de la silla y se rompió el esternón. A partir de entonces, nunca le dejábamos solo.

El abuelo era un hombre muy querido y respetado. Sus compañeros y amigos eran políticos del más alto nivel. Me acostumbré a oír habitualmente los nombres de diputados, periodistas y escritores, como los senadores Holitscher y Jaksch, Erich Ollenhauer, Friedrich Stampfer, el editor jefe de *Neuer Vorwärts* o Ludwig Czech, el ministro de Bienestar Social. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el abuelo ya no vivía, volví a toparme con los nombres de algunos de ellos, que ahora eran ministros y líderes políticos en Checoslovaquia, Austria y Alemania.

En una ocasión fui testigo de la veneración que despertaba mi abuelo. La Ópera Alemana de Praga puso en escena una representación de gala de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart, en honor al día del trabajador, el Primero de Mayo. El teatro entero estaba reservado para miembros del partido socialdemócrata y sus líderes. Mis padres y yo fuimos invitados junto con mis abuelos a un palco del primer piso, los mejores asientos de la ópera.

Yo aún era muy pequeña y nunca había salido de noche. Madre intentó que durmiera una siesta por la tarde, pero no logré conciliar el sueño, estaba demasiado excitada. Fingí que dormía, temiendo que no me llevaran con ellos después. Madre sabía que no había dormido, pero hizo como si nada y me contó la historia de Fígaro. Era demasiado complicada para que la entendiera, pero daba igual.

Ocupamos nuestros asientos en el palco antes de que se alzara el telón. El abuelo estaba sentado delante y nosotros detrás. Según iba entrando la gente, se detenían delante de él, le saludaban respetuosamente, algunos con una reverencia, otros dándole la mano. Lo trataban con tal deferencia que comprendí que era una personalidad muy importante. Aún guardo dos

recortes de periódico con su foto en la celebración del sesenta cumpleaños del senador Johann Polach.

Todos los días, mis abuelos daban un paseo hasta el café Continental en la calle Příkopy. El abuelo se sentaba a su mesa habitual y los camareros le llevaban todos los periódicos del día. La abuela tejía o leía, y Liesl tenía tiempo libre hasta que volvían. Si alguien quería ver al abuelo, solo tenía que ir al café Continental por la tarde y le encontraría con toda seguridad.

Cuando Madre tenía algo que hacer «en la ciudad», a veces nos acercábamos a saludarles al primer piso del Continental. Disfrutaba viendo a los camareros inclinándose respetuosamente para dirigirse a Herr Senator o Herr Professor, para luego preguntar qué deseaban *madam* y la señorita. Me dejaban pedir un trozo de tarta de la campana de cristal. Era un ingenioso invento con seis u ocho compartimentos y un tipo de tarta distinto en cada uno: una de fruta, otra cubierta de chocolate o gelatina, una *Mozartkugel*, un strudel o un mazapán. Metías una moneda de una corona y luego girabas la campana hacia la abertura de la tarta que quisieras.

Cuando hacía buen tiempo, mis abuelos venían al café del parque Stromovka. Allí, los camareros también se dirigían a él con reverencia y le traían los periódicos sujetos a un marco de bambú con asa, aunque no tenían tanta variedad como en el Continental. Cuando madre me llevaba al parque por la tarde, nos pasábamos por el café a ver si estaban el abuelo y la abuela. Si así era, nos uníamos a ellos y Madre pedía fresas con nata para mí. ¡Cómo me gustaban! Venían en una copa de tallo alto y las dos se quedaban mirándome con satisfacción, seguramente pensando que al menos la niña comía algo nutritivo que le daría fuerzas.

6

La operación

La operación fue un acontecimiento importante de mi infancia. Estaba en segundo de primaria, y justo después de las vacaciones de mitad de trimestre caí enferma. Me dolía la tripa y la doctora Desensy-Bill vino a casa y dijo que debía guardar cama durante un día o dos. Pero pasó el tiempo y no mejoraba. Al final ni siquiera podía incorporarme y los mayores parecían preocupados. Llamaron a otro médico para consultarle el caso. Era un especialista, el profesor Růžička. Decidió que había que llevarme al hospital urgentemente.

Esa misma tarde me practicaron una apendectomía, pero durante la operación me estalló el apéndice y el pus se extendió a la cavidad abdominal. Me dejaron la incisión abierta para que drenara, y cada mañana tenían que limpiarla y vendarla. Pasaban los días y no mejoraba.

Madre no se separaba de mi lado. Me humedecía los labios con un trapo mojado, porque estaba sedienta pero no me dejaban beber. Me contaba historias y me leía. A veces, se quedaba dormida en la silla del rincón. Recuerdo que un día estaba leyéndome un libro de cuentos y vi que se le caían las lágrimas. No sabía por qué lloraba y me sentí culpable, creyendo que estaba siendo cruel al hacer que me leyera tanto cuando probablemente estaba demasiado cansada.

Algo no iba bien, pero ¿qué era? Vomitaba todo lo que ingería, incluso una cucharada de agua. Cada vez estaba más delgada y débil. Pensaron que tal vez mi madre me ponía nerviosa quedándose junto a mi cama día y noche. La obligaron a quedarse fuera y solo la enfermera podía entrar a mi habitación. Era un hospital religioso, y las enfermeras eran monjas y me trataban bien, pero yo a quien quería era a mi madre. La veía asomarse cada

vez que abrían la puerta.

A los doce días de la operación, vomité todo lo que tenía en los intestinos. Ya sabían lo que me pasaba: una obstrucción en el íleon. La segunda operación fue más seria que la primera, volví a la habitación prácticamente muerta. Evidentemente yo no recuerdo nada, me enteré de todo después. Me pusieron oxígeno y colocaron ocho bolsas de agua caliente alrededor de mi cuerpo. Toda la familia estaba en el pasillo: mis padres, mis abuelos, nuestra María y Liesl, la doncella de los abuelos. Todos temían lo peor.

Poco a poco, empecé a volver a la vida. Dormía gran parte del tiempo. Un día desperté y vi que tenía un tubo saliendo del brazo y una bolsa de líquido colgada sobre mi cabeza. Fui recuperando fuerza, hasta que ya podía incorporarme un rato. Cada día venían visitas, y cada una traía un regalo. Parecía como si todo el mundo se hubiera enterado de mi enfermedad, todos nuestros parientes, todos mis amigos y los compañeros del abuelo, los vecinos. Recibí cartas deseándome que me recuperara pronto de todos mis compañeros de clase, incluso de la maestra y del director. Había montañas de regalos. Cada día, mis padres se tenían que llevar a casa muñecas, juegos o libros, porque no había espacio para todo.

Desgraciadamente, la glucosa que me daban a través de la vía se empezó a solidificar y provocó una trombosis. Mi brazo comenzó a hincharse y a ponerse azul, y tuvieron que operarme por tercera vez. Cómo odiaba el olor del éter que usaban para anestesiarme. Otra vez aquella espantosa sensación de caer en la nada… En cierto momento abrí los ojos y vi a varios médicos y enfermeras sacando un largo trozo de gasa de un corte en mi brazo. Oí que alguien decía «Se ha despertado» y luego, nada…

Aún tengo dos cicatrices en el antebrazo derecho. En la primera incisión no encontraron el coágulo, así que volvieron a abrir, esta vez más arriba. Las heridas de la tripa se curaron muy despacio por el drenaje, y me dejaron cicatrices grandes y feas de por vida. Pero en aquel momento mi madre estaba ante todo feliz de que siguiera viva, y me dijo: «Bueno, no serás bailarina de danza del vientre».

Cuando tenía doce años más o menos, dejé la literatura infantil y empecé a leer libros de adultos. Me encontré la palabra «dote» varias veces y la entendí como lo que una novia recibe de sus padres al casarse. Un día, le pregunté a Madre: «Madre, cuando me case, ¿yo también tendré dote?».

Madre suspiró, pero luego soltó una carcajada y dijo: «Tu dote está en tu

tripa».

Durante el curso de segundo, la escuela nos urgió a aprender a nadar. La profesora era una joven guapa, hija de nuestro director, y nos enseñaba en la piscina cubierta Axa de la calle Na Poříči. Fueron alrededor de diez clases, y yo asistí a todas, pero al final del cursillo todos sabían nadar menos yo. Me sentía culpable porque mis padres habían pagado para nada.

Después de tres operaciones, el profesor Růžička me prohibió saltar, correr y, sobre todo, nadar (ignoraba que yo no sabía). Estaba seguro de que me provocaría una hernia en el estómago operado. Aquel verano, Madre y yo fuimos de vacaciones a Senohraby, cerca de Praga, junto con una joven amiga suya y el hijo de esta. Padre se nos uniría dos semanas después, como cada año. Había un río, el Sázava, y cuando hacía calor íbamos a bañarnos. A mí me dejaban meterme en la parte menos profunda, pero solo para hacer movimientos cuidadosos y lentos. De vez en cuando, Madre se iba a nadar de verdad y yo aprovechaba el tiempo que estaba sola para practicar lo que la señorita Scholz nos había enseñado. De repente, dejó de parecerme difícil y empecé a nadar, feliz.

Pero entonces me vio Madre, y la felicidad acabó, porque al día siguiente me llevó de vuelta a Praga a ver al cirujano. Me examinó la tripa, apretando los dedos por todas partes y, para mi sorpresa, dijo que no me encontraba ninguna hernia.

Me dieron permiso para nadar y volvimos a Senohraby a seguir con las vacaciones.

Mientras estábamos en aquel pueblo se celebró una fiesta en la que participaban todas las niñas locales. Lucían bonitos vestidos blancos y coronas de flores en la cabeza. Llevaban cestas llenas de pétalos de flores y según avanzaban hacia la iglesia por la calle principal, las iban esparciendo por el suelo. Yo también quería ser una *drůžička,* como la pequeña Vera, la hija de la gente en cuya casa nos alojábamos, pero Madre me lo prohibió terminantemente. Yo no entendía por qué y tampoco me lo explicó.

Ya me habían privado de cosas parecidas. Cuando cada año otros niños colgaban de la ventana un calcetín vacío el 5 de diciembre, esperando que san Nicolás lo llenara de caramelos y frutos secos por la noche, el mío se quedaba vacío. Tuvimos un árbol de Navidad decorado en la sala de estar

tres o cuatro veces cuando era muy pequeña, pero en cuanto empecé la escuela, se acabó. Madre me dijo que eso era cosa de niños pequeños y que yo ya era mayor, que iba a la escuela. Sin embargo, Anita y Gerta también eran mayores y siempre tenían árbol de Navidad, como el resto de mis compañeros…

Cuando María y yo salíamos de paseo, a menudo entrábamos en la iglesia de la plaza Strossmayer, y ella metía el dedo en una pila de mármol a la entrada y se hacía señales sobre la frente y el pecho. Yo también quería hacerlo, pero no me dejaba.

—¿Qué hay en esa pila? —pregunté.

—Agua bendita.

—¿Por qué es bendita?

—Porque el cura la ha bendecido.

—¿Por qué no puedo arrodillarme y rezarle a Jesús?

—No es para ti.

Sin embargo, en mi familia tampoco había otras fiestas o rituales. Mi abuelo había renunciado a la comunidad judía siendo un joven socialista, sus hijos eran *konfessionslos* (es decir, no pertenecían a ninguna fe), y lo mismo pasaba conmigo. En el colegio tenía tiempo libre durante la clase de religión, porque no era católica ni protestante, ni nada de nada. Jamás había visto una *chanukia* ni oído las palabras *Pésaj* o *Yom Kippur*.

La primera vez que oí la palabra *judío* estaba en tercer curso.

Corría 1938. Hitler había invadido los Sudetes. Mis padres estaban preocupados y les oí discutiendo la posibilidad de emigrar. Se barajaron nombres como Chile, Bolivia o Brasil. Comenzó una intensa correspondencia entre el tío de mi padre, Adolf Pollak, que estaba en Tel Aviv, acerca de la posibilidad de mudarnos a Palestina. A mi padre le costaba tomar una decisión, no solamente por la dificultad de conseguir visados de entrada, sino porque dudaba acerca de su capacidad de mantener a la familia. Mucha gente empezó a aprender alguna artesanía u oficio para ganarse la vida en otro país, pero Padre no era habilidoso con las manos y sabía que no le permitirían trabajar de abogado, que era su profesión. Mientras mis padres se lo pensaban, los acontecimientos acabaron pronto con la posibilidad de emigrar.

Después de la anexión de los Sudetes, la minoría alemana de Checoslovaquia se volvió autoritaria y agresiva. Una mañana, en la escuela,

encontré un trozo de papel sobre mi pupitre que decía: «Eres una judía». No sabía qué significaba y me lo llevé a casa para mostrárselo a mis padres. Ellos se pusieron muy serios y supe que algo grave estaba pasando.

—¿Qué es un judío? —pregunté.

—Es un tipo de persona.

Seguí preguntando, pero no quedaba satisfecha con sus explicaciones.

—¿Nosotros somos judíos?

—Según las leyes de Núremberg, sí.

—¿Y qué son esas leyes?

Padre me contó que los judíos estaban siendo acosados y maltratados, pero que eso ocurría en Alemania, no en nuestro país. Sin embargo, yo intuía las inquietantes implicaciones de lo que me estaba contando. Al poco tiempo, me transfirieron a una escuela checa.

En mi clase solo había niñas; los niños aprendían en un ala distinta. Desde el primer momento me cayó mal la maestra. Era bajita, vieja y seca. Yo no era la única nueva: Annemarie también estaba allí. El cambio no se me hizo demasiado difícil porque hablaba checo tan bien como cualquiera, y solo tuvieron que darme unas clases privadas de ortografía. La profesora era una joven cuyo nombre empezaba con la letra D, y que ella trazaba con una gran floritura, sin levantar la pluma. Me impresionó tanto que la adopté para mi firma y a día de hoy sigo haciéndolo. Al acabar el curso estaba plenamente integrada y saqué la máxima nota en todas las asignaturas.

A Gerta también la transfirieron a una escuela checa, pero otra distinta. Aun así, nos veíamos casi cada tarde como antes, bien en su casa o en la mía.

7

Žd’ár

La guerra estalló cuando yo tenía diez años. Aquel verano de 1939, mis padres no fueron de vacaciones como en años anteriores. Checoslovaquia había sido invadida por los alemanes. Padre fue despedido de su trabajo por ser judío. Con el recuerdo de la Primera Guerra Mundial presente, a mis padres les preocupaban los peligros, pero querían que disfrutara al menos de unas vacaciones dentro del país y lejos de la ciudad. Por ello me enviaron a casa de un amigo de mi padre, que vivía con su familia en una pequeña ciudad comercial llamada Žd’ár. Tenía dos hijas un poco menores que yo, y ambas familias creían que estaría a gusto con ellas. En Praga podía haber bombardeos; la niña sin duda estaría más segura en el campo, pensaban mis padres.

El señor Weinreb vino a buscarme a casa. Viajamos en tren sin apenas decir nada y, aunque yo notaba su amabilidad, era tímida. Llegamos por la noche. La señora Weinreb tenía la cena preparada y nos sentamos todos alrededor de una larga mesa en la cocina. Las dos hijas me miraban fijamente con sus grandes y redondos ojos marrones y me sentía incómoda. Pero al día siguiente ya me habían aceptado, me enseñaron entusiasmadas todos sus juguetes, me llevaron a conocer a sus amigos y presumían de su invitada de Praga. Hanna, la más pequeña, tenía seis años e iba a empezar la escuela a la vuelta de las vacaciones. Era la que tenía más personalidad. Eva, de siete, era su seguidora; nunca tenía ideas propias. Estaba en primer curso y aún no había conseguido dominar la lectura, mientras que Hanna ya sabía leer sin haber empezado la escuela.

Fue un verano realmente maravilloso. Aquellas dos niñas se convirtieron en mis fieles compañeras. Íbamos a bañarnos con su madre a los lagos

cercanos, cogíamos avellanas de los arbustos al borde de los caminos. En los bosques alrededor del pueblo, recolectábamos arándanos en latas y llegábamos a casa con los dientes y la lengua morados. Fuimos a la feria rural y ganamos de premio unos ángeles de escayola con las alas pintadas de oro. Cogíamos cerezas del jardín del casero, cosa que él toleraba discretamente. Escuchábamos boquiabiertas las historias de la señora Weinreb sobre sus aventuras en la escuela de enfermería. Ella y sus compañeras espiaban las actividades de los jóvenes médicos desde una ventana de enfrente. Alguno de sus relatos debía de ser muy exagerado, pero eso los hacía más fascinantes. La mayor parte del tiempo me olvidaba de mi casa, de mis padres y mis abuelos, de la guerra y el peligro.

El primer día del nuevo curso, el 1 de septiembre de 1939, estalló la Segunda Guerra Mundial. En Praga, los alemanes requisaron el piso de mis padres y ellos tuvieron que abandonarlo rápidamente. Encontraron otro, pero estaba en Smíchov, demasiado lejos de casa de mis abuelos, así que acabaron decidiendo que se vinieran a vivir con nosotros. Yo me enteré de todo esto por las cartas que me escribían.



Dita Polach (centro) con las hermanas Weinreb en Žd'ár, 1939

Mis padres acordaron con los Weinreb que permaneciera una temporada en Žd'ár con ellos, supongo que aportando algo de dinero. Comenzó entonces la primera fase de mi vida aplazada. En vez de retomar las clases con mis antiguos compañeros en Praga, me sacaron temporalmente de mi mundo habitual y lo dejaron en suspenso hasta que las cosas mejorasen.

Empecé quinto curso en la escuela local. Me gustaba. Las chicas de mi clase eran simpáticas y me hice buena amiga de algunas. De hecho, me

había convertido en un modelo para ellas: yo era la niña de la capital, de Praga. Si me ponía un lazo en el pelo o me peinaba con un mechón en medio de la frente, me copiaban, creyendo que debía de ser la última moda de la gran ciudad. La maestra era amable y me sentía aceptada y bien tratada. Nunca me hicieron sentir diferente por ser judía.

Una vez a la semana había clase de religión. El sacerdote, llamado *katecheta*, enseñaba el Nuevo Testamento y hablaba sobre Jesucristo. Yo estaba exenta, por supuesto, pero me dejaban quedarme en el aula, así que me sentaba al fondo y dibujaba en mi cuaderno. Cada vez que alzaba la vista veía al sacerdote mirándome, como si me hablara directamente a mí, por encima de las cabezas de los niños. Creo que quería convertirme, hacerme cristiana.

Teníamos un profesor de dibujo, el señor Večeřa. Me caía bien. Una vez estaba a mi lado, dándome un consejo sobre mi trabajo y me acarició el pelo. Fue una sensación muy agradable. Pero en casa le dije a la señora Weinreb que el profesor me había tirado del pelo. Fue a quejarse a la directora. No recuerdo qué consecuencias hubo pero, cuando yo misma ejercí la docencia, presencié casos parecidos de chicas que hicieron falsas acusaciones contra varones adultos que eran completamente inocentes.

Recuerdo el año en Žd'ár como un tiempo tranquilo y delicioso. Pero, en cierto modo, era imposible ser del todo feliz.

Una noche me despertó un ruido extraño. Oí un golpetazo en el tejado, como si un objeto pesado hubiera caído del cielo. «Un avión», me dije.

Salté de la cama en la cocina donde dormía y fui sigilosamente al dormitorio del señor y la señora Weinreb, atravesando el cuarto donde descansaban apaciblemente las niñas. Con la respiración entrecortada, susurré:

—Ha caído un avión en nuestra casa.

—No es nada —dijo la señora Weinreb, impertérrita—. Será el señor Marek, del piso de abajo, que habrá dado un portazo al irse a trabajar.

Pero no la creí. El corazón me latía a golpes en la garganta, tenía miedo de volver a la cama. Me quedé allí de pie, pero no me ofrecieron ayuda. Era como si, para ella, el asunto estuviera zanjado; quería volver a dormir. Yo me sentía avergonzada, humillada. El señor Weinreb estaba de espaldas a mí, profundamente dormido. Pasé toda la noche en vela, agarrada a mi manta y esperando que el techo se derrumbara encima de mí.

Poco después de ese incidente, mi madre vino a visitarme. Le confesé que notaba dolores en el estómago, a veces calambres muy fuertes. Tras hablarlo con la señora Weinreb, que era una enfermera experimentada, decidieron ponerme una dieta ligera y, al poco tiempo, mejoré. Era tranquilizador tener a Madre cerca, pero solo se quedó unos días. Regresó a Praga y yo me quedé en Žd'ár.

Los problemas estomacales volvían de vez en cuando, pero me gustaba estar en Žd'ár. Me acostumbré a los dolores y los acepté como parte inevitable de la vida. Tenía muchos amigos y, como de costumbre, me enamoré de uno de los chicos del pueblo, Pepík Pelikán. Daba igual que prácticamente me ignorase. Le escribía notitas y las metía en una ranura del muro de piedra que había cerca de nuestra casa. A veces encontraba una nota de respuesta y me hacía feliz. Hanna y Eva sabían que me gustaba y siempre que le veían, me informaban, me decían lo que llevaba puesto o si estaba jugando con su pelota de fútbol. Sin embargo, tenían un secreto que no me confesaron hasta años más tarde, cuando fui a visitarlas después de la guerra.

—¿Sabes…? —dijeron, entre risas—. ¿Sabes quién te escribía las notitas que encontrabas en la ranura del muro? No era Pepík Pelikán. Era Zdeněk Šiler.

Zdeněk era el hermano mayor de una niña de nuestra calle con la que solíamos jugar. Yo le gustaba en secreto. Su hermana era un marimacho, tremendamente atrevida y valiente. Había una casa a medio construir en nuestra calle, se rumoreaba que porque los dueños se habían quedado sin dinero. Era nuestro lugar favorito para jugar al escondite. Subíamos y bajábamos al piso de arriba por tablones de madera, ya que no había escaleras.

Un día, la niña pisó un clavo que sobresalía de un tablón y le atravesó el pie por completo. Estaba literalmente clavada al tablón. Todos nos quedamos horrorizados, queríamos llamar a su madre. Pero Zdeněk le sacó el pie y le ordenó que no contara una sola palabra en casa. Sabía que su estricta y disciplinaria madre les castigaría por jugar en un sitio prohibido. Le limpió el pie ensangrentado con una manguera y la niña no derramó ni una sola lágrima.

En invierno también vino a visitarme mi padre. Le encantaba la naturaleza y me llevaba a dar largos paseos. Un día que nevaba, estábamos

mirando por la ventana. De repente vi a Pepík pasar por delante de casa, y le dije a Padre que estaba loca por aquel chico. Se quedó observándolo mientras pasaba y dijo: «Un muchacho fornido». Sí que lo era. A su avanzada edad de 10 u 11 años, Pepík tenía los hombros y el pecho anchos, pero me quedé con la sensación de que mi padre no me entendía realmente, aunque lo intentara.

Un día en Žd'ár, tuve una experiencia maravillosa que jamás he olvidado. De camino a la escuela, me paré junto a un parterre de flores. El sol brillaba con fuerza, no había nadie a mi alrededor y estaba sola en medio de aquel portentoso esplendor. De pronto, me invadió la sensación de que el mundo era absolutamente perfecto, que era pura alegría. Estaba rodeada de una belleza que llenaba todo mi ser de felicidad. Fue un momento de gracia, de un gozo indescriptible.

Tuve otro momento parecido más adelante, ya de vuelta en Praga. Pero esa vez no fue tan profundo. Me encontraba junto a la ventana de nuestra sala de estar. Era invierno, la calle estaba cubierta de nieve recién caída, la habitación estaba calentita y olía a madera ardiendo en la estufa. El vidrio de la ventana estaba medio cubierto de preciosas y complejas formas de estrella que la escarcha había dibujado. Y no se oía ni un ruido, todo era silencio. Me sentí feliz, sencillamente feliz.

Aquellos dos momentos duraron apenas segundos, pero fueron especiales. Fueron como gotas separadas del torrente de la vida, quedaron grabados de manera permanente dentro de mí, inolvidables.

Žd'ár era una localidad comercial muy pequeña, rodeada de tierras de cultivo y aldeas esparcidas por una meseta ondulada llamada Českomoravska Vysočina. En el centro del pueblo había una plaza grande con la iglesia en su extremo inferior y una fuente con figuras de piedra en el medio, ennegrecida por el tiempo, que conmemoraba la gran Peste del siglo XVII. Tres lados de la plaza estaban flanqueados por casas antiguas de una sola planta de gente adinerada. Pero si atravesabas sus anchos portones, te encontrabas de repente en un patio lleno de gansos y pollos, un cerdo en una cochiquera y, más allá, campos y prados que se perdían a lo lejos.

Me hice amiga de varias compañeras de clase y por las tardes jugaba con

ellas. Una era Věra Šlerková, cuya madre viuda regentaba una tienda al lado de la plaza, donde vendía utensilios y herramientas agrícolas. A Věra y a mí nos gustaba subirnos al tejado de su casa a través de la ventana de la buhardilla y observar a la gente abajo en la calle. Su madre tenía cabras en un redil en el patio y a menudo enviaba a Věra a su prado a cortar hierba fresca para ellas. El camino atravesaba las vías del tren y los campos. Cuando Věra terminaba de cortar la hierba con su hoz, nos tumbábamos entre margaritas y amapolas, y mirábamos las nubes flotando por el cielo. A veces pasaba el tren y saludábamos a los pasajeros de las ventanas. Luego la ayudaba a cargarse a la espalda el cesto y volvíamos a casa.

Otra amiga vivía bastante lejos del pueblo. Ese tipo de alumnos se llamaban *přespolní*, que quería decir que vivían al otro lado de los campos. Era tan pobre que no tenía zapatos y venía a la escuela descalza, siempre con el mismo vestido viejo y holgado. Una vez, me invitó a su casa. Era un paseo largo, tal vez de tres cuartos de hora. La pequeña casa estaba aislada y tenía una sola habitación. No había nadie. Ella estaba emocionada con mi visita y quería hacerme sentir como una invitada distinguida. Sobre la mesa desnuda, había un estante con una hogaza de pan envuelta en un trapo blanco. Cortó una rebanada grande y me la sirvió en un plato. No tenían mantequilla, ni mermelada, solo el pan. Por primera vez entendí el significado de la palabra pobreza. Me sentí culpable y tenía ganas de disculparme, quería pedirle perdón.

Sin embargo, en Žd'ár también vi una finca rica. Un día, nuestra profesora de botánica llevó de excursión a la clase a recoger hierbas por los senderos de los campos. Nos enseñó a coger camomila, tomillo silvestre, lavanda y otras plantas, que secamos en clase y luego estudiamos sus propiedades medicinales. Cuando estábamos bastante lejos del pueblo, vimos unos nubarrones oscuros acercándose por el horizonte. En un campo cerca de allí, varias personas estaban cargando apresuradamente fardos de paja en su carro tirado por un caballo. Les gritamos la bendición local, «¡Que Dios te ayude!», y ellos contestaron «Que así lo quiera Dios». Las nubes se acercaban deprisa, y comprendimos que no acabarían antes de que empezase a llover y que iban a perder el forraje del año siguiente para sus animales. Así pues, las cuarenta y dos niñas de la clase y la profesora corrimos a ayudar a los labradores y, justo cuando entrábamos en el enorme patio de la casa, empezaron a caer los primeros goterones. Había un edificio

principal con una espaciosa cocina abajo y varias habitaciones en el piso de arriba, flanqueado por un granero, un establo y muchos almacenes. La esposa del agricultor nos invitó agradecida a la inmensa mesa de la cocina, a cada una nos sirvió una taza de suero de mantequilla fresquita y sacó varios platos llenos de *kolaches*, unos bollos planos rellenos de semillas de amapola y pasas. Afuera rugía la tormenta de rayos y, con cada rugido del trueno, las niñas agachaban la cabeza y se santiguaban. Pero no tardó en pasar y nos marchamos. Para las niñas del pueblo, probablemente no fue un acontecimiento significativo, pero para mí quedó grabado como un recuerdo indeleble.

Un año después, la guerra no había acabado, y la situación era cada vez peor. Tuve que volver a Praga, al barrio y las calles desconocidas de Smíchov, a un edificio de apartamentos extraño y mucho más viejo donde se habían mudado mis padres en mi ausencia. Ahora teníamos un piso grande con techos altos de estuco. Mis abuelos ocupaban dos habitaciones, y nosotros otras dos. El edificio no disponía de calefacción central y teníamos que usar las altas estufas alicatadas en cada estancia, llenarlas de carbón y sacar las cenizas cada mañana. El carbón se guardaba en el sótano y lo subíamos en cubos en el ascensor. Los abuelos seguían teniendo una doncella, Bláža, que hacía las tareas pesadas. Después del ataque que había sufrido el abuelo hacía unos años, nunca le dejaban solo. Pero los alemanes no tardaron en prohibir que gentiles trabajaran para judíos, y Bláža tuvo que marcharse.

Echaba terriblemente de menos Žd'ár. Tal era mi nostalgia, que a menudo soñaba que estaba allí y me inundaba una ola de felicidad. Entonces despertaba y me encontraba en mi cama del salón, al lado del dormitorio de mis padres, mirando los dibujos florales de estuco del techo. Me echaba a llorar de la desilusión. El sueño se repetía una y otra vez, cada vez ligeramente distinto, cada despertar con un anhelo punzante. Un día, volví a soñar y, cuando desperté, era cierto: ¡estaba en Žd'ár! Me puse tan contenta, tanto… por fin, no era solo un sueño, estaba en Žd'ár de verdad. Pero entonces abrí los ojos y comprendí que el primer despertar era parte del sueño, que había surgido como respuesta a mi ferviente deseo de no

despertar y volver a decepcionarme. No volví a ver Žd’ár hasta después de la guerra.

8

Madurar

Ya tenía once años y empecé a notar cambios en mi cuerpo. Mientras Gerta desarrollaba pequeñas protuberancias delante, yo observaba mi pecho esperando indicios parecidos. A mí me parecía que en efecto se estaban hinchando, pero Gerta decía que eran invisibles. Como Smíchov estaba bastante lejos de su casa, nos veíamos menos. Antes nos solíamos encontrar prácticamente cada tarde, pues vivía a la vuelta de la esquina. Ahora tardábamos una hora en tren, porque ellos también se habían mudado a otro barrio llamado Břevnov. En aquel momento, los judíos aún podían usar el transporte público.

Nuestros juegos también cambiaron. Ya no hacíamos que patinábamos sobre hielo ni que éramos bailarinas en un escenario. A Gerta ahora le gustaba ponerse las medias de seda de su madre y zapatos de tacón alto, empolvarse la cara y pintarse los labios, y hablaba mucho sobre chicos. Decía que muchos chicos mayores que nosotras le iban detrás y querían una cita con ella. Cuando me acompañaba a la parada del tranvía, me señalaba a uno o a otro, montando en bicicleta y mirando hacia ella. Pero no sabía hasta qué punto eran fantasías suyas; aun así, siempre me daba un poco de envidia.

Cuando pienso en lo ignorante que era, me cuesta creerlo. Sabía que las mujeres daban a luz bebés, pero no tenía ni idea de cómo se quedaban embarazadas. Varios años antes, mi madre me había contado que si un hombre y una mujer se querían mucho, mucho, tendrían un hijo si lo deseaban. Y hasta ese momento, me contentaba con ese vago conocimiento.

Un domingo por la mañana, cuando mis padres seguían en la cama leyendo el periódico, entré en su habitación y dije:

—Mamá, ¿cómo se embaraza una mujer, y de dónde sale exactamente el bebé?

Mi madre miró a mi padre y me dijo:

—Vuelve a la cama y ahora voy a explicártelo.

—Pero ¿no me lo puedes contar aquí?

—Esto toma su tiempo y es mejor que las mujeres lo hablemos a solas.

Y así, aprendí que el órgano masculino se pone duro y se introduce en la vagina de la mujer para dejar una semilla dentro, que se combina con un huevo diminuto en el vientre. Luego el huevo crece dentro del vientre de la mujer durante nueve meses hasta que el bebé está listo para nacer. Me pareció bastante asqueroso que el apéndice con el que el hombre orinaba estuviera tan en contacto con una parte tan privada de la mujer. No recuerdo si mi madre mencionó algún elemento de placer en todo aquello. Desde luego, durante mucho tiempo creí que el hacer un hijo era cosa de una vez, con el único propósito de que la mujer se quedara embarazada. No se me pasó por la cabeza que yo también hubiera surgido de ese modo. Me quedé un buen rato en la cama, pensando en aquella nueva información. Tenía la sensación de que, en el fondo, siempre lo había sabido.

Aquella tarde, Gerta vino a verme. Yo estaba emocionada y ansiosa por compartir mis nuevos conocimientos. No dejaba de rondarme por la cabeza esta frase: «Ya sé cuál es el secreto del mundo. Ya sé cuál es el secreto del mundo».

Le conté todo lo que me había dicho Madre. Estaba segura de que le sorprendería, que la dejaría boquiabierta, pero se quedó impertérrita y dijo:

—¿Y no lo sabías hasta ahora? Yo hace siglos que lo sé.

9

Ludvík y Manya

No vivimos mucho tiempo en Smíchov, tan solo un año o año y medio quizá. Durante esa temporada, entraron en escena unos tíos a los que no conocía. El tío Ludvík, primo de mi padre, era profesor de instituto, y la tía Manya, maestra especializada en niños con problemas auditivos.

Los dos me encantaron al instante. El tío Ludvík llevaba gafas gruesas y tenía la nariz como una patata pequeña. Era feo, sin duda, pero tenía una personalidad maravillosa, siempre de buen humor y gastando bromas ingeniosas, lleno de bondad. Estoy segura de que todos sus alumnos le adoraban. Manya, que no era judía, era una rubia bastante guapa. Era tímida y hablaba poco. Solía observar sigilosamente a Ludvík cuando nos sentábamos alrededor de la mesa del comedor, con una expresión de amor en los ojos. En aquella época, ambos rondarían los treinta y pocos años.

No les había conocido antes porque vivían en una zona remota en la frontera oriental de Checoslovaquia, en un pueblo llamado Užhorod. Tuvieron que huir cuando la zona se cedió a Hungría al comienzo de la guerra, y acabaron instalándose en Praga.

Ludvík y Manya eran comunistas y tenían acaloradas discusiones con mis padres y abuelos, que eran socialdemócratas. Yo quería entender por qué discutían exactamente, pues todos querían una sociedad más igualitaria y más justicia para la clase obrera. Mi padre me explicó que los comunistas querían una revolución inmediata mientras que los socialdemócratas querían conseguir el mismo objetivo, pero de manera gradual. A mí, el plan socialista me parecía más humano, aunque la política tampoco me gustaba en general.

Recuerdo el día en que el tío Ludvík anunció desconsolado que Manya y él habían decidido divorciarse. Ambos eran miembros del partido, nos dijo, y eso de por sí ya era peligroso: los alemanes habían ilegalizado el Partido Comunista y habían encarcelado a muchos de sus integrantes conocidos. El hecho de que él fuera judío le hacía doblemente vulnerable, y Manya correría menos peligro sin un marido judío. ¡Qué decisión tan funesta!

Ludvík se instaló con nosotros. Había una pequeña habitación para la doncella junto a la cocina que antes ocupaba el servicio de mis abuelos. Así pues, el tío Ludvík se convirtió en parte de nuestro hogar y la tía Manya en una asidua visita. Cada vez que llegaba, le daba un tímido beso en la mejilla y se sentaban juntos, cogidos de la mano.

Su cautela no funcionó. Alguien denunció a Manya ante los alemanes y la detuvieron. Ludvík estaba destrozado. La encarcelaron en la infame prisión Čtyřka (número cuatro) pero logró hacerle llegar mensajes a Ludvík. La tuvieron allí varios meses, tratando de hacerle confesar y delatar a sus camaradas, pero no lo consiguieron. Al final, la soltaron. Dejó inmediatamente su antigua dirección, pues sospechaba que la habían delatado los vecinos, y alquiló un piso en la calle Podoli, al otro lado de la ciudad. Me encantaba ir a visitarla: tenía una habitación y una cocina acogedora, amueblada como una sala de estar.

La tía Manya tenía cantidad de libros, muchos eran sobre la vida de los obreros o de los mineros, otros de viajes por países extranjeros, y también libros de poesía. Me los prestaba de buen grado y luego charlábamos sobre ellos.

Después de un tiempo, empezó a posponer mis visitas. Primero me ponía excusas y acabó prohibiéndome ir a su casa. Yo lo intentaba una y otra vez, pero siempre tenía alguna razón para rehuirme. No lo entendía: en nuestra casa se mostraba tan agradable como siempre, pero era evidente que no me quería en la suya. Un día, fui hasta allí directamente y llamé al timbre. Cuando me vio debió de ponerse muy nerviosa, pero me dejó pasar. Tenía otra visita, un hombre, que estaba sentado en el sofá, en pantuflas. Noté que mi presencia era inoportuna y no tardé en marcharme. No hablé del tema y tampoco me preocupaba. Estaba tan firmemente convencida de su amor por Ludvík que no tenía ni la mínima sospecha.

Años más tarde, descubrí que Manya había estado ocultando durante muchas semanas a un líder comunista muy destacado, uno de los hermanos

Synek, el hombre más buscado por los alemanes, y que después de la guerra le concedieron grandes condecoraciones por su valiente acción. Por cierto, aquel hombre fue descubierto en otro refugio posteriormente y murió ejecutado.

Sobre el invierno de 1941, los alemanes empezaron a enviar judíos «al este» en transportes. Cinco de ellos, cada uno con mil personas, fueron al gueto de Łodź.

Mi tío Ludvík fue de los primeros en ser deportado. Durante un tiempo le estuvimos mandando paquetes de comida y postales, hasta que un día, meses más tarde, nuestra postal volvió con estas palabras impresas encima: DESTINATARIO FALLECIDO.

Si Ludvík y Manya no se hubieran divorciado, él habría sobrevivido, porque los judíos casados con personas gentiles fueron deportados mucho después, solo unas semanas antes de que acabara la guerra, y todos sobrevivieron.

Mi adorado tío Ludvík fue la primera de mis dolorosas pérdidas.

10

Miedo

Una señal de que estaba madurando fue darme cuenta de que no todos los adultos son omniscientes, sabios e infalibles. Empecé a ser crítica: algunas personas eran demasiado charlatanas, otras rácanas, las había codiciosas, y algo peor, estúpidas. Pero la mayor conmoción fue cuando comprendí que mi propio padre no era todopoderoso y que era incapaz de protegerme cuando le necesitaba.

Ya había notado un primer indicio desconcertante mucho antes, cuando tenía cinco o seis años. Una tarde, Padre y yo volvíamos del parque Letná. Debía de ser otoño porque oscurecía temprano, y yo llevaba leotardos y abrigo. Mientras caminábamos, de pronto sentí algo húmedo y caliente en la parte posterior de las piernas. Me asusté y los dos nos volvimos. Dos chicos, poco más grandes que yo, iban detrás de nosotros y habían hecho pis sobre mí. Se echaron a reír a carcajadas y salieron corriendo. Padre se quedó ahí de pie, indeciso e indefenso, mientras yo lloraba de frustración y vergüenza. No corrió detrás de los chicos, no les cogió ni les castigó; ni siquiera les gritó. Simplemente dejó que escaparan y yo me quedé avergonzada, humillada. Eso ocurrió mucho antes de la ocupación nazi.

Un día, cuando tenía unos once años y ya vivíamos en Smíchov, Padre y yo volvíamos a casa de alguna parte. Al cruzar una calle, una bicicleta me tiró al suelo. Padre me ayudó a levantarme, tenía la rodilla magullada y ensangrentada y me había hecho un agujero grande en los leotardos. La gente se arremolinó alrededor de nosotros, el ciclista se detuvo y comenzó a disculparse, pero Padre cogió mi mano y me alejó de la conmoción dando grandes zancadas. Ni siquiera plantó cara a aquel hombre ni mostró ninguna rabia; lo único que quería era huir de la multitud. Tal vez creyó imprudente

que un judío fuera el centro de atención. Tal vez llamarían a la policía, y nos veríamos inmersos en interrogatorios y protocolos. Mejor esfumarse. Mi rodilla dolorida era lo de menos.

Al comienzo de la ocupación, no noté tanto la persecución de los judíos. Sí, nos echaron del piso en la Casa Eléctrica y Padre perdió el trabajo. La comida desaparecía rápidamente de las tiendas y nos dieron cartillas de racionamiento. Teníamos que hacer cola en la carnicería y la pescadería, pero la escasez de alimentos también afectaba a los que no eran judíos.

Pero luego empezaron todo tipo de restricciones antijudías, y cada pocas semanas se imponían nuevas regulaciones. Gradualmente, tuvimos que entregar nuestras radios y joyas a los alemanes. Recuerdo a mi madre decir que eso no le importaba, porque no tenía oro ni diamantes.

Después ordenaron que todos los judíos entregasen las bicicletas, equipos deportivos, instrumentos musicales, cámaras, mascotas y abrigos de piel que tuvieran en su posesión. No podíamos ir a teatros, cines, cafeterías, restaurantes, parques, conciertos, eventos deportivos ni ninguna clase de entretenimiento. Los judíos no podían acudir a médicos gentiles ni tampoco viajar ni salir de los límites de la ciudad. Nos sellaron el documento de identidad con una *J* y se impuso un toque de queda a partir de las ocho de la tarde. Sin embargo, el golpe más duro para mí fue cuando prohibieron a los niños judíos ir a la escuela.

El 1 de septiembre de 1940, el curso arrancó como era habitual. Comenzó para todos los alumnos y estudiantes de Checoslovaquia, pero no para mí, ni para ningún otro niño judío.

Yo estaba entusiasmada ante la idea de empezar el instituto después de terminar quinto de primaria en Žd'ár. Los profesores de instituto trataban a los alumnos de *vy* (usted) en vez de *ty* (tú), y las clases tenían nombres en latín: *Prima*, *Secunda*, *Tertia*. Al final de *Octava*, los alumnos recibían el Certificado de Graduación y podían ir a la universidad. Pero por orden de las autoridades nazis de Checoslovaquia, que había pasado a llamarse P*rotektorat Böhmen und Mähren*, los judíos no podían asistir a la escuela.

Aquel día me quedé mirando por la ventana de nuestro apartamento en Smíchov, envidiando a los niños que veía pasar con su mochila a la espalda. Como cualquier otro estudiante, me había alegrado cuando empezaron las

vacaciones de verano. Pero aquellas vacaciones no terminaron, se hicieron permanentes. No estaba nada contenta. Me sentía perdida, excluida: ¿qué iba a hacer todo el día?

Evidentemente, mis padres también estaban inquietos. Un niño no puede interrumpir su educación y quedarse en casa, porque aunque puede ayudar con las labores domésticas,[3] se estanca en la ignorancia. Así que pidieron ayuda a mi adorado tío Ludvík y a la tía Manya. El tío me enseñaba gramática checa, creo recordar, y la tía Manya matemáticas y biología, mientras que mi padre me daba historia y geografía. Manya me consiguió en su escuela los libros de texto de mi curso, y tenía clases propiamente dichas, incluida la tarea. También me pusieron a aprender inglés con la señorita Pollack, que vivía al otro lado de la calle. Le encantaban los verbos irregulares y me hacía recitar el «*do-did-done, go-went-gone, have-had-had, sing-sang-sung*» una y otra vez. Era una casa de solteronas secas, correctas y sin ningún sentido del humor: las dos señoritas Pollack y su madre. Odiaba ir allí, pero aprendí inglés.

Ya había empezado con el inglés a los diez años. Mis padres tenían la intención de enviarme a Inglaterra con un grupo de niños judíos. Compraron un libro de texto para principiantes y me enseñaban ellos. El mundo aún tardaría décadas en conocer al señor Winton y su heroico proyecto para salvar a niños judíos de las garras asesinas de Hitler. Ignoro por qué no me mandaron, pero creo que fue porque Madre era incapaz de separarse de mí.

Sin embargo, mi plan de estudio con tutores personales se vio interrumpido muy pronto. Después de la detención de Manya, el tío Ludvík se quedó tan consternado y preocupado que no fue capaz de seguir enseñándome.

Había que buscar otra solución. Mis padres se enteraron de que algunas familias estaban contratando a maestros judíos desempleados que organizaban círculos de estudio con varios niños en casas privadas. Al poco tiempo, empecé a ir a uno de esos círculos con mi amiga Raja, mi antigua compañera de la escuela, Annemarie Brösslerová, y algunos otros niños.

Era una empresa peligrosa. Teníamos que cuidarnos de no despertar sospechas entre los vecinos, que podían denunciar ante los nazis que se estaba dando clase a niños judíos. En aquel momento, muchas familias ya habían sido desahuciadas de sus casas, que eran expropiadas por los

alemanes. Nosotros también tuvimos que mudarnos otra vez. Un oficial alemán nos ordenó desalojar el piso de Smíchov porque lo quería para él. Los judíos ya no podían vivir en cualquier parte de la ciudad, sino solamente en Staré Město y Josefov, donde en siglos anteriores se encontraba el gueto judío. Los pisos disponibles no tardaron en desaparecer y familias enteras se vieron obligadas a hacinarse en una sola habitación. La mayoría de los apartamentos tenía tres o cuatro habitaciones y cocina, un cuarto de baño y un aseo. Ahora, esos apartamentos albergaban a tres o cuatro familias, que tenían que turnarse las instalaciones. Era un problema serio y provocaba mucha rabia y trifulcas entre los inquilinos. Para el círculo de estudio, utilizábamos la casa de cada alumno en una rotación previamente acordada.



Raja Engländer, 1941

Los cuatro, cinco o seis niños íbamos llegando uno por uno, con cinco minutos de diferencia, porque estaban prohibidas las reuniones de más de tres personas. Teníamos que llamar la atención lo menos posible y procurar no hacer demasiado ruido en las escaleras. Cuando llegaba la profesora, nos sentábamos alrededor de la mesa en nuestra atestada habitación y esta comenzaba. Evidentemente, no había pizarra, pero tampoco importaba, porque aprendíamos con ganas y encantados. Lo pasábamos bien y nos reíamos a menudo.

Teníamos otra profesora a la que apodamos Jinovatka (Escarcha) porque

parecía fría y distante. Pero el resto de asignaturas las impartía la doctora Lichtigová, que era pediatra de profesión. Era bajita, más incluso que sus alumnos, y tenía una joroba pronunciada, pero era tan amable y cariñosa que todos la adorábamos. A veces daba las clases en su casa, donde vivía con su madre. Es extraño, pero no tengo ni idea de cómo pagaban nuestros padres a las tutoras. Tuvo que ser de un modo discreto y con delicadeza, a nuestras espaldas.

Vivir tan cerca de otras familias era un gran problema. Todos tenían que compartir un solo cuarto de baño, el aseo y la cocina, y eso provocaba frecuentes fricciones entre inquilinos incompatibles. Por ejemplo, Raja y sus padres vivían en un piso grande en la calle Pařížská con otras tres familias. En la puerta de entrada figuraban sus nombres y un código para llamar al timbre: Kaufmann, dos timbres cortos; Platschek, uno largo y uno corto; Lustig, uno corto y dos largos; Engländer, tres largos. A mis abuelos les encontraron una habitación cerca de casa, en la calle Kostečna. La compartían con otras dos parejas mayores.

Mis padres tuvieron más suerte. Helena Hőlzlová, una joven con la que acababa de empezar a dar clase de piano, sabía de un apartamento de dos habitaciones disponible en la calle Waldhauserova y sugirió que la alquiláramos juntos. Y así empezamos a vivir con ella, su encantador esposo Arnošt y su madre, la señora Steiner.

Evidentemente, la mayoría de nuestros muebles no cabían en una sola habitación. Solo había espacio para la cama de matrimonio, mi sofá, dos armarios, una mesa y sillas. Tuvieron que deshacerse del resto, salvo del aparador del comedor, el sofá verde y la estantería y el escritorio de mi padre. Una conocida de la tía Lori se ofreció a guardarlos hasta que acabase la guerra.

Llegado este punto, debo detenerme a hablar de algo relacionado con el aparador. Era de madera de roble marrón y tenía un reloj en la parte superior y varios cajones y compartimentos. Madre guardaba vasos de cristal y la vajilla de porcelana abajo (la que me correspondía cuando me casara); en la parte central dejaba las galletas que hacía siempre para tener algo que ofrecer a visitas inesperadas. Solía prepararlas de dos tipos, y duraban meses sin ponerse rancias. Las dos se llamaban «besitos»: una era blanca y crujiente, la otra marrón, con chocolate y almendras.

Cuando volví de los campos de concentración acabada la guerra, la amiga

de Lori cumplió su palabra y devolvió los muebles. El viejo aparador me despertó recuerdos de cuando todos estábamos juntos, Madre, Padre y yo. Cuando abrí la puerta del compartimento central, estaba vacío. Ya no había «besitos», pero el interior seguía impregnado de su dulce aroma y, al olerlo, fue como si me abrazaran tiempos mejores.

A partir de 1941, Padre volvió a tener empleo. Trabajaba en las oficinas de la Comunidad Judía, la llamada *kille*, es decir *kehila* (comunidad en hebreo). Estaba en la calle Josefovská, cerca de donde vivíamos; hoy la calle se llama Široká. Yo iba a la comunidad a menudo, principalmente porque otro tío mío trabajaba allí también. Se llamaba Julius Tutsch y era primo lejano de mi madre. Trabajaba de fotógrafo y durante años nos hizo los retratos de familia. Tenía dos motivos para visitarle: siempre quería hacerme fotos, pero sobre todo me apetecía ver a Honza, el apuesto ayudante del tío Julius. Honza no estaba interesado en mí, pero sí estaba dispuesto a hacerse pasar por mi hermano. Yo siempre había querido tener un hermano y rogué a Madre que tuviera un niño, si no podía ser un hermano mayor como el de Annemarie, al menos uno más pequeño. Pero decía que en tiempos tan duros sería una irresponsabilidad tener un hijo. Evidentemente, a la gente que me conocía no podía decirle que tenía un hermano mayor, pero cuando hacía nuevas amistades, alardeaba de él y de que trabajaba en la *kille*.

Un día, impusieron una nueva restricción para los judíos. Teníamos que llevar una estrella amarilla con la palabra *Jude* sobre la ropa. Había que coserla bien, no solo por las seis puntas, sino todo el contorno. El primer día que lucimos la *Magen David* en nuestros abrigos, Raja y yo cogimos el tranvía a casa de una de nuestras profesoras. Íbamos en la plataforma trasera, el único lugar permitido para los judíos. Nos daba miedo cómo reaccionaría la gente, y tratamos de pasar lo más desapercibidas posible. De pronto, un hombre alto con abrigo largo nos miró y dijo en voz alta, para que todo el mundo lo oyera:

—Aquí hay dos princesas con estrellas doradas.

No pudimos contener la sonrisa, igual que el resto de pasajeros. Sentí un enorme alivio.



Dita Polach (izquierda) y Raja Engländer en Hagibor, 1941

Uno de los primos de mi padre era el tío Leo. Yo admiraba a su esposa Verica, era la mujer más guapa que conocía. Al igual que el tío Ludvík, el tío Leo apareció en Praga en 1938, cuando su esposa y él huyeron de Berlín. Era un hombre encantador, apuesto como una estrella de cine. Cuando Verica y él caminaban por la calle, la gente se paraba a mirarles de lo glamurosos que eran. Verica siempre iba perfectamente vestida y maquillada, con una lustrosa melena negra suelta hasta los hombros. Llevaba tacones muy altos para no parecer demasiado bajita al lado de Leo. Como no era judía, Leo se salvó de los transportes hasta poco antes de acabar la guerra. Ahora bien, en Praga le costó encontrar trabajo. Él era empleado de un banco en Berlín, pero no hablaba ni una palabra de checo, así que tuvo que coger el único puesto que le ofrecieron de mozo. Trabajaba en una compañía de mudanzas, vistiendo ropa sucia y cargando muebles pesados, pero siempre estaba sonriendo y de buen humor, lo que le hacía sumamente popular entre sus compañeros checos no judíos. Lo deportaron a Theresienstadt en primavera de 1945 y regresó a Praga después de la guerra, sano y salvo. También fue muy bueno con mi abuela; a los pocos días de volver fue a buscarla al gueto y la acogió en su casa.

Después de que nos echaran del piso de Smíchov, yo quería seguir aprendiendo a tocar el piano. El problema era que ya no teníamos uno. Los padres de Greta se habían ofrecido amablemente a guardar el nuestro cuando nos mudamos a la habitación. La tía Verica accedió de buen grado a que practicara con el suyo media hora diariamente a mediodía. Helena y yo también podíamos dar clase una vez por semana. Y así, seguí haciendo progresos durante un tiempo, y recibía elogios, tal vez exagerados, por mi talento musical.

Durante todo este tiempo, continuaron las deportaciones de judíos, pero ya no los enviaban al gueto de Łodź, sino a Theresiendstadt. Los transportes provocaban constantes trastornos en nuestras vidas. Cada pocas semanas deportaban a algún amigo y había despedidas entre lágrimas. Mi círculo de estudio acabó desintegrándose y, una vez más, me quedé sin nada que hacer.

Aunque los judíos tenían prohibido asistir a colegios públicos, en Praga había una escuela judía en funcionamiento. Llenaban las clases a rebosar, hacían turno de mañana y de tarde, y hasta habilitaron más aulas en otro edificio, pero ni aun así podían dar cabida a todos los niños judíos. Ahora bien, cuando comenzaron los transportes en 1941, la población judía empezó a menguar, quedaron plazas libres y la escuela fue admitiendo alumnos siguiendo una lista de espera.

Mientras esperábamos, me encontraron una ocupación agradable como ayudante de la ayudante de nuestra dentista, la doctora Wantochová. Su consulta estaba en un edificio junto a la sinagoga española en la calle Dušni (hoy Museo Judío). Me dieron una bata blanca y mi trabajo consistía en hacer entrar a los pacientes de la sala de espera. En la tarjeta de cada uno había una foto de la mandíbula superior y la inferior, y yo marcaba con un lapicero de color el diente que se trataba y anotaba la fecha de la siguiente cita. Después de varias semanas, me ascendieron y empecé a preparar la amalgama para los empastes. Era una mezcla de mercurio y fragmentos plateados de metal, que debía machacar con una maja en un recipiente de vidrio hasta que quedaba una pasta sin grumos. Luego tenía que pasársela a la ayudante en diminutas cantidades con un utensilio con la punta redondeada como una pirámide en miniatura, y ella se las daba al dentista. El trabajo me gustaba, me sentía útil e importante, aunque la ayudante era

arisca y mandona.

Todo el mundo tenía miedo de saltarse las restricciones impuestas a los judíos. Oímos que las fuerzas de ocupación alemanas estaban parando a gente por la calle y que, si enseñabas el documento de identidad con la *J* y no llevabas la estrella amarilla en el abrigo, te detenían.

Al comienzo de la guerra, antes de que fuera obligatorio llevar la estrella, mi padre nos llevó a Gerta y a mí a ver una película preciosa titulada *Forja de hombres*, con Spencer Tracy y Mickey Rooney. Desde entonces no había podido ver ninguna película más, porque en todos los cines, teatros, restaurantes y clubes deportivos habían colgado el cartel de *Juden und Hunden Entritt verbotten* (Prohibida la entrada a judíos y perros).

Ansiaba ver una película de la que todo el mundo hablaba, con una actriz famosa a la que admiraba. Coleccionaba fotos suyas y las recortaba de las revistas. Pero no me atrevía a quitarme la estrella amarilla de mi abrigo para entrar en el cine. La hermana pequeña de la tía Manya, Zdenka, era más atrevida que yo y me invitó a ir con ella. A pesar del miedo a que nos descubrieran, me encantó la idea; ¡era una historia tan romántica! A los doce y trece años, yo era tremendamente fantasiosa y novelesca. Soñaba con correr por prados floridos, con el vestido blanco ondeando detrás de mí, y un hombre alto y apuesto cogiéndome en sus brazos.

El día de mi duodécimo cumpleaños me hicieron un regalo muy especial. Gerta y su madre me invitaron a bañarme en el río Vlatva. Eligieron un lugar apartado de los espacios de baño, donde las praderas abiertas llegan hasta la orilla. La madre de Gerta estaba segura de que no habría controles alemanes para comprobar la identificación de un puñado de bañistas.

Estaba entusiasmada con la excursión, la esperaba con auténtico alborozo. Sin embargo, la mañana del doce de julio, ocurrió algo inesperado. Vi sangre en mi camisón y resultó ser mi primera menstruación. Yo estaba bastante orgullosa, porque a partir de ese momento ya era una mujer adulta. Madre me enseñó lo que había que hacer, pero también dijo que no debería ir a bañarme.

¡Qué desilusión! ¡No podré ir a nadar! Cuando Gerta y su madre vinieron a buscarme, me encontraron llorando. Pero su madre salvó la situación diciendo que fuera con ellas de todos modos; aunque no nadase, al menos

podría remojarme las piernas hasta la rodilla. Así pues, me puse mi vestido de verano sin la estrella de David, las braguitas con la compresa de rigor y el traje de baño encima, las tres fuimos en el tranvía hasta la última estación, Podoli. Tras un breve paseo, elegimos un lugar a la sombra, extendimos la manta, hicimos un picnic y pasamos un día feliz al sol. Ni siquiera sentí envidia de Gerta por poder nadar mientras yo solo caminaba por la parte poco profunda, en la orilla del río.

En primavera de 1942 quedó una plaza vacante en la escuela judía y empecé a asistir a clase otra vez. El edificio principal de la calle Jáchymová estaba lleno hasta arriba, de modo que habían alquilado más aulas en la primera planta de un edificio residencial en la calle Havelská. Pero ni aun así cabían todos los alumnos, y las clases tenían que darse en dos turnos. Tengo varios recuerdos muy claros de aquella época. Había aulas de verdad, con pizarra y filas de pupitres y bancos. Una campana anunciaba los recreos y los alumnos se amontonaban en el pasillo, hasta que volvía a sonar para la siguiente clase. Hice nuevos amigos, especialmente niños del orfanato judío. Entre ellos estaba Lilly Flussová, que murió de tifus en Terezín, Hana Radoková y Erik Polâk, que a comienzos de los años noventa se convertiría en el primer director del museo de Terezín, y Zdeněk Ornstein (Zdeněk Ornest, alias Orče), que escribió poemas desde Terezín para la revista *Vedem* y después de la guerra estudió arte dramático. Otto, él y yo éramos buenos amigos. Los dos mantenían acaloradas discusiones de política. Como muchos jóvenes influidos por su instructor Walter Eisinger en Terezín, Orče creía en la doctrina marxista. En una ocasión, Otto describió a los comunistas fanáticos como gente que tenía la cabeza metida en una caja de cartón, con dos agujeros para los ojos que solo les permitían ver en una dirección. No mantuvimos el contacto durante los cuarenta años de ausencia, pero cuando le volvimos a ver en 1989 y se había convertido en un actor famoso, ya no era el partidario soñador de Marx. Por desgracia, Orče murió trágicamente atropellado por un tren cuando solo tenía cincuenta y nueve años.

En la clase, me gustaba un chico llamado Zdeněk Lederer. Se sentaba al fondo del aula, no prestaba mucha atención a la lección y siempre parecía estar soñando despierto. Me encantaba su boca. Tenía un mohín permanente

y yo me imaginaba cómo sería besar aquellos labios. Él también vivía en el orfanato judío. Zdeněk tuvo que notar que yo le miraba, pero le daba igual y se mostraba distante.

Todavía conservo una foto suya, que conseguí de estraperlo a través de las chicas del orfanato. Cuando llegué a Terezín, lo primero que me dijeron fue que Zdeněk había muerto de tifus, a los pocos meses de ser deportado.

Había otro chico en mi clase que sí quería ser mi «novio». Se llamaba Erik y a mí no me acababa de gustar demasiado. Pero era mejor que nada. A veces, parábamos en el Viejo Cementerio Judío, lo más parecido a un parque con árboles altos y senderos tranquilos. De vez en cuando, nos cruzábamos con alguna madre paseando a su bebé en un carrito, pero había rincones apartados donde podíamos sentarnos a charlar sobre una lápida. Él me dio aquel primer beso que ya he mencionado, y fue sobre la tumba de algún judío olvidado.

Los dos teníamos trece años.

Me gustaban mis profesores y recuerdo con cariño al doctor Reich, que era pediatra y nos enseñó acerca del cuerpo humano. Le adorábamos por su maravilloso sentido del humor y su encantadora actitud con nosotros. Falleció junto con los niños de Białystok en las cámaras de gas de Auschwitz.

Al terminar el curso escolar, recibimos una especie de certificado final con nuestras notas.

En otoño ya no volví a la escuela. No sé si fue porque cerró o porque mis padres esperaban que nos deportasen en cualquier momento.

Cuando mis padres y yo llegamos a Terezín, me encontré con varios compañeros de clase, pero otros muchos ya habían sido trasladados de allí a Auschwitz y otros campos de concentración. Solo unos pocos sobrevivieron y regresaron después de la guerra.

Durante el verano de 1942, tuve mi primer encuentro con el sionismo. Yo sabía que había una tierra llamada Palestina, el tío Ernst-Benjamin había emigrado allí, pero en casa nunca había oído hablar de sionistas ni de Theodor Herzl, el visionario sionista del Estado de Israel.

Aquel verano se organizó una especie de campamento de vacaciones en

los campos de juego de Hagibor, y yo iba casi a diario con mis nuevos amigos de la calle Bílkova (renombrada como calle Waldhauser por los nazis), evidentemente asegurándonos de volver a casa antes del toque de queda de las ocho.

Había un campo de fútbol con una pista de atletismo alrededor, canchas de voleibol, prados y un vestuario. Y también un pequeño quiosco donde podíamos comprar limonada o *grillage*, frutos secos con azúcar caramelizada. Lo malo era la distancia, porque ya no nos estaba permitido usar el tranvía, ni siquiera si íbamos en la plataforma trasera como antes. Hagibor estaba bastante lejos de mi nueva casa, así que un grupo de chicos y chicas atravesábamos la ciudad juntos, durante una hora cada día. Uno de mis nuevos amigos era Herbie, que tenía la cara llena de acné y solía llamarme con un silbido desde debajo de mi ventana para que bajase, lo cual enfadaba a Madre («No debes responder cuando un chico silba»). También estaban Bobby Jochovitz, Ether Wohlová y unos cuantos más. Y a través de ellos, empecé a aprender acerca de la vida en Palestina, de los asentamientos y los kibutz.

Hice amistad también con un chico llamado Štěpán que era dos años menor que yo. Iba a verle a su casa de la calle Maiselova y a menudo caminábamos juntos hasta Hagibor, porque le prefería a mis otros amigos mayores. Aquella amistad tenía intrigadas a nuestras madres: ¡una adolescente y un chavalín que ni siquiera sabía cómo venían los niños al mundo! Nadie sospechaba la auténtica razón de mi extraño comportamiento. Štěpán era un niño encantador, talentoso y creativo, y hablar con él era interesante y divertido. Pero tenía un hermano mayor de quince años, Peter, y yo utilizaba a Štěpán como una especie de puerta trasera para estar cerca de mi idolatrado Peter, pues creía que jamás se fijaría en alguien como yo.

Los dos perecieron con sus padres en los campos de concentración. Lo único que queda de Štěpán es un dibujo con ceras de una callejuela de pueblo que me dedicó junto con su foto.

Hagibor era el único sitio donde podían reunirse los niños judíos para jugar, competir, cantar y hacer todo tipo de deportes. Yo me hice bastante buena en varios de ellos, en carreras de corta distancia y en salto de longitud. Había *madrichim* y *madrichot* (instructores, en hebreo) para cada grupo; jugaban con nosotros, nos daban clase y nos entrenaban. Uno de

ellos era Avi Fischer, que acabaría siendo un amigo para toda la vida.

El organizador y líder del programa era Fredy Hirsch, un profesor de deportes al que todos los niños adoraban. Era nuestro ídolo, nuestro modelo. Allí aprendí varias canciones hebreas que nos dieron mimeografiadas en el alfabeto fonético. Y cantábamos entusiasmados «*Anu banu artza livnot ulehibanot ba*» (en hebreo, «Vinimos a nuestra tierra a construirla y reconstruirnos»), sin entender ni una sola palabra de la letra.

En verano había tiendas de campaña donde podíamos dormir la siesta por la tarde o simplemente sentarnos a leer. Muchos de los adultos que trabajaban con nosotros eran sionistas y hablaban de la tierra de Palestina, que iban a construir en cuanto terminase la guerra. Nos trasladaban su entusiasmo y nosotros empezamos a querer saber más sobre todo ello. Aquellos días en Hagibor fueron alegres, a pesar de la sombra ominosa de las deportaciones que nos aguardaba a todos.



Espectáculo de magia en Hagibor, agosto de 1941. Harry Kraus, el mago Borgini y Fredy Hirsch

Recuerdo varias actuaciones de un mago llamado Borgini y su ayudante, Harry Kraus (en aquel momento no sabía que acabaría casándome con su

hermano mayor, Otto). También pusieron en escena *El sueño de una noche de verano*, interpretada por los niños del orfanato judío y dirigida por el joven Rudolf Freudenfeld, al que llamaban Baštík. Zdeněk Ornstein hizo de maravilla el papel de Puck.

Mientras yo pasaba aquellas horas felices en los campos de juego, en todas partes estaban ocurriendo cosas trascendentales. Cada vez deportaban a más personas en los transportes y, un día de julio, les tocó a mis abuelos. Nosotros les ayudamos a hacer las maletas y, como ninguno de los dos podía cargar con ellas, vinieron voluntarios judíos a ayudarles. A los dos días se habían ido.

Poco antes de aquello, llegó una carta del tío Ernst-Benjamin desde Palestina, después de dar un buen rodeo por Inglaterra, diciendo que ahora vivía en el kibutz Ashdot Yaakov, que se había casado con una mujer llamada Hadassa y tenían un hijo llamado Doron. Era una noticia maravillosa, y yo fui la encargada de contárselo a mis abuelos. Madre me explicó cómo hacerlo gradualmente para no abrumarles a su avanzada edad. Mientras caminaba desde la calle Waldhauser hacia Kostečná, ensayé lo que les iba a decir: primero les contaría lo de la carta y luego, poco a poco, el resto de las buenas noticias, por partes. La abuela sintió un gran alivio al recibir la primera señal de vida de su hijo desde su marcha y le hizo muy feliz saber que tenía otro nieto. Sin embargo, el abuelo se mostró apático, no dio ninguna muestra de alegría.

El verano acabó y todo se volvió más oscuro. Aparte de que los días eran más cortos y fríos, el mundo estaba cada vez más vacío y no quedaba nada que anhelar. Había menos amigos, solo transportes y deportaciones constantes.

En noviembre nos tocó a nosotros. Tampoco había demasiado que organizar, pues mis padres ya habían distribuido nuestras pertenencias. El hermano de mi madre, Hugo, vino de Brno unas semanas antes y se llevó una caja de zapatos llena de fotos y algunos otros artículos para guardarlos a salvo. Varios amigos que no eran judíos vinieron a despedirse. Y por supuesto Manya, que intentó ayudar todo lo que pudo.

Mis padres y mis abuelos querían mucho a Ludvík y Manya quien,

después de morir él, siguió visitándonos a menudo. Los cristianos tenían prohibido mantener ningún contacto con judíos, pero a Manya le daba igual. Siempre nos traía algo de comer; la comida escaseaba y ya estaba racionada, y los judíos recibíamos aún menos que el resto de la población. Después, cuando ya estábamos en Terezín, empezó a enviarnos paquetes con pan, miel artificial o un tarro de grasa de ganso. Sus padres eran agricultores y conseguían ocultar parte de la producción a los controladores alemanes.

La víspera de nuestra marcha, Madre me dijo que diera mis juguetes a Manya para sus sobrinas, y me alegró pensar que no se quedarían allí, para acabar en manos de niños nazis. Sin embargo, cuando le entregué mi muñeca favorita, la que tenía tirabuzones como Shirley Temple, no pude contener las lágrimas y rompí a llorar amargamente. Manya y mi madre se quedaron un poco de piedra al ver a una niña de trece años medio llorando así por una muñeca. Pero no sabían que mis lágrimas no eran por la muñeca, sino por mi infancia y por el final de la vida tal y como la conocía.

A la mañana siguiente, cerramos la puerta detrás de nosotros, entregamos la llave al portero, cogimos el tranvía, para el que habíamos recibido un permiso especial y fuimos a la estación de recogida en el recinto ferial.

Aquel fue el aplazamiento más importante de mi vida.

SEGUNDA PARTE

1942-1945

11

Los años de la guerra, Terezín

*D*espués de dos días y dos noches en el suelo del Pabellón de Exposiciones de la Radio, a primera hora de la mañana marchamos en fila hasta la estación de ferrocarril cercana a Bubny. Nuestro transporte llegó a Terezín el 20 de noviembre de 1942. No recuerdo el viaje en sí, solo la llegada a Bohušovice. El tren terminaba allí y tuvimos que caminar los dos kilómetros y medio restantes hasta el campo. Varios carros cargaron las maletas y trasladaron a los ancianos y los enfermos. No era fácil caminar, porque llevábamos varias capas de jerséis y abrigos. Cada persona podía llevar un máximo de cincuenta kilos de equipaje, pero nadie controlaba lo que llevábamos puesto.

Las calles de Terezín estaban vacías; no se podía salir cuando llegaba un transporte. Pero la gente se asomaba a las ventanas para ver quién llegaba, saludaban y hacían gestos a aquellos que reconocían.

Las maletas, con nuestros nombres y los números del transporte marcados con pintura blanca, estaban desparramadas por el patio y tuvimos que buscar la nuestra entre aquella confusión. No llegamos a encontrar una de ellas, la que contenía las conservas que mi madre había escondido tan laboriosamente para la deportación.

Al principio nos metieron en un espacio que parecía una catacumba dentro de los gruesos muros de la ciudad, una especie de mazmorra oscura con ranuras por ventanas. Mi padre, mi madre y yo pasamos todo el día sentados en nuestros colchones enrollados sobre el suelo de piedra, junto a cientos de personas, esperando a que nos dieran alojamiento. Era noviembre y teníamos frío.

La primera en venir a vernos fue la abuela. Traía noticias tristes: el abuelo

había muerto poco antes de llegar nosotros. Por haber sido senador en el parlamento checo, a ellos les alojaron en la llamada Casa de los Prominentes. Era la política de los líderes del gueto, o tal vez fuese orden de los alemanes, mantener a la gente de renombre en mejores condiciones. El alojamiento superior consistía en una habitación compartida con otra pareja de ancianos, con una manta colgada en el medio para crear «intimidad». Al morir el abuelo, nuestra modesta abuela, en su tónica de siempre, renunció al privilegio y se mudó a los barracones de los prisioneros comunes, diciendo: «No tengo derecho a recibir un trato preferencial».

Después de un tiempo, Madre y yo fuimos trasladadas a una habitación en los barracones Magdeburg y Padre a los barracones Hanover. En los nuestros tampoco había cama. Compartíamos habitación con veinticinco o treinta mujeres.

Un día oímos que iba a salir un transporte del gueto, pero que los enfermos estarían exentos. Llegó una especie de comisión formada por un médico, una enfermera y algún otro, y yo decidí que iba a tener fiebre. Sé que no estaba enferma, y desde luego no podría haber frotado el termómetro con los médicos delante. Pero yo decidí ponerme mala y así fue. El termómetro dio una temperatura alta y nos salvamos del transporte.

A la madre de mi amiga Raja la hicieron directora de la Heim L 410, la residencia de niñas. Yo quería vivir en la Heim para estar con Raja y pedí a su madre que lo organizara, pero o no podía, o no quiso darme un trato preferencial solo por ser amiga de su hija.

Al final, lo conseguimos de forma sencilla y por la vía oficial. Una de las camas de una litera en la sala 23 quedó libre y yo me instalé. Era una especie de antesala que daba a las dos salas contiguas, la número 24 a la izquierda y la 25 a la derecha. Para que hubiese suficiente espacio de paso, la 23 tenía menos camas y solo éramos doce niñas. Una de las chicas de mi sala era Lydia Holzner, y dormía a mi lado. Otra era la pobre Marta Pereles, que no tenía madre, solo padre. Marta se puso enferma, le subió la fiebre y se la llevaron al hospital. Nadie podía ir a visitarla. A los pocos días nos llegó la noticia de que había fallecido. Su padre, un hombre jorobado, siguió viniendo a nuestra sala incluso después de morir Marta. Se sentaba

silenciosamente en el alféizar de la ventana y lloraba. No nos atrevíamos a molestarle. Dejábamos de hablar, respetando su pena.

Mi litera era la de en medio, la menos apetecible, porque en la de arriba había suficiente espacio para ponerse de pie, y la de abajo tenía la ventaja de que podías sentarte con los pies en el suelo, mientras que la del medio era tan baja que solo te podías sentar encorvada, con la cabeza agachada entre los hombros. Para colmo, encima había otra niña y, para mi desgracia, se trataba de Kuni Kulka.

Era una niña alta y pelirroja que disfrutaba volviéndonos locas. A mí me tenía especialmente enfilada, tal vez porque era nueva y no me atrevía a enfrentarme con ella. Le gustaba cantar muy alto con voz chirriante, y recuerdo que una de las canciones era, *Lecho Daudi Likras Kalo*, la canción tradicional judía para dar la bienvenida al Sabbat. Allí fue donde la escuché por primera vez, ya que en casa no celebrábamos el Sabbat. Lo gracioso es que Kuni no nació judía, solo fue adoptada por una familia judía.

Aguanté su irritante comportamiento durante bastante tiempo, sin caer en sus provocaciones. Cuando nos callábamos, se ponía a cantar adrede y tan alto como podía. Mecía la litera de madera y hacía comentarios socarrones.

Un día se me agotó la paciencia e hice algo poco habitual en mí y de lo que todavía me arrepiento. Kuni empezó a sacar hebras de paja de su colchón y a soltarlas una a una sobre mi cama a través de los huecos entre las tablas. Caían sobre mi cabeza, en mi cara, en mi pelo. De nada sirvió pedirle que parase. Cuanto más enfadada me veía, más rápido llovía la paja. Entonces estallé y empecé a gritarle, llamándola bastarda y niña ilegítima. No sabía lo que decía, solo quería devolverle el golpe.

Kuni empezó a chillar y sollozar. Había tocado nervio. Pero a mí me dolió igual. Me sentía profundamente avergonzada, sabía que había hecho algo prohibido, que había cruzado un límite, que es tabú. Noté también la consternación del resto de las chicas, aunque al mismo tiempo sabía que me entendían. Me pregunto cuál de ellas seguirá viva y recordará lo ocurrido.

Poco después de aquello, conseguí que me dieran una cama en la sala 25 con Raja y a partir de entonces disfruté de la convivencia con las chicas. Leían mucho, especialmente poesía. Les encantaban Halas, Wolker y Seifert, y recitaban sus poemas. Solían leer novelas famosas de autores como Romain Roland o Thomas Mann y luego las comentaban. Cada una de nosotras había traído en la mochila uno o dos de nuestros libros favoritos

de casa y los intercambiábamos. Una chica, Sonia Schultz, nos entretenía con su pantomima de «abuela, apaga la vela» torciendo la boca en todas direcciones. Estudiábamos en secreto con nuestra profesora Magda Weiss, y la famosa pintora Friedl Brandeis nos enseñaba dibujo.

Las clases se impartían después de trabajar. Tratábamos la mayoría de las asignaturas de la escuela y no teníamos obligación de participar, pero la mayoría de las chicas tenía ganas de aprender. No había un programa establecido. Personas especializadas en distintas materias, como música, biología o incluso astronomía, venían a la Heim a darnos clase. Muy pocas niñas tenían cuadernos para apuntar. En nuestra sala había una mesa y un banco para cuatro. El resto se sentaba en su litera. Evidentemente, no había lista de asistencia: enseñar estaba terminantemente prohibido y tenía que hacerse clandestinamente.

Friedl Brandeis, pintora y diseñadora, enseñaba dibujo y pintura. Podía asistir quien quisiera. Una vez invitó a su dormitorio a varias chicas que habían mostrado interés en el arte. En realidad estaba al final del pasillo, separado por una puerta improvisada. Tenía una carpeta grande de reproducciones, entre ellas los girasoles de Van Gogh. Nos hizo fijarnos en sus atrevidas pinceladas para sugerir lo salvaje de las flores.

—¿Qué colores veis? —nos preguntó.

—Amarillo, verde y marrón.

—Fijaos un poco más.

Y descubrimos fascinadas que había toques de azul, naranja, incluso rosa.

Para mí fue una revelación. Ella nos enseñó lo que debíamos buscar en un cuadro. A mí me enseñó a apreciar el arte.

Sin embargo, los mejores ratos los pasamos ensayando *Brundibár*, la ópera para niños. Al principio, notaba que algunas chicas desaparecían del dormitorio y al volver venían cantando melodías extrañas, interesantes, modernas. Al preguntar a una de ellas qué cantaban, me dijo que estaban ensayando una ópera. Yo también quería cantar y me dijeron que podía ir con ellas al siguiente ensayo. Tenía lugar en el sótano de nuestro edificio. Había un armonio que tocaba Rudolf Freudenfeld, al que llamábamos Baštik, el joven que había dirigido *El sueño de una noche de verano* en Hagibor. Para ver cómo era mi voz, me hizo cantar escalas al tiempo que él

las iba tocando. Me dijo que podía unirme al coro.

Las actuaciones eran en una sala grande de los barracones Magdeburg. El pequeño escenario estaba decorado con un fondo de tejados, una escuela y una valla de madera. Los solistas cantaban delante de la valla y el coro estaba escondido detrás de ella. Había tres animales (un perro, un pájaro y un gato) pintados como si fueran un cartel sobre la valla. Esperábamos sentadas en silencio sobre los talones, esperando nuestra entrada. Cuando de repente sacábamos la cabeza y los hombros, el público exclamaba «¡Aah!». ¡Cómo disfrutaba ese momento! Luego, el rostro de la solista, que hacía del animal, aparecía de pronto en el agujero recortado en la imagen de la valla, y el público volvía a reaccionar ruidosamente. Después de veinticinco representaciones, todos los cantantes, incluido el coro, recibimos un premio especial de 100 gramos de azúcar y de margarina.

Me encantaba cantar en *Brundibár* y evidentemente, no tardé en aprenderme todos los papeles solistas, todo el mundo se los sabía. Un día Greta, la cantante principal, se puso enferma y Baštik buscaba una sustituta para la función de la noche. Yo me ofrecí y me dejó cantar unos versos. «Lástima —dijo—. La cantas bien, pero eres demasiado alta.» Los primeros versos de la ópera son:

> Mi nombre es Pepíček.
> Nuestro padre murió hace mucho.
> Llevo a Aninka de la mano.
> Nuestra madre está enferma.

Evidentemente, Pepíček era el hermano mayor y yo era mucho más alta que el niño que interpretaba su papel. Por eso perdí la única oportunidad que he tenido en la vida de convertirme en solista de ópera (aunque meses más tarde, el hecho de ser alta me salvaría la vida, cuando pasé la selección del doctor Mengele en Auschwitz).

Aún recuerdo fragmentos de escenas de la época en el gueto. Me acuerdo de la madre de Sonia con sus botas de trabajo cubiertas de barro en medio de nuestro dormitorio, mirando hacia arriba y hablándole en la litera de arriba.

Sonia estaba enamorada de un chico, un amor adolescente. Lo conocía del huerto de verduras donde trabajaba. Ni siquiera sé si él sabía que le gustaba. Un día, estábamos mirando afuera por la ventana, cuando Sonia señaló a un

chico que pasaba por delante y dijo: «Mira, es él. Es Harry Kraus».

Otra escena. El conocido cantante Karel Berman vino a nuestra Heim. Subieron el piano del sótano e interpretó partes de la ópera *Rusalka* de Dvořak. Nos explicó que cada personaje de la obra está representado por una determinada melodía. Fue una experiencia estimulante que jamás he olvidado.

Otro recuerdo: estoy en el pasillo con mi colchón colocado en la ventana abierta, tratando de quitar las pulgas escondidas en las costuras. También recuerdo a la mujer que venía a la Heim una vez por semana para comprobar si teníamos piojos.

En la sala 25 había una estufa de leña redonda donde pegábamos peladuras de patata y cuando estaban asadas se caían. ¡Eran todo un manjar!

Durante los trece meses que estuve en el gueto, hubo un lujo especialmente delicioso: nos dieron entradas para nadar una hora en la única piscina cubierta de Terezín. Aquel fue un placer verdaderamente único.

Mis padres no venían a visitarme a la residencia de niñas, pero podía verlos en la de mi abuela. Vivía en uno de los barracones de mujeres y allí era donde nos reuníamos casi cada día, después del trabajo. Siempre lograba tener algo de comida que darnos, a menudo guardada de sus propias raciones. Dos o tres veces recibimos paquetes de Manya. La abuela los guardaba para nosotros; estaban más a salvo en sus manos, porque ella no tenía que trabajar.

Mi padre era un intelectual incapaz de arreglárselas con las labores del día a día. No sabía qué hacer con sus utensilios de afeitado y los enrollaba directamente en su toalla húmeda. Nunca lavaba su cuenco. Empecé a sentirme responsable de él y a menudo ordenaba sus cosas.

Un día, mi primo Pavel Uri Bass, que trabajaba en la carpintería, me trajo un regalo que había hecho. Era una estantería con dos baldas, la envidia de todas las chicas. Así podría dejar mi cepillo de dientes y otros artículos y no tener que andar buscándolo en mi maleta, que se guardaba con el resto del equipaje debajo de las literas. Aparte de la mesa y el banco, no había armarios ni ningún otro mueble en la sala.

La comida en Terezín se distribuía desde las cocinas centrales. Los reclusos tenían que hacer cola en el patio de los barracones con un cuenco o cualquier recipiente que tuvieran, y los que trabajaban en la cocina les iban

echando un cucharón de sopa a cada uno. Tenía un color marrón grisáceo por el ingrediente principal, lo que llamaban polvo de lentejas. A día de hoy, el olor a lentejas me sigue provocando náuseas. Encima del cuenco iba el plato principal del día. Podía ser patatas con salsa o una bola de masa hervida, y algunas veces, una cucharada de *goulash*. Nunca ponían verdura ni fruta. A veces había *buchta* (una especialidad checa que consistía en una especie de bollo) con una salsa hecha de café azucarado y mantequilla.

Distribuían un pan de mala calidad en los dormitorios. Cada persona recibía un sexto de hogaza, junto con una loncha de salami o un poco de margarina, o de vez en cuando una cucharada de mermelada de remolacha.

La gente que hacía trabajo pesado recibía raciones adicionales, igual que los niños. Nosotros tampoco teníamos que hacer cola afuera, y la comida del mediodía nos la traían a la Heim. Eso y el sucedáneo de café sin azúcar de la mañana era la única comida que nos daban.

Era demasiado poco para vivir pero demasiado para morir. Los que más hambre padecían eran los ancianos. No tenían ni los suplementos de los trabajadores ni ningún otro medio para conseguir más alimento. Algunos reclusos trabajaban en la cocina, la panadería o los huertos de verdura, y allí podían hurtar provisiones. Otros afortunados recibían paquetes de comida, y para ello enviaban una autorización a sus parientes o amigos fuera del gueto una vez al trimestre.

Recuerdo a mi madre comentándole a alguien: «Estamos sufriendo de hambre». Yo le pregunté: «¿Esto es hambre?». Su respuesta fue: «Sí, nos estamos muriendo de hambre». De pronto, sentí un inmenso alivio. Si aquello era el hambre, yo podía soportarla sin problema. Podía comer todo el tiempo si había comida. Pero yo no estaba sufriendo.

Eso vino después.

Todos los mayores de catorce años estaban obligados a trabajar. El Departamento de Juventud de la administración judía del gueto nos enviaba a trabajar en los huertos de verdura. Había varios motivos para ello. Para empezar, el trabajo al aire libre era saludable, pero además, así los jóvenes aprendían a cultivar hortalizas, algo que les sería útil cuando fueran a Palestina después de la guerra. Y tal vez también lograran alguna hortaliza a escondidas, aunque se suponía que toda la cosecha era para los alemanes, no para los judíos. Los huertos estaban en el espacio entre las gruesas murallas o encima de ellas.

No me gustaba trabajar allí. Era el comienzo de primavera y aún no crecía nada. Eso significaba que nos pasábamos todo el día llevando cubos de agua, un trabajo duro y aburrido. Pedí que me transfirieran a otro lugar. La persona con quien debía hablar en el *Jugendainsatz* era Honza Brammer, a quien más tarde, en Israel, llamarían Dov Barnea. Mi padre trabajaba en otro departamento del mismo piso y le conocía. Me llevó a ver a Brammer y le pidió que me buscase un trabajo más adecuado. Me envió a un taller que fabricaba carteras de piel falsa para Alemania, pero aquello era aún más aburrido que llevar cubos de agua. Los trabajadores se sentaban junto a una mesa larga y cada uno realizaba un paso de la producción de la cartera. La persona a mi izquierda doblaba la solapa superior y me la pasaba, yo doblaba la solapa inferior y la deslizaba hacia el de mi derecha, y así todo el día. Estaba rodeada de adultos, era la única joven. Fui varios días y lo dejé. A partir de entonces, solo hice labores en la Heim.

Teníamos una bonita tradición en nuestra residencia. Cuando era el cumpleaños de alguna niña, le dábamos un regalo, casi siempre algo que habíamos hecho con nuestras propias manos, y metíamos un pequeño corazón de tela con sus iniciales bordadas, o un cuadernito con una foto. Como éramos tantas, siempre teníamos algún regalo que hacer. Y a veces también hacíamos regalos para algún niño de la Heim de chicos.

Uno de ellos guardó su regalo y hoy está expuesto en Beit Terezín en el kibutz Givat Chaim. Una de las veces que fui a visitarlo, me llamó la atención. Como me resultaba familiar, le pedí al comisario que lo sacara de la vitrina. Al pasar las páginas, encontré mi firma. Era un regalo para un niño llamado Honza Wurm, que lo envió a Beit Terezín desde Estados Unidos. No le recuerdo en absoluto.

Un día ocurrió algo realmente espantoso en el gueto. Los alemanes dieron orden de que toda la población saliera a un campo al otro lado de las murallas para hacer un recuento. Miles de personas pasaron el día entero allí de pie, en medio de una fría llovizna, agrupadas por su «dirección». Teníamos que hacer nuestras necesidades allí mismo, poniéndonos en cuclillas, mientras los amigos nos tapaban con una manta. No sabíamos qué querían hacer con nosotros y estábamos muy asustados. Cuando nos dejaron volver a los barracones, ya era muy tarde. Hubo mucha confusión, la gente se perdía en la oscuridad y tardamos muchas horas en llegar a nuestra Heim.

Recuerdo a la profesora Edith Weiss, la hermana de nuestra profesora Madga. Se ofreció voluntaria, junto con una serie de reclusos del gueto, para trabajar con los niños de Białystok. Aquellos niños hambrientos y desaliñados llegaron un día a Terezín, los alojaron en unas cabañas fuera del gueto y estaba terminantemente prohibido tener contacto con ellos. Se rumoreaba que los iban a mandar a Suiza, a cambio de camiones para los alemanes. El plan fracasó cuando resultó que los niños sabían de las cámaras de gas en las que habían asesinado a sus padres. El mundo no podía enterarse, así que los enviaron a Auschwitz, donde perecieron, junto con toda la maravillosa gente que les acompañaba.

Otra persona que recuerdo de la Heim es la señora Mühlstein, la madre del niño que hizo el papel de Pepíček en la ópera. Era una de las supervisoras en la residencia de niñas. Por supuesto, también me acuerdo de Willy Groag, el encargado de nuestro edificio. Estaba un poco enamorada de él; era joven y guapo.

Para las niñas de la Heim, la vida era algo menos terrible que para los adultos. Pero todo eso cambió en diciembre de 1943, cuando nos enviaron a Auschwitz.

12

Auschwitz-Birkenau, Campo BIIb

Lo que más temía casi todo el mundo en Terezín eran los transportes y, de vez en cuando, se corría la voz de que pronto saldría uno hacia el este. Algunos tenían suerte de estar exentos, ya fuera por ser miembros de la administración o trabajadores especializados difíciles de reemplazar.

Un mensajero de la administración judía entregaba a cada persona la citación y una etiqueta con su nombre, normalmente un día o dos antes del transporte. Tampoco había mucho que preparar. De todos modos, apenas habíamos abierto el equipaje desde nuestra llegada, pues no había dónde guardar las cosas. Algo de la ropa que habíamos traído se había perdido en la lavandería a pesar de que habíamos bordado nuestro nombre en todas las prendas. Después de trece meses en el gueto, algunos zapatos y vestidos ya se me habían quedado pequeños. Así que yo solo llevaba una mochila.

Nuestro turno llegó el 18 de diciembre de 1943. Teníamos que esperar al tren en uno de los barracones. Sonia, su madre y su hermana también iban en el transporte. La gente se arremolinaba en el patio. Sonia me señaló a un joven con botas hasta las rodillas, que estaban muy de moda por entonces: se llamaba Otto Kraus y era el hermano mayor de Harry. Teníamos catorce años, él veintidós. Para nosotras era una persona mayor e interesante. A la mañana siguiente, nos estábamos cepillando los dientes en los baños, y vimos a un anciano afeitándose en camiseta interior. Sonia me susurró: «Es el padre de Harry». Finalmente, Sonia, su hermana y su madre se cayeron de la lista del transporte y regresaron al gueto.

A la mañana siguiente, nos subieron a empujones a Madre, a Padre y a mí a un vagón junto con decenas de personas hasta que ya no cabía nadie más. La puerta corredera se cerró de golpe. No había ventanas, solo una estrecha

ranura bajo el techo. Tampoco nos podíamos sentar y había que estar de pie, apretados. Durante el viaje, apilamos las maletas para hacer hueco y que pudieran sentarse unas cuantas personas. Había un cubo para hacer nuestras necesidades, y lo hacíamos delante de todos. Se llenó rápidamente, pero no teníamos forma de vaciarlo. Es sencillamente imposible describir aquel hedor… la falta de aire. Íbamos en silencio, aturdidos por el horror de nuestra realidad. Nadie hablaba.

No recuerdo cuánto tiempo duró el viaje. Tal vez dos días y una noche, o dos noches y un día. El tren se detenía a menudo durante horas. Nos turnábamos para sentarnos en el suelo de madera. Una niña se subió a lo alto de un montón de maletas y desde allí miraba por la ranura y leía los nombres de las estaciones que pasábamos. Comprendimos que íbamos de camino a Polonia.

El tren llegó a su destino a medianoche con más de dos mil quinientos pasajeros. Bajo unas luces cegadoras, un grupo de hombres extraños vestidos con uniformes de prisión a rayas empezaron a gritar: «*¡Raus, raus, schneller, schneller!* (¡Afuera, rápido!) Dejad las maletas». Nos golpeaban con palos cortos. En el apeadero había soldados de las SS con perros pastores alemanes ladrando, y gritos, chillidos, caos. «¡Hombres aquí! ¡Mujeres ahí! ¡En filas de a cinco, uno al lado de otro!» Oímos la palabra *Auschwitz*.

En ese instante lo comprendí. Estamos aquí. En el infame campo de concentración de Auschwitz.

En los vagones quedaron nuestras pertenencias, junto con unos cuantos cadáveres.

Al mirar a nuestro alrededor, vimos hileras de barracones sin ventanas, rodeados de alambrada de espino fijada a unos postes de cemento inclinados hacia dentro como los tallos de una flor gigante. En cada esquina había una torre de vigilancia con un guardia.

Madre consiguió coger una de las maletas. Aturdidos y desorientados, cegados por los focos, marchamos junto a la alambrada hacia uno de los barracones. Nos acurrucamos en el suelo e intentamos dormir a pesar del frío helador. Nos habían separado de los hombres: allí solo había mujeres y niños. La maleta de Madre contenía algo de comida que había ido apartando

concienzudamente en el gueto para el viaje hacia lo desconocido. Sabíamos que nos la quitarían, así que Madre y yo comimos todo lo que pudimos y compartimos el resto con las mujeres a nuestro alrededor.

En otro barracón, tuvimos que desnudarnos y darnos una ducha fría ante la mirada de los soldados de las SS, que se reían, señalándonos y haciendo comentarios. Ni ropa, ni toallas. Corrimos en medio del gélido frío a otro barracón. Milagrosamente, yo seguía llevando mis botas. Unas prisioneras nos tiraban harapos de ropa que había amontonada. Otra reclusa iba lanzándonos zapatos viejos desparejados, sin mirar el tamaño, de otro montón. Nosotras intentábamos intercambiar pequeños por otros más grandes, y al revés. Luego estuvimos esperando varias horas en fila para que nos tatuaran un número en el antebrazo. A mí me pusieron un 7 y antes de la siguiente cifra se acabó la tinta de la jeringuilla. El 3 apenas se veía. Con tinta nueva, recibí el resto de mis números, hasta quedar el 73 305. El número de mi Madre era el siguiente.

La angustia y el desánimo nos superaron. Llegado ese punto, Madre y yo decidimos morir. Habíamos alcanzado la desesperación absoluta. No quedaba ni una sola chispa de esperanza y no queríamos vivir. Pero tampoco había ningún modo práctico de suicidarnos; no teníamos arma, ni cuerda, ni cuchillo. Teníamos que seguir.

Por la mañana, nos trasladaron a un recinto lejos de allí. Empezaron a hacinar a las mujeres en el camión. La última que subieron a empujones era una anciana de cabello blanco con una capa negra. Madre y yo nos quedamos esperando al siguiente.

El camión lleno se puso en marcha con una brusca sacudida. No habían cerrado bien la puerta trasera y se abrió. La anciana perdió el equilibrio, se desplomó y cayó. Mientras lo hacía, su melena blanca se abrió alrededor de su cara como un halo y parecía como si no estuviera cayendo, sino volando. Su larga capa negra se desplegó como una vela y descendió lentamente sobre su cuerpo en el suelo.

Quedó despatarrada sobre la tierra helada y nadie se acercó. Puede que no estuviera muerta, tal vez podría haberse salvado. Pero el camión siguió adelante y nosotras, allí de pie, no nos atrevimos a movernos por los *kapos* con sus porras. Aunque tal vez la afortunada fuera ella, que se libró de un largo sufrimiento y una muerte peor.

Pero para mí, una chica de catorce años, el recuerdo de aquella anciana

mujer sin nombre se ha convertido en la quintaesencia de la Shoah que fue Auschwitz.

Recorrimos a pie el último tramo junto a la valla hasta el Campo BIIb. Era el llamado «campo familiar». Nuestros hombres habían llegado antes; estaban irreconocibles. No reconocí a mi propio padre.

En el campo encontramos a gente del transporte anterior, que había llegado de Terezín en septiembre. Vimos a amigos, parientes, antiguos vecinos. Estaban raros, decían cosas extrañas como «vamos a salir por la chimenea», o «acabaremos en las cámaras de gas». Sus ojos eran inexpresivos, como si se les hubiera apagado la luz.

Pensé que estaban locos, que habían perdido la cabeza. Pero ellos señalaban hacia las altas chimeneas al otro lado de la alambrada, que echaban un humo oscuro; el aire olía a carne quemada y estaba cargado de una fina ceniza gris. No me quedaba otra elección que asumir la realidad. Y sin embargo, una voz en mi interior no paraba de repetirme: «No voy a morir, no voy a morir».

En nuestro sector BIIb había 32 barracones de madera idénticos sin ventanas, de unos 75 metros de longitud cada uno. Eran dieciséis a cada lado de la calle central, con los tejados cubiertos de tela asfáltica. Se llamaban bloques y tenían números. Dentro había una chimenea horizontal con un horno en cada extremo, pero no estaban encendidas. Algunos bloques eran talleres, uno era un almacén de ropa, otro una cocina, letrinas, lavabo y una *Kommandatur* (el cuartel general del comandante), y el resto funcionaban como dormitorios de prisioneros. Hombres y mujeres en bloques separados, los niños con los hombres, las niñas con las mujeres.

A Madre y a mí nos metieron juntas en el Bloque 6, un barracón de mujeres. En las literas superiores a ambos lados de la mía dormían las gemelas Annetta y Stěpa, y al lado de esta, Eva Weiss, una de nuestras instructoras en la Heim de Terezín.

Seis personas en estrechas literas diseñadas para cuatro… una fina manta y un colchón de paja… la ropa que llevábamos puesta… una cuchara y un cuenco, eso era todo lo que teníamos. A partir de entonces viviríamos sin una muda de ropa, sin peine, sin cepillo de dientes, ni toalla, aguja ni tijeras, ni una navaja o un lápiz, por no hablar de papel higiénico o compresas.

Llevábamos la cuchara atada al cordel que hacía de cinturón, por temor a que nos la robaran o a perderla.

13

Las letrinas

No recuerdo cuándo utilizábamos las letrinas y cuándo el lavabo, que tenía una larga pica metálica y una fila de grifos de los que salía un hilo de un agua fría y marronácea.

No creo que muchas personas en el mundo hayan visto algo parecido a las letrinas del campo familiar. Las usaban los millares de reclusos, hombres a la derecha y mujeres a la izquierda. Tenían seis bancos de hormigón con agujeros redondos que iban de un extremo al otro del «bloque». Debajo había un hoyo profundo. Cada día echaban un poco de desinfectante en el hoyo, cuyo olor punzante y ácido hacía saltar las lágrimas.

El banco doble del centro estaba dividido por una pantalla hecha con sacos de arpillera, que tapaba la parte media del cuerpo de una persona de pie. La cabeza y los hombros seguían a la vista, y también las rodillas. Cuando la persona se sentaba, su cabeza quedaba tapada por la pantalla, pero su trasero desnudo se veía por el hueco.

La gran mayoría de los prisioneros tenía diarrea constante por inanición, de modo que las letrinas estaban permanentemente llenas. Por la noche, nos encerraban en los bloques y teníamos que hacer nuestras necesidades en cubos cerca de la entrada trasera. Durante el día pasábamos muchas horas en formación delante del bloque para que los guardias de las SS hicieran el recuento o *Appell*. Por ello, el tiempo que quedaba para usar las letrinas era limitado.

Sabías exactamente qué trasero tenías detrás de ti porque le veías entrar. Si se sentaba sobre el agujero, no le veías el ano, solo oías el *plop*, *plop*. Pero mucha gente no soportaba sentarse en el cemento (aunque no estuviera sucio, sí se notaba frío y rasposo) y hacían sus cosas agachándose hacia

delante con las manos en las rodillas. Era espantoso pero inevitable ver las heces saliendo del trasero de aquellos pobres desgraciados, a menudo con sangre, y esa imagen te acompañaba durante días.

Un recuerdo muy, muy desagradable, que ojalá pudiera borrar.

14

La vida en el campo

En el campo familiar, el día comenzaba con los gritos del kapo para despertarnos. Sacábamos un agua caliente y marrón que llamaban té de un barril. Nos bebíamos parte, y el resto la usábamos para lavarnos la cara y las manos. Luego tocaba Zählappell (recuento), todo el mundo afuera, a ponerse en filas de a cinco, con un frío helador. Era lo mismo en todos los campos: cinco, diez, quince, veinte… eso facilitaba el recuento. Cuando los números no cuadraban, porque no se hubiera contado algún cadáver nuevo en el barracón, o había algún prisionero enfermo incapaz de levantarse, pasábamos horas allí de pie.

Todos los adultos tenían que trabajar. No recuerdo lo que hacían mis padres. Los hombres llevaban piedras para intentar pavimentar Lagerstrasse. Cuando las piedras se hundían en el barro blando o la nieve, les obligaban a llevarlas de un montón a otro, y así varias veces. Las mujeres trabajaban en distintos talleres o llevaban los barriles de sopa. La sopa del mediodía consistía básicamente en trozos de *Dorschen* (una especie de nabo para alimentar al ganado), algo de patata y otras cosas imposibles de identificar. Por la tarde había otro *Zählappell*, y luego tiempo libre. Como las mujeres tenían prohibido acceder a los barracones de los hombres, y viceversa, me encontraba con Madre y con Padre en Lagerstrasse.

Una tarde de enero o febrero, un niño llamado Pavel Glaser me invitó a cenar en el bloque número 8 de los hombres. El *Blockältester* era Jenda Hutter, un joven que imponía disciplina al resto de compañeros. En los dos *Zählappell* diarios, les ordenaba «*¡Mützen ab! ¡Mützen auf!*» y los hombres tenían que quitarse la gorra y volver a ponérsela. Y así, cinco veces, diez

veces, infinitas veces. Cuando lo recuerdan, todos los que sobrevivieron se preguntan cómo aquel amigo decente y simpático de Terezín pudo convertirse en una bestia así.

Pavel tenía varios años más que yo. Nos conocíamos de Terezín, pero apenas sabíamos nada el uno del otro. Nunca sabré cómo logró colarme en el bloque de los hombres. Nos sentamos con las piernas cruzadas sobre la litera superior donde dormía y comimos una salchicha troceada, con un poco de vinagre por encima. ¡Increíble! ¿De dónde salió? ¿Le había llegado un paquete? ¿Por qué iba a compartir una delicia como esa con una desconocida prácticamente? No éramos amigos y él tampoco esperaba nada de mí a cambio. Renunciar a comida, aunque fuera un bocado, cuando teníamos tantísima hambre, era casi inhumano. Puede que las madres o las esposas amantes fueran capaces de hacerlo.

Pero Pavel Glaser lo hizo. Murió varias semanas después en la cámara de gas. Me pregunto si alguien se acuerda de él. Yo me acuerdo, por la salchicha.

Los prisioneros empezaban a perder peso rápidamente, cobraban un aspecto encogido, arrastraban los pies, moqueaban y tenían diarrea. Costaba pensar en nada que no fuera comida. El ansia de alimento era abrumadora.

Mi padre no tardó en sucumbir. El amable intelectual de voz suave pereció en Auschwitz apenas unas semanas después de llegar. Simplemente se fue consumiendo hasta que ya no se podía levantar de la litera. Un día noté que no estaba delante de los barracones masculinos durante el *Zählappell*. Cuando anocheció, me colé en su barracón y le vi tumbado en su camastro. Tenía los ojos cerrados y el rostro sin afeitar hundido. No se movió ni reaccionó ante mi voz. Junto a la cabeza tenía su cuenco con la sopa gris. Me sorprendió que nadie se la hubiera robado.

Estuvo allí tumbado un día más. De noche, desperté de pronto como si alguien me estuviera llamando. Sabía que mi padre había muerto. A la mañana siguiente, averigüé que así era. Era el 5 de febrero; Padre tenía cuarenta y cuatro años.

En aquel momento, Madre tenía difteria y estaba en el pabellón de aislamiento. Nadie podía entrar, pero tenía que contarle lo de Padre. Me acerqué al muro, di varios golpes sobre la madera y la llamé «¿Mamá?

¿Mamá?», hasta que la oí contestar. A través de una ranura en los paneles, dije: «*Maminko, tatínek umřel*… (Mamá, Papá ha muerto)».

Durante el día, los niños estaban en el Bloque 31, el *Kinderblock*. No recuerdo cuándo empecé a trabajar allí, pero fue gracias a Fredy Hirsch. Logró convencer al comandante de las SS de que los niños estuvieran en aquel bloque vacío durante el día. Los chicos y chicas de catorce a dieciséis años no se consideraban niños, pero trabajábamos como ayudantes. Y Fredy era *Blockältester* de aquel incongruente lugar: un centro de día para niños destinados a morir en las cámaras de gas unos meses más tarde.

Yo tenía catorce años y medio, y Fredy Hirsch me hizo encargada de la biblioteca más pequeña del mundo. Mi trabajo consistía en supervisar los doce libros más o menos que componían la biblioteca. Era una colección aleatoria de títulos. Miles de judíos llegaban por el apeadero cada día. A ellos se los llevaban, pero su equipaje se quedaba atrás y un grupo afortunado de prisioneros tenía la labor de organizar sus contenidos. Cuando encontraban un libro, lo hacían llegar al *Kinderblock.* Recuerdo que uno de ellos era *Breve Historia del Mundo*, de H.G. Wells. Otro era un atlas con mapas. Había otro que no tenía tapa, solo páginas sueltas. He olvidado el resto de los títulos, pero Ruth Bondy asegura que había un libro de gramática rusa, y Eva Merová recuerda otro de Karel Čapek.

Una de las actividades del *Kinderblock* eran los «libros parlantes». Los instructores que se acordaban muy bien de algún libro iban de un grupo a otro contando la historia por partes. Por ejemplo, Ruth contaba *El año del jardinero*, de Čapek.

¡Y Fredy! ¡Cómo le queríamos y admirábamos! Todos los niños querían ser como él. Y no solo en Auschwitz, también en los campos de deporte de Hagibor en Praga y en Terezín. Era un atleta maravilloso, guapo, fiable y honesto. Hasta los hombres de las SS le tenían cierto respeto.[4]

Los niños acudían al *Kinderblock* por la mañana, el *Appell* se hacía dentro y luego los grupos, organizados por edades, se sentaban en círculo sobre pequeños taburetes con su instructor. No había separaciones ni tampoco suelo, solo tierra apelmazada. La chimenea horizontal de ladrillo estaba caliente porque, a diferencia del resto de bloques, allí sí la encendían. No recuerdo con qué combustible, pero me gustaba apoyar la espalda en los ladrillos con los libros delante de mí.

Otto Kraus era uno de los educadores. Su grupo de niños de doce años se

reunía en el mismo rincón donde estaba yo con los libros, al fondo del bloque. Uno de los niños era Arieh, el hijo de Jakob Edelstein, antiguo *élder* de los judíos en Terezín. Podía pasarme todo el día observando a Otto y a los chicos. Aprendían, jugaban a adivinanzas o charlaban. Pero Otto y yo nunca hablábamos.

La disciplina no era estricta en el bloque. Algunos niños no participaban en las actividades, podían marcharse o hacer lo que quisieran, salvo molestar a los demás.

No había material, como pizarras, tiza, lápices o papel. Se enseñaba de forma clandestina y únicamente oral. La versión oficial era que los niños estaban aprendiendo órdenes alemanas, cantando o jugando. Improvisábamos. Algunos niños «escribían» poemas. Afilábamos una astilla de madera de nuestras literas y ennegrecíamos el extremo acercándolo al fuego. Escribían algunas palabras con la punta, luego se volvía a quemar, y así hasta que quedaba demasiado corto. Podía salvarse algo de papel de las hojas que tiraba la oficina de la administración del campo, o de los paquetes que algunos prisioneros recibían de amigos. (Llegaban medio vacíos, saqueados por las muchas manos por las que habían pasado.)

Un día, dos prisioneros lograron escapar y, como represalia, las SS ordenaron afeitar la cabeza a todos los varones del campo. Las chicas decidimos hacer gorros para ellos en el *Kinderblock*. Cogimos jerséis desechados del almacén de ropa, los deshilamos y nos fabricamos agujas de punto frotando astillas de madera con piedras para alisarlas.

Hay una actividad que recuerdo con claridad y placer. De vez en cuando Avi Fisher, uno de los instructores (y posteriormente amigo y vecino en Israel), empezaba a cantar una canción de manera espontánea con los niños. Se subía sobre la chimenea horizontal y les dirigía, moviendo los brazos. Él cantaba la primera estrofa y los niños repetían las palabras a coro. Era una canción en francés: «*Alouette*, te desplumaré la cabeza, las alas, el cuello», y Avi se metía tanto que añadía otras partes de la alondra para que nosotros las desplumáramos. Los niños se iban emocionando paulatinamente, otros grupos se unían a ellos en el estribillo, y así hasta que el bloque se inundaba con sus voces. Aquellos momentos nos levantaban el ánimo.

En primavera, cuando hacía menos frío, los educadores sacaban a los niños a caminar alrededor del bloque o a hacer ejercicios. Sin embargo, así podían ver el apeadero al otro lado de la valla, donde a diario llegaban miles

y miles de judíos húngaros en trenes. De allí los llevaban directamente a las cámaras de gas. Su equipaje permanecía allí y un equipo de prisioneros se ocupaba de él. Montones de pan quedaban casi al alcance, separados por las vías y la valla electrificada.

Gran parte de los hombres y mujeres que trabajaban en el *Kinderblock* apenas tenían veinte años. Eran conscientes de su inminente muerte, y debían de estar aterrados. Sin embargo, pasaron los días que les quedaban con los niños, creando para ellos una especie de refugio en medio de aquel infierno. Ellos son, a mis ojos, los verdaderos héroes de Auschwitz.

Una de las instructoras en el *Kinderblock* era Mausi. Tenía veintidós años. Su nombre era Marianne Hermann, pero todo el mundo la conocía como Mausi porque así la llamaba su madre desde pequeña. La mayoría ni siquiera sabía su verdadero nombre.

Ella y otra joven pintaron las imágenes de la pared del *Kinderblock*. No recuerdo exactamente qué representaban, solo los siete enanitos de *Blancanieves*, pero estos los hizo la otra chica, Dina Gottliebová.

Muchos años después, Mausi volvió a pintar aquellas imágenes de memoria, pero no sé si las recordaba del todo bien. Eran una réplica aproximada que hizo para el museo Yad Va-Shem de Jerusalén. Pero yo, que las veía a diario, las recuerdo distintas. Puede que algunas de las figuras fueran iguales, pero desde luego faltaban otras. Ya es demasiado tarde para saber qué había en aquella pared. Muchos de los supervivientes del *Kinderblock* ya han fallecido, y los que seguimos vivos, prácticamente lo hemos olvidado. Pero tampoco me parece importante que fuese Blancanieves y los siete enanitos, o esquimales con iglúes, indios con flechas o una ventana con tiestos de flores y un paisaje suizo. Lo que importa es la historia de los niños y sus entregados educadores, que murieron y ni siquiera tienen una tumba.

En marzo de 1944 subieron en camiones a la mitad de nuestros compañeros de campo, que habían llegado tres meses antes que nosotros, y se los llevaron. Los guardias les dijeron que iban a otro campo, pero no tardarían en descubrir la verdad. Todos ellos murieron en las cámaras de gas. A partir de ese momento, supimos que nosotros les seguiríamos en

junio.

El resto de prisioneros del BIIb quedamos aturdidos. Un día antes, el 7 de marzo de 1944, los bloques estaban llenos de gente y lo único que había ahora era un silencio aterrador. Muchos bloques estaban completamente vacíos. Hasta las dos pequeñas habitaciones a la entrada de cada bloque, donde los privilegiados *Blockältesters* disfrutaban su tan envidiada privacidad, se habían quedado deshabitadas.

De repente, el *Kinderblock* estaba medio vacío. Nombraron un nuevo *Blockältester*, Seppl Lichtenstern, y varios instructores, entre ellos Jiří, Frenkl, Avi Fischer, Otto Kraus, Hanka Fischl, Ruth Bondy y Rejšík. Todos ellos sobrevivieron, y nuestra amistad ha durado toda la vida.

La gente empezó a deambular por la calle embarrada y los bloques deshabitados. Las literas estaban vacías. Sin embargo, en la esquina derecha de cada fila, las mantas seguían dobladas en montones ordenados, tal y como mandaban las normas. Vi que eran mantas buenas y de abrigo, cada una de ellas como tres de las nuestras.

Tener una manta de esas cambiaría mis noches: podría envolverme en ella y estar calentita, podría dormir. Pero ¿y si volvía la propietaria? Entonces sería robar, no podía hacerlo. Pero era evidente que estaban todas muertas. ¿Soy capaz de coger la manta de una muerta? Había tantas mantas suaves y bien dobladitas sobre las literas…

Varias personas entraron en el bloque vacío. Sin dudarlo, empezaron a coger las mantas y cualquier cosa que encontraban. Ahí se acabó mi dilema. Cogí una manta para mí y otra para Madre y volví a mi bloque.

Eso sí, cada noche me obsesionaba pensando en la muerta bajo cuya manta dormía. ¿Quién sería? Sabía que era mujer, porque la había cogido del bloque femenino. No lo hablé con nadie. Muchos otros prisioneros se habían quedado con mantas y otras cosas que antes pertenecían a los asesinados. Pero esa idea pesaba mucho sobre mi conciencia. A veces sigo sintiéndome culpable.

Un día, me fijé en un joven polaco entre los barracones del sector de al lado, que en ese momento estaba deshabitado. Su uniforme de rayas era de buena calidad y llevaba un gorro que mostraba su rango de reparador. Esos prisioneros tenían un estatus privilegiado y podían moverse con mayor

libertad entre sectores. Arreglaban los tejados con tela asfáltica y hacían otros trabajos de mantenimiento. También recibían más comida y tenían un aspecto sano y fuerte.

El espacio entre los barracones de madera y la valla electrificada era rigurosamente vigilado por guardias desde las torres. Si osabas acercarte a la alambrada, disparaban. No recuerdo por qué estaba allí, tal vez solo para alejarme de la multitud, para estar sola un rato.

Yo iba caminando por mi lado de la valla de separación mientras él hacía lo propio por el suyo, y entre barracón y barracón, me sonreía y hacía gestos amigables. Varios días después, ocurrió lo mismo, y luego otra vez. Un día me dijo algo en polaco, pero no lo pude entender. La única palabra que comprendí fue *yayko*, y entonces dibujó algo redondo con las manos.

—Ah —dije—, *jabko* (manzana).

—No, no —respondió él moviendo la mano—. *Nie jabko*, *jajko!*

Comprendí que quería darme algo. Evidentemente, no me lo podía dar en mano, era demasiado peligroso acercarse a la valla. Si tocabas la alambrada, te electrocutabas: algunos prisioneros habían decidido poner fin a sus vidas así. Sin embargo, tenía ganas de ver lo que quería darme, fuera lo que fuese. La siguiente vez, en lugar de caminar entre los barracones, atravesé las letrinas, que tenían una puerta trasera que daba a la valla. Me quedé allí ocultándome del guardia y, cuando el polaco me vio, me hizo un gesto de que esperase.

El espacio detrás de la fila de barracones estaba vacío, porque los cadáveres que colocaban allí cada día ya habían sido recogidos temprano por la mañana. La única persona a la vista era un anciano prisionero judío, que estaba en cuclillas junto a un fuego quemando viejos harapos, tal vez infestados de piojos. Puede que no fuese tan mayor; en el campo, hasta los hombres de cuarenta años parecían ancianos, sin afeitar, pálidos y encorvados. El suyo era un trabajo fácil comparado con el de la mayoría, que tenían que cargar piedras pesadas para pavimentar la calle del campo.

Yo estaba observándole mientras esperaba cuando, de pronto, un guardia de las SS se puso delante de mí. Era el que llamábamos el «cura», porque caminaba con las manos cruzadas y escondidas en las mangas de su larga guerrera. Le teníamos un miedo especial: había algo aterrador en aquella actitud aparentemente amable y sus andares lentos y sigilosos, cuando nosotros sabíamos de su fría crueldad.

Se acercó tanto que su cara estaba a pocos centímetros de la mía y podía oler su aliento.

—*Was macsht du hier?* —preguntó bruscamente, en apenas un suspiro.

No me atrevía a recular, así que bajé los ojos y señalé al hombre junto al fuego.

—*Ich wollte mit dem Mann dort sprechen*. (Quiero hablar con el hombre en cuclillas.)

—*Und warum willtest du mit ihm sprechen?* (¿Por qué quieres hablar con él?)

—*Er ist ein Freund von meinem vater*. (Es amigo de mi padre.)

El hombre de las SS se volvió hacia el prisionero junto al fuego, luego miró al otro lado de la valla, donde no se veía nadie, volvió a mí y se quedó mirándome fijamente. Yo me quedé inmóvil durante lo que me pareció una eternidad, esperando a que sacara su pistola y me matara.

Entonces, sin decir una palabra, dio un paso a un lado y empezó a caminar junto a la alambrada, mirando de vez en cuando hacia el sector al otro lado. Mi amigo polaco tuvo la astucia de quedarse escondido.

Varios días después, el hambre me hizo vencer el miedo y volví a ir a la parte trasera de las letrinas. El polaco me vio y me indicó que esperara. Entró en uno de los barracones y reapareció con algo en la mano. Miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie nos veía, aquel día ni siquiera estaba el anciano quemando harapos. Moviendo el brazo como un deportista, arrojó una cosa blanca y redonda, que aterrizó a mis pies.

La cogí a toda prisa y me quedé mirándola pasmada. Era un huevo duro. La última vez que había visto un huevo fue antes de que me deportaran, hacía dos años. ¡Un huevo!

Los días siguientes, estaba muy nerviosa. Temía que aquel hombre viniera a nuestro campo a exigir que le pagase su generosidad. En el mundo de Auschwitz era habitual comprar el favor de una mujer a cambio de pan o unos cuantos cigarrillos. Sin embargo, en mi caso, el huevo fue un regalo gratuito.

Jamás he olvidado que huevo se dice *jajko* en polaco.

Creíamos que nos enviarían a las cámaras de gas en junio, seis meses después de llegar a Auschwitz. Nuestros nombres estaban marcados como 6

SB. Eso significaba *Sonderbehandlung* después de 6 meses: «tratamiento especial», un eufemismo para decir ejecución por gas.

Sin embargo, en mayo los alemanes cambiaron de planes. Decidieron que sería más barato y rentable mandar a los prisioneros a trabajar a Alemania, donde acabarían muriendo de hambre y agotamiento. El doctor Mengele tenía la labor de decidir qué prisioneros parecían todavía aptos para hacer trabajos físicos.

La selección se hizo en el *Kinderblock*, que fue vaciado para ese propósito. Solo aquellos entre dieciséis y cuarenta años podían presentarse a la selección, pero, como nadie tenía documentos, unos cuantos consiguieron colarse. Teníamos que ponernos en una fila con el torso desnudo junto a la chimenea horizontal, dar un paso al frente y decir tres palabras: nuestro número, edad y profesión, y el doctor Mengele señalaba hacia la izquierda o hacia la derecha.

La mayoría de las mujeres decían oficios que pensaban serían necesarios en Alemania, como jardinera, cocinera o enfermera. Cuando llegó mi turno, dije tres cosas: 73 305, dieciséis, pintora. En realidad, tenía quince años.

En vez de señalar hacia un lado, el doctor Mengele hizo una pausa y me preguntó:

—¿Pintora de retratos o de casas?

—De retratos.

—¿Podrías hacerme un retrato?

Mi corazón se paró, pero logré contestar:

—*Jawohl*. (Sí.)

Sonrió levantando la comisura de los labios y señaló el grupo de mujeres más jóvenes y con aspecto más saludable.

El turno de Madre vino varias mujeres después y la enviaron al otro grupo. ¡Ay!

En realidad, no sabíamos qué grupo tenía más posibilidades de sobrevivir, pero ella no se sentía capaz de separarse de mí. Imperceptiblemente, se dejó caer hasta el final de la fila, eligió a dos ancianas escuálidas y se colocó entre ellas. Mengele no se dio cuenta, evidentemente, porque no se fijaba en las caras, y le señaló hacia mi grupo.

Mi madre, Liesl, y yo estábamos entre las destinadas a vivir. Alrededor de mil quinientas mujeres fuimos enviadas desde Auschwitz a trabajar en Hamburgo, Christianstadt y Stutthof. Otras siete mil personas, los viejos,

los débiles y todos los niños que se quedaron allí, fueron asesinadas en las cámaras de gas en julio de 1944.

Las seleccionadas para trabajar permanecimos durante varios días en el espantoso *Frauenlager*. Antes de viajar, nos hicieron hacer cola en la plataforma para cortarnos el pelo. Lo hacían dos prisioneras del *Frauenlager* vestidas con uniforme de rayas, mientras todas nosotras intentábamos retrasar todo lo posible el temido calvario. Yo me salí varias veces de la fila y me puse al final, tratando de zafarme de las tijeras. De repente, se oyó una orden: «Todas a bordo». El tren estaba listo para salir.

Varias prisioneras tuvimos la suerte de conservar el cabello intacto. Nos dieron una ración de pan, nos subieron a los vagones de ganado y nos despacharon hacia un destino desconocido.

15

Hamburgo

El trayecto de Auschwitz a Hamburgo duró varios días. Las condiciones de los vagones eran algo mejores que en el viaje de Terezín a Auschwitz. Esta vez había espacio para sentarse, o incluso tumbarse y estirar las piernas, el suelo estaba cubierto de paja limpia y, lo más importante, el cubo que servía de letrina se limpiaba durante las paradas.

Cada vez que el tren se detenía, las chicas que estaban cerca de la estrecha ranura de la ventana trataban de ver el nombre de la estación para averiguar adónde nos dirigíamos. Pero, aunque sabíamos que estábamos atravesando Alemania, ninguno de los topónimos nos resultaba familiar y no teníamos ni idea de cuál podía ser nuestro destino. Ahora bien, el hecho de que nos dieran comida durante el viaje nos levantaba el ánimo. Y tenía sentido, porque si los alemanes hubieran querido matarnos, habría sido más sencillo meternos en las cámaras de gas de Auschwitz.

Cuando se abrieron las puertas correderas de los vagones, nuestros ojos se encontraron con una estampa realmente sorprendente y maravillosa. Había una larga hilera de casas de ladrillo rojo y, en sus ventanas, decenas de hombres morenos jóvenes y de aspecto saludable asomándose con entusiasmo para ver qué traía el tren. Al vernos, empezaron a sonreír y agitar los brazos, diciendo «*bella signorina*», gritando piropos y proposiciones de matrimonio en italiano. Nos inundó una inmediata sensación de alivio, de esperanza de encontrar unas condiciones mejores en las que poder sobrevivir al encarcelamiento y a la guerra. Hasta la más escéptica y cautelosa coincidía en que aquello no parecía un lugar donde quisieran exterminarnos.

Cuando nos bajamos del tren, varios centinelas nos guiaron hacia una de

las pequeñas entradas, haciéndonos formar en las eternas *Fünferreihen*, de cinco personas por fila. Los guardias que habían acompañado a nuestro tren nos entregaron a un grupo de hombres ancianos vestidos de uniforme, pero no de las SS; en realidad no sabíamos quiénes eran. Más adelante supimos que eran empleados de aduanas jubilados que habían puesto a servir como vigilantes de prisión, porque todos los hombres en buenas condiciones físicas estaban en el Wehrmacht. A ellos no les adoctrinaban como a las SS, y por eso, en general, no eran sádicos. De hecho, nos trataban con bastante indulgencia, siempre y cuando no estuviera presente su comandante, a quien temían porque era cruel y agresivo.

Los edificios de los almacenes estaban en Freihafen, una zona de Hamburgo. Formaban una fila con varias entradas, que en realidad era una calle llamada Dessauer Ufer. Pero la calle donde estaban las vías de tren se encontraba en la parte posterior de los almacenes. La fachada daba al río Elba y estaba parcialmente sumergida. Las estrechas escaleras al primer piso conducían a un salón inmenso y cavernoso, con filas y filas de literas de dos pisos de madera, cada una con un colchón de paja y una manta.

Antes de subir, al pie de la escalera, nos distribuyeron un almuerzo de auténtico lujo, como no habíamos comido desde la deportación. A día de hoy sigo recordando el sabor de aquel pescado frito con patatas hervidas, ¡servidos en un plato!

Por desgracia, aquello no resultó ser un aperitivo de lo que el futuro iba a depararnos, sino solo un regalo puntual que nos dieron por error. A partir del día siguiente, nuestras comidas volvieron a consistir en sopa, igual que en Auschwitz. Al principio estaba bien, con sus trozos de verdura, sus patatas o judías, pero en las semanas siguientes se fue haciendo más fina y aguada, conforme el comandante del campo y sus ayudantes iban robando las materias primas.

Poco después nos llegó ropa nueva. Y quiero decir nueva de verdad. Eran monos de trabajo bastante elegantes que olían como los sacos de yute, porque estaban hechos de fibra de papel o algo parecido. Como aún era verano, concretamente julio, tampoco importaba que fueran finos y me encantaba poder vestir una prenda nueva, no algo que hubiera pertenecido a un desconocido. Aparte, cada una recibió un pañuelo azul claro idéntico y, aunque era demasiado poco absorbente para sonarse y demasiado pequeño como para atárnoslo a la cabeza, todas logramos darle un uso decorativo

con la inventiva femenina.

Uno de nuestros trabajos en Freihafen consistía en limpiar escombros y desechos después de los bombardeos. A orillas del río había enormes refinerías de petróleo que eran el objetivo principal de los bombardeos aliados. Querían destruir las reservas de combustible alemanas. También teníamos que rellenar los cráteres abiertos por las bombas y a veces nos encontrábamos una sin detonar. Los alemanes ponían mucho empeño en reparar los daños lo antes posible.

Cuando llegábamos al lugar de trabajo, nos ponían manos a la obra dentro del complejo de la refinería en grupos de diez, quince y veinte, cada uno con dos o tres guardianes, en alemán *Posten.* Las refinerías tenían nombre, como Rhenania-Ossag o Eurotank. Un *Vorarbeiter* o *Meister* (capataz) nos daba palas y picos y nos mostraba lo que había que hacer. La mayor parte del terreno estaba empapado de combustible derramado, que a veces formaba grandes charcos de un líquido pegajoso con un fuerte olor a alquitrán. Todavía hoy, en cuanto huelo alquitrán en una carretera o en algún tejado en reparación, me vienen recuerdos angustiosos.

Teníamos que trabajar sin pausa y a nada que una de nosotras enderezara un segundo la espalda, los *Posten* gritaban: «*Los, los, arbeiten, sneller, sneller!* (sic.)». El único respiro que nos daban era para ir a *austreten*, normalmente detrás de un montón de escombros, pero nunca lejos y siempre bajo la estrecha vigilancia del guardia. Él mismo era sustituido de tanto en cuanto por un compañero, ya que había otros grupos trabajando cerca y los guardias estaban en contacto entre ellos. Al mediodía parábamos y nos traían la sopa, que venía en un barril. Comíamos sentadas en una piedra, o en cuclillas, con los cuencos de hojalata sobre las rodillas y la cuchara que cada una guardaba bajo un cinturón improvisado. En algunos lugares de trabajo las condiciones eran mejores y envidiábamos a las afortunadas que habían destinado allí. Pero, como los equipos se elegían de manera aleatoria, porque cada mañana nos ponían un número en la fila, todas teníamos esperanzas de ser la afortunada la próxima vez. En los sitios más humanos nos permitían tomar la sopa en el comedor de los trabajadores, después de que los empleados regulares terminaran su comida. Nos sentábamos en bancos y en mesas propiamente dichas, mientras el personal de la cocina nos observaba desde lejos.

Yo estuve entre las afortunadas varias veces. Un día, noté que un chico

rubio y alto se quedaba holgazaneando para ser de los últimos en salir del comedor y pasar junto a mí. Me miró y nuestros ojos se encontraron. Más tarde, pasó cerca de donde yo estaba echando arena con una pala en el cráter abierto por una bomba. Por fin, se armó de valor y dejó algo para mí, haciendo un gesto discreto con la cabeza para que no lo viera nuestro *Posten*. La siguiente compañera que fue a *austreten* lo recogió y me lo trajo. Era su comida y un regalito, un anillo de plata falso. Me lo colgué del cuello junto a la placa de metal con mi número, que todas teníamos que lucir.

La placa y el anillo seguían colgados de mi cuello el día que regresé a Praga. Hace tiempo que olvidé el nombre del chico, o tal vez nunca lo supe, pero guardo su anillo como un símbolo, un recordatorio de que también había alemanes decentes.

Entre los ancianos agentes de aduanas estaba Robert, que era más joven que los demás. Él tenía a las chicas más jóvenes bajo su protección y trataba de que nos asignaran trabajos más fáciles. Su comportamiento inadecuado debió de llamar la atención de Spiess, porque le mandaron a otro sitio y el resto recibieron órdenes de ser más estrictos. Spiess, el jefe de los guardias, era un tipo corpulento, musculoso y muy temido. Siempre llevaba un latiguillo de goma que empleaba con bastante facilidad, ya fuera para que formáramos más rápido en Fünferreihen, para sacarnos de las literas, o por supuesto para asestar veinte o veinticinco latigazos de castigo a la pobre desgraciada que cometiera cualquier transgresión. (No sé si Spiess era su verdadero nombre, o una palabra que significaba comandante o algún rango. Tampoco recuerdo si fue él quien nos acompañó al campo de Neugraben, o si se trataba de otro comandante.)

Otro de los centinelas era un anciano bastante senil, con la costumbre pueril de irrumpir en las letrinas (en algunos sitios había una especie de letrina de campo) con la excusa de que tardábamos demasiado. Nadie le tenía miedo y le echábamos de allí sin más, pero él se iba a la vuelta de la esquina para asomarse por las ranuras en la madera y ver cómo hacíamos nuestras necesidades. Nosotras nos burlábamos de él y el hombre nos reía las gracias.

Parte de la política de los alemanes era no dejar que las prisioneras se acostumbraran a sus guardias. Por ello, cada pocos meses sustituían a todo el escuadrón y cada nuevo contingente era aún más violento y despiadado.

El 12 de julio, varios días después de nuestra llegada a Freihafen, yo estaba de pie en la cubierta de un barco que nos trasladaba al lugar de trabajo, llorando amargamente.

Uno de los guardias lo notó y me preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Hoy cumplo quince años —dije.

Se metió la mano en el bolsillo, me dio un caramelo envuelto en un papel rojo y se marchó rápidamente para que nadie le viera.

Recuerdo también otro suceso muy especial de nuestras semanas en Freihafen.

Éramos seis o siete chicas de quince y dieciséis años: Margit, las inseparables Dáša y Danka, una chica vienesa llamada Fini, que solo tenía catorce y era la más joven del campo, una o dos más y yo. Gracias al *Posten* Robert, ese día nos enviaron al edificio de la caldera de una de las refinerías. Era una estructura alta y estrecha, construida alrededor de la inmensa caldera de tres pisos. El trabajo era sencillo, solamente barrer el suelo, y el *Meister*, el encargado de la caldera, un tipo bajito de mediana edad, no nos presionaba. Aquel día, mi madre estaba conmigo, pues se había puesto en la misma fila que nosotras cuando nos asignaron los números.



Dita Polach y Margit Barnai, 1945

Durante el descanso de mediodía, el encargado de la caldera entabló conversación con ella. No era fácil, pues hablaba el dialecto de Hamburgo,

que a nosotras nos sonaba como un idioma extranjero. Le preguntó de dónde veníamos, cuánto tiempo llevábamos presas y por qué delito teníamos que hacer trabajos forzados. Cuando veían un grupo de prisioneros, muchos alemanes daban por hecho que éramos criminales.[5] Mi madre contestó a todas sus preguntas y cada vez parecía más interesado. Cuando mencionó nuestro apellido, el hombre se quedó de una pieza.

—¿Me está diciendo que es pariente del profesor Johann Polach, el conocido líder socialdemócrata?

Cuando Madre le dijo que era su nuera, se derrumbó, lleno de lástima y preocupación. Resultó que él también era socialdemócrata, un hombre culto y documentado. Nuestro centinela estaba sentado en un rincón comiendo, sin prestar atención. De lo contrario, estoy segura de que esa conversación jamás se hubiera producido, porque bajo el régimen nazi, ser de izquierdas significaba ir a un campo de concentración.

Al día siguiente nos trajo regalos, cosas que había cogido a su familia, un jersey para cada una, calcetines abrigados y algo de comida. Evidentemente tendríamos que ponernos el jersey por debajo del mono, para que no se viera. Aquello nos animó muchísimo. No tanto los regalos como sentir que para él éramos personas, con nombre e identidad. Mi madre se planteó pedirle que enviase una carta a Praga de nuestra parte, para decirle a la tía Manya dónde estábamos y tal vez pedirle que nos mandase un paquete de comida. Pero en la duda, temiendo que aquel hombre se buscara un problema, nos asignaron a otro lugar de trabajo y nunca volvimos a verle. Siguiendo la misma política que con nuestros guardias, nos hacían rotar constantemente. Tampoco nos contaban jamás la verdad sobre nada, y aprendimos a desconfiar de cualquier información que nos llegara.

16

Bombardeos

Había bombardeos de noche y de día. Si las sirenas sonaban durante el día, los objetivos importantes como fábricas o refinerías se ocultaban con un ingenioso método. Alrededor de esos lugares, colocaban enormes tambores que soltaban una especie de niebla que parecía humo escondiendo fábricas enteras en una impenetrable nube blanca. Se llamaba Vernebelung (Nebel es niebla en alemán).

Una tarde, estábamos volviendo al campo de la refinería de Eurotank con nuestros zuecos de madera cuando las sirenas empezaron a plañir. Las máquinas de humo comenzaron a escupir la nube blanca, pero nosotras ya estábamos lejos de la fábrica y no había ningún refugio cerca. Los centinelas sabían que una fila de personas en una carretera sería un objetivo seguro para los bombarderos y nos condujeron aprisa hasta un bosquecillo cercano, gritando: *sneller, sneller!* En Hamburgo pronuncian la «sh» como una «s».

Apenas habíamos alcanzado el bosque cuando se oyó el quejido de un avión acercándose. Estaba cayendo rápidamente, abatido por el fuego antiaéreo, y a su paso iba soltando la carga de bombas. Nosotras nos habíamos dispersado en el bosquecillo, metiéndonos en grupos bajo cada árbol para protegernos. Oíamos los impactos y la tierra temblaba bajo nuestros pies. Cada vez se acercaba más y, de repente, una bomba se estrelló contra el suelo, muy cerca de donde yo estaba, a mi izquierda. La explosión levantó una masa de tierra que cayó en un montón sobre nosotras. Menos mal que era tierra suelta y no piedras. Cuando conseguimos salir de debajo y quitarnos la tierra del pelo, los ojos y las fosas nasales, nos miramos y vimos que por suerte ninguna estaba herida.

Sin embargo, pocos minutos después, uno de los guardias vino hacia nosotras con una niña en brazos. La había encontrado herida bajo un árbol más adentro en el bosque. Su ropa estaba rasgada y hecha trizas. Pero una de las trizas no era tela, sino su pierna colgando de un trozo de piel de la rodilla. Tenía la cabeza doblada hacia atrás y de su garganta salían unos sonidos espantosos. El guardia, claramente alterado, la dejó suavemente en el suelo y fue en busca de más víctimas.

La chica moribunda estaba temblando y sus brazos se contraían en convulsiones hacia arriba y hacia los lados, con todo el cuerpo ensangrentado, pero parecía estar inconsciente.

—¡Tenemos que ayudarla, vendarle la herida, parar la hemorragia! —exclamé.

Pero las mujeres que tenía a mi alrededor sacudieron la cabeza y me dijeron:

—Ya no se la puede ayudar.

No recuerdo su nombre, en realidad no la conocía. Éramos quinientas mujeres y no llevábamos juntas lo suficiente como para conocernos. No sabía nada de ella, qué edad tenía, de dónde era, quiénes eran sus amigas, ni cuáles sus esperanzas.

Hubo otras víctimas, otras pérdidas. Pero ella, la víctima sin rostro, es quien ha seguido visitándome todos estos años en mis pesadillas.

Lo peor eran las noches. Todas sin excepción, había dos o tres bombardeos, o *Fliegeranfriffe*. La primera arremetida de bombarderos aliados británicos era pasada la medianoche, una o dos horas después había otra, y a veces incluso una tercera justo antes del amanecer.

Las sirenas empezaban a sonar arrancándonos del sueño y, al instante, el comandante del campo Spiess irrumpía en la sala, golpeando las literas con su latiguillo de goma, gritando «S*weinehunde aufstehen!* (¡Arriba cerdas!)». Los mismos centinelas querían meterse en el refugio y gritaban: «*Raus, raus, sneller, sneller!*». No se podía encender ninguna luz y bajábamos a ciegas las estrechas escaleras. Aquello no era un refugio propiamente dicho, ni tampoco un sótano. Debajo del edificio estaba la orilla arenosa del río, inclinada hacia el agua. Unos amplios arcos en la base del almacén daban acceso a los barcos para cargar y descargar mercancías. Pero durante la

guerra no había barcos de mercancías. Al subir la marea, se reducía el espacio para sentarse, y a veces nos veíamos obligadas a hacinarnos encorvadas arriba del todo, pegadas al techo. Cuando la marea estaba baja, podíamos mirar a través de los arcos y veíamos haces de luz iluminando el cielo, los llamados árboles de Navidad que los bombarderos soltaban para localizar sus objetivos. El impacto de las bombas hacía temblar la tierra. Primero se oía el gemido chirriante del proyectil al caer, seguido de un momento de silencio, luego el rugido de la explosión acompañada del temblor y, si el impacto había sido cerca, el ruido de escombros cayendo. Los centinelas, que ya tenían experiencia con los bombardeos en Hamburgo, nos decían: «Si oyes el silbido de la bomba, es que no pasa nada. Si la tienes encima, si te va a dar, no la oyes».

Yo estaba paralizada de miedo. Me hacía un ovillo, con las rodillas bajo la barbilla y los ojos cerrados, apoyándome en quienquiera que tuviese a mi lado (a oscuras, nunca podía encontrar a mi madre), entrelazando las manos con fuerza, incapaz de pensar en otra cosa que el miedo. A mi alrededor, otras hablaban, contaban las bombas, comentaban lo cerca o lejos que caía cada una, e incluso adivinaban por el golpe si era una bomba de cincuenta o de cien kilos. Yo estaba aterrorizada. Y cada noche me pasaba una o dos horas allí agazapada, con las ratas corriendo entre mis pies o por encima de ellos.

Cuando sonaba el fin de la alerta, volvíamos cautelosamente a nuestras literas, con la esperanza de seguir durmiendo. Pero la mayoría de las noches había otro bombardeo, y luego se hacía de día y nos llevaban a trabajar.

Cuando se daba la orden de formar filas de a cinco («*In Fünferreihen aufreten*»), era importante colocarte al lado de tu madre, de tu hermana o de tu amiga, porque según nos contaban (cinco, diez, quince), los centinelas nos iban separando en equipos. Nos asignaban a las distintas fábricas y refinerías que habían solicitado trabajadores presos, y si estabas en un grupo distinto, te pasabas todo el día sola entre caras menos conocidas. En realidad, tampoco había desconocidas, todas sabíamos quién era quién, pero habíamos formado unidades de amistad, que se mantenían juntas y se ayudaban.

Estas unidades eran fundamentales. A menudo, el apoyo de una amiga era la única manera de superar un bajón, un dolor o la enfermedad, la nostalgia y la soledad. Había varias madres e hijas entre nosotras, y evidentemente

eso era lo mejor. Algunas tenían una hermana, pero el resto forjaban amistades rápidas, generalmente entre dos chicas, aunque también había tríos, que se unían y compartían todo lo que tenían. Si una chica conseguía algo más de comida, lo dividía en partes iguales y lo compartía con su amiga. Puede parecer demasiado noble, pero así era, y creo que la necesidad era lo que provocaba esa actitud. Necesitabas a alguien que te escuchase, alguien con quien hablar sobre tu casa y tu familia, sobre tus miedos y angustias. Así conocíamos el mundo interior de nuestras amigas, los detalles íntimos de su pasado, todos sus secretos. Nos desnudábamos completamente ante nuestra compañera. No podías defraudarla cuando necesitaba tu apoyo, cuando perdía las ganas de seguir luchando y sobrevivir. Esa responsabilidad de dar ánimo ayudaba a vencer tu propia depresión. Alentabas tu propia esperanza y convencías a las dos, porque la siguiente vez, sería ella quien haría lo propio por ambas. Nadie era inmune a perder la esperanza; cuando todo parecía inútil, el cariño de tu amiga te salvaba de la desesperación. En invierno, nos tumbábamos juntas bajo las dos mantas para buscar el calor, y cuando una se daba la vuelta mientras dormía, la otra tenía que seguirla y volver a encajar las rodillas bien para no dejar huecos y que el aire frío se colara entre ambas.

17

Mi novio italiano

En Dessauer Ufer teníamos que levantarnos cuando aún era de noche. Salíamos a hacer el recuento en la calle, cansadas por la falta de sueño. De hecho, allí aprendí a dormir de pie, apoyando la cabeza sobre la mujer que tenía delante. Los guardias tardaban mucho en contarnos y teníamos que estar en el muelle a tiempo para coger el barco de vapor que nos llevaba a nuestros lugares de trabajo.

Viajábamos en el ferry regular que transportaba a civiles alemanes, aunque había precauciones para evitar cualquier contacto entre las prisioneras y el resto de pasajeros. Nosotras cogíamos las escaleras a la cubierta superior, luego cerraban las puertas con llave y dejaban pasar a bordo a nuestros vecinos, los italianos. Una vez separados en la cubierta inferior, dejaban subir a los ciudadanos. La mayoría eran personas mayores o amas de casa con bolsas de la compra y pañoletas anudadas en la frente, siguiendo la moda de la época. No se veía a ningún hombre alemán en buena condición física, pues todos estaban «en el frente».

A pesar de que nos separaban de la gente que viajaba en la cubierta inferior, no podían evitar que nos asomáramos por la barandilla. Y allí, justo debajo de nosotras, estaban nuestros vecinos, los apuestos prisioneros de guerra italianos, que como nosotras iban de camino al trabajo. Ellos alzaban la vista hacia nosotras y nosotras mirábamos abajo hacia ellos. Se entablaban relaciones, se intercambiaban sonrisas, había conversaciones por gestos, movimientos que transmitían emociones entre hombres y mujeres, algunos fingidos o exagerados, pero otros acabaron siendo más que eso.

Los italianos, comúnmente conocidos como *macarronis*, eran prisioneros de guerra y todos tendrían veintipocos años a lo sumo. Aunque tenían que

trabajar, sus condiciones eran mucho mejores que las nuestras: recibían paquetes de ayuda de la Cruz Roja, podían escribir a casa y no pasaban hambre ni les trataban con crueldad.

A nosotras nos venía bien el contacto con los *macarronis*. Siempre encontraban algún modo de hacernos llegar comida, escribían cartas de amor graciosas en un alemán chapurreado, donde prometían amor eterno,[6] podían reírse y bromear sin ser castigados y nos animaban con su jovialidad y su vitalidad.

Uno de los italianos, Bruno, tuvo una aventura con una de las chicas. Vivían al lado nuestro y si te asomabas lo suficiente, se podía hablar de ventana a ventana. Así mantuvieron largas conversaciones en francés Bruno y la chica, y finalmente, buscaron una manera de verse.

Cuando bajaba la marea, los sótanos estaban conectados entre sí y, si había valor o la pasión era más fuerte que el miedo, se podía gatear por la oscuridad húmeda a través de las aberturas que daban al sótano de al lado para encontrarse con el amante, mientras afuera caían las bombas. Eso sí, a la mañana siguiente, las marcas reveladoras en el cuello y las mejillas provocaban comentarios burlones del resto de las mujeres. Ella no fue la única, pero las demás lo hacían de un modo más discreto.

Yo también tuve un novio. Se llamaba Franco y era menos atrevido que sus escandalosos amigos. Me miraba con admiración desde la cubierta inferior, saludaba tímidamente y luego bajaba los ojos. Cada vez se fue atreviendo más, llevándose la mano al corazón y moviendo los labios para decir mi nombre. Yo contestaba sonriendo. Era muy joven, diría que unos diecinueve años, un poco bajito pero muy guapo, con la tez oscura y el pelo negro.

Una mañana, me hizo un gesto para que mirase su mano: llevaba una manzana. Después de dos o tres intentos fallidos, la manzana cayó en la cubierta superior, pero otra chica la cogió ágilmente y se la empezó a comer. Todos los hombres empezaron a agitar los brazos frenéticamente en señal de protesta: «¡no, no!», y varias chicas la reprendieron también diciendo que no era justo, que era mía. Al final, la chica dio por perdida aquella exquisitez y me dio lo que quedaba de ella. Franco lo presenció todo consternado y, al día siguiente, según desembarcábamos, alguien me metió sutilmente una notita doblada en la palma de la mano. Era una carta de amor en toda regla, probablemente escrita por alguno de sus

compañeros, que debió de aprender alemán en la escuela.

Aquella tarde le hice un pequeño recuerdo. Con una aguja que cogí prestada y varios retales de tela, cosí dos corazones y bordé las iniciales de Franco en uno y las mías en el otro. Los até con un trozo de cordel de color trenzado y a la mañana siguiente le dejé caer su regalo por la barandilla, junto con una nota. Él se volvió loco de alegría con el regalo y en el siguiente intercambio de notas me escribió su dirección, me habló de sus padres y de su casa en Milán. Evidentemente, me aprendí la dirección de memoria y me deshice del papel, porque cabía la posibilidad de que nos lo quitasen todo otra vez y perdiera la notita. O también podía haber un registro de los guardias.

De hecho, me aprendí la dirección tan bien que aún puedo recitarla: *Franco Z., Piazza Santa Maria del Suffragio, numero tre, Milano*. Yo también le di unas señas, las de mi tía Manya. Si volvíamos a Praga, ella sabría dónde estaba. Porque claro, no tenía dirección propia en Praga.

Franco y yo nunca llegamos a acercarnos lo suficiente como para darnos la mano siquiera, pero a partir de entonces, él me consideró su novia. Tampoco nos veíamos a menudo, porque los italianos también trabajaban en otras partes de la ciudad.

A comienzos del otoño, nos trasladaron de Freihafen a otro barrio llamado Neugraben. Un día frío y gris estábamos cavando una zanja profunda y estrecha, que iba de un extremo al otro del horizonte, cuando la mujer que tenía al lado me dio un suave codazo y señaló con la barbilla hacia unos árboles a lo lejos. Allí, medio escondido detrás de un tronco, estaba Franco, saludando cautelosamente para no llamar la atención de los guardias que había en la zanja. Yo también le saludé con discreción, pero no sé si vio mi sonrisa, porque estábamos demasiado lejos.

Fue la última vez que le vi.

Cuando llegué a Praga después de la guerra, Manya me dijo: «Hay una carta para ti, la enviaron desde Italia». Supe inmediatamente que era de Franco. Era una misiva muy educada, escrita en alemán, probablemente por algún amigo suyo, con muchas faltas de ortografía. Describía su experiencia hasta el final de la guerra. Él también había sufrido mucho, pero logró volver con su familia. Me preguntaba por mi estimada madre y me invitaba

a ir a visitarle a Milán, porque aún me amaba. Decía que los corazoncitos de tela le habían ayudado a superar los malos momentos y que los guardaba como un tesoro.

Nos escribimos unas cuantas veces más. En una de sus cartas me envió dos fotos suyas jugando al tenis. Decía que le había hablado a sus padres de mí. Quería que fuese a Italia y me casara con él. Pero yo solo tenía dieciséis años y me estaban insistiendo en volver a la escuela. Los dos comprendimos que su sueño no era realista. Además, para entonces, yo ya había conocido a Otto y al final dejamos de escribirnos. Pero jamás olvidé a Franco, mi novio italiano.

No solo no le he olvidado, sino que hace unos años le busqué por Internet. Y cuál fue mi sorpresa y alegría cuando encontré su nombre. Desgraciadamente, era en un artículo sobre un torneo de tenis, dedicado a su recuerdo en el décimo aniversario de su muerte.

Ahora bien, el artículo que hablaba del campeón de tenis Franco Z. mencionaba también a su hijo. Decidí escribirle y me envió una cálida respuesta, pidiéndome que les contara a él, a su madre y a su hermano todo lo que recordaba de Franco en aquella época tan trágica.

Y lo hice con todo mi corazón.

18

Neugraben

*N*uestro siguiente destino, Neugraben, un pequeño campo satélite del Stammlager Neuegamme, apenas tenía tres o cuatro barracones de madera. Se encontraba al pie de una colina llamada Falkenberg, y estaba rodeado por una alambrada sin electrificar y un frondoso bosque en tres de sus lados. Una corta vereda conducía a una carretera que lo conectaba con varias aldeas.

Un poco más abajo había otro campo, este de hombres provenientes de todas partes de la Europa ocupada que habían sido obligados a ir a trabajar a Alemania. Podían entrar y salir libremente del campo, y también escribir o recibir cartas y paquetes de casa. Evidentemente, teníamos prohibido mantener contacto con ellos, pero, como en cualquier cárcel del mundo, algunas encontramos la manera de comunicarnos.

Un día, una de nuestras chicas fue llamada ante el comandante del Lager. La arrestaron y la enviaron al cuartel general de la Gestapo. Habían interceptado una carta que había escrito a un checo del campo vecino. Aparentemente, planeaban fugarse juntos. Nos angustiamos temiendo que la ejecutaran, pero, por increíble que parezca, a los dos días volvió al campo, ilesa aunque decaída. Como castigo le habían afeitado la cabeza. ¡Estaba tan triste! Se quedó tumbada en su litera, mirando la pared, con los brazos cruzados sobre la cabeza. Pero nosotras nos reímos aliviadas, ¿qué es una cabeza rapada cuando temíamos por su vida?

Nuestros barracones de madera tenían un pasillo central y tres o cuatro habitáculos a cada lado, con literas de dos pisos para unas veinte mujeres cada uno. Había un pequeño horno en la esquina y aquel invierno, cuando apretaba el frío, un grupo de mujeres podía salir a coger leña al bosque

acompañadas de un guardia.

Cuando llegamos a Neugraben aún hacía bastante calor, pero el tiempo cambió con el otoño. La única ropa que poseíamos eran nuestros finos monos de trabajo y las mujeres sufrían mucho por el frío. Por suerte, Madre y yo teníamos un jersey y calcetines, pero el calzado consistía en una especie de zuecos con un trozo de madera por suela y cuero duro en la parte de arriba. Costaba andar con ellos y teníamos los pies llenos de rozaduras y ampollas. Cuando íbamos de camino al trabajo, recogíamos periódicos viejos y algún que otro harapo para envolvernos los pies, pero las heridas no se curaban y muchas se infectaban. Evidentemente, no había medicinas, gasas ni vendas. Había que aguantarse, sin más.

Sí había una especie de clínica y hasta una médico, que era otra prisionera. Disponía de varias camas para las enfermas de mucha gravedad, pero la doctora Goldová solo podía retenerlas allí un par de días a lo sumo. Tampoco tenía con qué curarlas.

Corrió el rumor de que nos iba a llegar ropa de abrigo, pero nadie lo creía. Sin embargo, para variar, esta vez sí era verdad. Un día, llegó un camión con un montón de abrigos de todos los colores. Eran usados, pero algunos seguían siendo muy bonitos, incluso estaban a la moda. ¡A saber qué había sido de las pobres desgraciadas a las que habían pertenecido!

Nos dejaron coger lo que quisiéramos del montón, sin que interfirieran los guardias. ¡Qué delicia! Margit, que se había convertido en amiga íntima desde que su madre y su hermana se quedaron en Auschwitz y su padre fue enviado a Schwarzheide, cogió uno azul marino. El mío era color burdeos con un «corte princesa», pero ambos eran ligeros y finos. ¡Qué tontas! Madre fue sensata y eligió un chaquetón oscuro con un buen forro, sin forma pero abrigado.

Nuestra alegría duró poco, pues al rato nos dieron la orden de cambiar la manga izquierda por una de un color que contrastara claramente. Hasta nos dieron aguja e hilo. Y así, yo me quedé con una manga azul y Margit con una color burdeos. Luego nos hicieron ponernos en fila en el patio y nuestro *Blockälteste* pintó una raya en la espalda de cada abrigo con una gruesa brocha y un cubo de pintura amarilla. Así seríamos fáciles de reconocer por la espalda, cuando trabajáramos cerca de civiles.

Allí, nuestro trabajo era distinto al de Freihafen. Tuvimos que cavar los cimientos para un gran refugio antiaéreo en el nuevo asentamiento de

cabañas prefabricadas donde se estaba reubicando a las familias alemanas que perdían su hogar en los bombardeos. Otro proyecto consistió en abrir una estrecha zanja de un metro de profundidad que serpenteaba a través de una extensión considerable de campos entre dos asentamientos. No nos dijeron si era para tuberías o para qué otro propósito.

Cuando había que quitar escombros de casas derruidas en la ciudad, formábamos una cadena humana, la mujer que estaba más arriba iba cogiendo los ladrillos intactos y los lanzaba a la siguiente de la fila, esta a la siguiente y así hasta la última, que los colocaba en montones ordenados, en capas transversales. Los ladrillos tenían mortero pegado y no llevábamos nada para proteger las manos, que pronto empezaron a llenarse de rasguños y sangre.

Sin embargo, también guardo recuerdos más alegres. A partir de los dos corazones de tela que le había hecho a Franco, varias chicas me habían pedido que les fabricara cosas parecidas y a veces hasta hacía pequeños animales de peluche. Antes de Navidad, uno de los guardias me pidió que hiciese un regalo para su nieta. Me trajo pequeños trozos de tela de color, tijeras e hilo. Por la mañana, cuando llegamos al lugar de trabajo, me cogió a un lado y me llevó a una garita que servía de vestuario para los empleados. Allí estuve todo el día refugiada del frío, fabricando una muñeca vestida como una dama rococó. Quería ponerle un parasol, pero no tenía con qué hacer el mango. Salí a buscar alguna ramita pero no vi ninguna. Al final, arranqué una hierba muerta con una raíz bastante dura y quedó bastante bien como mango. Al guardia le gustó mucho mi creación. Aunque yo me quedé pensando en qué pensaría la niña cuando la raíz se debilitara, o tal vez echara hojas.

Me convertí en la *Puppenmacherin* (hacedora de muñecas) de los guardias. A ellos les venía bien ahorrarse el gasto y la molestia de comprar regalos de Navidad. Y yo podía quedarme calentita entre la ropa de calle de los empleados mientras hacía algo que me encantaba.

Eso sí, también había un problema. En aquella cabaña no solo se guardaba la ropa de los empleados, sino también sus almuerzos. Allí estaba, rodeada de un montón de comida ¡y con tanta hambre… tanta!

No me atrevía a coger nada por miedo a perder aquella cómoda ocupación y tenía que contener el impulso de coger algo de sus comidas, pero la lucha era enorme, casi insoportable.

Evidentemente, al final fui incapaz de resistirme. Abrí varias cajas para ver si podía coger algo sin dejar rastro, con la esperanza de que los empleados no supieran qué les habían preparado sus esposas. Temía que uno de ellos entrase en cualquier momento y me pescara robando. Pero el hambre es más fuerte que el miedo.

El idilio solo duró unos días y volví al trabajo duro afuera, en el frío.

Madre no siempre estaba en el mismo equipo que yo. Durante varios días, estuvo trabajando con su grupo cerca de las casas de las familias alemanas evacuadas. Me habló de un joven que la observaba. En cierto momento, consiguió cruzar unas palabras con ella sin que se diera cuenta el guardia. Era extranjero, le habían seleccionado para hacer trabajos forzados en Alemania y estaba trabajando en una carnicería. Un día le llevó varias salchichas. Madre estaba muy disgustada porque el hombre quería besarla. Me lo contó llorando. Apenas hacía ocho meses desde la muerte de mi padre. A mí también me sorprendió, pero por otro motivo. No entendía que mi madre era una mujer ni que un desconocido pudiera desearla.

Un agradable acontecimiento en Neugraben fue el espectáculo de San Silvestre que hicieron nuestras compañeras. No sé si el comandante estaba al corriente de los preparativos para la fiesta. El caso es que los guardias y él asistieron y aplaudieron entusiasmados. Estoy intentando recordar dónde se hizo; probablemente fuera en los cuartos de baño, ya que era el único barracón con espacio libre. El programa consistió en varios números, pero solo me acuerdo de dos de ellos. Tres chicas, Nanne Duxová y Gerti Hartmannová (no recuerdo el nombre de la tercera) aparecieron sobre el improvisado escenario luciendo vestidos idénticos con un miriñaque hecho con decenas de los pañuelos azul celeste tan poco prácticos que nos habían dado en Dessauer Ufer. Cantaron a tres voces *Geschichten aus dem Wiener Wald* (Cuentos de los bosques de Viena) de Strauss, mientras movían los brazos y giraban al ritmo. Fue una actuación muy ensayada y bastante profesional. Alguien comentó que había sido un acierto que los vestidos llegaran hasta el suelo, para así ocultar los gruesos tobillos de Gerti.

Sin embargo, el plato fuerte de la velada fue Lilly. Cantó *La serenata del burro* (escrita por el compositor checo Friml para una película con Nelson Eddie y Janet MacDonald) con su potente voz grave, luciendo un viejo

sombrero con las hebras de paja de la visera desordenadas sobre la cara. ¡Fue fantástico! Estuvimos aplaudiendo hasta que la cantó otra vez. Y todo ello, por supuesto, sin acompañamiento musical, ya que no había instrumentos en el campo.

Volvimos a nuestras habitaciones pasada la medianoche. Hacía una noche gélida con el cielo completamente estrellado. Los cristales de las ventanas estaban cubiertos de bellos dibujos que había hecho la escarcha. De repente, me invadió la convicción de que 1945 sería nuestro último año de encarcelamiento. Estaba segura de que el año nuevo traería el fin de la guerra y el final de nuestro sufrimiento.

Y en efecto, fue el último año de guerra, pero hasta que llegó la liberación tuvimos que vivir más horrores, y peores de los que ya habíamos padecido.

19

Tiefstack

A comienzos de la primavera de 1945, nos trasladaron a otro campo en Tiefstack, un barrio a las afueras de Hamburgo. El campo se encontraba en el complejo de una fábrica de bloques de hormigón, donde trabajábamos la mayoría de nosotras. El nombre de Tiefstack nos parecía bastante adecuado, dada nuestra situación: tief significa «profundo» en alemán, y stack suena al inglés stuck, que significa «atascado». Y nosotras nos sentíamos profundamente atascadas.

Durante un tiempo, trabajé en la fábrica produciendo los bloques. El proceso es el siguiente: se mete una mezcla de cemento húmedo y gravilla en un molde de madera con los lados desmontables y se aplasta con fuerza; a continuación, se saca el pesado molde al patio para que se seque y en uno o dos días está listo. Entonces se quitan los moldes para ser reutilizados y los bloques se apilan en cubos inmensos de unos dos metros de alto. El patio se convierte en un auténtico laberinto hasta que los camiones se los llevan. El trabajo era duro y sucio, pero la labor de apilar los bloques la hacían los hombres.

Algunas mujeres eran asignadas a otros lugares, principalmente a quitar los escombros de las casas bombardeadas que estaban obstaculizando la calle. A veces, yo también trabajaba fuera.

Recuerdo las casas grises y desoladas, las calles vacías con cráteres de bomba y nada de vegetación. También había un refugio antiaéreo en una torre y en uno o dos bombardeos nos llevaron a aquel inmenso edificio de hormigón y sin ventanas. A nosotras nos subían al piso de arriba, el último que era seguro, y los civiles usaban los inferiores. De repente, se oyó el impacto de una bomba que había caído sobre el refugio. Afortunadamente

no perforó el techo, pero todo el edificio tembló como un árbol agitado fuertemente por el viento. Por supuesto, nuestros heroicos guardias de las SS se habían quedado abajo y sabían que no teníamos forma de escapar. Cuando se levantó la alarma, los civiles se dispersaron y pudimos bajar por fin.

Cierto día, al caer la tarde, nuestra fila de prisioneras regresaba andando, o más bien arrastrando los pies, al campo. Caminábamos junto a un muro gris que rodeaba una enorme fábrica de gas, y vimos que uno de nuestros guardias de las SS se acercaba en bicicleta. Llevaba una venda blanca manchada de sangre en la cabeza. Venía a decir a sus compañeros que varias bombas habían alcanzado el campo y que había víctimas. La angustia nos atenazó: todas teníamos alguna amiga o hermana trabajando en otro equipo y, como era la hora de volver de los distintos lugares de trabajo, podían estar entre las fallecidas.

Recorrimos el resto del camino lo más rápido que nos permitían los zuecos, azuzadas por el miedo. Al llegar, encontramos el campo sumido en un caos absoluto. Dos de los tres barracones de madera se habían derrumbado, y no eran más que un montón de vigas, tablones y tejas sobresaliendo caprichosamente en todas direcciones. Las mujeres corrían de un lado a otro, chillando y gritando el nombre de sus amigas. Estaba oscureciendo, y eso dificultaba todavía más la búsqueda.

—¡Mamá, Mamá! —exclamé, preguntando a todo el que me iba encontrando—. ¿Ha visto a mi madre?

Corrí al lugar donde estaba nuestra cabaña. Varias mujeres intentaban abrirse paso entre la madera derruida, buscando amigas atrapadas.

—Tu madre está dentro… está bien —me dijo una de ellas.

Aliviada, pero no convencida hasta que lo vieran mis propios ojos, yo también me metí bajo las vigas. Y allí vi a mi madre, en el sitio donde estaban nuestras literas, con una tremenda expresión de decepción en el rostro. Se había metido a buscar el pan que teníamos escondido bajo su colchón, pero ya no estaba. Alguna más rápida se le había adelantado.

Guardar pan era una lucha constante. Estábamos permanentemente hambrientas; mejor dicho, famélicas. Las raciones eran demasiado pequeñas para llenarnos el estómago. Y aun así, preferíamos guardar algo de pan para una emergencia. El sistema era el siguiente: cuando recibías la ración dejabas una rebanada para mañana, cuando llegaba el momento, te

comías la rebanada del día anterior y guardabas un trozo más grueso, y así al día siguiente. El día del bombardeo, teníamos ya media hogaza guardada. Aquel régimen exigía un sacrificio enorme y todo había sido en vano.

Uno de los barracones destruidos era el pabellón de enfermas y había varias víctimas entre las pacientes; hasta nuestra médica estaba herida. La doctora Goldová era una de nosotras, pero le permitían cuidar de las enfermas. Evidentemente, ella disfrutaba de un estatus privilegiado, ya que los guardias también hacían uso de sus servicios. La doctora y varias otras fueron enviadas a un hospital civil en Hamburgo. Más tarde supe que se recuperó.

Entre las víctimas del bombardeo estaba uno de nuestros guardias. Su cadáver permaneció varias horas tirado junto a la entrada de los últimos barracones en pie, con su barrigón hacia arriba y el fusil al lado. Teníamos que pasar por encima de él para entrar y salir, lo que me resultaba inquietante y emocionante a la vez.[7]

El día después del bombardeo, nadie fue a trabajar. Era necesario encontrar un alojamiento alternativo para las mujeres. Un salón de la fábrica se habilitó como dormitorio; llevamos tablones, los colocamos sobre bloques y pusimos colchones de paja encima. También hubo que meter más mujeres en los barracones que seguían en pie.

Mientras Margit y yo rebuscábamos entre las ruinas, recogiendo material para las camas improvisadas, de repente ella se paró y se quedó mirando el suelo. Había tres paquetes de cigarrillos medio enterrados en la arena. Como aquel era el lugar donde antes estaba el pabellón de enfermos, dedujimos que serían de la doctora Goldová. Solo ella podía tener un tesoro así. Era un milagro. Tres paquetes, ¡eso eran sesenta cigarrillos!

Después del pan, los cigarrillos eran el artículo más importante en el mundo de los campos. De hecho, servían de moneda de cambio. Incluso entre la población civil de la Europa resquebrajada por la guerra, el tabaco podía comprarlo prácticamente todo. En el campo, las afortunadas que tenían acceso a la comida siempre estaban deseosas de cambiar pan o sopa por tabaco. También se podía abordar a cualquier kapo o *Blockältester* y hacer un trato. Lo habitual era una ración doble de sopa por un cigarrillo, o incluso triple, si había escasez. Además, el tabaco no se pone rancio ni se

enmohece como el pan de mala calidad.

Llegamos a la conclusión de que quedarnos los cigarrillos no era robar. Nuestra pobre doctora había sido trasladada al hospital, así que ya no podíamos devolvérselos, ¿no? Y nadie nos había visto. ¿Entonces? El que se lo encuentra se lo queda.

Margit, Madre y yo envolvimos un paquete cada una en un trozo de tela, nos lo atamos al cuello y los escondimos debajo de la ropa. Nos sentíamos como si nada pudiera ocurrirnos, nuestra riqueza nos protegía.

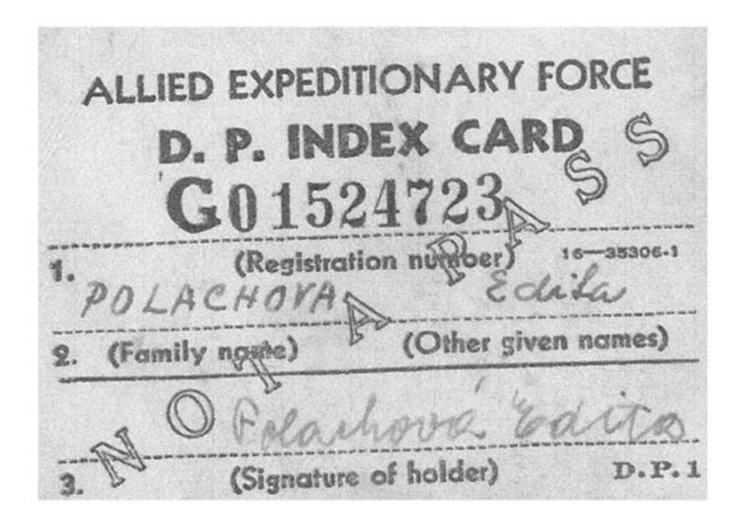
¿Quiénes eran los ricos que podían permitirse renunciar a su ración de pan y sopa por un cigarrillo? En orden descendente: el *Blockältester*, el kapo de trabajo, el personal de cocinas y cualquiera que tuviese acceso a las provisiones, esto es, después de que las hubieran saqueado los guardias de las SS, claro.

Poco después del bombardeo, nos trasladaron de Tiefstack. Había algo distinto en el ambiente, notábamos una tensión, tal vez miedo, entre nuestros guardias. Varias mujeres se habían incorporado a nuestros guardias de las SS, que últimamente estaban un poco más relajados con nosotras. Las mujeres de las SS eran crueles y brutas; soltaban sus látigos para colocarnos en filas rectas, y cada una trataba de superar a la compañera inventando castigos más crueles.

La humillación más bochornosa y degradante que viví en todos mis años en los campos de concentración fue por una guardia de las SS. El tren que nos trasladó a un lugar desconocido a menudo se detenía durante varias horas en las vías, y veíamos pasar otros trenes, algunos de ellos transportes de soldados heridos. Nosotras no sabíamos dónde estábamos, y pasaban las horas y los días. Los vagones de ganado no tenían aseo y teníamos que hacer nuestras necesidades junto a las vías, a plena vista, mientras el tren estaba parado. Yo estaba poniéndome en cuclillas para orinar cuando una guardia de las SS vino por detrás, me dio una patada y caí de cara sobre el charco. Todavía puedo sentir la vergüenza y la rabia según lo escribo. Ni los animales atacan al enemigo mientras hace sus necesidades.

20

Bergen-Belsen, o morir de hambre


ALLIED EXPEDITIONARY FORCE

D. P. INDEX CARD

G01524723

1. (Registration number) 16—35306-1

POLACHOVA Edita

2. (Family name) (Other given names)

Polachová Edita

3. (Signature of holder) D.P.1

Tarjeta de registro de superviviente de Bergen-Belsen, 1945

A diferencia de Auschwitz, en Bergen-Belsen las vallas no estaban electrificadas. Los barracones eran de madera, y en su interior no había literas ni muebles, solamente colchones sobre el suelo de hormigón.

Al principio, la rutina era la misma de siempre: *Zählappell*, el recuento de prisioneras dos veces al día, donde teníamos que formar en filas de a cinco, las vivas de pie, las muertas extendidas en el suelo. La comida se distribuía una vez al día y consistía en un cazo de sopa.

En todos los campos de concentración que conocí, el único plato cocinado que recibían los prisioneros era sopa. En algunos también se daba un trozo de pan, pero incluso eso desapareció con el tiempo. En el campo familiar de Auschwitz, dos prisioneros colocaban a mediodía un barril grande delante de los barracones y hacíamos cola con nuestros cuencos o el recipiente que tuviéramos. Cada persona tenía una cuchara, ya fuera atada

al cordel que hacía las veces de cinturón o escondida en la ropa. Todos intentábamos colocarnos hacia el final de la cola, aunque no demasiado atrás, porque entonces corrías el riesgo de quedarte sin sopa, si se acababa antes de tu turno. Pero estar al principio también era malo, porque entonces te tocaba el líquido de arriba, sin nada sólido. Los prisioneros que llevaban el barril a los barracones podían rebañar los restos de la sopa que quedaban en su interior una vez vacío. Para ello, lo tumbaban de lado y se metían dentro con su cuchara y su cuenco.

En Auschwitz, los niños recibían una sopa mejor, procedente del campo de los gitanos. Pero Fredy prohibía a los educadores que la probaran, aunque algún chaval insistiera en dar una cucharada a su profesor. Los adultos y los ayudantes comían la sopa del campo.

Uno podía encontrar todo tipo de tesoros en la sopa. Podía haber un trozo de patata, o de nabo, alguna vez hasta una tajadita de carne deshilachada. Gran parte de lo que debía ser para los prisioneros acababa en la panza del comandante del campo y su familia, de nuestros guardias y sus familias, y solo el resto llegaba a la cocina. Y claro, luego estaban los empleados de la cocina, y sus amigos, que también se quedaban con lo suyo. Al final, los insignificantes prisioneros recibíamos la sopa diaria cada vez más y más aguada.

Margit, Madre y yo seguíamos teniendo nuestro tesoro secreto: tabaco. No dejamos que nadie se enterara para evitar que nos lo robasen mientras dormíamos. La idea de tener en nuestras manos un tesoro como aquel nos daba cierta sensación de seguridad. No padeceríamos hambre, siempre podríamos comprar otra sopa. Era como tener una cuenta bancaria en Suiza.

Cuando llegamos a Bergen-Belsen, no hicimos uso inmediato de nuestra riqueza. Queríamos saber si podíamos aguantar el hambre un día más, porque la necesidad podía agudizarse todavía más. Sin embargo, después de los primeros dos o tres días, se produjo un cambio extraño en el campo. Los guardias dejaron de contarnos y la sopa aguada empezó a llegar de manera intermitente. Había llegado el momento de que Margit y yo empezáramos a hacer trueques.

Una o dos veces tuvimos éxito y conseguimos una ración extra de sopa a cambio de varios cigarrillos. Pero entonces dejaron de distribuir sopa, y ya nadie quería nuestro tabaco. Todo el mundo estaba hambriento, nadie tenía comida, ni siquiera los kapos. Toda la estructura del campo se estaba

derrumbando.

Tras varios días en Bergen-Belsen, nos dieron orden de llevar cosas de un almacén a la estación de tren del pueblo. Cada una teníamos que cargar un fardo al hombro, pero Madre era incapaz de llevar nada y apenas podía caminar.

De noche, veíamos explosiones en el horizonte y oíamos el ruido sordo de los disparos de artillería. Sonaban más y más cerca, el frente se aproximaba. No nos atrevíamos a albergar esperanzas de que la liberación llegase a tiempo para nosotras. En los sectores a nuestro alrededor había muertos tirados por todas partes.

Comprendí que nuestra muerte era inminente cuando un día, una niña que dormía a apenas tres pasos de mí no pudo levantarse. Tenía las piernas hinchadas. Todos teníamos edemas, pero podíamos ponernos en pie. Ella estaba tumbada boca arriba gimiendo, con los ojos cerrados y respirando con dificultad. Varias mujeres se acercaron a hablarle y darle ánimos, diciendo que esto pasaría y que pronto se encontraría mejor. Pero oí cómo una de ellas decía fuera del alcance de su oído: «Esto es el fin».

«Así que esto es morir de hambre», pensé. Y sabía que eso era lo que nos iba a pasar a todas.

Y no es que no hubiera visto morir a gente. Pasado cierto punto, empezaba el declive. Lo había visto muchas, muchas veces en Auschwitz. Era como si, de repente, esas personas quedaran señaladas para morir. Sus ojos se quedaban vacíos, inexpresivos. Podían seguir funcionando, incluso trabajar, pero era como si se arrastraran. Sus hombros se encorvaban como si les hubieran arrancado el espinazo. Apenas hablaban y ya no les interesaba nada, ni siquiera la comida. Siempre tenían una gota cayéndoles de la nariz, que nunca se molestaban en enjugar. Se habían rendido y dejaban de luchar por sobrevivir. Esa gente moría muy rápido. Tenían un nombre. Se llamaban *Muselmänner* («musulmanes», probablemente porque la posición de su desfallecimiento recordaba a la de los orantes islámicos).

Sin embargo, ahora estaba ocurriendo cerca de mí. Ya no eran las ancianas, ni siquiera las mujeres de mediana edad, ahora eran chicas jóvenes a mi alrededor, y pronto sería yo. En los campos de concentración, el concepto de edad cambiaba. Cualquiera por encima de los cuarenta y cinco años era viejo. En Auschwitz no pasaban las selecciones del doctor Mengele. Las mujeres de treinta años eran de mediana edad. Las jóvenes

tenían dieciocho o veinte. Yo no había cumplido dieciséis y me creía entre las pocas con más posibilidades de seguir con vida.

Una mañana, cuatro o cinco días después de llegar a Bergen-Belsen, Madre no quería levantarse. Se sentó en el suelo, con la cara sin lavar y el pelo despeinado. Era deprimente, quería llorar. Empecé a rogarle, intentando convencerla. «¡Qué pinta tienes! No te has lavado la cara. Péinate, no te abandones así.» Sabía que estaba a punto de convertirse en una *Muselmann*, y no podía soportarlo.

Aquella vez lo conseguí. Madre se recompuso y, con la ayuda de Margit y mía, siguió adelante. Me sentí aliviada por un tiempo.

Entonces, una mañana, no hubo *Zählappell,* ni se veía ningún guardia, nada era como de costumbre. Solo estaban los guardias de las cuatro torres de vigilancia del complejo con sus ametralladoras. Corría el rumor de que eran *Volksdeutsche*, reclutas de países ocupados que se habían ofrecido voluntarios para servir en el ejército alemán. Eran todavía más crueles que los propios alemanes.

Al principio, nadie entendía lo que estaba pasando. Pensábamos que los guardias de las SS aparecerían tarde o temprano. Pero las horas pasaban y no veíamos ninguno. Se hizo evidente que habían puesto pies en polvorosa, nos habían encerrado y habían huido para salvar su vida. O sea, que era cierto, los aliados se acercaban. Ahora era cuestión de días, tal vez horas, hasta que llegasen.

Lo que ocurrió después es indescriptible: no hay palabras humanas para expresar aquel infierno. Pero voy a intentar hablar de ello, tengo que hacerlo.

El día que los guardias nos abandonaron, se agotaron las provisiones de agua. No sé si cortaron el suministro principal a propósito, sospecho que sí. No había nada de agua. Entonces nos dimos cuenta de que había un grupo de mujeres en las letrinas, agolpándose en la puerta, forcejeando para entrar. Alguien había descubierto una tubería rota que goteaba. La tubería iba por la pared del fondo al otro lado del pozo, que estaba lleno de excrementos hediondos de las prisioneras, que casi todas tenían diarrea. Para alcanzar las gotas de agua de la tubería, si una tenía la suerte de llevar un recipiente para recogerla, había que pasar una pierna por encima de la fosa séptica, apoyarla contra la pared y sostener el recipiente debajo para recoger unas gotas. Así pues, formamos una cola y esperamos nuestro turno, día y noche,

porque comprendimos que pelearnos no ayudaría.

No sé cuánta gente había en aquel campo. Estaba dividido en varios recintos, con una carretera que pasaba por en medio. En nuestro recinto, puede que hubiera ocho o diez barracones. Cuando llegamos de Hamburgo, encontramos prisioneros de muchas nacionalidades. Nuestro contingente posiblemente fue el último en unirse.

Una de las prisioneras que conocimos allí era Eva Kraus, una checa cuya ruta de deportación había sido distinta a la nuestra. A ella la enviaron de Praga directamente al gueto de Łodź, en Polonia, y por ella supimos lo que les había ocurrido a los judíos checos, que fueron los primeros en ser transportados al este, en 1941. La mayoría habían muerto. Ella también había pasado por otros campos de concentración, incluso había intentado escapar, pero la cogieron, y había acabado en Bergen-Belsen. Para su sorpresa y alegría, entre nuestro grupo de mujeres encontró a su tía, Marie Kraus, que por cierto era la madre de mi futuro marido.

Ya vuelvo a divagar, como siempre, vuelvo a apartarme de las imágenes que no quiero recordar, o más bien algo en mi interior, algún mecanismo de defensa, deriva mis pensamientos hacia otras vías. Cada vez que empiezo a hablar del Holocausto, es como si me viera arrastrada hacia las experiencias de la posguerra. Y aunque están directamente conectadas con nuestro sufrimiento, son periféricas, como si solo pudiera tocar los bordes, no la herida en sí. Me vienen a la mente las experiencias más soportables, los incidentes cómicos, las escenas de amistad, tratando de eclipsar aquellas que no soy capaz de afrontar. Pero siento que también tengo que lidiar con ellas. Porque esas oscuras imágenes ocultas en las grietas del recuerdo también son verdad. Debo sumergirme más allá de la barrera y sacarlas a la luz de la realidad consciente.

Ni agua ni comida. Estábamos encerradas, abandonadas a la muerte. Cerca de la alambrada, había un montón de nabos blancos, de esos que los agricultores dan al ganado. Debían de llevar mucho tiempo allí porque el olor a podrido se extendía por toda el área alrededor. Sin embargo, podía haber partes aún sanas. No nos atrevíamos a acercarnos por los guardias de la torre, pero el hambre hacía más audaces a las mujeres y algunas

intentaron hacerlo lentamente. Lograron pasar inadvertidas y empezaron a rebuscar en el hediondo montón.

Agarré de la mano a Margit. «Vamos, podemos intentarlo», susurré. Varias otras avanzaron cautelosamente, paso por paso. Nos acercamos un poco. No pasó nada, parecía seguro. El olor era espantoso, pero las mujeres estaban sacando nabos que solo tenían algunas partes podridas.

De repente, oímos disparos. El guardia nos había visto. Puede que estuviera observándonos desde el principio, esperando a que los objetivos se acercaran más. Margit y yo echamos a correr, pero no teníamos fuerzas, nos caímos y quedamos despatarradas en el suelo. Otras cayeron también, pero algunas no volvieron a levantarse, mientras que nosotras logramos alejarnos a rastras. A la mujer que iba delante de mí la mataron. Yo no quería mirar, había demasiados cadáveres por todas partes. Era imposible saber quién estaba allí de antes y quién había sido abatida ahora.

Había muertas por todas partes. Y nadie para enterrarlas. Al principio, se recogieron y amontonaron los cadáveres. Algunos estaban vestidos, otros desnudos. Pero su desnudez era tan inofensiva como la de un niño, sus genitales no despertaban ninguna vergüenza, sus cuerpos muertos habían perdido toda sexualidad. Las extremidades eran solo huesos sin carne cubiertos de piel, las rodillas y piernas sobresaliendo del montón como nudos de cuerda en ángulos incongruentes. La mayoría tenía los ojos abiertos, ausentes y vacíos; era imposible imaginar que aquellos ojos hubieran podido ver alguna vez. La barbilla les colgaba desgonzada, revelando el interior cavernoso de sus gargantas ennegrecidas. Algunos se habían encogido tanto que las prendas parecían vacías y el único indicio de que había un cuerpo dentro de aquella ropa era el cráneo empequeñecido.

A lo largo del día o dos que transcurrieron desde la desaparición de los guardias hasta la llegada del ejército británico, los terrenos del campo de concentración se fueron cubriendo de excrementos y cadáveres. Los prisioneros estaban tan débiles que ya no tenían fuerzas para ir hasta las letrinas y se hacían las necesidades en el sitio. Morían allí mismo. En poco tiempo, no había forma de moverse sin tener que pasar por encima de cadáveres e imposible evitar manchas de excrementos ensangrentados.

Quien lea esto estará preguntándose cómo es posible vivir estos horrores sin volverse loca. Lo es. Al parecer, la naturaleza tiene un modo de proteger al hombre hasta del peor de los infiernos.

Yo no sentía pena ni compasión. No sentía nada. Entendía que lo que estaba viendo era un horror que iba más allá de la comprensión humana, pero no sentía ninguna emoción. Me movía, pasaba por encima de cadáveres, me sentaba a hablar con Margit y Madre, veía a mujeres derrumbarse y morir, oía el último suspiro de las moribundas. Pero no sentía dolor ni pena, ni siquiera por mí misma. Existía solo a nivel biológico, desprovista de toda humanidad.

Pero no, me equivoco. Todavía quedaba la amistad. Margit y yo nos aferramos la una a la otra, éramos un apoyo mutuo. Y todavía me importaba mi madre e intentaba subirle la moral. No lo recuerdo, pero probablemente albergábamos alguna esperanza de que nos rescataran, mientras oíamos cómo se acercaba el frente.

Las emociones no estaban completamente muertas, sino encerradas en algún lugar helado dentro de mí, ahora inaccesible, pero de algún modo protegido de la pérdida absoluta. Guardé la conciencia de los sentimientos como un recuerdo pasado. Una vez vividas, las experiencias retroceden a un almacén de reminiscencias, pero se vuelven opacas, sin sabor ni color. Yo sabía que lo que estaba viendo era un horror indescriptible, pero ese pensamiento no iba acompañado de vestigio alguno de emoción.

El último día, Margit y yo estábamos sentadas en un extremo del recinto, algo alejadas de las torres de vigilancia y los barracones. El sol brillaba y hacía calor. No había cadáveres a nuestro alrededor, y estábamos sobre el suelo arenoso, empapándonos la piel en aquel delicioso calor. También había otros grupillos de mujeres sentadas aquí y allá, pero separados, lo cual me producía una extraña sensación de intimidad, algo que no había sentido en años.

Nos quitamos la ropa y empezamos a despiojarla. Lo hacíamos lentamente, siguiendo las costuras interiores donde solían esconderse. A medida que los encontrábamos, los íbamos aplastando con las uñas de los pulgares, una práctica aprendida en los campos de concentración. Una vez despiojada la prenda, la extendíamos al sol, nos quitábamos otra capa y la poníamos del revés. Y así repetimos el proceso hasta que las dos nos quedamos con el torso al sol, sintiendo una especie de felicidad por la ligereza del cuerpo desnudo, al contacto con la arena limpia, aliviadas por la idea de que, cuando volviéramos a ponernos la ropa, no tendría piojos.

Estábamos terriblemente delgadas. No tanto como los *Muselmänner*, pero

casi. Ya no nos quedaba pecho. Qué curiosa es la economía del cuerpo humano. Primero, cuando estábamos en el gueto, dejamos de menstruar, como si el cuerpo hubiera decidido que era un desperdicio perder sangre cuando la reposición era incierta. Luego desaparecen las capas de grasa y, cuando todo se ha absorbido ya, la tripa pierde su redondez y se va hundiendo hasta que parece un cuenco, y los huesos de la cadera son las asas. Cuando estaba de pie con las piernas juntas podía meterme la palma de la mano abierta entre los muslos.

Ya no teníamos hambre. En su lugar, sentíamos una especie de ingravidez. Nuestro pensamiento ya no giraba solamente en torno a la comida. Hacía mucho que no nos llevábamos nada a la boca; dos, tres días, no lo recuerdo. Hasta cierto punto, me sentía aliviada, incluso eufórica. El sol era maravilloso.

Había un grupo acurrucado a cierta distancia de nosotras. Margit se levantó a ver qué hacían. Algo había llamado su atención y le entró la curiosidad. El grupo estaba formado por mujeres gitanas, perseguidas por los nazis como nosotras. Las habíamos visto en Auschwitz y ahora también estaban en Bergen-Belsen. Eran cuatro o cinco sentadas en círculo y, en el medio, había un hoyo en la arena del que salía un hilo de vapor.

Cuando Margit se acercó, le hicieron señas de que se alejara. Se detuvo a pocos pasos de ellas, pero empezaron a gritar y hacer gestos amenazantes. Tenían algo en aquel hoyo y no querían que se acercase. Margit volvió y se sentó sigilosamente a mi lado. Nos quedamos mirando a las gitanas, que también lanzaban miradas hacia donde estábamos.

En ese momento notamos un olor que salía de allí. Tenían un fuego y estaban cocinando algo. Olía bien, debía de ser sopa. Me atraía, pero tenía miedo de acercarme.

Nos levantamos y empezamos a volver hacia los barracones, tratando de eludirlas para que vieran que ya no estábamos interesadas. Pero entonces dimos la vuelta y pasamos por delante de ellas para echar un vistazo a su comida. Sí, tenían una lata haciendo las veces de cazuela y estaban cocinando algo dentro. No dijimos nada al pasar y, al ver que no nos deteníamos, ellas tampoco gritaron.

Margit no dijo nada. Pasados unos momentos preguntó: «¿Lo has visto?». Contesté que no sabía lo que estaban cocinando en aquella lata. Ella repitió: «¿No has visto lo que era?». Tras una larga pausa, dijo: «Era un hígado».

Había olvidado esa escena. Los detalles vuelven a ser nítidos según escribo esto. Lo que más me llama la atención vuelve a ser mi falta de reacción. No sentí repugnancia ni terror, aunque mi cerebro entendía las implicaciones de lo que había visto: acababa de presenciar un acto de canibalismo.

No sé lo que habría hecho si las gitanas me hubiesen invitado a unirme a ellas. Quiero pensar que me habría negado, pero no estoy segura. Margit y yo nunca volvimos a hablar de ello.

21

Liberación

Los británicos tuvieron que llegar al día siguiente, porque si hubiesen tardado, yo ya no habría sido capaz de caminar. Al principio oímos un altavoz, en algún sitio a la entrada del campo. A pesar de la novedad, nadie mostró curiosidad alguna; costaba demasiado levantarse del suelo. La voz se fue acercando, repitiendo un anuncio. Empezó a haber movimiento en los sectores vecinos. Las formas tiradas por el suelo que aún no estaban muertas levantaban la cabeza para escuchar. Algunas se ponían en pie y se acercaban a la valla para ver la calle central. Oímos gritos procedentes de otros sectores; algo raro pasaba.

Y entonces, yo también lo vi. Se trataba de un vehículo militar con un símbolo blanco en la puerta, pero no era la *Hakenkreuz* (la esvástica). Llevaba un altavoz montado en el techo y dentro iban soldados vestidos con uniformes que no conocía. Avanzaron lentamente por la calle mientras la voz iba repitiendo el anuncio en varios idiomas: «Han sido liberados, son libres. Somos el ejército británico y hemos venido a liberarles».

Tal vez dijeran otra cosa. Tengo lagunas en la memoria, especialmente en las cosas que se dijeron; recuerdo mucho mejor las imágenes que las palabras. Aún puedo ver a algunas mujeres pegadas a la alambrada, aquellas que todavía tenían fuerzas para emocionarse. Porque la mayoría se quedó tumbada, impasible, tal vez sonriendo ligeramente al comprender que aquello era bueno.

Yo también lo comprendía, pero no me alegré. Lo que sentí fue más bien alivio: a partir de ahora todos estaremos mejor, tendremos comida. En los campos, una no se hacía muchas ilusiones. Habíamos aprendido que las expectativas de algo positivo nunca se cumplían. Cada día, cada mes, cada

año, solo traían un sufrimiento peor. Hacía tanto que se habían aplastado nuestras expectativas de algo bueno, que acababas renunciando a cualquier esperanza de mejora. Y es que hacerlo no era solamente estúpido: era dañino. Porque cuanto más baja tenías la moral, más difícil era soportar una nueva desilusión, y más costaba levantarse y seguir adelante. Ser optimista agotaba las fuerzas.

Algunas mujeres intentaron abrir las puertas para acceder a la calle, pero estaban cerradas con llave. La libertad seguía siendo algo abstracto, lejano. Tendremos que esperar pacientemente. Eso también lo anunciaron por los altavoces: «Mantengan la calma. Recibirán comida y los enfermos serán atendidos. Tenemos que mantenerles en cuarentena para evitar una epidemia. Regresarán a sus hogares en cuanto estén libres de contaminación».

Sin embargo, antes de que las cosas empezaran a mejorar, y a pesar de su buena fe, los británicos cometieron errores fatales que provocaron la muerte de muchas víctimas más. Aquel mismo día empezaron a repartir comida de las provisiones de su ejército. No se dieron cuenta de lo que sus latas de carne y judías harían a unos cuerpos desnutridos y raquíticos. El repentino exceso fue demoledor y tuvieron suerte los que vomitaron inmediatamente.

Mi sensata y juiciosa madre nos dijo tajantemente: «Vosotras dos no coméis nada que no apruebe yo». Nos dejó coger dos latas de comida, una de leche en polvo y otra de azúcar. Luego nos explicó que debíamos tener mucho cuidado y comer solamente una cucharada de cada lata, dejando pasar un buen rato entre ingesta e ingesta, para que nuestro sistema digestivo aprendiera a funcionar otra vez.

Así pues, las tres nos sentamos en el suelo y empezamos a lamer la deliciosa mezcla de azúcar y leche en polvo, dejándola un buen rato en la boca para que se disolviera lentamente. Y aunque veíamos a muchas otras hinchándose a comer cosas apetecibles a nuestro alrededor, prometimos a Madre que obedeceríamos sus instrucciones.

El ejército británico se topó con el campo de Bergen-Belsen en abril de 1945 en su avance a través de Alemania. Ignoraban lo que se iban a encontrar y no estaban preparados en absoluto para abordar la situación. Yo misma oí decirlo a los soldados muchas veces. Sabían que nadie les creería cuando describieran lo que descubrieron allí. Por eso lo documentaron todo con grabaciones cinematográficas.

Filmaron escenas que se vivieron en el campo aquellos primeros días después de la liberación, como el enterramiento de cadáveres en las fosas comunes, o la incineración ceremonial de los barracones infestados de piojos y tifus, presenciada por las tropas y los exprisioneros desde una distancia prudencial.

Vi el documental en televisión en 1986 y me hizo recordar el olor de los miles de cadáveres, algo que había olvidado. Es probable que a esas alturas estuviese tan acostumbrada, que ya ni me molestaba. Y ahora veo las imágenes de los muertos, tal y como los vi, con las extremidades retorcidas y las cuencas oculares hundidas. Y después los ciudadanos alemanes, junto con el alcalde del pueblo vecino, obligados por los británicos a presenciar sus propias atrocidades. Se cubren la nariz con pañuelos y apartan la mirada. Observan boquiabiertos, sacudiendo la cabeza, repitiendo una y otra vez: «*Wir haben nichts gewusst*. (No sabíamos nada».

Puede que suene equivocado o políticamente incorrecto, pero creo que muchos alemanes realmente no lo sabían. El campo en sí se encontraba bastante apartado de cualquier localidad, y la carretera que llevaba hasta él estaba vedada. Ningún alemán obediente intentaría ir a un sitio que estuviera *VERBOTEN*.

Los británicos encomendaron la espantosa labor de enterrar los miles de cadáveres a los guardias de las SS, cuyos uniformes siempre relucientes ahora estaban sucios y arrugados. Me produjo bastante satisfacción ver a aquellos arrogantes *Übermenschen* humillados y rebajados, arrastrando cuerpos por los brazos y las piernas, algunos en estado de descomposición.

La película sigue con la ceremonia de la quema del campo de concentración. La excavadora, retirando tierra para una de las enormes fosas comunes. Duchas improvisadas al aire libre donde se lavan exprisioneros, sin importarles que les estén grabando. Y ahí están las mujeres de las SS, en fila delante de los barracones; esas gordas y pechugonas bestias de uniforme. Luego aparece el vehículo militar británico con el altavoz en el techo, pasando por la calle central del campo. Y a continuación se ven los rostros de las prisioneras detrás de la alambrada y ¿podría ser…? La chica del vestido oscuro y la cara hinchada, ¿soy yo? Creo que sí, y la otra más bajita detrás de mí se parece a Margit; la cara no se ve claramente aunque la línea del pelo era parecida. Pero la cámara sigue demasiado rápido.

Pocos días después de la liberación, empecé a trabajar con el ejército británico. El vehículo del altavoz empezó a solicitar gente capaz de traducir de alemán a inglés y de inglés a alemán. Así que me ofrecí voluntaria para ser «intérprete». Como todo el mundo, estaba ansiosa por tener acceso al tabaco y el chocolate de los soldados. Me dieron un brazalete blanco con la letra «i» que llevaba sobre la manga. Fue todo un descaro por mi parte decir que sabía inglés, pues lo aprendido con la señorita Pollack a los diez años no me había preparado para mantener una conversación en ese idioma. Con el alemán no tenía problema, era mi lengua materna.

Me pusieron con un oficial que trabajaba en la antigua *Kommandatur* cerca de la entrada del campo. Al principio no entendía ni una palabra de lo que decía, pero en cuanto empezó a hablar más despacio, la situación mejoró. Como todos y cada uno de ellos, se mostraba muy amable conmigo. Sus oficiales y soldados seguían en estado de shock después de lo que habían encontrado en el campo, y todos querían hacer algo personalmente para aliviar el sufrimiento e intentaban compensar lo que se nos había hecho. Nos daban regalos, cualquier cosa que se les ocurría, incluso dinero, que evidentemente no podíamos usar. Por ejemplo, el primer día que fui a trabajar, mi oficial se quitó el reloj de pulsera e insistió en dármelo. Yo no lo acepté, me sentía incómoda. En su lugar, le pedí cigarrillos, dicho lo cual saltó de la silla y abrió un armario donde guardaba un arsenal lleno de Woodbine, Craven A y Player’s Navy Cut, las raciones de las tropas. Me dijo que cogiera todos los que quisiera, y no solo en ese momento, sino cuando fuera. Cogí dos paquetes, que ya me parecían mucho, pero no quería parecer codiciosa. Saber que podía reponer mi tesoro todos los días era más maravilloso que poseerlo.

De las tres chicas que nos ofrecimos voluntarias como intérpretes, yo fui la única a la que destinaron a un despacho. A Eva la pusieron con un oficial encargado del enterramiento de los cadáveres en fosas comunes. Recorría el campo en un coche de mando y ella tenía que ir traduciendo sus órdenes a los alemanes. No recuerdo el nombre de la tercera chica, solamente que era de Brno.

Pocos días después de la liberación, el oficial con el que trabajaba Eva nos sacó del campo en su coche. Tuvimos que agacharnos para que el guardia de la torre no nos viera. Las prisioneras tenían prohibido abandonar el recinto, pues la epidemia de tifus seguía haciendo estragos, aún moría

gente y el campo estaba bajo una estricta cuarentena. Sin embargo, el oficial de Eva era joven y temerario, y por primera vez en años nos vimos al otro lado de la alambrada, fuera, a campo abierto.

Era mayo, o tal vez fuera abril todavía, y la carretera estaba flanqueada por cerezos en flor. Había pequeñas aldeas, alguna granja salpicada aquí y allá, los campos empezaban a reverdecer y todo lo que nos rodeaba era tan bucólico, tan divino y ajeno a los daños de la guerra y las bombas, que nos decíamos: esto no puede ser verdad. Aquí estamos, a pocos kilómetros del peor infierno que pueda concebir la imaginación humana, y para esa gente la vida había seguido como siempre. A ellos la guerra les pasó desapercibida, las estaciones vinieron y se fueron; cierto, puede que sus hombres tuvieran que ir al ejército y tal vez tuvieran que entregar su producción al gobierno. Pero ¿qué era eso comparado con lo que nosotras habíamos sufrido?

El oficial se detuvo en una de las granjas. Una *hausfrau* alemana salió y él le pidió huevos. Ella no le entendía, se encogió de hombros y empezó a gesticular con las manos.

Le hablé en alemán:

—*Er will Eier.* (Quiere huevos)

La señora empezó a lamentarse:

—No tenemos huevos; nosotros también estamos pasando hambre.

Pero entonces el oficial soltó una orden bruscamente y ella se calló al instante. Entró en el gallinero y salió con varios huevos en el mandil. Aparte del que me regalaron en el campo familiar de Auschwitz, aquellos fueron los primeros huevos que había visto en cuatro años.

22
Bubi

La mayoría de los guardias sabían perfectamente que el hombre que dirigía el campo de concentración se había camuflado entre la población civil para que no le capturasen, pero parte del personal seguía allí y los británicos les apresaron.

No estaba claro si pertenecían a las SS porque no llevaban insignias (evidentemente, se las quitarían para parecer más inocentes a los ojos de los británicos). Su aspecto había perdido aquel imponente aire militar y se comportaban de un modo sumiso, casi servil ante el enemigo.

Les pusieron a trabajar trasladando los miles de cadáveres y, aunque el asco era evidente en sus rostros, no se atrevieron a negarse.

A las mujeres guardias las encerraron en unas salas de la misma cabaña donde yo trabajaba. Mi oficial estaba a cargo de ellas. Una por una, las hizo llamar para interrogarlas y mi trabajo consistía en traducir sus preguntas al alemán y las respuestas de ellas al inglés. Fue una labor lenta, no solo por mi mal inglés, sino porque ellas intentaban minimizar su responsabilidad, diciendo que solo cumplían órdenes de arriba; ninguna admitió haber dado ninguna orden ni haber torturado o pegado a ningún prisionero. Ahora bien, mostraban bastante más aplomo que los hombres.

Mi oficial, cuyo nombre olvidé hace mucho tiempo, me explicó que lo que estábamos haciendo era solo trabajo preliminar. Teníamos que coger sus datos personales, su rango y un breve resumen de su carrera. Más tarde serían trasladadas a cárceles de verdad y juzgadas en tribunales de guerra especiales. Y así, cada día procesábamos a varias, mientras yo experimentaba un complejo proceso de cambio.

Entre aquellas mujeres de las SS estaba una de las guardias que escoltó a

nuestro grupo desde Hamburgo hasta Bergen-Belsen. Se llamaba Bubi.

Era joven, de unos veinticinco o veintiséis años, alta y delgada, con una cara redondeada y bastante bonita y pelo corto y oscuro, cortado como un hombre. La habían destinado junto con otras guardias de las SS al campo de Neugraben en Hamburgo antes del traslado a Bergen-Belsen. Nuestros guardias habían cambiado varias veces. Las últimas fueron mujeres, y eran las peores. Llevaban una capa negra que les hacía parecer murciélagos o ángeles de la muerte. Nos golpeaban con porras o látigos, y su comandante era la más sádica e inhumana de todas.

Bubi estaba en la primera brigada. Su actitud era distinta. De vez en cuando nos hablaba, incluso bromeaba, y aunque también llevaba porra, no la usaba con nosotras. Empezó a entablar amistad con una de nuestras chicas y se hizo evidente que lo que se rumoreaba de ella era cierto. Era lesbiana.

En Neugraben, yo dormía en la misma habitación que Lotta, la más guapa de todas nuestras mujeres. Era tan bella que, a pesar de los harapos que llevaba y que estaba entre filas y filas de mujeres desaliñadas y no se cuidaba el pelo más que las demás, seguía atrayendo todas las miradas. Gracias a su belleza recibió un trato mejor en todos los campos. En el campo familiar de Auschwitz fue la *Blockälteste* del bloque 6. Su madre también estaba con nosotras, siempre a la sombra de su impresionante hija, admirándola sigilosamente. Lotta era varios años mayor que yo, pero en Neugraben nos hicimos amigas y me llamaba Didi, lo cual me gustaba.

Al principio, Bubi hacía que la asignaran a la brigada que iba donde Lotta estuviera trabajando ese día. Durante el camino hacia allí y de vuelta del trabajo, iba al lado de Lotta, golpeando sus botas de montar negras con la porra y manteniendo breves conversaciones con ella. Con el tiempo se fue envalentonando, se quedaba más tiempo y más cerca de Lotta, hasta que acabó viniendo a visitarla a nuestro dormitorio.

Éramos unas veinticinco mujeres en el dormitorio. El espacio estaba completamente atestado de literas de dos pisos, separadas apenas por un estrecho hueco. Lotta ocupaba la litera de abajo en una oscura esquina, en ángulo recto enfrente de la mía. La primera vez que Bubi entró en el dormitorio de noche, todo el mundo creyó que se trataba de una visita de control. Nos quedamos heladas, sin saber a qué atenernos. Pero ella dijo despreocupadamente que siguiéramos con lo que estuviéramos haciendo,

habló un ratito con Lotta y se marchó. Las visitas se repetían cada vez más y cada vez se hacían más largas. Después de un tiempo, empezó a pasar toda la noche sentada en la cama de Lotta, manteniendo con ella conversaciones entre susurros. Lotta se quedaba tumbada boca arriba, oculta en su oscuro rincón, y de vez en cuando la oíamos soltar una carcajada.

Lotta no era lesbiana, desde luego, y no creo que su relación fuera más allá de lo que se veía, pero ¿qué prisionera se atrevería a negarle algo a una persona tan poderosa como una guardia de las SS? Además, tener amigas más arriba era útil, podía evitarte los peores lugares de trabajo o conseguirte más comida. Por una rebanada de pan, la mayoría de las mujeres estaban dispuestas a hacer cualquier cosa, qué decir de algo tan insignificante como complacer a alguien como Bubi.

Después de traernos de Hamburgo a Bergen-Belsen, la misión de las guardias de las SS, incluida Bubi, terminó, y no volvimos a verlas.

Sin embargo, un día, después de que las SS abandonaran el campo dejándonos encerradas sin agua ni comida, apareció una nueva prisionera en nuestra cabaña de Bergen-Belsen. Era Bubi. Se sentó en el suelo cerca de Lotta con el resto de nosotras, sonriendo, sin dar ninguna explicación. Llevaba ropa de calle y, de no haber sido por su sano rostro redondeado y su pelo corto, podría haber pasado por una de nosotras.

Nadie le prestó demasiada atención. Sí, tal vez nos preguntamos por qué había decidido sufrir con nosotras, exponiéndose al hambre, las infecciones y los piojos cuando no tenía por qué. Yo pensé que tal vez amaba tanto a Lotta que no quería separarse de ella, aunque fuera a ese precio. Pero a esas alturas, estábamos ya tan letárgicas e indiferentes que nos daba igual qué la había llevado a unirse a nosotras.

Ahora bien, cuando llegaron los británicos y nos liberaron, comprendimos que pronto nos darían de comer y de vestir, que nos mandarían a casa, y empezamos a preguntarnos qué hacer con Bubi. Hubo discusiones. Algunas decían que debíamos entregarla a los británicos y revelar su verdadera identidad. Al fin y al cabo, era de las SS y no deberíamos protegerla. Pero otras pensaban que siempre nos había tratado mejor y debíamos pagárselo guardando silencio y dejando que las cosas siguieran su propio curso. Probablemente la descubrirían de todas formas, pero nosotras no debíamos ser las delatoras.

No sé quién contribuyó a la suerte de Bubi, pero mientras trabajaba con el oficial británico encargado de los interrogatorios, la vi entre las mujeres de las SS detenidas. No sabía qué sentir hacia ella. Tenía sentimientos encontrados. Por una parte estaba la enorme satisfacción por la justicia de que se hubieran invertido los papeles. Yo, la prisionera que había sido humillada, privada de comida, pateada y deshumanizada, ahora era libre y hasta cierto punto, superior a Bubi. Y ella, que apenas unos días antes ostentaba poder sobre mi propia vida como guardia, ahora estaba presa y lo más probable era que fuese juzgada por sus crímenes de guerra. Era emocionante, pero me generaba un conflicto porque, de todos los que perpetraron nuestro sufrimiento, ella había sido la más indulgente y menos maligna. Los comandantes, los sádicos y los asesinos estaban escondidos en algún lugar y cabía la posibilidad de que nunca les cogieran ni les castigaran. ¿Debería ser Bubi el chivo expiatorio por gente como Mengele?

Por fin llegó el turno de su interrogatorio. Se sentó enfrente del oficial británico, vestida nuevamente de uniforme, con una falda estrecha y una chaqueta ceñida. Yo me senté en un extremo de la mesa. Al reconocerme, se quedó desconcertada. Nuestros ojos se encontraron y, por un instante, su cara expresó todo el abanico de emociones que había entre nosotras. Primero fue sorpresa, que pasó rápidamente a placer por reconocerme, luego comprensión de su nueva posición ante mi superioridad, y finalmente sus ojos se tornaron suplicantes, como si me pidiera ayuda y comprensión. El momento pasó y ella bajó la mirada, sin que ninguna de las dos dijera una sola palabra.

No sé si mis ojos reflejaron también lo que sentía, pero en mi interior oía dos voces, y las dos eran igualmente imperiosas. La primera gritaba: «Es tu enemiga, no tengas piedad ni lástima de ella, trátala con la misma crueldad con la que te han tratado a ti… venga tu sufrimiento». Pero la otra voz decía: «Ella nunca te ha hecho daño, no es su culpa. Es más, tú eres distinta a los nazis, tú eres humana, tú eres incapaz de ser cruel».

El interrogatorio comenzó. Ella dijo su nombre, edad, dirección y la fecha en la que se unió a las SS. Hace mucho que he olvidado los detalles, salvo que su verdadero nombre no era Bubi, por supuesto. Yo lo iba traduciendo todo con exactitud y sin rodeos.

Por algún motivo, el oficial salió de la sala dejándonos a solas. En ese momento, Bubi se volvió hacia mí ansiosamente y dijo: «*Hast du eine*

Zigarrette? (¿Tienes un cigarrillo?)». Y, de repente, para mí ya no había dilema. Sabía perfectamente lo que era no tener tabaco para un fumador, porque mi madre fumaba. Había visto a nuestras mujeres recoger colillas diminutas que habían sido pisoteadas con el tacón de una bota para abrirla y liar los restos de tabaco con trozos de papel de periódico. Ardían con una llama y se consumían muy deprisa. Cuando ya no se podía sujetar el extremo entre los dedos, lo pinchaban con un alfiler para apurar hasta la última calada. Y ahora, yo tenía todos los cigarrillos que quisiera, con permiso para coger más siempre que lo deseara.

Sin dudarlo un momento, saqué el paquete que llevaba en el bolsillo y se lo di. Cuando acababa de escondérselo en el uniforme, regresó el oficial. Me inundó una sensación de alivio, de satisfacción por mi reacción espontánea, y no me planteé si había hecho lo correcto. Pero sí me preocupaba la idea de que, si se lo contaba a mis amigas, criticarían mi gesto. Por ello no hablé de aquel incidente en años.

Nunca supe qué fue de Bubi ni tampoco intenté averiguarlo.[8] Tenía que ocuparme de mi propia vida y la suerte de nuestros antiguos guardias no me interesaba.

23

Después de la liberación

Mi carrera de intérprete no duró mucho. En pocos días, los británicos lo organizaron todo, las montañas de cadáveres fueron enterradas, los supervivientes empezaron a recibir comida normal y algo de ropa, y los enfermos fueron trasladados a enfermerías improvisadas. Pero el campo estaba tan sucio e infestado de piojos y otras plagas, que se hizo necesario sacarnos de allí. No recuerdo cómo nos trasladaron, supongo que para entonces ya estaba muy enferma. Me acuerdo de una habitación limpia con cuatro camas, una mesa y sillas en la segunda planta de un edificio de ladrillo rojo donde antes se alojaban soldados húngaros de apoyo a las SS, que se encargaban de las torres de vigilancia. Había un recinto entero de edificios como ese, conectados por senderos, y una gran cocina central.

Uno de ellos fue habilitado como oficina de administración británica, y mi madre empezó a trabajar allí para el alto mando del campo. Había sido secretaria antes de casarse y sabía estenografía, inglés y francés, aparte de alemán y checo, por supuesto, y podía escribir en todos esos idiomas. Pensó que le vendría bien practicar sus habilidades ya que, cuando volviéramos a Praga, ella tendría que ganar el pan de la familia.

Hubo un período intermedio del cual solo guardo un recuerdo borroso. Sé que estaba en la cama de arriba de una litera triple en una sala grande con muchas otras mujeres, y mi madre tenía que balancearse sobre una escalera inestable para darme de comer, o lavarme los brazos y la cara. Debí de estar gran parte del tiempo febril, porque notaba en los dedos un hormigueo que me da siempre que tengo fiebre alta.

Como otros tantos centenares si no miles de prisioneros, había cogido el tifus, que ellos llamaban *Flecktyphus*. Pero, a diferencia de la mayoría, yo

sobreviví. Madre me contó después que en un principio me llevaron a un hospital improvisado donde vio que me prestaban poca atención, pero luego encontró un sitio en una habitación compartida con otras mujeres y me trasladó del hospital allí.

Las otras dos ocupantes eran Mausi y su madre, la señora Hermannova. Ellas también pasaron la selección del doctor Mengele, y habían estado con nosotras en Hamburgo y Bergen-Belsen. Como vivíamos en una sola habitación, tuve la oportunidad de observar su relación. La madre de Mausi era una mujer difícil, que estaba constantemente quejándose de esto y lo otro, exigiendo la atención y los servicios de su hija. La llamábamos señora Mausová, que significa señora Ratona, a sus espaldas. Pero Mausi la trataba con cariño y amabilidad, jamás perdía la paciencia ni se mostraba irritada.

Al lado vivía una chica holandesa llamada Flora van Praag (¡imposible olvidar ese nombre!), que tenía una habitación para ella sola. Su novio, también un oficial británico, le consiguió de algún modo un piano en el que se pasaba el día tocando melodías alegres y música de baile, mientras que por la noche la oíamos reírse con el chico.

Madre era fumadora y el alto mando del campo le dejaba hacer uso del suministro de tabaco de los oficiales, que se guardaba en su despacho. Ella cogía modestamente solo uno o dos paquetes al día y, aunque solo se fumaba unos cuantos, empezamos a acumular reservas.

En la planta baja del edificio de enfrente había un hombre que vendía ternera fresca dos veces por semana. Era un exprisionero muy emprendedor, que compraba (¿o tal vez robaba?) ganado de los alrededores, mataba a la vaca y cambiaba la carne por tabaco. Por la mañana, Madre iba con varios cigarrillos a comprar carne. Como no teníamos utensilios de cocina, raspaba la carne con un cuchillo y hacía pequeños medallones que luego freía en una sartén o en un hornillo eléctrico. El cuchillo lo conseguimos, junto con dos platos, algo de sal y mantequilla, a través de la señora de la limpieza, una *hausfrau* alemana que nos enviaron los ingleses. Y por supuesto, le pagábamos con la moneda habitual: tabaco. ¡Cómo me gustaban aquellas hamburguesas! Me ayudaron a recuperarme rápido, gané peso y me puse más fuerte.

No sé cuánto tiempo estuve enferma. Dormía mucho y, cuando despertaba, la habitación estaba llena de luz y ventilada, Madre me tenía preparadas cosas ricas de comer, y luego me volvía a dormir. Pero cada vez

me encontraba un poco mejor, y por fin pude levantarme y andar hasta el cuarto de baño al otro lado del pasillo y volver. Y siempre había cosas de comer. Nos traían la comida de la cocina central, tanto como quisiéramos de todo; es más, Madre intercambiaba tabaco por todo tipo de exquisiteces, como huevos o leche. Mientras me recuperaba, solía sentarme junto a la ventana a observar a la gente fuera.

Una mañana, vi a una de nuestras jóvenes salir del edificio de al lado y abrazar a un soldado británico de uniforme. Era su hermano pequeño, Harry. Se apellidaban Pressburger. Harry había sido enviado cuando era niño de Praga a Inglaterra, en aquel transporte infantil que organizó Nicholas Winton. Cuando estalló la guerra, se alistó en el ejército británico y participó en la liberación de Bergen-Belsen. Y allí estaban, en la calle, abrazados, llorando, incapaces de soltarse.

Ya estábamos pensando en el futuro, esperando a volver a casa. (¿A casa? ¡Si ya no había casa!) Para marcharnos, necesitábamos un certificado médico confirmando que no éramos portadoras del tifus. Varios oficiales designados por el alto mando del campo se encargaban de la repatriación de supervivientes. Cuando Madre y yo fuimos a inscribirnos, resultó que el oficial también era checo. Recuerdo las listas que tenía clavadas sobre su puerta, con nombres de personas desaparecidas. Entre ellas estaba Josef Čapek, hermano del famoso escritor checo Karel Čapek. Más tarde me enteré de que murió en Bergen-Belsen.

El oficial nos inscribió en la lista de espera, pero dijo que había escasez de autobuses y trenes. Solo podían salir grupos reducidos cada varios días.

Mientras esperábamos, la vida parecía más alegre cada día. Gozábamos de nuestra libertad. Los soldados ansiaban compañía femenina y, aunque tenían órdenes estrictas de no confraternizar demasiado con mujeres alemanas, con las exprisioneras no había ningún problema. El ejército organizaba proyecciones de películas o bailes en la plaza; podía oír la música desde mi ventana. Todas nos habíamos hecho con algún vestido o alguna falda, y cualquiera que se encontrara bien físicamente estaba allí bailando.

Yo les observaba desde la ventana, pero no me unía. Era tímida, y no conocía ningún baile. Aparte, nunca había bailado con un hombre.

Mausi había hecho amistad con un doctor escocés del ejército llamado Sean, que la visitaba a menudo y a veces salían juntos. Daba la impresión de que podía acabar siendo una relación estable.

Yo también tenía un novio. Se llamaba Leslie. No era oficial, solo conductor del ejército. Le conocí un día que estaba sentado en su jeep y yo le pedí fuego. Al día siguiente vino a verme a nuestra habitación. Me invitó a ver una película. Mausi y Sean también vinieron a verla. Cuando salimos del edificio, Leslie se quedó rezagado y dejó que ellos fueran delante. Íbamos varios pasos por detrás. Me explicó que, en el ejército británico, un oficial no debe ser visto caminando con un simple soldado como él.

Todavía recuerdo el título de la película: *Lady Hamilton*. No entendí ni una palabra de lo que decían, pero era la primera película que veía desde 1940, cuando se prohibió a los judíos ir al cine en el Protectorado ocupado de Bohemia y Moravia.

Otro día, Leslie me llevó de excursión en su jeep. Atravesamos unos campos exuberantes hasta llegar a un bosque. Desplegó una manta en un claro entre los árboles altos y mientras estábamos sentados allí, empezó a besarme. Sus intenciones eran claras, pero yo era tímida y estaba asustada. Aparte de un beso inocente e infantil de un compañero de clase, nunca me había abrazado o besado un hombre. Besar a Leslie estaba bien, pero cualquier otra cosa era inimaginable. Él se mostró bastante insistente, diciendo que no me iba a pasar nada. También me dijo con bastante seriedad que los soldados británicos tenían estrictamente prohibido juntarse con alemanas. Luego sacó algo de su bolsillo para mostrarme cómo iba a protegerse para no dejarme embarazada. Yo aparté la mirada horrorizada y asqueada, y me puse a llorar. En ese momento debió de darse cuenta de que seguía siendo una niña inocente, se apartó y empezó a consolarme. Fue muy amable, me enjugó las lágrimas y se comportó como un perfecto caballero. Nos volvimos a ver varias veces antes de que se marchara con su unidad. Me dio la sensación de que después de nuestro encuentro en el bosque, le gustaba más y me respetaba más.

El día de su marcha vino a despedirse muy temprano por la mañana. Las cuatro estábamos dormidas cuando franqueó sigilosamente la puerta. Desperté y le vi tapándome discretamente el trasero con la manta, antes de decirme adiós. Dijo que tenía que darse prisa, porque el camión con sus compañeros esperaba en la calle con el motor en marcha, pero que solo

quería verme una última vez. Nunca más supe de él.

Una tarde, emitieron un anuncio por los altavoces, invitando a las mujeres a ir a bailar con los soldados. Esta vez no sería en la plaza, sino en un salón de actos de un pueblo alemán cercano. Me puse la falda negra y subí al camión con el resto de las chicas. Fuimos por carreteras rodeadas de árboles hasta llegar a un pintoresco pueblecito de casas antiguas y coloridas con gabletes.

Cuando llegamos al salón del baile estaba vacío y había sillas colocadas contra la pared. Nos dijeron que esperáramos. Pasado un rato llegaron los soldados y empezó a sonar la música. Había un profesor de baile, también de uniforme, que iba dando indicaciones como: giro a la izquierda o giro a la derecha o cambio de pareja. Uno de los bailes era gracioso, la letra era algo así:

La mano derecha adentro, la mano derecha afuera, la mano derecha adentro
Y empieza a agitarla
Baila el hokey-cokey y empieza a girar
¡De eso se trata!
La mano izquierda adentro, la mano izquierda afuera, mano izquierda adentro…

Luego iba el pie izquierdo y el pie derecho y así seguía. Era muy divertido y todo el mundo acababa riéndose.

Yo me senté junto a la pared y cada vez que un soldado se acercaba para sacarme a bailar, le decía que no sabía. Ellos inclinaban la cabeza e iban a pedírselo a otra chica.

Entonces vino el mismísimo profesor de baile. Cuando le contesté lo mismo que a los demás, simplemente estiró la mano y me levantó. Dijo:

—Soy instructor de baile, te enseñaré.

Por supuesto, yo bajé la mirada a los pies para ver lo que tenía que hacer, pero él me levantó la barbilla y me agarró fuerte.

—No mires abajo —dijo con autoridad. Era sorprendentemente fácil, como si mis pies ya se supieran los pasos, y al final de la primera ronda, ya me sentía confiada. Bailó conmigo varias veces más y lo disfruté mucho.

Me enorgulleció que solo bailara conmigo, cuando no estaba ocupado dando instrucciones.

Desde entonces nunca he vuelto a dar una clase de baile. No me ha hecho falta.

Mi madre estaba muy preocupada por nuestro futuro, no dejaba de pensar en cómo saldríamos adelante. No teníamos nada: ni casa, ni pertenencias, ni dinero, ni marido o padre para mantenernos. Ninguno de nuestros familiares cercanos podía haber sobrevivido, no había nadie en Praga a quien recurrir en busca de consejo o ayuda. Todo lo que teníamos lo habían confiscado los nazis, nuestra modesta cuenta bancaria poco después de la invasión alemana y el resto de la casa, el día que fuimos deportados al gueto.

Aprovechando el despacho del alto mando del campo, Madre escribió varias cartas a mi tío abuelo Adolf en Palestina y a la tía Manya en Praga, describiendo lo que habíamos vivido. Aún conservo la carta que envió a Palestina: mi tío me la dio años más tarde, cuando fui a visitarle a Tel Aviv. La había abierto el censor del ejército británico. En ella, mi madre le explicaba con frases sobrias y sin adornos cómo nos deportaron a Theresienstadt, y de ahí a Auschwitz, donde falleció Padre, luego a Hamburgo, para trabajar como esclavas, y finalmente a Bergen-Belsen. También decía que el resto de la familia probablemente también estuviera muerta. Aunque describía los hechos, la carta no expresaba el dolor, el sufrimiento y la desolación que tuvimos que aguantar. Incluso al escribir ahora, siento que mis palabras no bastan. No hay palabras en el lenguaje humano para describir Auschwitz. La magnitud de aquellas espantosas experiencias requeriría un vocabulario nuevo. El lenguaje que conozco no sirve para describir lo que siento.

Pasaron las semanas. Ya era junio y aún estábamos en el campo de concentración. Seguía muriendo gente; miles de prisioneros liberados sucumbieron al tifus y a las consecuencias de la desnutrición. A algunos ya los habían enviado a casa, pero otros seguíamos esperando. Muchas personas no podían regresar a su tierra y querían emigrar a América.

Nos informaron de que el gobierno sueco iba a aceptar un determinado número de supervivientes para que se recuperaran en Suecia, con todos los gastos pagados. Los médicos británicos hicieron una criba de candidatos. Solo eran aptas aquellas personas que tuvieran un documento del hospital, certificando que habían salido de la cuarentena. Madre y yo decidimos solicitarlo, Mausi y su madre también. Creíamos que nadie nos esperaba en Praga, así que tampoco importaría volver unas semanas más tarde. Yo tenía el informe que pedían del hospital, pero Madre no.

Encontramos ayuda en el novio escocés de Mausi, Sean. Nos sugirió que

mi madre ingresara en el hospital fingiendo estar enferma para que le dieran el alta a los pocos días. De ese modo sería apta para el proyecto sueco. El médico prometió que se encargaría del documento que necesitábamos.

Así pues, Madre fue al hospital. Estaba en uno de los edificios de ladrillo rojo, como el de nuestra habitación, pero en el otro extremo del complejo, a un buen paseo de distancia. La acompañé y le llevé la bolsa con algunas cosas de primera necesidad; ya teníamos nuestro propio cepillo de dientes, jabón, varias mudas de ropa y, por supuesto, cigarrillos. La dejé de buen humor, todo había ido bien gracias a la carta del médico inglés. Le dieron una cama de verdad con sábanas, en una habitación compartida con varias mujeres más. El hospital había mejorado bastante desde el mes anterior, cuando yo estuve allí con tifus. Aunque seguía faltando mucho personal: quizá había dos o tres médicos, pero los pocos cuidadores eran voluntarios, no enfermeros preparados.

Fui a ver a Madre al día siguiente. Estaba en la cama, tal y como habíamos planeado, pero la encontré mucho menos animada que la víspera. Se quejaba de un dolor en la barriga, y cuando se levantó la manta para mostrarme dónde le dolía, vi que tenía el vientre hinchado, como una bola que le salía del resto del cuerpo.

Hablamos del viaje a Suecia y de cómo hacer para guardar nuestras nuevas pertenencias, ya que los suecos no dejaban que llevásemos nada, ni siquiera nuestra ropa. Ellos suministraban ropa nueva y otras necesidades. Era comprensible que quisieran evitar que entrase cualquier infección o plaga en su país, pero tras varios años teniendo la ropa que llevábamos puesta, un cuenco y una cuchara como únicas posesiones, nos sentíamos apegadas a los bienes que acabábamos de conseguir. Cada una teníamos un abrigo, y un par de botas de goma robadas del almacén alemán que quedó abandonado en el campo, una blusa, una falda, una manta y una sábana que nos dio el ejército británico, y un pañuelo azul, uno de los dos que encontramos en el forro de mi abrigo, cuando Eva Kraus y yo participamos en el saqueo de los almacenes del campo.

Poco después de la liberación, recibimos algo de ropa, que estaba usada pero limpia. Supongo que la recogieron entre la población alemana para ser distribuida entre los exprisioneros. A mí me tocaron unos pantalones negros acampanados y varias cosas más, pero los pantalones eran lo mejor. Me encantaban. Me daba pena perder prendas tan valiosas, porque además

probablemente no las podríamos encontrar en Praga después de la guerra. Quedamos en que lo ataríamos todo junto y lo enviaríamos a Praga con el siguiente autobús que llevase a repatriados a casa. Tal vez alguien pudiera guardárnoslo hasta que volviéramos. Solo estaríamos unas semanas en Suecia.

Entonces Madre me dijo varias cosas que quería que recordase. He olvidado lo que dijo, pero sabía que eran palabras importantes y sabias, de esas que los padres dicen a sus hijos ante cambios trascendentales en su vida.

Cuando me fui, prometí volver al día siguiente.

Aquella noche, Mausi y yo estábamos invitadas a una fiesta. Me apetecía bastante. Era una velada privada con música, no como los bailes en la plaza, a los que cualquiera podía acudir sin invitación. Se celebraba en las dependencias de los oficiales de mayor rango, entre ellos el médico escocés de Mausi.

Fue una noche muy agradable: había galletas, chocolate y bebidas, y el ambiente era alegre pero civilizado. Sin embargo, no disfruté tanto como podía haberlo hecho. Algo en mi cabeza me decía que Madre no estaba bien, que estaba sufriendo. Y me preguntaba por qué había creído necesario darme esas instrucciones tan importantes. Quería volver a casa, pero no podía fastidiar la fiesta: nos habían traído en un jeep del ejército y tenía que volver con el resto de las chicas. Afortunadamente, no llegamos demasiado tarde.

El día siguiente era el tercero desde el ingreso de Madre en el hospital y, según nuestros planes, ya podrían darle el alta. Esperaba que se encontrase mejor. Quedaba muy poco tiempo para inscribirnos para el proyecto sueco, si nos retrasábamos perderíamos la oportunidad.

Cuando entré en la habitación donde la había visto la víspera, pensé que me había equivocado, porque la cama estaba vacía. Iba a preguntar dónde estaba a sus compañeras pero de pronto vi su bolsa sobre la cama.

Me volví hacia ellas.

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi madre? —dije con urgencia, alzando la voz cada vez más, hasta que estaba gritando.

Silencio. Nadie contestó. Todas me miraban sin decir palabra. El silencio se hizo insoportable, pero yo ya lo sabía. Por fin, una de ellas dijo en

eslovaco:

—*Tvoja mamička zomrela*. (Tu mamá ha muerto). —Volvieron a quedarse en silencio.

—¿Y qué hago? —grité—. ¿Qué hago? ¿Qué hago yo ahora?

Cogí la bolsa y eché a correr hacia casa, con un llanto ahogado. Era un buen trecho, casi veinte minutos andando. Quería llorar, pero no tenía lágrimas. Sabía que debía llorar, pero solo me salían esos sollozos como tos y empecé a decir en voz alta:

—¿Qué hago? ¿Qué hago?…

No sabía qué iba a ser de mí. Quería recordar lo que Madre me había dicho el día anterior. Ella sabía que se moría, por eso me había dicho aquello tan importante. Y sin embargo, yo lo había olvidado. Me devané los sesos tratando de recordar sus últimas palabras. Si las recordaba, tal vez me ayudarían a decidir qué hacer. ¿Qué debería hacer? ¿Qué iba a ser de mí? Estuve todo el camino repitiéndome esas preguntas, una y otra vez, tropezando con la engorrosa bolsa.

Irrumpí en nuestra habitación y encontré a Mausi y su madre, sentadas haciendo algo trivial.

—Madre ha muerto —exclamé—. ¡Madre ha muerto!

Me miraron incrédulas. Veía en sus ojos que creían que me había vuelto loca.

—Ven, siéntate, cuéntanos lo que ha pasado. Tranquilízate. —Mausi me hablaba con suavidad, rodeándome con su brazo, pero aún no me creía.

—¡Te lo estoy diciendo! Madre ha muerto. Mi madre ha muerto. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a vivir sin Madre?

Sentía un inmenso abatimiento, como un peso apretándome el pecho desde dentro, mientras los sollozos seguían brotando en hipo. Pero no lloraba. No me salían las lágrimas. Ante todo estaba preocupada, preocupada. ¿Qué pasaría ahora? ¿Qué debería hacer?

Sentía mucha lástima por mí misma. Estaba sola. Ya no me quedaba nadie. Madre estaba muerta. ¿Quién estaría conmigo? No pertenecía a nadie. Estaba sola… a nadie le importaría. Y había olvidado lo que madre me había dicho, ¿fue tan solo ayer? Aquellas habían sido sus últimas palabras. Ella era tan sabia… me había confiado lo más importante que sabía, toda la sabiduría que había adquirido a lo largo de su vida y yo, miserable criatura, había olvidado sus últimas palabras.

De repente, me di cuenta de que eso no era todo. Yo había salido a bailar. Quizá estuviera bailando en el momento en que murió mi madre. No estaba a su lado. Madre había muerto sola, mientras yo echaba unas risas en una fiesta. ¿A qué hora moriría? Ni siquiera lo había preguntado, había echado a correr a toda prisa.

Bajo la gruesa capa helada que eclipsaba todas mis emociones, había un sentimiento de culpa. En ese momento ya sabía que nunca sería capaz de perdonarme. La culpa por dejar a mi pobre madre morir de forma tan miserable me ha acompañado toda la vida. Su muerte me ha perseguido en sueños de mil maneras. Ojalá pudiera volver a aquella maldita noche y cambiar el guion.

24

Tumba

No he visto la tumba de mi madre, ni estuve presente en su entierro. El mismo día en que llegué con la noticia, Mausi me llevó al oficial de repatriación y le pidió que adelantara mi puesto en la lista de espera. Ella me convenció de volver a Praga en vez de ir a Suecia porque allí podía encontrar parientes o amigos que me acogieran. Renuncié al programa de recuperación sueco y Mausi le dijo que, como ahora era huérfana, debería recibir un trato especial. Hablaban en checo y el oficial estuvo muy amable y comprensivo. Me puso en el siguiente autobús a Praga del día siguiente.

En Bergen-Belsen no había funerales de verdad, pero yo no quería que mi madre fuera enterrada en una fosa común anónima. Quería que tuviese una tumba propia con su nombre. Sin embargo, tampoco podía organizarlo en las pocas horas que me quedaban antes de marchar.

Sean, Mausi y otra mujer, Elly, que fue compañera de clase de mi madre en Brno, prometieron asistir al funeral y asegurarse de que Madre tuviera su propia tumba.

Años después de acabar la guerra, surgió una organización en Hamburgo formada por personas que recordaban a las mujeres judías que trabajaron allí durante la contienda. Su objetivo era rendir homenaje a las cerca de quinientas prisioneras que trabajamos en Freihafen, Neugraben y Tiefstack. Han colocado placas conmemorativas en los lugares donde nos alojaron, y escriben y hablan sobre nosotras a la siguiente generación.

A finales de los años noventa, el promotor de la organización, Herr Heiner Schultz, nos invitó a varias exprisioneras a viajar a Hamburgo. Yo decliné la invitación. No quería volver a pisar Alemania.

Siguieron mandándome cartas, intentando hacerme cambiar de idea educadamente. Yo seguía negándome. Pero entonces recibí el itinerario que habían planeado y, entre las visitas a los *Gedenkstätten* (monumentos conmemorativos), estaba Bergen-Belsen.

Eso me hizo cambiar de idea. Era una posibilidad de ver el lugar donde estaba enterrada mi madre.

Fuimos seis: cuatro de Israel y dos de la República Checa. Todo estaba organizado a la perfección, alojamiento en un hotel céntrico de Hamburgo, visitas guiadas a importantes lugares de interés judíos, comidas en restaurantes, transporte… todo funcionó como la seda.

La mañana de nuestro viaje a Bergen-Belsen compré un ramo de flores para la tumba de mi madre. Actualmente, el campo es una base de la OTAN vedada al paso, pero nuestros anfitriones habían conseguido un permiso especial para entrar. El cementerio se encuentra dentro del complejo vallado. El Memorial con las fosas comunes y el monumento se encuentra en otro sitio, donde en su día estuvo el antiguo campo de concentración destruido por las llamas.

El cementerio tiene el aspecto de un parque bien conservado. No son tumbas al uso, sino varias hileras de montículos verdes con senderos de arena entre ellos. Aquí y allá hay alguna lápida con un nombre y una fecha.

¿Cómo iba a encontrar la tumba de mi madre? Empecé a caminar entre las hileras y noté que las fechas en las piedras iban en orden cronológico ascendente. Había varias con fecha de mayo de 1945, y luego junio. Seguí buscando y había una con fecha del 27 de junio. Mi madre murió el 29. Unos pasos más adelante vi un árbol. Deduje que, si enterraron a una persona cada día entre esas dos fechas, Madre tenía que estar bajo aquel árbol.

Dejé las flores sobre el montículo y me quedé un rato ante él. Estaba esperando algo, tal vez una señal de que aquel era el lugar correcto, de que estaba junto a los restos de mi madre. Las demás se quedaron a un lado, respetando mi intimidad.

No hubo ninguna señal. Todo a mi alrededor siguió igual de silencioso y verde. Pero sentí que había hecho lo correcto yendo a Alemania.

25

Regreso a Praga

El día después de la muerte de mi madre, el 30 de junio, me subí a un autobús conducido por un hombre checo que hacía traslados voluntariamente en su vehículo. Llevaba dos bultos: el mío y el de Mausi. Me había pedido que lo llevara a Praga para que se lo guardase su amiga Ruth hasta que su madre y ella regresaran de Suecia. Evidentemente, no tenía maletas, las cosas iban simplemente atadas en una manta del ejército. ¿Que qué llevaba en mi fardo? Un par de botas de goma negras saqueadas de los almacenes alemanes en Bergen-Belsen, unos pantalones azules de la marina británica con una solapa en la parte delantera. También había una blusa y una falda de flores, de la ropa que los británicos recogieron entre la población alemana y repartieron entre las supervivientes. Pero lo más importante era mi tesoro: alrededor de ochenta paquetes de cigarrillos «Woodbine».

Había unas cuarenta personas en el autobús. No conocía a ninguno de los otros pasajeros. Todos eran prisioneros liberados de varias nacionalidades: para ellos, Praga era solo una escala. Yo iba sentada junto a una joven eslovaca llamada Marta. Me sentía muy sola. Mis compañeros de viaje no sabían que acababa de perder a mi madre. Y, aunque lo supieran, tampoco les habría importado: todo el mundo estaba absorto en sus propias preocupaciones y su miedo al futuro.

Viajamos todo el día a través de Alemania, viendo el contraste entre sus ciudades destruidas por las bombas y el campo con sus bucólicos pueblecitos intactos, tranquilos y verdes. Nuestro conductor checo no se detuvo hasta el anochecer porque quería evitar pasar la noche en territorio alemán. Era tarde cuando cruzamos la frontera con Checoslovaquia. El

autobús paró en el pueblo más cercano, Františkovy Lázně.

El sitio estaba muerto, no había nadie a la vista, hasta las ventanas de los anticuados hoteles en la plaza estaban a oscuras. La zona había sido liberada recientemente, todos los hoteles estaban cerrados y no había huéspedes. Tras varios intentos, nuestro conductor consiguió que el conserje de un hotel nos dejara alojarnos por una noche diciéndole quiénes eran los pasajeros.

¡Menudo lujo! Estaba fascinada. Había olvidado que existieran tales comodidades. Recorrí los suelos enmoquetados y atravesé sus salones con espejos, muebles lustrosos y pesadas cortinas de terciopelo. Nos dieron una lujosa habitación con un cuarto de baño deslumbrante y una enorme cama doble, pensada para la gente rica y refinada de antes de la guerra, que venía a curar sus dolencias y lucir sus joyas.

Teníamos que compartir habitación con otra persona y a mí me tocó Marta. No pegábamos con el escenario. Yo iba con mi gabardina, mis pantalones sacados de los almacenes de excedentes británicos y mis botas de goma, aunque hubiera preferido calzármelas que llevarlas en la mano. Y al hombro, llevaba los dos bultos. Sin embargo, lo más extraño de todo eran aquellos ojos que me observaban desde el espejo. ¿Cómo podían ser mis ojos? ¿Y quién era esa chica alta que no había visto de cuerpo entero en un espejo desde hacía tres años al menos?

Me tumbé en la cama mullida y elástica, sobre una sábana blanca almidonada cubierta con un ligero edredón acolchado, y no lograba dormir. Di vueltas y más vueltas, y cada vez que lo hacía la cama respondía hinchándose y rebotando. Lo mismo le pasó a mi compañera.

A diferencia de la princesa del cuento de Andersen, que descubrimos que es una auténtica princesa porque no puede dormir debido a un guisante que hay bajo un montón de colchones, nosotras no lográbamos dormir porque la cama era demasiado mullida y elástica. Llevábamos demasiados años durmiendo en duras literas. Al final, quitamos el edredón acolchado de la cama y dormimos sobre él en la moqueta.

A la mañana siguiente, nuestro conductor nos llevó hasta Pilsen, su ciudad. Nos acercó a la estación, sacó nuestros billetes y nos deseó buen viaje.

El resto del camino hasta Praga lo hicimos en tren.

TERCERA PARTE

1945-Siglo XXI

26

Las primeras semanas en Praga

El tren llegó a Praga el primero de julio a mediodía. Allí estaba yo, en mi ciudad natal, sin Padre ni Madre, a dos semanas de mi decimosexto cumpleaños.

Nuestro grupo fue recibido en la estación principal por dos personas de la Oficina de Repatriación. Nos entregaron un documento de identificación de color rosa a cada uno y llevaron a aquellos que no teníamos dónde alojarnos a un hostal cercano. Dejé mis dos bultos allí y salí en busca de la tía Manya.

Recordaba el tranvía que atraviesa el barrio de Podolí, pero no tenía dinero para el billete. Mostré mi tarjeta rosa de repatriación al conductor y dijo que no tenía que pagar. La gente me miraba de un modo extraño y pensé que debía de parecerles rara, aunque no sabía por qué. No creía tener ninguna señal visible que explicase aquellas miradas. Supuse que sería por llevar botas de goma y gabardina en un día de verano. Mucho después supe por otras personas que había algo en mi expresión, especialmente en los ojos, que revelaba los estragos de los años vividos en Terezín, Auschwitz y Bergen-Belsen.

Subí las escaleras que conducían al pequeño apartamento de Manya y llamé al timbre. La puerta se abrió y allí estaba ella. No me reconoció. La última vez que me había visto yo era una niña de trece años, y ahora era una adulta de dieciséis.

—¿Sí? —dijo ella.

Fui incapaz de hablar.

—¿Dita? —dijo con tono dubitativo. Asentí.

Miró por encima de mi hombro, hacia el hueco de la escalera.

—Pero ¿dónde está tu madre?

—Madre murió hace dos días.

—No puede ser… me escribió una carta… dijo que las dos habíais sobrevivido y que volveríais pronto…

Entonces me metió en su casa, me abrazó y lloramos juntas.

Sin venir a cuento, dijo:

—Tienes suerte de encontrarme en casa. Estaba a punto de salir. —Como si aquella fuera una visita casual. De pronto, se detuvo y añadió—: No estás sola: ¡tu abuela está viva! Os escribí a Bergen-Belsen pero veo que no recibisteis la carta. Sobrevivió en Terezín y tu tío Leo fue a buscarla. Está en su casa, aquí en Praga.

Aquello me dejó aturdida. ¡La abuela, viva! Madre y yo habíamos llorado su muerte en Auschwitz cuando nos enteramos por una mujer que llegó en el transporte de mayo que la había visto en su lecho de muerte. Pero no: se había recuperado ¡y estaba viva! Había sobrevivido tres años en el gueto.

Al día siguiente fui a buscar mis dos bultos, el mío y el de Mausi, porque Manya dijo que podía quedarme en su casa. Para ella era lo más natural y evidente, y yo estaba demasiado confusa como para pensar en las molestias que podía causarle.

La tía Manya acababa de ser nombrada directora de una escuela especial para niños con problemas auditivos. Por ello, aquel verano no tenía vacaciones como el resto de maestros, y debía trabajar todo julio y agosto. Vivía en un apartamento de una sola habitación, pero como la cocina era bastante grande, la había transformado en una especie de salón con una cama adicional.

Zdenka, la hermana de Manya, fue la encargada de ir a ver a la abuela y prepararla para las noticias.

—Poco a poco —le advirtió Manya—. No la apabulles. Está mayor y frágil, y espera ver a Dita y a Liesl.

Zdenka solo le dijo a la abuela que Madre estaba muy enferma. Y así, por partes, fueron informando a la anciana hasta que, tres días después, Manya, Zdenka y yo fuimos a verla.

La encontramos sentada en la sala de estar del tío Leo y la tía Verica, con las manos cruzadas sobre el regazo. Llevaba el cabello cano recogido con horquillas en la nuca, con sus grandes ojos marrones, algo saltones,

colmados de su enorme pena.

Le hablé de la muerte de Padre, de lo que Madre y yo habíamos sufrido en Auschwitz, en Hamburgo, y después en Bergen-Belsen.

Quería saberlo todo. No lloró, simplemente me cogió de la mano y la acarició, y yo sentía su inmenso y cálido amor. Su dolor era enorme e indescriptible, pero yo estaba aturdida. Le hablé sin emoción de la gente que moría e iba «al gas». Yo sabía que había que llorar y pasar un duelo por los muertos, e intentaba sentir pena, pero era incapaz de despertar ninguna emoción dentro de mí. Lo único que sentía era un muro helado alrededor de mi corazón. Años después, leí artículos de varios psicólogos sobre el daño emocional que el Holocausto provocó a los supervivientes y empecé a comprender lo que me había pasado. Me di cuenta de que mis emociones también estuvieron entumecidas durante muchos años y no sé si nunca llegaron a recuperarse del todo.

Yo me quedé una temporada con la tía Manya y la abuela en casa del tío Leo, con la idea de buscar un apartamento para vivir juntas.

Durante los primeros días y semanas tras regresar de los campos de concentración, los supervivientes se dedicaban a buscar a sus familias y amigos. Nadie sabía si sus seres queridos estaban muertos, todavía no habían vuelto o estaban hospitalizados en algún lugar de Alemania. Si te cruzabas con algún conocido, le preguntabas si había visto a X, si se había encontrado con Y o si sabía algo de Z. La gente solía saber de sus compañeros de campo de concentración, ¡pero nos habían dispersado entre tantos campos después de Terezín y Auschwitz! En las paredes de las oficinas de la Comunidad Judía había listas con nombres de supervivientes y solicitudes de información. Se pegaban anuncios en las estaciones de tren y en las vallas publicitarias con peticiones de contacto. En la radio decían nuevos nombres a diario y un día oí el de Madre. La estaba buscando su mejor amiga, Edith, por la que me pusieron este nombre. La recordaba de una visita que nos hizo cuando tenía unos seis años. Me llevó a una tienda de juguetes y me dejó elegir no uno, sino tres. Le dio mucha pena saber que Liesl había muerto, pero nunca volví a tener noticias de ella.

No fue fácil hacerse a la vida normal. No tenía planes, ni se me pasaba por la cabeza plantearme qué hacer con mi vida. No tenía nada… carecía de

ingresos. Hasta ese momento, nunca había tenido que tomar decisiones; antes de la deportación, yo era una niña y mis padres se encargaban de todo. En los campos de concentración nos mandaban de un lado para otro; los alemanes eran amos de nuestras vidas y nosotros teníamos que obedecer sus órdenes. Nunca pensé que tuviera que hacerme responsable de mi vida.

En el diminuto apartamento de la tía Manya era una huésped y quería divertirme. Me pasaba el día comiendo, pero, por mucho que comiera, siempre tenía hambre. Esa sensación de hambre me acompañó varios años después de la guerra. No era un hambre de boca o de estómago, sino de cabeza. Me obligaba a comer todo lo que hubiera en casa. Nunca me sentía saciada. Ya había ganado algo de peso desde la liberación y empecé a ponerme rechoncha. En la foto de julio de 1945 mi cara está muy hinchada y había perdido casi todo el pelo por el tifus.

La comida todavía se conseguía con cartillas de racionamiento y había escasez de todo. Manya se aseguraba de que al menos siempre hubiera suficiente pan en casa, porque podía comerme media hogaza de un tirón. No tenía nada que ponerme. Era verano y quería un traje de baño y un vestido ligero.

Manya me llevó a varios centros de beneficencia y allí pude escoger unas cuantas prendas de ropa usada y, lo que era más importante, unos zapatos de segunda mano. No eran de mi talla, pero me gustaban. ¿Qué más daba si me hacían un poco de daño?

Antes de que nos deportasen, mi madre había dado varias cosas a Manya para que las guardase. Había varias fundas de almohada con sus iniciales, que había bordado personalmente para su ajuar, uno de sus dos abrigos, un traje azul hecho a medida que sabía que no iba a necesitar en el gueto, varios utensilios de cocina y, sobre todo, el juego completo de vajilla de porcelana para doce personas.

Todavía recuerdo el día en que Madre se sentó con un vendedor a hojear el catálogo en la mesa redonda del comedor. Eligió un juego blanco con una raya plateada. Yo todavía era pequeña, pero Madre dijo que era para mi boda. Manya había conseguido que unos amigos guardaran la caja con las piezas cuidadosamente embaladas en el cobertizo de su jardín.

Por otro lado, el hermano de mi madre, Hugo, también había venido a Praga desde Brno antes de que nos deportaran y se había llevado los álbumes de fotos. Su mujer era gentil, y eso le protegió de la persecución

nazi. Tengo suerte de conservar nuestros álbumes familiares, son un tesoro que muchos supervivientes consideran una pérdida dolorosísima.

Mis padres habían dejado también varios muebles a una amiga de la tía Lori cuando nos desalojaron del piso y tuvimos que mudarnos a una habitación. Aquella buena mujer los había guardado durante toda la guerra en su casa y me los devolvió en buen estado. No llegué a conocerla, ni siquiera supe cómo se llamaba.

La devolución de artículos a sus propietarios era un asunto doloroso y frustrante. Según los judíos que regresaban, los gentiles decían a menudo que se los habían regalado, que habían tenido que venderlos para pagar los paquetes de comida que enviaban al gueto, o incluso que se habían perdido en los bombardeos, cuando en realidad se destruyeron pocos edificios de Praga durante toda la guerra. Mi caso fue excepcional: por poco valor que tuviera, todo lo que habían escondido mis padres me fue devuelto sin ningún problema.

Manya salía por la mañana y me dejaba su cartilla de racionamiento y algo de dinero para comprar bollos y queso. Cuando volvía por la tarde nos hacía la comida. Yo no me atrevía a ir a la tienda, me daba vergüenza porque no sabía comprar. ¿Qué se dice? ¿*Deme* o *quiero*? ¿Cuánto queso compro? ¿Cuánto son cien gramos, y medio kilo? ¿Demasiado, demasiado poco? Era demasiado tímida para intentarlo, así que me limitaba al pan.

Pasé muchas horas haciendo cola en distintas oficinas. Había que tener documentos. Sin documento de identidad no se podía obtener una cartilla de racionamiento. Para conseguir un documento de identidad se necesitaba un certificado de registro de la policía, que a su vez requería otro documento verificando el último domicilio antes de la deportación. Y así seguía la cosa. Solicité una prestación como huérfana en las oficinas de la Comunidad Judía. Tenía que aportar un documento del juzgado probando que mis padres habían fallecido, pero no había ninguna prueba de su muerte, así que me dieron un atestado que se limitaba a decir que presuntamente habían fallecido. También necesitaba copias de mis certificados escolares para demostrar a las autoridades que era checa y no alemana. Era una preocupación tras otra.

Ahora bien, también empecé a tener vida social.

Estaban los hermanos Šabart, vecinos de mi tía Lori. Eran un poco mayores que yo y ambos tocaban la guitarra. Lori nos invitaba a comer bastante a menudo a la abuela y a mí, y después pasaba a visitar a los chicos y a cantar los últimos éxitos con ellos. Les enseñaba letras de canciones inglesas que había aprendido de los soldados británicos en los bailes de Bergen-Belsen y ellos las copiaban emocionados. A mí me gustaba el pequeño, que era guapo, pero no mostraba ningún interés en mí como chica.

La tía Verica también intentaba buscarme compañía. El hijo de unos amigos que acababa de aprobar sus exámenes de acceso a la universidad iba a pasar el fin de semana de acampada con compañeros de clase, chicos y chicas. Cuando la abuela se enteró de que me iba a meter en una tienda de campaña con desconocidos, se puso firme. Y lo digo en sentido literal. Pobre, le pegó una patada al suelo que tuvo que dolerle. Yo insistí en ir con tozudez. Se enfadó tanto que acabó agotada. Ya no me podía educar, había perdido su autoridad sobre mí. Su razonamiento bienintencionado no surtió efecto: ya estaba harta de que me dijeran lo que podía y no podía hacer.

Todos los chicos estaban emparejados, yo era la única soltera. El chico que me había invitado estuvo muy amable y atento, pero me sentía como una extraña y ellos habían sido compañeros durante años. En la media hora que duró el viaje en tren estuvieron hablando de cosas de las que no tenía ni idea, y lo que yo podía contarles les sonaría como de otro planeta.

Instalamos el campamento cerca del río Sázava. Las chicas dormíamos en una tienda, los chicos en otra. Durante la noche, tuvimos visita: dos soldados rusos. Los «liberadores» rusos estaban destinados en nuestro país y aparentemente aquellos dos tenían que patrullar unas vías del tren cercanas.

Los chicos intentaron entablar conversación con ellos, pero solo querían mujeres, y nosotras nos quedamos acurrucadas en la tienda, temblando de miedo. Tardaron un buen rato en librarse de ellos; no paraban de intentar abrir la solapa de la tienda desatando el pánico entre nosotras hasta que por fin les convencieron de que se marcharan a cambio de unos cuantos cigarrillos.

—¿Ves? No me ha pasado nada —le dije a la abuela a la mañana siguiente, tratando de calmarla, pero noté su tristeza viéndose incapaz de guiarme en lugar de mis padres.

La tía Verica volvió a intentar organizarme una cita con su vecino de al

lado, un soltero que me doblaba la edad. Tenía coche, que era un lujo poco habitual en aquella época, y nos invitó a Leo, Verica y a mí a su pueblo natal, donde tenía una propiedad. Verica aceptó entusiasmada, pero creo que más tarde se arrepintió.

Viajamos hacia el sur y después de un rato en el coche llegamos a las afueras de un pequeño pueblo llamado Budějovice. Resultó que el hombre tenía una casa de campo y un molino, pero además era propietario de una enorme fábrica de cerveza. La cerveza se llamaba Budvar pivo, en alemán Budweiser. Parecía muy interesado en mí, y se hizo tan evidente que Verica insistió en compartir habitación conmigo.

A la mañana siguiente, viendo sus intenciones frustradas, decidió poner fin a nuestra estancia y nos llevó de vuelta a Praga. Y no me convertí en la novia del propietario de la fábrica de cerveza Budweiser.

La abuela y la tía Manya me hablaban también de mi futuro. Decían que tenía que aprender, y volver a la escuela. Por un lado, yo era más madura que las chicas de mi edad. Había visto tortura y muerte, había aprendido a ser discreta para no llamar la atención de los hombres de las SS. Había estado rodeada de mujeres adultas que hablaban abiertamente de cosas íntimas, pero en algunos aspectos seguía siendo una niña, inmadura e ingenua.

La abuela insistía en que apenas tenía formación escolar, pues solo había hecho los cinco cursos elementales, y que mis padres habrían querido que siguiera estudiando. Pero yo soñaba con ser artista y no creía que hubiera que estudiar para ello. Se sentía impotente, viendo que yo rechazaba todas sus sugerencias. Me pinté los labios de color bermellón, que a mí me parecía precioso pero para las demás era demasiado chillón, y fui a matricularme en un curso de claqué, porque quería ser como Ginger Rogers. En la primera clase vino un fotógrafo a hacer fotos de las chicas en distintas posturas, y me hizo una enorme ilusión ver mi foto en un cartel a la entrada de la escuela de baile.

27

Reencuentro con Otto

Una mañana, estaba haciendo cola en el Ministerio del Interior cuando reconocí a Otto Kraus, uno de los educadores del Kinderblock. Sonja Šulková me lo había señalado en Terezín porque era el hermano de Harry, el chico que le gustaba. Y luego le vi a diario en el Kinderblock de Auschwitz. Era un hombre apuesto, aunque algo bajito, de mi misma altura.

Él también me reconoció, sonrió y dijo:

—Me acuerdo de ti, eres la chica de las piernas delgadas, la que estaba ahí sentada con los libros cerca de la chimenea. Me alegro de que hayas vuelto.

Eso es lo que siempre se decía cuando veíamos a alguien que había sobrevivido a los campos. Habíamos vuelto muy pocos y ninguno era niño. Yo fui de los más jóvenes que sobrevivieron a Auschwitz y lo conseguí porque mentí sobre mi edad en la «selección». Salvo contadas excepciones, ninguno de los judíos de Praga que volvieron eran menores de quince o mayores de cuarenta y dos o cuarenta y tres años.

Nos pusimos a hablar y Otto me invitó a ir al teatro con él el martes siguiente, pues tenía dos entradas. Yo llevaba seis o siete semanas en Praga y, en ese tiempo, no había visto ninguna película u obra de teatro. Simplemente no había pensado que podía ir adonde quisiera otra vez, que ya no había restricciones contra los judíos.

—¿Dónde vas cuando termines aquí? —preguntó.

—A la *kille*, para solicitar la pensión de orfandad.

—Yo también tengo que hacer un trámite allí, vayamos juntos.

La oficina de la Comunidad Judía no estaba lejos y estuvimos charlando durante el camino. Hablábamos de nosotros, y me sorprendía y encandilaba

cada vez más lo bien que Otto describía cómo me sentía: ese vacío de emociones, la falta de calor en mi interior, ese gélido muro alrededor del corazón. Su habilidad para poner palabras a lo que sentía pero que era incapaz de expresar me atraía y me impresionaba. Me gustaba la idea de ir al teatro juntos.

La obra que vimos, *Las aventuras de Nasrudín,* resultó divertida, no tan seria ni sosa como temía. Durante la función, Otto me cogió de la mano y yo me sentí halagada de que un hombre tan inteligente me considerara digna de su atención. Mucho después me admitió que la otra entrada en un principio era para otra chica con la que estaba saliendo en aquella época.

Vivía en un piso compartido con Honza, un amigo suyo y compañero de campo de concentración, y su esposa Ruth, que resultó ser la misma persona a la que tenía que entregar el bulto de Mausi.

Otto tuvo la suerte de ser uno de los primeros en llegar a Praga después de la guerra. Sabía que su padre no había sobrevivido, pero tenía la esperanza de que su madre y su hermano volvieran de los campos. Por ello, se hizo con las llaves de un apartamento de dos habitaciones en un edificio bastante presentable. El piso había sido abandonado por una mujer alemana que se fue tan apresuradamente que se dejó hasta la ropa y la comida sobre la mesa. Las casas las distribuía el comité de la vivienda según el tamaño de cada familia. Por desgracia, ninguno de los familiares de Otto volvieron, así que invitó a su compañero de campo Honza Brammer y a su mujer a compartir el piso, para no perder el derecho a vivir en él.

Ahora que sabía su dirección, podía llevarle el bulto de Mausi para que lo guardara.

Sin embargo, las cosas se desarrollaron de otro modo. Otto propuso venir a buscarlo en persona. Al día siguiente se presentó en casa de mi tía y a partir de entonces empezamos a salir. Íbamos a dar largos paseos, hablábamos de los campos de concentración y de nuestros sentimientos de pérdida y soledad. Un día me contó que al principio de la guerra, antes de que empezaran a deportar a los judíos, había estado en una granja con un grupo de jóvenes, hombres y mujeres, aprendiendo a trabajar la tierra. Eran sionistas y querían irse a Palestina para hacerse agricultores y ayudar a levantar el país.

Por casualidad, dijo que Ruth y Mausi estaban en aquel mismo grupo.

—Ah, —dije yo—. ¿Conoces a Mausi?

—La conozco bastante —contestó—. Fue mi novia en la granja y estuve a punto de casarme con ella.

Aquello me dejó desconcertada, no sabía si debía sentirme celosa o feliz de que ahora fuese mi novio.

—¿Y por qué no te casaste con ella?

—Por mi padre. Dijo que tendría que pasar por encima de su cadáver para casarme con la hija de una mujer de Bielitz-Biala en la frontera polaca, prácticamente una judía del este.

28

Mausi

Mausi y su madre se quedaron en Suecia más allá del período de recuperación. De allí se fueron a Escocia, tal vez porque Mausi seguía con Sean, el médico escocés, no lo sé. El caso es que en Escocia conoció a Jack Grant, un agradable caballero judío que era mohel (el hombre que hace las circuncisiones), y se casó con él. Otto le llamaba de broma Jack el Destripador. Evidentemente, lo hacía cuando ellos no podían oírlo.

Vivían en Glasgow y tuvieron tres hijos, una hija y gemelos, niño y niña. Mausi era una madre y esposa ejemplar. Su madre vivió con ellos hasta su muerte a una edad considerable.

Cuando Otto fue a Londres a hacer un curso para profesores de inglés en la década de 1960, los Grant le invitaron a visitarles a Glasgow. Le acogieron con mucho cariño y le enseñaron los lugares de interés, como la casa de Robert Burns (Mausi sabía que Otto también escribía poesía) y los lagos.

En cierto momento, Otto preguntó si Mausi seguía pintando mucho. Ella se puso nerviosa y evasiva, pero Jack se irguió sorprendido.

—¿Pintando? —preguntó.

—Eh, nada —dijo Mausi moviendo la mano—. Cosas del pasado.

En efecto, Mausi no había vuelto a pintar desde la boda y su marido nunca había visto sus cuadros. Jack era un funcionario religioso y ella, siendo «la esposa del reverendo», creía impropio pintar.

Sin embargo, una vez revelado el secreto, Mausi subió al altillo y bajó su colección de pinturas. Aparte de buenas y profesionales, muchas de ellas eran documentos históricos.

Varios años después, la ciudad de Glasgow le rindió homenaje con una

amplia exposición y un catálogo con su biografía. Fue un gran éxito y Jack estaba tremendamente orgulloso de su talentosa mujer.

Tuvieron un piso en Israel durante muchos años y los veíamos bastante a menudo. A veces Mausi venía sola y pasábamos horas y horas charlando. La quería mucho: era práctica, directa, curiosa y leal.

Nuestros hijos conocían su historia y siempre que la veían, repetían lo que les dije: «Esta mujer podría haber sido vuestra madre».

29

Teplice

A finales de julio, volví a ver a Margit. Estaba de regreso en Praga y vivía con su padre, Elmer Barnai, que había vuelto de los campos de concentración. Su madre y su hermana Helga habían perecido. A Barnai le habían ofrecido un trabajo como administrador de propiedades alemanas en Teplice-Šanov. El puesto incluía una casa para uso propio, lo que era una importante ventaja. Había tal escasez de viviendas que encontrar una libre resultaba casi imposible. Los pisos desalojados por los alemanes que huyeron no tardaban en ser ocupados por todo tipo de personas. Las mejores casas caían por supuesto en manos de los funcionarios, el resto eran otorgadas a prisioneros regresados o a otros ciudadanos que volvían del extranjero a su patria liberada. Se había creado un Ministerio de Vivienda y la gente podía conseguir una casa simplemente solicitándola. Cuando la abuela y yo empezamos a buscar alojamiento para compartir, ya no quedaba nada disponible.

El padre de Margit me invitó a ir a vivir con ellos en Teplice, donde iríamos a la escuela y tendríamos nuestra habitación. No me lo pensé dos veces. Al principio, la abuela se mostró recelosa, ya que no conocía a aquella gente, pero el señor Barnai vino a casa y la convenció de que estaría en buenas manos. Él quería que fuese a vivir con ellos, porque Margit había dicho que solo volvería a la escuela si yo iba con ella. Se sentía demasiado mayor para ser de nuevo una colegiala. Ella tenía diecisiete años, yo dieciséis. Así pues, mi pobre abuela dio su consentimiento. Sabía que ya no tenía ningún control sobre mí y no había ninguna perspectiva de conseguir un piso para las dos. Lo que más le gustaba era la idea de que volviese a estudiar.

A Otto no le hizo tanta gracia que me fuese de Praga. Para entonces ya había empezado la universidad, y estaba estudiando Literatura Comparada, Filosofía, Inglés y Español. Cada mañana, él y el marido de Ruth, Honza, salían juntos hacia el campus. Cuando los alemanes cerraron las universidades checas, Honza casi había terminado la carrera y ahora estaba haciendo el doctorado. Ruth les preparaba sándwiches, untándolos con mostaza por no tener nada mejor. Otto consiguió una beca modesta que dividía en tres partes, una para comida, otra para el alquiler y la tercera para gastos culturales. Compraba libros, iba al teatro al menos dos veces por semana y también empezó a escribir. Pero esto último no lo supe hasta más tarde.

En aquellos meses, poco después de nuestro regreso, seguía estando bastante delgado y, de haber sido un poco más alto, habría sido apuesto. Al principio no me gustaban demasiado sus mofletes redondos, pero era tan interesante y me entretenía tanto con él, que acabé olvidando mi ideal de un novio alto y esbelto.

Al comienzo de nuestra relación, los centros de estudio seguían de vacaciones y, aparte de ir de una oficina a otra solicitando documentos, los dos teníamos tiempo libre. Nos veíamos a menudo, a veces en la ciudad, pero más en su casa. No tardamos en hacernos amantes. Yo era completamente inexperta: aparte de besar, no sabía nada de sexo. Pero Otto era tan amable que yo me dejaba ir y confiaba en él. El día que volví a casa de Manya después de hacer el amor por primera vez, estaba segura de que todo el tranvía podía ver en mi cara que dos horas antes había dejado de ser una niña y me había convertido en adulta.

A mediados de septiembre, Barnai terminó de preparar el piso de Teplice y Margit y yo pudimos mudarnos. Estaba completamente amueblado con las cosas del anterior inquilino, un doctor que había dejado hasta su instrumental médico. Como la mayoría de los alemanes de los Sudetes, probablemente huyera a Alemania al acabar la guerra. Ahora Margit y yo teníamos nuestra propia habitación con balcón, una cama doble blanca, armarios blancos, un tocador blanco con cajones y un espejo. Nos sentíamos como princesas.

En aquel momento, Teplice, un renombrado balneario del estilo de

Karlovy Vary, estaba lleno de refugiados, principalmente del extremo oriental de Checoslovaquia, que ahora pertenecía a la Unión Soviética. Los refugiados huyeron en tropel a los pueblos de los Sudetes que se habían quedado sin su antigua población alemana, y se quedaron con sus casas, sus granjas y sus negocios. Los llamaban «buscadores de oro». También había bastante gente desplazada de otros países, que estaba a la espera de volver a casa. Barnai contrató a una mujer de entre ellos como ama de llaves. Hacía una sopa de leche con fideos deliciosa, pero no tardó en regresar a su Rumanía natal. Entonces empezamos a encargar la comida en el hotel de al lado.

La escuela ya había empezado, pero tampoco supuso un problema. El país entero seguía en estado de caos, tratando de organizarse tras seis años de ocupación. Nos pusieron en el quinto curso del Instituto de Teplice con alumnos un año menores que nosotros y el director esperaba que así recuperáramos todos los años perdidos. Nos pusieron clases privadas de latín con un profesor jubilado a la antigua usanza, y en los dos años siguientes tendríamos que completar la física, las matemáticas, la geometría, la historia, la lengua y literatura checa de los cursos anteriores.

Los tribunales designaron como mi tutor a Padre Barnai, que es como le llamé a partir de ese momento, y desde entonces pasé a tener dos fuentes de ingresos, una pensión estatal por orfandad y una beca de la Comunidad Judía, con lo cual no era un lastre para él. Era muy estricto en el aspecto moral: se sentía responsable de nuestra reputación y teníamos que informarle de adónde íbamos. Pero no siempre nos ceñíamos a sus instrucciones, también hacíamos trampas.

En primavera se celebraba una gran fiesta estudiantil llamada Majales, para todos los alumnos del instituto, con música y bailes. Padre Barnai vino de carabina, pero se marchó temprano y nos puso una hora tope. Cuando Margit y yo volvimos pasada la medianoche, vino a la puerta y nos abofeteó a las dos en ambas mejillas con unos guantes de cuero. No sé por qué lo hizo con guantes. ¿Tal vez como algo simbólico relacionado con arrojar el guante en un duelo? Margit y yo no podíamos parar de reírnos contra la almohada al pensar en Padre Barnai con sus calzones largos y blandiendo los guantes.

El piso estaba bien equipado. Tenía alfombras, sábanas y cortinas, cacerolas y sartenes, y todos los utensilios de cocina, y Barnai traía todo lo

que hacía falta de las casas alemanas que administraba. Trajo un gramófono y un montón de discos. Margit, que había aprendido baile antes de la guerra, me enseñó algunos pasos y pasábamos horas y horas bailando alrededor de la mesa del comedor grande.

Ninguna de las dos teníamos ropa que ponernos, y eso era un problema. En las tiendas prácticamente no había mercancía, y los escasos productos eran de mala calidad y poco atractivos. Además, había que comprarlos con cupones, que tal vez serían suficientes para alguien que ya tuviera un armario completo, para reponer alguna prenda de vez en cuando. Pero nosotras necesitábamos de todo, desde la ropa interior hasta las medias, por no hablar de vestidos, prendas de lana y abrigos. Así pues, decidimos hacernos nuestros propios vestidos.

Compramos una caja de tinte textil de color azul, metimos dos de las muchas sábanas que había en la casa dentro de una cuba con el agua azul y una vez estaban secas empezamos a cortarlas. Primero cortamos un agujero redondo en el centro para la cabeza, luego hicimos dos costuras en ángulo recto para hacer las mangas (todo ello a mano, por supuesto, no teníamos máquina de coser) y luego cortamos el resto. Cuando intenté probarme el «vestido», la cabeza no me cabía y tuvimos que agrandar el agujero. Pero aquello no parecía un vestido, sino más bien un saco azul. Así que añadimos una banda alrededor de la cintura para hacer de cinturón. Añadimos varios pliegues en los hombros y, al final, les cosimos un dobladillo. Nos los pusimos para ir a la escuela y, curiosamente, nadie de la clase comentó nada ni se rio de nuestros modelitos.

Margit y yo éramos bastante populares entre los chicos de los cursos superiores. A diferencia de las chicas de nuestra clase, nosotras éramos más maduras y ambas fumábamos. Durante los recreos salíamos al pasillo detrás de la escalera a fumar un cigarro con los chicos mayores. Un día nos sorprendió un profesor de guardia y tuvo que informar al director. El castigo fue duro: nos expulsaron del instituto. Margit se lo tomó a risa, porque a ella no le importaba dejar los estudios, pero para mí fue un disgusto enorme, especialmente por la abuela. ¿Qué diría? ¿Perder mi oportunidad de tener una educación por una estupidez insignificante como romper las reglas del instituto?

Padre Barnai trató de convencer al director de que fuera un poco más indulgente. Resultó que el profesor que nos había sorprendido era

antisemita y nosotras éramos las únicas alumnas judías en todo el instituto. Más tarde supimos que, en la reunión de profesores, él siguió insistiendo en que nos impusieran ese castigo. Al final, lo dejaron en una expulsión temporal. Al día siguiente fui al instituto después de las clases para hablar con el señor Weichet.

Weichet había sido profesor de Otto en Praga antes de la guerra. Pocos días después de volver Otto de Terezín, se encontraron por la calle y el profesor le convenció para que se presentara al examen de ingreso a la universidad ese mismo verano. Otto estaba en su clase preparatoria para la universidad cuando los alemanes prohibieron a los judíos ir a los centros de estudio. El consejo de Weichet resultó ser acertado, porque Otto aprobó el examen y pudo matricularse en la universidad para el curso 1945-46.

Otto sabía que Wiechet había sido trasladado a Teplice y me dijo que le diera recuerdos. Y coincidió que también era nuestro tutor académico. Por ello pensé que tal vez podía intervenir en favor mío y de Margit.

Nos vimos en un pasillo vacío y le dije que había empezado a fumar en los campos de concentración, porque las mujeres decían que te hace sentir menos el hambre. El pobre profesor se echó a llorar. Yo me sentí fatal y culpable por haber usado ese argumento, aunque fuese verdad. Pero era injusto por mi parte provocar sus lágrimas y me fui profundamente avergonzada.

Nos dejaron volver al día siguiente. Padre Barnai recibió una llamada telefónica del instituto para comunicárselo.

Escribí a Otto contándole el incidente. Lo hacíamos casi a diario.

Sus cartas siempre empezaban así: Mi dulce niña.

> Praga. 11.1.1945 (sic)
>
> Mi dulce niña, como sé lo dura que es la vida sin tabaco, chocolate y amor, te envío los primeros dos in natura. Por desgracia, la oficina de correos no entrega amor a domicilio, de modo que deberás conformarte con que te quiera a distancia.
>
> OTTO

Me reprendió, me llamó niñata irresponsable e inmadura y dijo que estaba decepcionado. A partir de entonces, me tomé los estudios más en serio para apaciguarle y demostrarle que realmente no era estúpida.

Durante el año que pasé en Teplice, fui dos veces a pasar unos días a Praga y acordamos que cuando terminara el curso volvería para quedarme y seguiría con el instituto en Praga. Otto dijo que no podía seguir

queriéndome a distancia y prácticamente me hizo elegir entre él y Margit. No fue una decisión difícil, aunque sí lamenté abandonar el confort de Teplice.

30

La boda

Acabé el quinto curso del instituto con Margit en Teplice y me fui algo triste, pero también con ganas de volver a estar con Otto. El plan era que siguiera estudiando.

El tío Leo y la tía Verica habían cambiado su moderno piso de tres habitaciones en el centro por uno pequeño en Košíře, un barrio más modesto de Praga. Estaban a punto de emigrar a América y prometieron dejarle la casa a la abuela en cuanto se marcharan. A ellos les salía rentable, aunque no tuvieran la aprobación del Ministerio de Vivienda.

Siguiendo los planes, yo me matriculé en el instituto femenino más cercano, pero pronto le cogí tal manía que simplemente lo dejé y decidí asistir a una escuela de artes aplicadas. De pequeña, pasaba muchas horas dibujando vestidos para mi colección de muñecas de papel, y los adultos de la familia decían que tenía futuro en el diseño de moda. Así que me propuse cumplir sus predicciones.

Lo pasaba bien. Vivir con la abuela era agradable: cocinaba y cuidaba de mí. Por un tiempo, fuimos una pequeña familia. Recuperé nuestros muebles de la amiga de Lori y me encantaba la sensación de volver a tener un hogar. Yo dormía en el diván del salón y la abuela en el sofá de cuero de la cocina. Estábamos un poco apretadas, pero como la abuela era bastante bajita, se las arreglaba.

Sin embargo, al poco tiempo descubrimos que la casa estaba infestada de chinches. Era una molestia, sí, pero nosotras nos lo tomamos con filosofía, porque aquello era un clan comparado con los ejércitos de bichos de este tipo que había en Terezín. Nos fuimos varios días mientras fumigaban el piso, pero la solución duró poco, pues todo el edificio estaba infestado y las

chinches no tardaron en volver a nuestras camas. Las picaduras escocían y tenía que rascarme, pero más allá de eso, me daba igual. Era un inconveniente menor. Chinches, ¡buah!

Por la mañana, salía hacia a la escuela con mi tabla de dibujo y mis pinturas. A mediodía me compraba una tarta o un pastel en la confitería. Las tardes las pasaba con Otto, y por la noche cogía el tranvía hasta casa. Me sentía libre, la vida era interesante, y Otto me quería. El único momento que me deprimía era cuando me llevaba con sus amigos, porque me sentía estúpida e inadecuada entre ellos. Hablaban de filosofía, de política, de nuevos libros u obras de teatro, y yo estaba allí como un objeto de decoración, bonita pero tonta. No podía participar en la conversación y sentía que hasta Otto me consideraba ingenua e infantil. Recuerdo que una vez me intentó explicar qué era la filosofía, y yo fingí entenderlo, aunque no sabía si lo había comprendido.

Aquella idílica situación duró poco. El tío Leo y Verica no consiguieron el visado para América y necesitaban su diminuto piso de nuevo. Para mí no suponía un problema, solo coger mis pocas pertenencias y mudarme con Otto. Pero la pobre abuela no tenía adónde ir. Los tíos se instalaron y ella se quedó en la cocina, haciéndose más pequeña de lo que ya era, para no incordiar a la tía Verica.

Yo seguía asistiendo a la Escuela de Arte, pero estábamos planeando casarnos.

Ocurrió así. Volvíamos de algún sitio en el centro de la ciudad y mientras esperábamos en la parada del tranvía, Otto dijo con un tono bastante despreocupado:

—Te quiero tanto que puede que me case contigo.

No me preguntó «¿Quieres casarte conmigo?» o «¿Quieres ser mi esposa?». No. Él sabía que la decisión era completamente suya, en su mente no cabía ninguna duda de que pudiera rechazarle.

Y yo me sentí honrada, feliz.

Sin embargo, teníamos un importante escollo. Uno de los muchos documentos que necesitábamos para conseguir el permiso de matrimonio era un certificado del censo de 1930. La población checa podía tener tres nacionalidades: checa, alemana o judía. Mis padres, cuya lengua materna y educación fueron alemanas, se registraron como alemanes. Por entonces yo solo tenía seis meses, de modo que su nacionalidad también era la mía,

obviamente.

Ahora, después de la guerra, yo era alemana, una enemiga, y no podía conseguir permiso para casarme. Las autoridades checas no diferenciaban todavía a los verdaderos alemanes de los supervivientes judíos germanoparlantes. Podrían incluso haberme deportado de Checoslovaquia a Alemania.

Eso estuvo a punto de pasarle a la abuela. Poco después de volver de Terezín, vio su nombre en las listas de ciudadanos alemanes que iban a ser expulsados, que había pegadas por toda la ciudad. Ella se asustó mucho, y cuando me lo contó, simplemente me reí. Era un error tan absurdo y evidente… Pensé que lo mejor era ignorarlo, sin más. Me equivocaba. La abuela intentó que quitaran su nombre de la lista, pero viendo que sus esfuerzos no llegaban a ninguna parte, hizo algo poco propio de ella.

Acudió al despacho del primer ministro y pidió verle. Se quedaron mirando con incredulidad a aquella anciana con su sombrero negro pasado de moda, pero ella insistió:

—Ustedes díganle que Katharina Pollach quiere hablar con él. —El secretario sonrió condescendiente, pero accedió.

El primer ministro salió de su despacho personalmente para recibirla. Antes de la guerra, él era diputado y conocía bien al abuelo. Solo hizo falta una llamada y el nombre de la abuela despareció de la lista.

Yo aún no había cumplido los dieciocho y, de acuerdo con la ley, seguía siendo menor de edad. Para poder contraer matrimonio necesitaba un permiso de los tribunales. Como mi tutor legal era Padre Barnai, tenía que acudir al juzgado de Teplice. Llegada la fecha indicada, todos (Barnai, Otto y yo) nos presentamos debidamente ante el juez. Primero comprobó los datos y luego se dirigió a Otto:

—¿Cuál es su profesión? ¿Qué ingresos tiene? ¿Dónde vive?

Las respuestas parecieron satisfacerle, pero entonces hizo salir a los hombres y se quedó mirándome de arriba abajo con detenimiento, probablemente para cerciorarse de que era lo suficientemente madura y normal. A continuación se inclinó hacia mí y con una sonrisa tranquilizadora me dijo:

—¿Le obliga alguien a aceptar este matrimonio? ¿Se casa por voluntad propia? ¿Está segura de que quiere ser la esposa de este hombre?

En cuanto contesté, me explicó:

—Hasta que cumpla dieciocho años, puede seguir bajo la custodia del señor Barnai o su marido puede ser su tutor.

A mí no me cabía duda.

—Mi marido será mi marido, nunca mi tutor.

Sin embargo, aún no tenía permiso para casarme. Había conseguido el certificado de domicilio, un documento acreditando mi soltería y la tarjeta de identidad, pero no lograba zafarme del obstáculo del censo alemán de mis padres. Otto y yo intentamos tener una boda ritual judía. El rabino Sicher, rabino mayor de Checoslovaquia, conocía a Otto desde que nació, ya que dio clase a su madre en la escuela de Nachod y había oficiado su *bar mitzv*á. Pero ni siquiera él podía ayudarnos. Para celebrar una boda religiosa, estaba obligado a pedirnos los mismos documentos que la oficina del registro civil.

Finalmente, opté por usar una estrategia como último recurso. Me enfundé el abrigo ancho y tieso que me había hecho un sastre con la manta militar que me traje de Bergen-Belsen. (Tampoco es que tuviera otro abrigo.) Me hacía parecer más grande, y volví a la cola del Ministerio del Interior. Me atendió un joven. Mirándole directamente a los ojos, le dije:

—Necesito un permiso para contraer matrimonio ya mismo. Estoy embarazada y mi novio está dispuesto a casarse conmigo. Pero si tiene que esperar, estoy segura de que se escapará.

El aire de oficialidad desapareció de su rostro y bajando la voz, preguntó:

—¿Te basta con tenerlo la semana que viene?

A los pocos días, recibí por fin el documento que llevaba tantos meses intentando conseguir.

La boda se celebró el 21 de mayo de 1947. Para entonces, estaba embarazada de verdad. Mucho después, Otto admitió que para él fue crucial saber que yo podía concebir. El hecho de perder a toda su familia le había afectado tanto, que lo más importante para él era crear una nueva. A pesar de mi ingenuidad, cuando vi que no tomaba precauciones me entraron dudas. Sin embargo, él me aseguró que, con el poco tiempo que había pasado desde los campos, no habría recuperado sus poderes procreadores. Yo era fácil de convencer y le creí; a mis ojos, él era una autoridad en todo.

Cuando el mejor amigo de Otto en Terezín, Metek Blum, supo que estaba

embarazada, le entró una enorme envidia. Él no quería quedarse atrás en logros y como consecuencia de ello, su esposa Věra (de soltera Joklová) dio a luz a su hija Sonia tan solo seis semanas después de nacer nuestro primogénito, Peter Martin.

Durante la ocupación nazi el ejército checo se disolvió. Acabada la guerra, llamaron a filas a todos los hombres, incluidos los de veinticinco años. Al haberse sacado el bachiller, pusieron a Otto en la carrera de oficial. El inmenso cuartel militar estaba en Praga, cerca de nuestro piso de Vršovice. Otto terminó sus seis meses de servicio militar en mayo de 1947.

Mientras él estaba en el ejército, yo me quedé su habitación de la casa de Vršovice que compartía con Honza y Ruth. Tenía dos habitaciones y un pequeño cubículo detrás de la cocina, donde vivía la hermana de Ruth, Ditinka. Ruth y Honza se ausentaban de forma alternativa durante largos períodos de tiempo, pero aun así había poca intimidad para cinco personas. Teníamos la esperanza de que pronto nombrarían a Otto director de la fábrica de su padre, para al menos vivir en una parte de la villa Kraus. Poco después de que los alemanes ocupasen Checoslovaquia en 1939, sus padres habían tenido que vender la fábrica a un alemán por una ridícula cantidad de dinero, dinero que nunca recibieron, porque los bancos bloquearon las cuentas judías. El nuevo propietario alemán, cuyo apellido era Meyer, permitió que la familia Kraus permaneciese en la villa hasta que fueron deportados. Cuando Otto volvió después de la guerra, puso en marcha los arduos trámites para reclamar la propiedad de su padre. Era un proceso complejo. Las autoridades checas no tenían ninguna prisa en devolver propiedades a los propietarios judíos, con lo cual actuaban con mucha lentitud y exigían un sinfín de documentos.

Los preparativos para la boda no fueron demasiado complicados. Yo tenía el traje azul de mi madre, que la tía Manya había guardado durante la guerra y solo necesitaba un par de retoques. Compré una blusa blanca y un sombrero a juego. Uno de los pocos primos lejanos de Vlašim que le quedaban a Otto tenía una fábrica de calzado y me consiguió unos zapatos azules sin necesidad de darle los cupones de rigor. Le pedí que me los hiciera de tacón bajo, porque no quería parecer más alta que él.

La tía Vala, otra pariente de Otto, vino dos días antes para cocinar y hacer

postres para los invitados a la comida. Otto consiguió comprar algo de ternera en el mercado negro, y la tía Vala trajo provisiones para varias tartas. Estuve ayudándola los dos días antes de la boda, aunque no sabía cocinar ni hacer pasteles. Antes de amasar el pan, la tía Vala me dijo que me quitara el anillo que llevaba puesto.

Era una antigüedad, una gruesa banda de oro con un topacio engastado en el centro, donde se ensanchaba la pieza. Me lo regaló la abuela por mi duodécimo cumpleaños, y su abuela se lo había regalado a ella. Antes de que nos metieran en el transporte, le pedí a Zdenka que me lo guardara. Acabada la guerra, lo primero que hizo fue quitárselo del dedo y devolvérmelo.

Una vez hechas las tartas y después de limpiar la cocina, fui a coger el anillo pero no lo encontraba. La tía Vala, Otto y yo buscamos por todas partes, hasta en la basura. Nada. Llegamos a la conclusión de que tenía que estar dentro de alguna de las tartas.

A la mañana siguiente, cogimos un taxi al palacio Clam-Gallas, donde se oficiaban bodas civiles. Una ancha escalera conducía a la primera planta y, en el rellano, encontramos varias parejas de novios esperando con sus familias. Cada ceremonia duraba quince o veinte minutos. Era como una cadena de montaje.

Las escaleras estaban llena de invitados, muchos con el uniforme del curso de oficiales de Otto. Uno de ellos era su viejo amigo Pat´a. Cuando bajábamos las escaleras ya como marido y mujer, pronunció filosóficamente y con el patetismo teatral digno de la ocasión: «A partir de ahora, estaréis aún más solos que antes».

Al llegar a casa, compartimos la comida de celebración con nuestros invitados. Estaban, por supuesto, Metek y Verea, mis tíos Lori y Manya, la abuela, las primas de Otto, Eva y Hanka Kraus, la tía Vala, Margit y Padre Barnai. Cortamos las tartas y pedimos a todo el mundo que masticara con cuidado porque mi anillo de oro podía estar en una de sus porciones. Pero no. Simplemente desapareció misteriosamente y nunca lo encontramos.

Otto me consoló diciendo:

—El viejo anillo era un símbolo de tu soltería. Ahora tienes uno nuevo, el anillo de una mujer casada.

Por la tarde recibimos un telegrama diciendo que nos iban a llamar desde América. El tío Otto Strass, hermano de la madre de Otto, quería

felicitarnos por la boda. Curiosamente, su esposa también se llamaba Dita. No había teléfono en el piso de Vršovice, de modo que nos llamaría a la fábrica Kraus. En aquella época, las llamadas internacionales eran algo extraordinario y tenían que hacerse a través del intercambio telefónico internacional.

Una vez se hubieron marchado todos los invitados, lavamos los platos, ordenamos las sillas y la mesa, barrimos la moqueta y sacamos la basura. Luego nos pusimos ropa abrigada, sabiendo que en la oficina haría frío, y fuimos a esperar la llamada del tío Otto. Era emocionante pensar que íbamos a hablar con alguien que estaba tan lejos como Estados Unidos.

La llamada estaba programada para las ocho de la tarde. Pero pasó el tiempo, se hicieron las nueve y las diez, y el teléfono no sonaba. Estábamos sentados en las incómodas sillas del despacho, temblando. No podíamos volver a casa sin más y defraudar al tío. Al final, la llamada llegó a las dos de la madrugada. Fue como sigue:

—¿Eres tú, Otto?

—Hola, hola, Otto. Sí, al habla Otto y Dita.

—Enhorabuena por la boda. Os deseamos mucha felicidad.

—Gracias. ¿Cómo estás, tío Otto? ¿Y cómo está la tía Dita?

—Estamos bien, gracias. Las niñas también quieren felicitarte.

Un hilo de voz femenina dijo algo incomprensible con acento estadounidense. Pasados unos segundos, otra voz débil y aguda pronunció unas palabras. Continuó el tío Otto:

—¿Por qué no venís a América? Dejadlo todo, coged el cepillo de dientes y veníos.

—Gracias, tío Otto, pero nos gustaría vivir aquí, en Praga. Este es nuestro hogar.

—De acuerdo. Bueno, adiós. Y escribid. Os volveré a mandar un paquete pronto.

Y así es como pasamos nuestra noche de bodas.

31

La fábrica Kraus

En el verano de 1947, Otto fue por fin nombrado propietario (que no dueño exclusivo) de la fábrica de sus padres. Eso nos permitía instalarnos en la villa familiar. El Treuhänder Meyer había sido expulsado junto con el resto de alemanes de Checoslovaquia. El Estado designó a una directora para llevar la fábrica. La mayoría del personal era el mismo que cuando pertenecía a la familia Kraus. La villa se utilizaba como oficina.

Convertimos dos de las habitaciones contiguas en nuestra nueva casa y nos instalamos. Había una cocina enorme con una cocina de carbón de antes de la guerra, cuando la familia tenía cocinera. Ya no era práctica, así que la desmontamos y compramos un horno eléctrico. Transformamos el pequeño cubículo que había detrás, donde antes dormía la cocinera, en el despacho de Otto. Tenía un escritorio, una silla y una lámpara, y allí podía escribir sin interrupciones. Su primer libro fue *Země bez Boha* (Tierra sin Dios). Cuando se publicó fue un gran éxito y Otto pasó a ser considerado un joven autor prometedor.

Al haber publicado, Otto fue aceptado en el círculo de jóvenes literatos checos. Gracias al poeta Kamil Bednář, que trabajaba para Zdeněk Urbánek, el editor de la primera novela de Otto, conoció a Karel Nový, Bohuslav Březovský (cuya esposa, la doctora Březovska, fue nuestra pediatra en la clínica infantil), Ivan Diviš y Jiří Kolář, entre otros. Se reunían en una bodega en Malostranské náměstí, hablaban o leían extractos de sus últimas obras y bebían vino. Otto no solía beber, prefería su taza de café, pero aquellas conversaciones eran inspiradoras en cierto modo. Una vez le acompañé, me senté allí a escucharles como un objeto de decoración y me sentí privilegiada de estar rodeada de genios.

Ivan Diviš se convirtió en un buen amigo. A menudo venía a visitar a Otto en nuestra hacinada morada y mantenían largas conversaciones filosóficas. En una ocasión que fuimos a buscarle a casa de sus padres, donde vivía, la madre le dijo a Otto:

—Me alegro de que vaya contigo. Cuando está contigo no bebe.

Cuando Otto regresó de los campos de concentración, no le quedaba familia cercana. Su padre fue asesinado en las cámaras de gas de Auschwitz. Su hermano, Harry, fue abatido presuntamente cuando intentaba escapar durante la evacuación de su campo. Y Marie, la madre, falleció después de la liberación, en un hospital alemán, igual que mi madre Liesl. La hermana de Marie, Ella, vivía en Londres, y su hermano, Otto Strass, en Estados Unidos.

Todavía le quedaba la prima de su madre, la tía Vala, en el pequeño pueblo de Nachod; ella, su marido el tío Véna y los niños Věra y Pavel, al que apodaban Papen, eran ahora sus parientes más cercanos y queridos. Antes de casarnos, Otto me llevó a Nachod para presentarme y tener su aprobación sobre la elección de esposa. Aparentemente, aprobé.

Los íbamos a ver a menudo, y en una de esas visitas compramos dos docenas de latas de carne de caballo. La comida seguía escaseando y la mayoría de los alimentos solo se podían conseguir con cartilla de racionamiento. En general, la carne de caballo no era apreciada, se consideraba comida de pobres, pero en Nachod el *goulash* de caballo enlatado podía comprarse sin cartilla.

Papen estudió farmacología en Praga. El tío Véna tenía una farmacia cerca de la plaza mayor de Nachod y quería que su hijo heredara el negocio algún día. Papen hizo la carrera sin demasiado entusiasmo y se hizo farmacéutico, pero nunca llegó a trabajar en la farmacia. Era trompetista, tenía una banda de jazz y se hizo bastante famoso.

Él y su novia Milena venían a visitarnos a menudo. A Papen le encantaba comer, tenía la cara hermosa siempre sonrojada y lustrosa, como si la grasa rezumara de su cuerpo rechoncho. En esas ocasiones, Otto solía decir: «Ve a la despensa y mata un caballo». Y nos regalábamos una espléndida comida de *goulash* de caballo con patatas.

Murió sobre el escenario, como manda su profesión. Alzó los brazos con

la batuta, se derrumbó y murió. ¡Una lástima! Solo tenía cincuenta y dos años.

En la villa me sentía como una reina. Tenía un marido famoso, dos cómodas habitaciones, un jardín trasero, una cocina grande y hasta un coche, un viejo modelo Praga de antes de la guerra con forma de caja. En 1939, justo antes de que Hitler ocupara Checoslovaquia, los padres de Otto habían hecho todos los preparativos para emigrar a Inglaterra. Enviaron por delante un baúl de barco grande con ropa para toda la familia, incluidos sus abrigos de piel, y hasta ropa de cama. El baúl pasó los años de la guerra guardado en una de las estaciones de tren de Londres, a salvo de los graves bombardeos. La tía Ella nos lo mandó de vuelta a Praga. ¡Oh, qué maravilla era aquello! De repente, teníamos mantas, sábanas, toallas, batas; en resumen, todo cuanto necesitábamos.

Nuestro problema era la abuela. No tenía dónde vivir. Seguía en casa del tío Leo y la tía Verica. Su marcha a América se había pospuesto y los tres vivían hacinados en el piso de Košíře. La escasez de viviendas se había agravado comparada con los primeros tiempos después de la guerra. Había que inscribirse en una lista de espera en el Ministerio de Vivienda y la gente aguardaba años antes de que les ofrecieran un piso libre, que a menudo ni siquiera era apto para alojar a seres humanos.

Después de buscar mucho, Otto descubrió una habitación en alquiler en el ático de una vieja casa que no estaba lejos de la nuestra. La señora Adamová, la propietaria, parecía dispuesta a alquilársela a la abuela. No era cómoda, había que entrar por el patio trasero, las escaleras eran empinadas y la calefacción inadecuada. Pero tampoco había una solución mejor. La señora Adamová era amable, y ella y la abuela, tan modesta y adaptable, se llevaban bien.

Yo salía de cuentas en diciembre, el día de Navidad. Pero pasó el 24 y el día siguiente, y los primeros dolores del parto no llegaron hasta el 27. Hacía un frío intenso y Otto salió varias veces durante la noche para encender el motor del coche, temiendo que no arrancara cuando tuviésemos que salir corriendo al hospital. Aquel automóvil robusto y feo había pasado toda la guerra sin ruedas sobre bloques de cemento en el garaje de la fábrica. No había gasolina disponible para coches privados, por no hablar de

neumáticos o piezas de recambio, de modo que el *Treuhänder* Meyer alemán no podía usarlo. Cuando nombraron a Otto director de la fábrica, se encontró el coche cubierto de polvo, pero seguía funcionando. Compró cuatro neumáticos de segunda mano en el mercado negro. En aquel momento, encontrar neumáticos nuevos era un lujo casi imposible. No consiguió uno de repuesto, pero había tan pocos coches por entonces que yo me sentía orgullosa y privilegiada de que me vieran en nuestro majestuoso automóvil de seis plazas.

En la madrugada del 28, llegó el momento de ir al hospital. El mejor amigo de Otto, Metek, era un poco esnob y opinaba que Otto no debía permitir que su mujer diera a luz en un hospital público, que debía ser en una clínica privada.

Fueron muchas horas de tremendo dolor, pero todo transcurrió con normalidad para un primogénito, y ni siquiera necesité puntos. El niño pesó un poco más de tres kilos. Otto y la abuela llegaron al poco de parir y fue una enorme alegría. El único pero fue que Otto me confesó que al salir marcha atrás del patio a la calle, había atropellado a nuestro cachorro de pastor alemán, Lump.

En aquella época, las madres solían permanecer tres o cuatro días en el hospital después de dar a luz. Pero al día siguiente me entró fiebre y resultó que tenía un forúnculo en el pecho derecho. Amamantar al bebé era dolorosísimo. Me trataron con un maravilloso descubrimiento reciente, penicilina. Se administraba por vía intravenosa cada tres horas, día y noche.

Una semana después ya estaba «curada» y pude volver a casa con el bebé. Habíamos pensado en el nombre mucho antes del parto, sin saber, por supuesto, si sería niño o niña. De ser niña se llamaría Michaela, eso era seguro. Y para niño elegimos Peter Martin, los nombres de los dos hijos encantadores de Viktor Fischl, el hermano de un amigo íntimo de Otto, Pat ́a.

El forúnculo me seguía doliendo mucho. Otto me llevó a un médico de cabecera que había en nuestra calle, viejo conocido de la familia Kraus. Me intervino de inmediato. La mama derecha estaba dañada y ya no producía leche. Me dijo que no podría dar el pecho a mis futuros hijos durante más de unas pocas semanas.

No sé quién estaba más feliz, si mi abuela o yo. Venía cada día, acunaba al bebé y le cantaba, y le habría tenido en brazos todo el tiempo, de no

habérselo prohibido nosotros. Eran tiempos de reglas estrictas: todo el mundo seguía los consejos del doctor Spock. Los bebés se alimentaban puntualmente cada tres horas y no cuando lloraban. Según Otto, la abuela era anticuada y debíamos obedecer al pediatra, y este decía que los bebés tenían que llorar, que era bueno para el desarrollo de sus pulmones.

Por cierto, nuestro médico, el doctor Epstein, era profesor de pediatría y había tenido al doctor Mengele entre sus alumnos.

Otto decidió no circuncidar a nuestro hijo. No quería que llevara la marca de judío para el resto de su vida. Había presenciado una escena espantosa en Auschwitz cuando el barbero del campo le cortó el prepucio a uno de sus compañeros «para hacerle judío». Él tampoco estaba circuncidado porque nació prematuro. Sus padres fueron retrasando la intervención hasta que ganara suficiente peso y al final no lo hicieron. Para un judío en Praga, era un detalle sin importancia. Pero en Auschwitz podría haberle convertido en la siguiente víctima del barbero y su navaja mellada.

Peter era un bebé muy guapo y estaba muy orgullosa de él. También me gustaba haberle tenido tan joven y ya estaba planeando bailar con él cuando creciera. Yo era joven, pero también un poco tonta e inexperta.

Un día fui a visitar a Ruth, nuestra antigua compañera de piso, para mostrarle a mi hijo. Su casa no estaba lejos. Abrigué al niño, le tapé bien con su colcha mullida en el cochecito y fui caminando por las frías calles invernales. Cuando volví una hora después, me encontré a Otto y a la abuela con gesto preocupado en la calle, mirando de un lado a otro, buscándome. Probablemente no les había dicho adónde iba, creyendo que me lo prohibirían. ¡Menuda la que me cayó! «¡Cómo has podido hacer una cosa así, sacar al bebé con este frío, ponerle en peligro, puede que coja una neumonía, qué irresponsable eres!…» Y sí, aunque protestara enérgicamente diciendo que ya era lo bastante madura como para saber lo que hacía y que por qué no confiaban en mí, me sentí culpable.

Ahora llevábamos una vida ordenada. Otto trabajaba mucho dirigiendo la fábrica, tratando de que entrasen pedidos de lencería femenina y camisones. Solía citar a su padre, que describía sus artículos como «ropa de trabajo para determinadas mujeres». La materia prima escaseaba y había que sobornar a los jefes de las fábricas textiles. Nuestro amigo Metek aceptó trabajar para Otto como apoderado de la fábrica Kraus. Y hacía verdadera magia. Él solito había rehabilitado la destilería de su padre y por ello tenía

acceso a todas las botellas de brandy o whisky que quisiera. Ningún funcionario del Ministerio de Comercio se resistía a ese tipo de regalos. Y los rollos de gasa, seda y encaje empezaron a llegar de manera regular.

Yo intentaba llevar la casa con la ayuda de la abuela. Cada semana llevaba a Peter a la clínica pediátrica, donde la doctora Březovská le examinaba y tomaba nota de su desarrollo. Por la tarde solíamos ir a ver a Metek, su esposa Vera y la pequeña Sonia, o ellos venían a visitarnos. También teníamos otros amigos, y por supuesto, el primo Papen y su mujer Milena. Uno de los antiguos compañeros de campo de Otto, Zdeněk Eliáš (antes Eckstein), se sentaba junto a Peter y le entretenía durante horas. Era conmovedor ver cómo se reían juntos aquel joven de veinticuatro años y el bebé.

Otro amigo, el poeta Josef Hiršal, también vino a visitarnos, pero lo que él quería era echar un vistazo a la lencería. Por la noche, una vez se habían marchado las costureras, Otto le llevó a la fábrica. Cuando Hiršal vio la montaña de *pantis* de señora sobre la mesa de empaquetado, cogió un montón de ellos, lo apretó contra su pecho y los lanzó al aire haciéndolos caer sobre su cabeza, mientras exclamaba:

—¡Tantas mujeres, tantas mujeres…!

A veces, Otto daba artículos de ropa interior femenina a Metek. Algunos burócratas lo preferían al whisky. Y eso me daba una envidia tremenda. ¿Por qué tenían camisones nuevos las esposas de esos funcionarios, y yo no? Seguía sin tener prácticamente nada que ponerme y ahí estaban ellos, regalando cosas a gente que probablemente tenía mucho más que yo, y a mí no me dejaban nada. Hasta Metek estaba de mi parte en eso. Pero Otto insistía en que el negocio era lo primero. No era por racanería. Cada rollo de materia prima venía repartido por el Ministerio de Comercio y, por cada uno de ellos, la fábrica estaba obligada a producir un número determinado de artículos. Solo se podían sacar una o dos prendas extra de cada rollo gracias al talento de la señora Šandová, nuestra hábil cortadora.

Recuerdo lo mucho que me dolió cuando la prima de Otto, Eva Kraus, se casó y tuve que ir a la boda, visiblemente embarazada, con el único vestido premamá que tenía. Era negro con el cuello blanco, y Eva dijo:

—Al menos podías haberte puesto un vestido mejor para mi boda.

Cuando el «arianizador»[9] alemán fue encarcelado después de la guerra, el Estado nombró a una tal señora Maternová como directora de la fábrica Kraus. Evidentemente, su despacho era la mejor habitación de la villa, mientras que el contable y dos secretarias ocupaban las otras. La señora Maternová era una mujer de mediana edad, bajita y rechoncha, con el pelo rubio siempre bien peinado (su marido tenía un salón de belleza junto a Václavské náměstí) y cuidadosamente maquillada, con varios anillos en sus rollizos dedos.

Cuando Otto se convirtió en propietario, no despidió a la señora Maternová. Tampoco se sentía lo bastante competente como para llevar solo el negocio, y creía que podía confiar en ella. ¡Qué error!

Maternová llevaba casi dos años dirigiendo la fábrica. Era una mujer ambiciosa, taimada y falsa, que estaba conchabada con dos empleadas, la cortadora y la jefa de expedición. Antes de que Metek empezara a llevarse las piezas sobrantes para sobornos, se las quedaba la señora Maternová, que compartía el botín con sus dos cómplices.

Evidentemente, a Maternová no le gustó que Otto se convirtiera en su jefe. A primera vista, se mostraba cooperadora, enseñándole los libros y dejándole tomar las decisiones. Pero a sus espaldas hacía todo lo posible para minar su autoridad. Otto y yo, llevados por nuestra ingenuidad, nos hicimos bastante amigos de ella, hasta que se produjo el golpe comunista en 1948.

32

Una nueva realidad política

Tres años después de acabar la guerra, los comunistas dieron un golpe de Estado en Praga y tomaron el mando del gobierno del país. Convocaron a una multitud de obreros en la plaza de la Ciudad Vieja con el pretexto de apoyar a los sindicatos. Y entonces fueron al presidente Benes diciendo que el pueblo pedía su dimisión. La estrategia funcionó y los comunistas se hicieron con el poder.

De repente, hubo un cambio radical de actitudes y se impuso un ambiente de miedo en la vida de todos. Los antiguos funcionarios de segunda se convirtieron en todopoderosos.

La gente, especialmente los «capitalistas», empezó a ser interrogada y en cada edificio se designaban informadores para denunciar cualquier rumor que circulaba sobre los inquilinos. Incluso hubo casos de conocidas figuras públicas que desaparecieron sin dejar rastro. Por todas partes había pancartas rojas con eslóganes prosoviéticos. Si querías conservar el trabajo o mandar a tus hijos a estudiar, tenías que convertirte en miembro del partido. Los nuevos «Comités Nacionales» emitieron documentos de «Ciudadanos Leales» sin los cuales era imposible conseguir empleo. Todas las fábricas y grandes negocios de propiedad privada fueron expropiados por el Estado. Lo llamaban «nacionalización».

Y la fábrica Kraus fue una de ellas.

Pocos días después del golpe comunista, la señora Maternová llamó a Otto a su despacho y, en presencia del resto de la plantilla y con una sonrisa triunfal en el rostro, le entregó un sobre. Era un *dekret*, un documento que decía que a partir de ese día Otto Kraus ya no era director de la Fábrica de Lencería Femenina Kraus ni detentaba autoridad alguna. La fábrica pasaba

a ser propiedad del Estado. No podría ponerse en contacto con los empleados, ni directamente ni por teléfono. Además, debía abandonar inmediatamente las instalaciones, entregar las llaves y tenía prohibido llevarse nada de la fábrica o la oficina. (La señora Maternová ni siquiera me dejó coger mi propia máquina de coser, que había sido colocada temporalmente en la fábrica. Insistió en que todo lo que estuviera en su interior ahora pertenecía al Estado. Me alegró saber más adelante que su marido se había divorciado de ella.)

En realidad, la fábrica Kraus no debería haber sido «nacionalizada», al menos no inicialmente. En un principio solo fueron expropiadas las fábricas con cincuenta empleados o más. Posteriormente el gobierno nacionalizó hasta los negocios pequeños. En aquel momento la fábrica Kraus solo tenía cuarenta y nueve empleados registrados, incluidos la señora Maternová y el personal administrativo, pero Maternová falsificó las cifras y así consiguió su objetivo de volver a ser la directora.

Ahora bien, a pesar de sus esfuerzos y su tenacidad, lo que no logró la señora Maternová fue echarnos de la casa inmediatamente. Teníamos que esperar a que nos designaran un piso alternativo y no había ninguno disponible. La construcción se había parado por completo durante la guerra. Muchas parejas recién casadas tenían que vivir hacinados con sus padres, posponiendo sus proyectos de tener hijos. Nietos ya adultos se instalaban con sus abuelos, para que cuando estos fallecieran, los nietos tuvieran derecho a quedarse con el piso. Familias que ocupaban más habitaciones de las permitidas tenían que meter inquilinos o marcharse a un piso más pequeño. Todo estaba registrado: nada escapaba al ojo atento del Gran Hermano. Y había informadores dispuestos por todas partes, una vieja tradición entre los checos.

Maternová usó todos sus contactos en el Partido Comunista para que nos desahuciaran, pero no había nada disponible. Se volvió odiosa y no paraba de acosarnos. Hacía que los empleados nos espiaran y le informaran de cada movimiento que hacíamos. Ellos le contaban quién venía a vernos, cuánto tiempo se quedaba, cuándo salíamos y cuándo volvíamos. Incluso apagaba el interruptor principal los fines de semana, cuando se cerraban las oficinas, dejándonos con el bebé, que por entonces apenas tenía unas semanas, sin luz, calefacción ni agua caliente.

Una noche, a finales de febrero, entraron a robar en el almacén de la

fábrica y se llevaron bastantes rollos de tela. El edificio estaba detrás de la villa y la ventana del dormitorio daba hacia él.

Nos acusaron de haber permitido el robo deliberadamente, incluso de haberlo organizado. El verano anterior ya habían intentado entrar, cuando Otto aún era director de la fábrica, pero en esa ocasión él oyó que abrían una ventana y gritó, haciendo huir a los ladrones. Maternová afirmaba que habíamos tenido que oír a los ladrones igual que la vez anterior y no habíamos llamado a la policía porque la fábrica ya no era nuestra. Pero era invierno, la ventana estaba cerrada y no oímos nada.

No tenía sentido discutir. Otto fue llamado a declarar. Ningún abogado se atrevió a defenderle, siendo un capitalista opresor de la clase obrera. Se presentó solo ante el juez y en cuanto empezó a hablar, le hizo callar diciendo «No hablo con capitalistas como usted». Afortunadamente al menos, no encontraron pruebas suficientes y el caso fue desestimado.

Ahora bien, para conseguir trabajo, todo el mundo tenía que presentar un documento llamado Declaración de Lealtad al Estado, que emitía la rama local del Partido Comunista. No había ninguna posibilidad de que Otto, considerado un colaborador de ladrones, consiguiera uno.

Mi prima Jenka acudió al rescate.

Jenka era mi prima segunda. Tenía varios años más que yo y estaba casada con Ivan, un funcionario del Partido. Ella también era miembro y creía de corazón en la doctrina de la justicia social. No vivían lejos de nosotros y a menudo salíamos a pasear juntas con los niños en el carrito.

Gracias a los contactos de su marido, Otto estaba a punto de conseguir el crucial certificado de Lealtad. Ivan me aconsejó que fuera yo a buscar el documento en su nombre. Fue como una escena de película. Me dijo cómo vestir, que fuera sin maquillaje, que no dijera ni una palabra, solamente mi nombre, y que esperara. Estaba muerta de miedo. Esperé sigilosamente en la puerta de la lúgubre oficina, llena de hombres con caras largas sentados tras varias mesas. Nadie me dirigió una sola palabra. Después de lo que me pareció una eternidad, uno de ellos hizo un gesto con el dedo para que me acercara. Me entregó una hoja de papel y salí a toda prisa, rogando para mis adentros que nadie me detuviera. La frase impresa en el documento decía:

CERTIFICADO

La Comisión para la Seguridad Interna y Nacional
Por la presente certifica que Don Otto Kraus

(fecha de nacimiento, dirección, ciudadano checo),
de acuerdo con los testimonios y el Consejo de Trabajadores,
es leal a la Nación y al Estado.
Firmado: Secretario para la Seguridad Nacional

Al ser un autor publicado y como tenía amigos en el mundo literario, Otto fue admitido en el Ministerio de Cultura como funcionario de literatura inglesa. Cualquier libro publicado en la república tenía que ser aprobado por los *aparatchiks* del Partido. Le gustaba el trabajo, que consistía en leer nuevos libros en inglés y escribir una recomendación para su traducción. Ahora bien, le frustraba que sus sugerencias fueran rechazadas a menudo por no ser «políticamente correctas». Conocidos escritores mundiales eran tachados de derechistas, imperialistas, antisocialistas o contrarrevolucionarios. Otto estaba orgulloso de ser la única persona en el ministerio «más rojo» que no pertenecía al Partido Comunista.

Aparte de conseguir aquel documento fundamental para Otto, Jenka también fue clave para encontrar una solución a nuestro problema con la casa. Vivía en un edificio alto con una *garçonnière*, un diminuto estudio en la planta baja, ocupado por una médica soltera. Como la mujer también disponía de alojamiento en el hospital donde trabajaba, no podía seguir teniendo la *garçonnière*. Jenka consiguió que se mudara y nos asignaron el estudio a nosotros.

Consistía en una habitación de unos dieciséis metros cuadrados y un pequeño cuarto de baño con aseo, un lavabo y bañera. Cuando metimos la cama doble, el armario, la mesa, dos sillas y la cuna del bebé, apenas había espacio para moverse. En un rincón de la habitación había un hueco de unos 50 cm con un fregadero y una cocina de gas de dos fuegos, con un armarito encima para los utensilios de cocina y alimentos. No podíamos rechazarlo.

Una mañana, Jana, la esposa de Pat´a, llegó a nuestra *garçonnière* con dos bolsas grandes. Había decidido que debíamos hacer mermelada. En 1948, tres años después de la guerra, la fruta y la verdura todavía escaseaban, y ella había conseguido varios kilos de manzanas en alguna parte. Tardamos tres horas en pelarlas y cortarlas, pero lo pasamos bien juntas, charlando y riéndonos. Mientras hervíamos las manzanas con mucho azúcar, jugábamos con Peter, que ya tenía seis meses.

Una vez cocinada la fruta, la metimos en dos grandes tarros de cerámica que había heredado de alguien. Cuando los estábamos llevando a enfriar al

alféizar de la ventana, se rompió la base por el calor, y aquella masa hirviendo cayó sobre la alfombra, dejando dos montones humeantes de fruta y un charco que empezó a absorberse lentamente. Aunque pudimos salvar la parte superior del montón, gran parte de la mermelada se pegó a los pelos de la alfombra. Así que nos arrodillamos y empezamos a frotar para salvarla. Era nuestra única alfombra.

Cuando ya casi era de noche, desistimos. El azúcar se había solidificado y la alfombra estaba tan dura que era imposible enrollarla. Eso sí, al menos teníamos el consuelo de que, cuando la gente viniera a visitarnos, diría: «¡Mmm, qué rico olor a manzana!».

En aquel momento, algunos de nuestros amigos se disponían a emigrar al recién creado Estado de Israel. Algunos ya se habían ido, entre ellos Ruth Bondy, y su marido Honza estaba a punto de reunirse con ella. Eso nos presentó una oportunidad de cambiar de casa: nosotros nos iríamos al piso de Vršovice y Honza al estudio. Al ser dos adultos con un bebé, teníamos derecho a dos habitaciones, y también queríamos alojar a la abuela. Pero nadie debía saber que Honza planeaba emigrar.

Conseguimos hacerlo a través de un amigo común, un antiguo compañero de campo de Otto y Honza, que ahora era miembro del Partido Comunista y tenía «contactos».

Por fin logramos que la abuela viniera a vivir con nosotros, y ella estaba feliz de poder pasar todo el día con Peter. Era muy discreta y jamás se entrometía o nos criticaba, aunque seguro que tenía bastantes motivos para hacerlo. Yo seguía siendo joven, ni siquiera había cumplido los veinte, era torpe e incompetente. Peter ya tenía un año. La abuela lo ponía sobre su regazo, le cantaba con su voz temblorosa y dejaba que le pusiera sus tres pares de anteojos sobre la nariz, uno encima de otro.

Pero el respiro duró poco. Honza se fue a Israel, y nuestros mejores amigos Metek y Věra Blum también. El régimen cada vez era más opresivo y todo el que podía se marchaba. Había una atmósfera de urgencia; la gente presentía que no tardarían en prohibir la emigración.

Otto decidió que debíamos irnos. Sabía que mientras trabajara en el ministerio «rojo», no le concederían un permiso de salida, así que dimitió. La Comunidad Judía le ofreció un puesto y lo aceptó sin dudarlo. Años más

tarde, él mismo describía su puesto como *desmantelador* del movimiento sionista en Praga. Le formó el director del Departamento del *Aliyá* («ascenso», en hebreo, palabra que se refiere a la inmigración a Israel desde cualquier territorio), un hombre que había sido envidado desde Israel para gestionar la emigración de los judíos checos, pero también de otros judíos, principalmente polacos que atravesaban Checoslovaquia de camino a Israel.

Cuando Otto llegó a las oficinas de la Comunidad Judía, le dieron un despacho con escritorio, y al abrir el cajón, se encontró un millón de coronas checas en metálico. Corrió a por su jefe israelí, que cogió el dinero tranquilamente y le explicó que eran fondos para la *aliyá*. Desde el primer día, el trabajo de Otto consistió en quemar todas las pruebas de cómo se conseguía el dinero que financiaba la *aliyá* de miles de supervivientes del Holocausto a Israel. Él y una secretaria alimentaban la pequeña estufa día tras día con los documentos delatores. Su otra labor era cobrar los *shekels* simbólicos que cada candidato a emigrar tenía que comprar por 10 coronas para inscribirse en la *aliyá*.

Otto era sionista desde antes de la guerra. Ya he mencionado su intención de mudarse a Palestina, que era el nombre de aquella tierra antes de convertirse en el Estado independiente de Israel. Durante dos años, de 1940 a 1942, hizo la *hajshará* (formación agrícola) para aprender agricultura y ganadería. Tenía una relación romántica con la tierra, daba clases de hebreo y leía libros sobre historia judía y sionismo. Adoraba los sembrados y los olores de los establos. Soñaba con vivir en un kibutz. Le influyó A. G. Gordon, que decía que los judíos deberían convertirse en brotes del campo en una tierra socialista de Israel.

Aprendió a cultivar hortalizas, a arar con bueyes, a ordeñar vacas y a palear estiércol en las vaquerizas. En Bohemia y Moravia había varios grupos de *hajshará* trabajando en grandes granjas de hacendados. La granja donde estuvo Otto con Ruth y Mausi pertenecía a una orden monástica. Los monjes esperaban que los aldeanos acudieran a misa cada domingo. Los jóvenes judíos eran un fenómeno extraño y los vecinos temían que su estilo de vida liberal influyera en sus hijas e hijos. La *hajshará* de Otto terminó cuando le deportaron junto a sus padres y su hermano menor, Harry, a Theresienstadt.

Bajo el mandato británico, la emigración a Palestina se producía de manera clandestina: la gente tenía que tirarse del barco de noche y llegar a

nado a tierra. A menudo eran detenidos y encarcelados.

Sin embargo, desde la independencia de Israel, los judíos no solo podían emigrar y asentarse en aquellas tierras, sino que se les invitaba a hacerlo. El significado de la palabra hebrea *aliyá* es «subir, ascender», y por tanto, cualquiera que se muda a Israel asciende. El joven Estado recibía con los brazos abiertos a los recién llegados, hasta el viaje estaba financiado por el Fondo Judío, y barcos y aviones traían judíos de todas partes del mundo.

En Checoslovaquia, aquella posibilidad impulsó una oleada de sionistas entusiastas, supervivientes la mayoría de los campos de concentración, a abandonar su viejo país y construir una nueva patria. Quienes se quedaron, o estaban atados a parejas no judías, o bien planeaban marchar más adelante, cuando terminasen sus estudios.

Nosotros llevábamos dos años casados. Yo era joven e inexperta y aceptaba ciegamente las decisiones de Otto, porque confiaba en él. Sabía muchas cosas y me lo explicaba todo: me habló de kibutzismo y de historia judía, también de Herzl, el visionario del Estado de Israel, y hasta me enseñó unas cuantas palabras en hebreo.

La vida en Checoslovaquia era cada vez más desagradable. El régimen era opresivo, la gente de las clases medias y altas se veía acosada y podían encarcelarte por cosas como contar un chiste sobre el gobierno. La gente ya estaba cruzando la frontera de Alemania o Austria, y para nosotros los judíos, la *aliyá* se planteaba como una buena solución. Además, las autoridades checas permitían, aunque fuera a regañadientes, la emigración a Israel.

Ahora bien, el proceso era complicado y tuvimos que superar muchos obstáculos que la burocracia nos puso en el camino. El primer paso era organizar todo lo relativo a nuestra casa. La abuela no podría quedarse allí una vez nos marcháramos y tampoco quería emigrar con nosotros. Según decía: «Yo soy un árbol viejo. Los árboles viejos no se pueden volver a plantar».

Jiří Kolář, poeta y artista amigo de Otto, estaba buscando desesperadamente un piso más grande. Vivía con su mujer, su suegra y su bebé en un apartamento de una sola habitación. Si intercambiábamos casas, la abuela podría quedarse en su apartamento y él tendría nuestro piso de dos habitaciones. Pero teníamos que ser hábiles para que las autoridades no se percataran de la treta. Los detalles son demasiado complicados como para

explicarlos aquí. Al final, el plan por desgracia fracasó. Después de marcharnos a Israel, supimos que Kolář no consiguió nuestro piso y tuvo que quedarse en su apartamento de una habitación. La abuela tampoco pudo permanecer allí y se quedó sin casa. La única solución era regresar a Brno, su ciudad natal, donde le prometían una habitación en una residencia geriátrica judía. Mientras esperaba una vacante, encontró alojamiento temporalmente en casa de los Formánek, sus antiguos vecinos. Su cuñada Olga, también superviviente de Terezín, vivía en la misma residencia y tenían una buena amistad desde hacía tiempo. También coincidían en que ambas habían perdido a toda su familia, salvo a un nieto. Mi abuela me tenía a mí, y Olga a Uri Bass, mi primo segundo.

El siguiente paso para preparar nuestra emigración consistía en lidiar con la burocracia. Para poder abandonar el país, teníamos que rellenar formularios, ponerles sellos caros, hacer una cola y entregarlos al funcionario. Evidentemente, este pedía toda una serie de documentos personales, entre ellos un certificado de las autoridades tributarias, confirmando que no debíamos impuestos. Y ahí surgió otro problema.

Por motivos fiscales, el padre de Otto había dividido su patrimonio entre los cuatro miembros de la familia y todos ellos figuraban como copropietarios. El *Treuhänder* alemán nunca pagó impuestos en nombre de los antiguos propietarios judíos, claro está, y las autoridades tributarias exigían el pago retroactivo por todo el período de la guerra. No importaba que todos los miembros de la familia, salvo Otto, hubieran fallecido, ni que durante la ocupación alemana la familia Kraus ya no fuera propietaria de la fábrica. La gente del fisco quería lo suyo. Así que no teníamos elección: o pagábamos o nos olvidábamos de la *aliyá*.

¿Y dónde encuentra uno tanto dinero? No recuerdo exactamente cómo logramos reunirlo. Nos concedieron un descuento y Otto tenía algunos ahorros. Por fin conseguimos el certificado y nuestra solicitud para el permiso fue debidamente aceptada.

Después de varios meses, recibimos nuestro visado de salida, pero evidentemente ese no era el último paso. Todo emigrante debía presentar una lista detallada de los artículos que pretendía llevarse consigo. Nos dejaban mandar por barco un «envío», un gran cajón de madera con pertenencias. La lista debía incluir todos los artículos, incluidos juguetes de bebé, pañales, nuestra ropa interior, toallas, sábanas, cacerolas y sartenes,

cucharas, tenedores, todos los libros con sus títulos y cada mueble con una descripción detallada. Aún guardo la lista como recuerdo.

De nuevo pasaron varias semanas hasta que dieron el visto bueno a la lista. Aunque habían tachado muchas cosas. Nos prohibieron llevar la alfombra, la máquina de coser, mi collar de oro y el encendedor, la máquina de escribir de Otto, seis de las doce tazas y platitos, seis de los doce tenedores y cuchillos, y cuatro de las ocho sábanas. Con la ayuda del Sindicato de Escritores, que nombró a Otto corresponsal de uno de los periódicos checos para escribir artículos sobre Israel, al final le concedieron una autorización especial para llevarse la máquina de escribir.

La historia no acabó ahí. Cada artículo que figuraba en la lista tenía que ser examinado por un tasador oficial. Pero con la emigración masiva a Israel en aquel momento, los pocos tasadores autorizados no tenían huecos disponibles en varias semanas. Así pues, vivimos otra larga espera hasta el día en que apareció por casa un joven ceñudo y empezó a evaluar todos los artículos de nuestra lista. El proceso duró horas: cogía cada libro, cada pañuelo, cada zapatilla de andar por casa y cada sonajero, le daba la vuelta, lo abría y luego anotaba el precio. No el precio del objeto usado, sino lo que costaría en una tienda. La suma total era asombrosa. Nunca pensé que tuviéramos tanta riqueza en nuestro diminuto piso.

Para que el Estado nos permitiera llevar nuestras pertenencias al extranjero, debíamos pagar un diez por ciento del total. Decidimos vender todo lo posible, salvo las cosas que planeábamos llevar encima. Organizamos un mercadillo para el domingo siguiente, aunque Otto creía que no habría compradores. Para nuestra sorpresa, apareció la propietaria de una lavandería cercana y lo compró todo. Se habría llevado más cosas si hubiéramos tenido algo más que ofrecer.

Ya teníamos dinero para pagar al tasador y al Estado. Encargamos a un carpintero el cajón de madera, que parecía un contenedor de barco pequeño, y nos inscribimos en la Comunidad Judía para el siguiente transporte. En aquel momento, el Ministerio del Interior solo emitía un pasaporte colectivo de grupo a los emigrantes. Así se aseguraban de que nadie viajara a ningún sitio que no fuese Israel. La Comunidad Judía estaba obligada a mandar a un acompañante con el grupo y los documentos hasta la frontera.

El día de nuestra marcha se fijó a comienzos de mayo de 1949. Eso supuso un nuevo problema. El cajón tenía que embalarse en la estación de

tren en presencia de los agentes de aduanas, y la fecha que nos habían asignado para ello era posterior a la de nuestro viaje. Alguien tenía que acudir al control de aduanas, no necesariamente el propietario. Pero ¿quién?

La solución al problema fue Stella Fischl, la cuñada de nuestro amigo Pat ́a. Él iba a viajar en el mismo transporte que nosotros y, como no tenía mucho equipaje, le dejamos que lo metiera en nuestro cajón. Stella prometió supervisar el embalaje y eso nos dejó tranquilos. No podíamos haber encontrado a nadie más fiable.

Estaba prohibido sacar dinero de la República. Eso no nos importaba porque tampoco nos quedaba nada en metálico. El tío de Otto que vivía en Estados Unidos había prometido prestarnos cierta cantidad de dinero para empezar, y nos lo enviaría directamente a Israel. En aquel momento no imaginábamos el giro que iban a dar las cosas.

Después de pagar nuestro *shekel* de rigor, llegó el momento de despedirnos de la abuela, coger a nuestro pequeño Peter de dieciocho meses, las maletas y el cochecito, y montarnos en un taxi hacia la estación de ferrocarril.

La abuela debía saber que no nos volvería a ver, pero yo estaba tan ocupada con toda la organización que ni lo pensé. Ahora que soy una persona mayor, comprendo lo extraordinaria que era, dejándonos ir sin egoísmos, sin un ápice de autocompasión, ni una sola queja. Una vez en Israel, le escribí cartas detalladas describiendo nuestra vida, y siempre contestaba, preocupándose por nuestro futuro. ¡Pobre abuela! No le quedaba mucho de vida. El invierno siguiente, enfermó de neumonía y los Formánek la llevaron al hospital. Murió allí, apenas diez meses después de nuestra marcha. La tía Olga me envió una carta describiendo las circunstancias con una foto de la ceremonia de cremación. Se ve un salón con tres filas de personas vestidas de negro, todos conocidos, ninguno de ellos familia, aparte de Olga.

33

Viaje a Israel

*H*abía mucho tumulto en la estación de tren. Éramos unas cien personas en el grupo, embarcando con nuestro equipaje para hacer el primer tramo del viaje hasta Italia. Entre ellos había varios amigos, como Pat´a Fischl, la pareja formada por Eva y Pavel Lukeš con la madre de Eva, la señora Králová, Annetta Able con su marido y su bebé, Eva Weissová, Eva Schlachetová y otros conocidos. Muchos estaban con familiares o amigos, despidiéndose, abrazándose, enjugándose las lágrimas.

Nos instalamos en un compartimento de seis plazas, tres adultos a cada lado, con nuestro pequeño Peter pasándose constantemente del regazo de su padre al mío y vuelta. Para dormir, le habíamos preparado una esterilla que colgamos de la rejilla para las maletas sobre nuestras cabezas y acolchamos con unas cuantas mantas dobladas. Al final, él fue el único que consiguió dormir en todo el viaje. Durante dos días y una noche no hubo manera de conciliar el sueño, sentados en aquellos bancos de madera. Nadie podía bajar del tren en las estaciones donde paraba. Y a veces pasaban horas hasta que volvía a arrancar.

La comida no fue un problema. Todo el mundo había traído provisiones y botellas de agua suficientes para todo el viaje. Pero el hilillo de agua que salía del grifo en el aseo mugriento no bastaba para lavarse las manos, por no hablar de los pañales sucios del bebé. Porque, en aquella época, no los había de papel.

Teníamos un ingenioso artilugio inventado en el gueto de Terezín para calentar la comida del niño. Peter era el único menor en nuestro vagón y, por supuesto, encandiló rápidamente a todo el mundo.

No tardamos en llegar a la frontera con Austria y la emoción y la tensión

crecieron. Nuestra acompañante era una joven guapa y coqueta que entretuvo a la gente de aduanas con bebidas, salami y otras delicias que no se podían conseguir en la República. El objetivo era complacerles para que no fueran demasiado rigurosos en el control de equipajes. De hecho, la joven llevaba varias botellas escondidas en su compartimento. Contenían mercurio, que, según descubrimos, es más caro que el oro. Así es como la comunidad judía del extranjero conseguía introducir de forma clandestina aportaciones económicas al joven Estado de Israel. En cuanto el tren pasó la frontera, el júbilo y el alivio de la tensión nos hicieron estallar a todos de alegría, gritando, cantando y aplaudiendo.

Una de nuestras compañeras de viaje era la señora S., que había trabajado con Otto en las oficinas de la Comunidad Judía, y de hecho le ayudaba a quemar documentos. Poco antes de llegar a la frontera, le pidió que le guardara un paquete de cigarrillos, diciendo que llevaba más de los que se permitía sacar de la República Checa.

Una vez pasado el control y cuando se hubieron marchado los de aduanas, Otto le dijo:

—A cambio del favor, déjeme fumar uno de sus cigarrillos.

—Uy, no, no puede —exclamó ella.

Cada uno de ellos llevaba un billete de dólar enrollado. Otto se quedó mirándola, atónito. Si le hubieran cogido, no solo habría ido a la cárcel, sino que nunca le habrían permitido emigrar.

Aunque fue una pena no poder visitar Viena ni las ciudades italianas por las que pasamos, el viaje transcurrió sin incidentes. Dormir era imposible en aquellos compartimentos atestados, pero algunas personas se levantaban a mirar por las ventanillas del pasillo y entonces uno de los demás podía echar un sueñecito sobre el banco de madera, usando un abrigo como almohada.

El segundo día de viaje, vi el mar por primera vez. Nunca lo había visto, y me impresionó el enorme peso de aquella vasta cantidad de agua aplastando la tierra. Nuestro destino era el campo de desplazados de Trani, una pequeña localidad italiana. Lo habían construido al acabar la guerra y daba cobijo a muchísimos supervivientes de toda Europa que esperaban sus visados para América o Australia. Algunos de ellos llevaban tres o cuatro años en el campo, y eran expertos en el cambio de divisas. Nuestro alojamiento consistía en una enorme barraca con colchones para decenas de

personas, sin intimidad alguna.

Cada judío checoslovaco, incluido nuestro pequeño Peter, tenía dos libras esterlinas y media, que era todo el dinero que nos dejaban sacar de la República. Como nos apetecía conocer el pueblo, pedimos a uno de los veteranos del campo, el señor Krull, que nos cambiara las libras por dinero israelí, quedándose una pequeña comisión en liras italianas, y fuimos dando un paseo junto a un grupo de personas. Nos sentamos en una terraza de la plaza, tomamos una copa de vino local y nos sentimos realmente distinguidos.

Nuestro barco se retrasó y tuvimos que esperar varios días más allí. Las condiciones de hacinamiento recordaban un poco a los campos de concentración, pero tampoco nos afectó, porque éramos libres. Cuando por fin llegó el *Galila,* nos trasladaron a Bari, que era nuestro puerto de embarque.

Yo esperaba que fuese un buque de pasajeros, pero la nave que nos encontramos atracada al fondo del largo muelle de piedra parecía más bien un barco de pesca. Un tablón de madera conducía a la cubierta y junto a él había una mesa con dos personas comprobando a los pasajeros que había de la lista. Una multitud de cerca de mil quinientas personas, con niños, bultos y maletas, se apretujaba y empujaba sin orden aparente por subir a bordo. Gritaban y gesticulaban alocados, mientras nosotros contemplábamos aquel comportamiento incivilizado. Me recordaba a las peleas entre prisioneros hambrientos ante los barriles de comida en los campos de concentración.

Eran judíos de Marruecos, Túnez y Argelia que, como nosotros, iban de camino a Israel. El grupo checo decidió no unirse a la melé y esperar pacientemente nuestro turno en el muelle. Sabíamos que no teníamos ninguna posibilidad de embarcar antes que los norteafricanos. Alguien nos había dicho que mujeres y niños tenían un buen sitio asegurado, y lo creímos.

La espera fue agotadora. No paraba de soplar un fuerte viento que nos arrojaba arena y polvo a la cara, la boca y el pelo. Envolví la cabeza del niño con mi pañuelo e intentamos protegerle. Pasaban las horas, y la gente estaba cada vez más irritada; no había dónde sentarse ni aseos.

De pronto, alguien nos llamó: «¿Kraus? ¿Hay una familia Kraus?». Era un marinero del *Galila.* Cuando nos vio, dijo que le diéramos una pieza de equipaje, que él nos reservaría sitio en el barco. Le entregamos nuestra ropa

de cama enrollada, sin saber quién era, esperando que no fuese un engaño y temiendo no volver a ver nuestras mantas.

Casi era de noche cuando por fin embarcamos. Nos hicieron bajar dos tramos de escaleras hasta que nos encontramos en una bodega bajo la línea de flotación. Aquello era un caos: gritos y empujones, hombres y mujeres peleándose por las literas libres; el aire era asfixiante, y ya olía a demasiada humanidad junta. No veíamos nuestras mantas por ninguna parte y solo pude encontrar un catre vacío, ninguno para Peter.

Otto decidió ir a buscar al marinero que se había quedado con nuestro fardo. Volvió pasado un rato, con una sonrisa ancha en la cara.

—Enjúgate esas lágrimas, píntate los labios y ven conmigo.

Cogí en brazos a Peter y subimos dos pisos hasta la cubierta. Luego continuamos hasta la cubierta superior. Allí era donde estaban los camarotes, y uno de ellos, en medio del barco, era nuestro. Nuestras mantas estaban extendidas sobre tres cómodas camas, había un lavabo con grifos de agua fría y caliente, y una mesa con un cuenco de fruta. Y no era cualquier fruta, sino naranjas y plátanos, exquisiteces que no veíamos desde antes de la guerra. Era como salir del inframundo y entrar en el cielo, literalmente.

Al rato, el sobrecargo llamó a nuestra puerta. Se presentó y resultó que era pariente de la esposa del primo de Otto, Pepík Kraus. Pepík era hijo de uno de los numerosos hermanos del padre de Otto y había emigrado antes de que Hitler ocupase Checoslovaquia. Le había dicho a su pariente, el sobrecargo, que nos cuidase, así que estaríamos bajo su protección personal a partir de ese momento. Nos invitó a comer con el capitán y los oficiales en el comedor de los pasajeros de pago. Nos dijo que podíamos usar su cuarto de baño privado y me dio una pastilla de jabón Palmolive, ¡menudo lujo!

Nuestro camarote se convirtió en un refugio para muchos de nuestros amigos. Annetta venía varias veces al día para dar el pecho a su bebé lejos de la multitud, otros a lavarse en el lavabo porque los cubículos de las duchas comunales estaban constantemente atestados. Había mil doscientas personas en un barco con capacidad para seiscientas. Aquellos que iban en la bodega inferior se pasaban el día en cubierta y la mayoría dormían allí también. Los pasajeros recibían tickets de comida y eran convocados a comer en tres turnos.

Sin embargo, para mí fueron como unas vacaciones. No tenía que cocinar,

ni hacer labores de casa, solo jugar con mi niño y tomar el sol. Cuando llegamos a Haifa después de tres días de travesía, no quería bajar del barco.

Pero aquellos tres días en el mar fueron nuestros únicos buenos momentos en toda la *aliyá*.

Apenas empezaba a amanecer cuando el barco llegó a Haifa y vimos el sol iluminando la maravillosa ciudad que trepa por la ladera del monte Carmelo. La imagen era sobrecogedora. ¡Estábamos en la Tierra de Israel!

El primo de Otto, Pepík, gracias al cual habíamos conseguido un camarote en el barco, nos esperaba en el puerto. En cuanto nos vio empezó a agitar los brazos entusiasmado. Pero no desembarcamos hasta la tarde, sobre todo porque yo no tenía ninguna prisa y la comida del comedor era deliciosa. Había que hacer cola para registrar a los recién llegados y para aduanas, y ni siquiera pudo ayudarnos Pepík, que tenía conocidos entre el personal del puerto. Además, él era taxista y tenía que volver a su trabajo. Y sí, a nosotros también nos rociaron con DDT, un insecticida para matar los piojos con tifus que pudiéramos llevar encima (los que llegaban de las tierras norteafricanas se ofendieron mucho porque decían que solo les habían desinfectado con DDT a ellos, y que los nuevos *olim,* es decir, los inmigrantes procedentes de Europa y América en *aliyá* a Israel, no habían tenido que sufrir un trato tan degradante).

Una vez pasado el control y el registro, nos trasladaron en camión a Shaar Aliyah, un campamento de tránsito habilitado al pie del monte Carmelo. Era 16 de mayo, el cumpleaños de mi abuelo. ¿Qué habría pensado él, ardiente socialdemócrata, al ver a su nieta mudándose al Estado sionista de Israel?

Nuestra tienda de campaña tenía diez camas y la compartíamos con Pavel, Eva, su madre, Pat´a, Manka y dos amigos más. Aparte de los centenares de tiendas, en el campamento había varias cabañas de madera, una cocina, una oficina, y también una clínica improvisada, varios aseos y un baño. Además, teníamos una hilera de grifos al aire libre, pero el agua salía tibia. El complejo estaba rodeado por una alambrada y no se podía salir. Tres veces al día distribuían alimentos gratis, pero la mayoría eran cosas extrañas que no conocíamos. Nos dieron pan de pita y tahina, aceitunas y una cosa llamada halva, que según nos dijeron estaba hecha de miel cristalizada y sabía un poco a caramelo. Si tenías más de un recipiente, había que separar la halva de las aceitunas y las sardinas porque si no, se juntaba en el cuenco lo dulce y lo salado. El problema no era la escasez de

platos sino la falta de manos para llevar los recipientes.

La primera noche hizo mucho calor por el *hamsin*, la versión israelí del siroco. En plena noche, una repentina ráfaga de viento arrancó una parte del techo de la tienda y empezó a llovernos encima. Intentamos apartar todo lo posible las camas del agujero, pero nadie pudo conciliar el sueño.

Cada día, Otto acudía a la verja de entrada, esperando ver a mi tío Ernst-Benjamin. Era el hermano pequeño de mi padre y había logrado emigrar a Palestina en el último momento antes de la ocupación nazi. Él sabía de nuestra llegada porque le habíamos enviado un telegrama antes de salir y otro nada más desembarcar. Lo que no sabíamos nosotros era que se había incorporado a la policía y no podía ausentarse del trabajo. Tampoco podía comunicarse con nosotros, sin teléfono ni dirección de correo. Mientras tanto, el resto de nuestros amigos ya se habían marchado con sus parientes israelíes. Nuestro único alivio eran las visitas de Pepík cada tarde, con alguna moneda que cogía de sus ganancias del día y una botella o dos de zumo de frutas. Tras diez días de espera, Otto decidió tomar las riendas de la situación y empezar a actuar.

Nosotros pensábamos, tal vez pecando de ingenuidad, que Pepík o mi tío nos aconsejarían sobre dónde instalarnos y dónde buscar trabajo. Pepík era muy entusiasta y comprensivo, estaba feliz de tener parientes cerca después de tantos años siendo el único miembro de la familia Kraus en Israel. Decía que Otto era «sangre de su sangre», un apodo que siempre repetían nuestros amigos cuando hablaban de él. Pero ser «sangre de su sangre» no contestaba a nuestras preguntas.

Entonces Otto se informó acerca de un campamento mejor cerca de Netanya. A la mañana siguiente, subimos a un camión abierto con el pequeño Peter, el equipaje y otros *olim* nuevos y viajamos a Pardesiya.

Pardesiya era similar al campamento de tiendas de campaña que habíamos dejado. También tenía una valla y un abrevadero con grifos. Pero allí la alambrada tenía un agujero, y la gente podía salir y entrar fácilmente a través de él. Cerca había una parada de autobús y Otto consiguió subir a uno entre gritos y empujones, y fue a Tel Aviv o, mejor dicho, a Jaffa, para ver por fin a mi tío.

El tío Ernst-Benjamin y la tía Hadassa se alegraron de verle, pero no podían ayudarnos de ningún modo práctico. Desde su llegada a Palestina, el Tío había vivido en el kibutz Asdot Yaacov, en el norte del país. Allí se

había casado con Hadassa, otra integrante del kibutz de origen polaco, y habían tenido dos hijos. Pero recientemente habían dejado el kibutz y seguían intentando establecerse. Él era abogado y en Praga había estudiado para ser juez, pero aquí tuvo que conformarse con un puesto en la policía y apenas llegaban a fin de mes. Vivían en Jaffa, en la mitad de un piso en una casa árabe sin terminar de construir; la otra mitad estaba habitada por una familia numerosa búlgara de nuevos *olim*. Solo había una ducha. Como los búlgaros tenían ocupada la cocina, el cuarto de la ducha se había convertido en la cocina de la Tía, y allí cocinaba con dos fuegos de petróleo colocados sobre taburetes de madera. Cada viernes, lo sacaba todo de su «cocina» para dejar que las dos familias se ducharan. Estaba claro que no podíamos esperar soluciones de ninguno de nuestros parientes.

Al final, encontramos asesoramiento práctico en nuestros amigos Eva y Pavel Lukeš. Ellos se habían instalado en un pueblo cerca de Netanya, donde tenían parientes. Otto se enteró de que Pavel trabajaba de mozo de labranza y de que también había trabajo para él. Compró una azada grande de mango corto llamada *turyia* y Pavel y él se hicieron peones agrícolas. Cada mañana, se ponían con otros hombres junto al silo del pueblo, donde los agricultores locales iban a contratar mano de obra para la jornada. El trabajo consistía básicamente en sachar alrededor de los árboles de los *pardessim*, los huertos de cítricos. Aquellos campesinos no habían sido siempre agricultores, sino comerciantes, abogados o empresarios industriales en Alemania y Checoslovaquia. Emigraron justo a tiempo, antes de la guerra, pagando grandes cantidades de dinero por un visado de entrada a Palestina, por entonces aún gobernada por los británicos. Allí fundaron varios pueblos en los que cultivaban hortalizas, naranjas y criaban pollos.

Los agricultores vigilaban a sus peones para asegurarse de que no se entretenían demasiado para holgazanear. Al cabo del día, les pagaban un mísero sueldo, no sin antes regatear por el descanso de la comida.

Mientras Otto trabajaba, yo me quedaba con Peter en el enorme campamento, compartiendo la tienda con gente desconocida. Las condiciones eran indescriptiblemente antihigiénicas. No había suelo, las camas de hierro estaban sobre la arena. La comida que conseguía en el punto de distribución se llenaba de moscas antes de llegar a la tienda. El niño no tardó en enfermar, primero con diarrea, y luego cogió una infección de oído. Tenía fiebre, no comía ni dormía y lloraba constantemente. Empecé

a desesperarme. No me quedó otra opción que pedir ayuda a mi familia de Jaffa.

Mi tía Hadassa fue absolutamente maravillosa. Ella se dio cuenta inmediatamente de lo que yo no veía: la vida del niño corría peligro. Nos llevó al centro de salud de Kupat Cholim, donde estuvimos esperando junto con decenas de otros niños enfermos, a que llegara nuestro turno para ver a un pediatra. Era el año de la gran oleada de recién llegados, especialmente del norte de África, y el sistema sanitario, que no estaba preparado para esas multitudes, se estaba colapsando con tanta presión. No había suficientes médicos, enfermeras ni camas de hospital. La tía Hadassa se levantó antes del alba e hizo cola en la clínica para pedir turno para ver al médico. Volvió sobre las siete con el número nueve, o tal vez fuera el doce, y preparó a sus hijos para ir a la escuela. Mi prima pequeña Doron estaba en segundo, y Edna, que aún no tenía tres años, iba a la guardería. Después, la Tía nos acompañó al médico porque solo hablaba hebreo y yo no sería capaz de comunicarme con él.

En la primera visita, perforó el tímpano de Peter y eso le alivió el terrible dolor. Sin embargo, resultó que aparte de todo lo demás, había cogido el sarampión. No había visitas médicas a domicilio, de modo que tenía que llevar al crío a la clínica cada día, y cada día había que repetir el proceso de hacer cola para coger número, llevar a mis primos a la escuela y luego volver a la clínica a esperar. Siempre se nos iba la mañana entera. Por supuesto, la pequeña Edna también cogió el sarampión, pero su caso fue leve. Al menos Peter se recuperó y pudimos empezar a pensar en establecernos en algún sitio y comenzar nuestra nueva vida.

Mientras yo estaba en Jaffa, Otto seguía trabajando en el pueblo. Alquiló una habitación en casa de una anciana viuda a cambio de cuidarle el patio y el jardín. Es decir, después de trabajar al sol todo el día con su *turyia*, todas las tardes tenía que seguir haciendo labores para la viuda hasta que anochecía. Los fines de semana, venía a Jaffa con una bolsa de tomates y pepinos que sus jefes le dejaban a precio reducido. Los dos nos sentíamos culpables por las molestias que estábamos causando a mi pobre tía y a su familia. Eran cuatro adultos y tres niños viviendo en dos habitaciones diminutas, una de ellas sin ventana siquiera.

34

En el pueblo

Varias semanas después, Otto llegó con la buena noticia de que íbamos a tener alojamiento. El comité del pueblo había levantado seis cabañas prefabricadas de madera para alquilar a los nuevos olim. Así pues, cogimos al pequeño Peter, que ya estaba sano, y nos fuimos a Shaar Chefer, cerca de Netanya.

Las seis nuevas cabañas de madera estaban en una montaña. Cada una contenía cuatro apartamentos de una habitación y dos familias compartían un pequeño cuarto para ducharse y un aseo. No había electricidad ni calle. La tienda de alimentación más cercana estaba a dos kilómetros, por lo que ir a hacer la compra era una odisea. Tenía que ir hasta allí arrastrando por la arena a Peter en el cochecito, y luego volver con el peso añadido de la compra.

Nuestros vecinos eran Pavel y Eva, que estaba embarazada de cinco meses, y la madre de Eva. Además de la ducha, compartíamos una enorme olla de hojalata y un quemador de aceite donde calentábamos el agua para lavar y hacer la colada. No había caldera. En verano bebíamos agua tibia y en invierno nos duchábamos con agua fría. Entre todos compramos una hielera de segunda mano. El vendedor de hielo venía tres veces por semana con bloques de hielo envueltos en sacos. Con un martillo y un destornillador, cortaba medio bloque para aquellos que podían permitirse una hielera más grande o un tercio de bloque para gente como nosotros. Entonces la envolvíamos con dos capas de arpillera para que durase más. Teníamos que organizarnos para abrir la hielera lo menos posible para que el hielo no se derritiese antes de volver a comprar otro tercio.

Nuestro pequeño apartamento tenía una habitación y un cubículo con un

fregadero y una encimera de mármol falso a cada lado. Guardábamos los platos y las provisiones en dos estantes que había debajo, tapados por una cortinilla. Cocinaba con dos hornillos pequeños. El combustible se llamaba *naft* y lo vendía un hombre que pasaba una vez por semana con un barril en un carro tirado por un caballo. Había que cambiar la mecha de los fuegos a menudo porque ahumaba y ennegrecía las cacerolas.

Pero incluso aquí, en Israel, como en Praga después de la guerra, la comida escaseaba. Aparte de que teníamos muy poco dinero, eran tiempos de *tsena* (austeridad). Apenas había pasado un año desde la peligrosa guerra de independencia de Israel, y el país estaba recibiendo cientos de miles de nuevos habitantes, por lo que sus reservas estaban profundamente mermadas. Había incluso cartillas de racionamiento para algunos artículos. Ahora bien, nuestro pueblo vivía principalmente de la cría de pollos, y muchos no se podían vender por tener un ala rota o algún otro daño, y los comprábamos baratos. También abundaban los huevos, ya fueran rotos o deformes.

Vivíamos con lo justo. Cada mañana, Otto se iba con la *turyia* al almacén del pueblo para buscar trabajo de peón para la jornada. Al caer la tarde, volvía con dinero para cubrir los gastos del día siguiente, el *naft*, el hielo y la entrada para ver la película de cine que ponían al aire libre los fines de semana proyectada sobre la pared del centro cultural.

Yo también intenté ganar algo de dinero. Ofrecía mis servicios como costurera a las esposas de los agricultores, recortando o alargando sus vestidos, poniendo coderas y rodilleras a los pantalones y las camisas de sus maridos. Tampoco había mucha demanda, pero de vez en cuando tenía algún encargo.

Entretanto, recibimos un aviso de que nuestro cajón había llegado al puerto de Haifa y debíamos ir a buscarlo pronto, de lo contrario tendríamos que pagar por su almacenamiento. Solamente el transporte costaba varios cientos de libras.

Menos mal que teníamos a la tía Ella, la hermana de la madre de Otto, que estaba en Londres. Venía de una familia rica, que vivía en una lujosa villa en Liberec, en el norte de Checoslovaquia. Su marido y ella lograron huir horas antes de que empezara la ocupación nazi. Lo dejaron todo y se fueron a Londres, donde estaba estudiando su hijo. Los británicos no les concedieron permiso de trabajo y durante toda la guerra la Tía y el Tío

sobrevivieron a duras penas, él enhebrando cuentas y ella cosiendo y haciendo vestidos de ganchillo para señoras judías.

Cuando la Tía se enteró de que teníamos que pagar el transporte de nuestro cajón, vendió rápidamente su abrigo de piel y nos envió el dinero. Era de ese tipo de personas: bondadosa, con los pies en la tierra y práctica. Nosotros no supimos lo del abrigo de piel hasta muchos años después, y tuvo que ser a través de un amigo común, no por ella.

Tras varios meses en el pueblo, el comité local aprobó que algunos nuevos *olim* entraran a formar parte de la Cooperativa. Llamaron a Otto y le dijeron que por mil libras nos concederían una casa de dos habitaciones, un pequeño gallinero y una parcela al lado de tres dunams (1 dunam equivale a 10 x 100 metros) para cultivar hortalizas.

Era el momento de recurrir al tío americano de Otto, que nos había prometido ayuda económica. Otto era un planificador meticuloso, nunca se habría arriesgado a emigrar con mujer e hijo solamente con las ridículas siete libras y media que nos permitían llevar, y sin respaldo financiero. Por eso, antes de marchar contactó con su tío Otto Strass, que debía a la familia Kraus una importante cantidad de dinero que tomó prestada antes de emigrar a Estados Unidos, y le pidió un préstamo. Tuvieron que hacerlo en secreto y verbalmente, no por correo, ya que los censores comunistas podían leerlo. Hasta que no se cercioró de que tendríamos ayuda, Otto no empezó a planear nuestra *aliyá*.

El tío americano le prometió el dinero, y Otto aceptó a condición de que no fuese un regalo sino un préstamo a devolver.

Pero el préstamo nunca se materializó.

La siguiente carta procedente de Estados Unidos trajo la mala noticia de que el tío Strass había fallecido. Le descubrieron un tumor cerebral y murió en la mesa de operaciones. Tenía poco más de cuarenta años. Su mujer Dita y sus dos hijas se habían quedado sin sustento, y nosotros sin préstamo.

Otto decidió aprovechar sus conocimientos de agricultura para empezar a cultivar hortalizas. Alquilamos tres *dunams* y una mula para arar la tierra, que llevaba yerma varios años. La mula *Moishe* pertenecía a la Cooperativa y, como es fama, era bien testaruda. Se negaba a entrar en su establo. Sacarla no era un problema, pero simplemente no quería volver adentro.

Al final, Otto dio con una solución: hacerla caminar hacia atrás, con el rabo primero. Yo tenía que guiarla, sosteniendo las riendas cerca de su cara

y, cuando llegaba al final del campo, le hacía dar media vuelta para el siguiente surco. Una vez, debí de colocarme en el lado equivocado del animal, porque de repente plantó el casco sobre mi pie. Chillé, y se quedó helada. Empecé a darle golpes, pero no levantaba la pata. Y Otto estaba riéndose tanto que no vino a rescatarme hasta que se le pasó el ataque de risa. Por suerte, la tierra estaba bastante blanda así que el pie se me hundió y no me hizo casi daño.

Como Otto se consideraba un agricultor profesional, decidió no cultivar lo mismo que todo el mundo, es decir, pepinos, cebollas y pimientos. En aquella época, el apio era una planta que se pagaba bien, igual que la coliflor o la lechuga.

Cada día, cuando Otto regresaba por la tarde de cavar los huertos con su *turyia*, íbamos a nuestro campo. El trabajo era duro. Mientras el pequeño Peter se entretenía con algún juguete al borde del campo, nosotros llevábamos de un lado a otro las pesadas tuberías con los aspersores, desmontando cada vez las partes y volviendo a unirlas unos surcos más allá. También comprábamos sacos de estiércol de pollo y lo esparcíamos con palas. Los aspersores se tenían que encender después de caer el sol para ahorrar agua de la evaporación por el calor del día y uno de nosotros tenía que volver al campo por la noche para apagarlos. El riego automático no existía en aquella época.

En Israel, el clima es favorable y la cosecha era bastante buena. El precio de los productos variaba: unas veces subía, y otras caía por debajo del precio de coste. Al final del año, los cálculos demostraron que no habíamos perdido dinero, el balance era meramente el precio de las tuberías. No teníamos deudas, pero tampoco beneficios.

¿Qué íbamos a hacer? Ahorrar las mil libras necesarias para instalarnos en el pueblo ya no era realista. Después de un año entero en Israel, no habíamos progresado nada.

Desde los primeros días tras nuestra llegada a Haifa, habíamos recibido visitas de *shlichim* (emisarios) que querían atraer nuevos miembros para sus kibutz. Uno de ellos, David, nos visitó varias veces en el campamento de tránsito y nos urgió a ir a ver el suyo, que había sido fundado por pioneros checoslovacos, rumanos y polacos, hacía muchos años. Después siguió viniendo a vernos al pueblo, y siempre insistía en su invitación. Hasta que por fin le acompañamos.

El kibutz era un lugar agradable, con prados, mucha vegetación, atractivas guarderías para niños y un comedor comunitario. De cena tenían pan, margarina, aceitunas, tomates, pepinos, sardinas, jamón y té. Y para colmo, a cada persona le tocaba un cuenco de crema agria fresca.

¡No hizo falta más! Me enamoré de la crema y nos mudamos al kibutz como posibles miembros.

Pero eso es la próxima historia.

35

Givat Chaim

Tenía ganas de mudarme al kibutz. Varios amigos vivían allí, algunos que habían venido en el mismo barco, y otros que formaban parte del movimiento sionista en el que estuvo Otto antes de la guerra. Esperaba que la vida en el kibutz fuera más fácil que en el pueblo.

Givat Chaim es uno de los *kibutzim* más antiguos de Israel, fundado por pioneros sionistas en 1933 (kibutz en singular, *kibutzim* en plural). Su nombre proviene de Chaim Arlosoroff, uno de los primeros líderes del movimiento sionista. Se encuentra en el valle de Chefer, en el centro de Israel, cerca de la ciudad de Gedera. El movimiento de los kibutz se dividía en varias ramas de orientación izquierdista, que iban de las más extremistas a la más moderadas, pero las estructuras sociales básicas eran bastante similares. El pilar fundamental del movimiento era la igualdad de todos sus integrantes. La propiedad era colectiva y se guiaba por el lema de que todo el mundo contribuía según sus habilidades y recibía según sus necesidades. Evidentemente, este ideal nunca se alcanzaba, ni con la mejor de las intenciones. Algunos miembros eran siempre más iguales que otros.

Así, por ejemplo, cuando nuestra pequeña familia se unió al kibutz, nos dieron los trabajos más desagradables, aquellos que los miembros veteranos no querían hacer. A mí me pusieron a lavar platos en la cocina; a mano, por supuesto, porque el kibutz aún no podía permitirse un lavavajillas. Mis manos pasaban horas sumergidas en agua con jabón y las tenía blanquecinas y arrugadas como la parte de abajo de un champiñón. Es más, como había más gente para comer que platos, cucharas, tenedores y cuchillos, me hacían trabajar sin parar y a toda prisa, para que los *chaverim* (un integrante del kibutz se llama *chaver* o *chavera*, que significa amigo o

miembro) no tuvieran que esperar a tener un plato limpio para empezar a comer.

Otto se hizo mozo de cocina, llevando ollas y lecheras pesadas, aunque él había pedido trabajar en los campos, aduciendo sus dos años de aprendizaje en las granjas de Checoslovaquia. Sin embargo, el principio del *sadran avoda* (el encargado de asignar a los *chaverim* áreas de trabajo concretas) era mandar a los recién llegados adonde faltasen manos, no donde ellos quisieran trabajar. La lógica tras esta política absurda y miope era que, como ellos ya habían pasado por la mugrienta cocina y habían hecho las tareas de los cuartos de baño, ahora nos tocaba a nosotros. Eso espantaba a decenas de posibles miembros nuevos.

Nuestro nuevo amigo David estaba encantado de habernos reclutado para el kibutz y se encargó de enseñarnos el lugar, nos mostró los establos con sus decenas de vacas (cada año recibían el premio a la mejor producción de leche de Israel), los patos, los gansos y los pollos en sus modernos gallineros, las residencias de los niños con sus patios bien equipados, la lavandería, el comedor comunitario, el centro cultural con su biblioteca y su sala de música, y la tahona, que hacía pan para los *chaverim* a diario. También había un zapatero que arreglaba el calzado de los miembros y un almacén de ropa donde se organizaba, remendaba y planchaba la ropa, con una sastra que incluso hacía vestidos nuevos para las *chaverot*.

Otto y yo quedamos debidamente impresionados, pero lo que más ganas tenía de ver era la habitación donde nos íbamos a alojar. En un principio, los miembros vivían en tiendas y después en cabañas improvisadas, pero ahora residían en casitas adosadas. Cada familia tenía una sola habitación con un porche, pero como los niños dormían en sus propias residencias, era suficiente para una pareja. El kibutz acababa de construir varias filas de cabañas de madera con una habitación de unos catorce metros cuadrados y césped delante. Nuestra cama doble, una mesita de café y dos sillas fue lo único que pudimos meter en la habitación. El resto de los muebles que habíamos hecho traer desde Praga se los quedaron encantados varios vecinos. Nuestro amigo Pat´a se quedó el sofá verde, una de las tres cosas que había salvado de mi casa de cuando era niña. A él y a sus amigas les venía muy bien. El guapo de Pat´a se había divorciado de Jana en Praga y volvía a estar soltero. El sofá verde tuvo otros destinos posteriormente, pero ahora vuelve a estar en mis manos.

Los primeros días no tuvimos que trabajar. Había que introducir a nuestro pequeño Peter en su nuevo entorno. Los niños del kibutz no vivían con sus padres, sino en una residencia aparte. Por seguridad, las casas infantiles estaban arracimadas en el centro del asentamiento.

Peter tenía dos años y medio y solo hablaba checo. A partir de ese momento, tendría que vivir con niños cuyo idioma no conocía, y con una cuidadora que no le entendía. Lo llevamos a la residencia de niños pequeños para que conociera a la cuidadora, Zipora, y el resto de los niños. Zipora nos recibió cariñosamente, pero insistió en que le pusiéramos un nombre nuevo, porque Peter no era hebreo y sus compañeros no serían capaces de pronunciarlo. Nos urgió a decidirlo rápido, para poder decir a los niños cómo dirigirse al niño nuevo. Otto y yo lo estuvimos pensando esa noche y decidimos llamarle Shimon. La elección tenía cierta lógica. En la Biblia, Simón era el nombre de Pedro después de ser bautizado. Nosotros simplemente habíamos invertido el proceso, de Pedro el cristiano, se convirtió en Simón el judío. Además, me gustaba como nombre.

Cada mañana, me quedaba con Shimon en la residencia infantil hasta que poco a poco accedió a quedarse allí solo. Por la noche, después de la ducha, le ponían en su cuna, como a los otros cinco bebés. Yo le cogía la mano hasta que se dormía, y luego me iba como el resto de los padres. Los niños del kibutz estaban acostumbrados a ello, daban las buenas noches y se dormían. Sin embargo, nosotros éramos padres inexpertos y no comprendíamos lo que significa para un niño perder su idioma y su nombre, y dormir alejado de sus padres, entre niños desconocidos.

Shimon empezó a morder a los otros niños y los padres se quejaron, mostrándonos las marcas de sus dientes en los brazos de sus hijos. Claro que les mordió, ¿qué iba a hacer? Ellos le hablaban en un idioma que no entendía y, cuando decía algo, se quedaban mirándole confundidos. ¡Y Mami y Papi tampoco estaban! A pesar de que los médicos siguen diciéndome lo contrario, todavía temo que el daño que le hicimos sin querer a nuestro hijo mayor pudo influir en sus problemas mentales posteriores. Las punzadas de pena y de dolor por la infelicidad de Shimon siempre me acompañan.

El niño tardó un poco en empezar a comunicarse en hebreo y dejó de morder. Para sus dos años y medio, hablaba bastante en su checo materno. Siguió llamándome Mámo, hasta que un día cuando tenía unos cinco años,

me preguntó: «¿Por qué te llamo *Mámo* si todos los niños llaman a sus madres *Imma*?». Había olvidado por completo el checo. A partir de ese día, pasé a ser *Imma*.

Había algo en la estructura del kibutz que siempre me intrigó. Todo el mundo era igual, de acuerdo, pero aun así había diferencias en el estatus de los *chaverim*. Algunos miembros vivían de la reputación que se habían labrado en el pasado. Por ejemplo, Nachum estaba considerado como un trabajador excepcional, una cualidad muy valorada, pero yo siempre le veía tomándose más tiempo que nadie en el desayuno y dando paseos con el electricista o el encargado del cuarto de calderas, en lugar de trabajar. Algunos *chaverim* disfrutaban de privilegios o una consideración especial que yo no entendía.

Tampoco estaba segura de si la jefa de la cocina era mi superior. ¿Tenía derecho a darme órdenes o podía negarme? Durante el primer año, todos los recién llegados eran candidatos, no miembros de pleno derecho. ¿Me aceptarían cuando la asamblea general discutiera nuestra incorporación? ¿Tal vez hubiera hecho algo malo y votaran que no?

Estaba confundida y no me sentía en casa. A menudo tenía ataques de migraña y se me revolvía el estómago. Por un lado estaba la libertad de no tener una casa de la que cuidar ni la obligación de hacer la compra o la colada, pero tampoco podía relajarme, porque tenía la impresión de que me observaban constantemente. De hecho, la sensación de que aquello era un episodio solamente provisional y no permanente me acompañó durante los siete años que vivimos en el kibutz. Nunca deshice todas las maletas, y lo digo en sentido figurado y literal.

A pesar de que los niños vivían separados de sus padres durante gran parte del día, eran el tesoro más preciado y mimado del kibutz. Había residencias de bebés y de niños pequeños, guarderías con sillitas, camas y un montón de juguetes, columpios, toboganes, areneros y tractores de juguete. Cada casa de niños pequeños tenía dos bloques para seis niños, con un dormitorio, un comedor-sala de juegos grande, un cuarto de baño y cubículos con diminutos inodoros, un porche cubierto y un patio al aire libre con una valla de madera de colores. Los niños de primaria vivían en dormitorios con un aula contigua, mientras que los mayores iban a la

escuela de día propiamente dicha, que estaba en un extremo del kibutz. Todo el personal, incluidos los profesores, eran miembros del kibutz. Cuando hacía falta un cuidador o un maestro, la comunidad elegía a uno de sus miembros para aprender el oficio. Evidentemente, si la persona en cuestión no quería, podía negarse. Por otro lado, si alguien solicitaba salir a estudiar algo que le apetecía pero que no se consideraba útil para el kibutz, era vetado por la asamblea general.

Ahora bien, había alguna excepción. Para empezar, el kibutz respetaba el principio de ayuda voluntaria por el bien de la nación. Enviaban *chaver* expertos para ayudar a crear un nuevo kibutz en la frontera, o a formar a los niños de la calle en las ciudades. Si un miembro proponía una idea prometedora para una nueva fuente de ingresos, la asamblea general solía respaldarla.

Eso es lo que ocurrió con Honza Beck y su Bubatrón, por ejemplo. A Honza le encantaban las marionetas. Era un adulto con alma de niño. Tallaba y pintaba con sus diestras manos sus cabezas y sus extremidades, inventó un ingenioso mecanismo para moverlas y construyó un guiñol plegable. Él y un equipo de ayudantes hacían giras por el país con sus espectáculos de cuentos de hadas.

La más apreciada de sus producciones era un cuento protagonizado por Buba Ziva (en hebreo, *buba* significa muñeca), cuyo nombre provenía de la primera bebé nacida en el kibutz Givat Chaim. Buba Ziva se convirtió en la heroína de un libro de niños y el Bubatron de Honza se hizo tremendamente popular en todo el país. Él había emigrado de Checoslovaquia mucho antes de la guerra, pero aún hablaba checo. Era un hombre alegre, lleno de energía e ideas disparatadas. Nos hicimos muy buenos amigos y nuestra amistad duró hasta su temprana muerte.

La principal fuente de ingresos de Givat Chaim era la fábrica de conservas Gat, posteriormente Pri-Gat. En un principio, producía zumo de naranja y mermeladas, pero paulatinamente amplió su actividad para encurtir aceitunas y envasar todo tipo de frutas y verduras, así como cacahuetes salados. En temporada de cítricos llegaban a diario inmensos camiones y descargaban uva y naranjas. Después de extraer el jugo, la pulpa se dejaba amontonada al aire y fermentaba, dejando un olor que impregnaba todo el kibutz durante el invierno entero. Era la comida preferida del ganado. Por cierto, a las vacas también les encantaba la música, y el jefe de

los establos, Franta, tenía una radio encendida todo el día con música clásica. Era el secreto de su enorme producción de leche.

Como la mayoría de los kibutz en Israel, Givat Chaim no solo cultivaba sus tierras, sino que en invierno trabajaba enormes terrenos de cultivo propiedad del Estado en el Negev.

Dos o tres *chaverim* cargaban un tractor y herramientas agrícolas en un camión y ponían rumbo al sur, donde permanecían largas temporadas, arando, cultivando y cosechando. En aquella época, los israelíes seguían teniendo un enorme celo pionero, y se ofrecían voluntarios a trabajar por el bien de la nación y del nuevo estado. A mí me gustaba aquel espíritu, y nunca me negaba cuando me pedían renunciar a tener el Sabbat libre para ir a recoger uva u otros trabajos urgentes durante lo que en hebreo se llama adecuadamente «la temporada de quema».

Otra contribución voluntaria de los kibutz al bienestar del Estado consistía en acoger a integrantes del llamado movimiento de la Aliyá Juvenil, cuyo objetivo era cuidar de jóvenes llegados a Israel sin sus padres, algunas veces huérfanos o hijos de grandes familias que todavía no se habían asentado y seguían en campamentos de tránsito.

El kibutz les ofrecía alojamiento, un instructor y una cuidadora que se encargaba de ellos en la residencia. Iban a la escuela media jornada, y la otra mitad trabajaban y aprendían hebreo. Era una buena forma de introducir a los adolescentes a la vida en su nuevo país. Evidentemente, el kibutz no hacía esto sin motivo. Esperaban que los jóvenes acabaran quedándose y convirtiéndose en miembros. El Estado también contribuía a los gastos de su manutención.

Sin embargo, nunca pude adaptarme a la idea de que, para ser una auténtica integrante del kibutz, hubiera que renunciar al maquillaje, al esmalte de uñas, a los tacones o a los pendientes. Por lo general, no se veía bien que una mujer se arreglase. En las ciudades, las mujeres del kibutz eran fáciles de identificar por su ropa fea, y porque llevaban el pelo corto o recogido en una coleta. Cuando iba a visitar a mi amiga o a mi tío en Tel Aviv, me llevaba los zapatos de tacón en una bolsa, y una vez en el autobús, me los calzaba, me pintaba los labios y me maquillaba, rogando para mis adentros no cruzarme con alguien del kibutz.

Los *kibutzniks* no usaban paraguas aunque diluviara, porque se consideraba un lujo innecesario. Rechazaban las normas de comportamiento

social de sus antiguos hogares: eran los nuevos revolucionarios, no bailaban el vals ni el tango, sino la *hora*, y cuando se sentaban a la mesa, hablaban con la boca llena. En vez de celebrar una boda, un *chaver* y una *chavera* simplemente se presentaban ante la asamblea general y declaraban que a partir de ese momento serían pareja y vivirían juntos en una habitación. Desde ese momento se les consideraba casados. Ahora bien, todo eso cambió cuando el Estado empezó a crear ministerios con departamentos y funcionarios que exigían documentos, es decir, una burocracia. Entonces, hasta los *kibutzniks* tenían que casarse, ante un rabino, claro está.

Nuestro amigo Arnošt nos contó una vez que, el día de su boda, perdió el autobús cuando volvía de trabajar en la ciudad, pero el rabino tenía prisa y no podía esperar. Así que otro miembro del kibutz ocupó su lugar y se casó con la novia. Nadie informó al rabino del cambio.

Otto y yo éramos *olim chadashim*, que significa nuevos inmigrantes, y por ello teníamos derecho a una subvención del Estado y a clases de hebreo durante medio año. La subvención, ni la vimos (el kibutz la recibió en nuestro nombre) pero sí recibimos clases de hebreo. Aunque la cosa fue complicada.

Supuestamente, el grupo de recién llegados tenía que recibir dos horas de clase, dos veces por semana. Pero para empezar, no había un aula fija: cada vez teníamos que buscar una habitación con sillas y mesas, y normalmente no había pizarra. Nuestro instructor era un checo llamado Ruben pero, como el grupo incluía a neófitos polacos, húngaros y checoslovacos, no había un idioma común para explicar el vocabulario hebreo. Ruben intentó hacerlo en yiddish, lengua que no conocíamos los checos pero que lográbamos entender gracias a nuestros conocimientos de alemán. El problema era que Ruben tampoco sabía yiddish, solo alemán. Pero se las apañaba despreocupadamente improvisando y cambiando el género de los sustantivos alemanes. Por ejemplo, *das Haus* se convertía en *der hois*, o *die Arbeit*, *dus orbeit* y, como último recurso, *der Bart* en *dih bohrt*. En vez del pronombre personal alemán *ich*, decía *yach*. Por si fuera poco, a menudo estaba ocupado en otra cosa y no venía a clase. A veces, algunos alumnos eran convocados para hacer tareas urgentes que no podían retrasarse y la clase no se daba por falta de participantes. Al final no creo que recibiéramos más de una docena de clases.

Yo aprendí hebreo trabajando, en la cocina, en el comedor, en la

lavandería y en la guardería. Muchos miembros del kibutz no sabían alemán, checo ni inglés, así que no me quedaba otra solución que aprender hebreo. Recuerdo que una vez usé la expresión *Ježíš Maria*, que era un improperio bastante común entre personas que hablaban checo, ya fueran cristianas o judías, y una *chavera* me regañó diciendo, «los judíos no decimos eso en Israel».

Nuestro nuevo amigo Matti Megged me ayudó mucho. Matti era un maestro asalariado, no miembro del kibutz, y vivía con su mujer Hanna en la casa de al lado de la nuestra. Tenía un interés especial por el grupo checo, ya que había estado recientemente en Praga por algo relacionado con armas para Israel. Teníamos que comunicarnos entre el inglés y el poco hebreo que hablaba él, y el resto por gestos. Recuerdo que nos contó algo que le había ocurrido en Praga. Un día, iba con un amigo israelí en tranvía e hicieron un comentario sobre el pecho de la chica que estaba delante de ellos. Ella mantuvo la mirada baja, pero cuando al rato se levantó para bajarse, les dijo con indiferencia: «No solo tiene las tetas grandes, también habla hebreo». Hoy en día, esto no sorprendería a nadie, dado que hay cientos de miles de turistas israelíes, pero en 1948 nadie hablaba hebreo en Praga.

Matti pasaba muchas horas con Otto y conmigo, preguntándonos cosas, deseoso de saberlo todo de nuestro pasado.

Sin embargo, él era una excepción. La mayoría de los israelíes no querían oír historias del Holocausto. Mucho después me enteré de que el propio Ben-Gurión llegó a decir que cualquier hombre que sobreviviera a los campos de concentración tuvo que ser un kapo o colaborar con los nazis, y cualquier mujer que sobreviviera, una prostituta. No me extraña que los *kibutzniks* ignorasen el tema y dijeran cosas como «Sí, sí, pero vosotros no sabéis lo que tuvimos que pasar aquí, con la guerra, los ejércitos árabes, el Palmaj».

La cultura era parte importante de la vida en el kibutz. Cada semana había cine en el gimnasio, una película para los adultos y otra para los niños. Varias veces al año, cada miembro recibía una entrada para ir a ver una obra de teatro en Tel Aviv, Gedera o Netanya. Transporte incluido. Íbamos en la parte trasera descubierta de un camión, sentados en bancos, envueltos con una manta o un abrigo grueso sobre la ropa de Sabbat. Recuerdo la primera obra hebrea que fui a ver. Se titulaba *Caminaba por los campos*, y no

entendí ni el argumento ni el diálogo.

Una vez al año montaban una especie de feria del libro delante del centro de cultura y cada uno podía elegir un libro. Evidentemente, todos estaban en hebreo. Yo siempre donaba el mío a alguno de los *chaverim* ancianos. A menudo daban conferencias sobre temas varios, y sobre todo había conciertos. En aquella época, hasta los músicos y actores más conocidos querían actuar en los kibutz, normalmente por un precio reducido, pero también gratis.

Así, por ejemplo, el célebre clavecinista Frank Pelleg dio una serie de conferencias sobre música barroca, que acompañaba tocando piezas al piano. Como él llegaba por la tarde y la representación era de noche, el *chaver* del «departamento de cultura» buscó a alguien para ocuparse del artista. Pelleg era de Checoslovaquia, donde su nombre era Pollak, así que Otto y yo nos ofrecimos voluntarios sin dudarlo, y nos llevamos de maravilla con él. Acabamos haciéndonos muy amigos y más adelante fuimos varias veces a visitarles a él y a su mujer Inge en su casa de la calle Vitkin, en Haifa. Recuerdo que nos contó cómo logró introducir en Israel la partitura de la ópera *Brundibár* de forma clandestina.

Durante las cuatro décadas de régimen comunista en Checoslovaquia, Israel era considerado un enemigo imperialista occidental y los viajes entre los dos países estaban muy restringidos. Pero Pelleg recibió una invitación para tocar en Praga. Allí conoció a Eliška Klein, hermana del famoso compositor Gideon Klein, fallecido durante el Holocausto. Eliška tenía la partitura de *Brundibár,* la ópera infantil de Hans Krása tan exitosa y recordada entre las personas que la vieron en el gueto de Terezín. Le confió el manuscrito y Pelleg se lo llevó a Israel en la maleta. Era peligroso, porque las autoridades tenían prohibido sacar del país «tesoros nacionales» como ese. Los agentes de aduanas revisaban minuciosamente el equipaje de los extranjeros, buscando sobre todo material propagandístico. Si le hubieran cogido, no cabe duda de que habría desatado un incidente diplomático serio. Pero aparentemente los de aduanas no tenían instrucciones de confiscar partituras musicales, y viajó a salvo en la maleta de Pelleg.

En 1955, Pelleg le confió la partitura a Otto y, con la ayuda del profesor de música Adi Nir, puso en escena la ópera con los niños del kibutz. Fue la primera vez que se vio en Israel. La representación tuvo lugar en Givat

Chaim, en conmemoración del décimo aniversario de la liberación de Terezín, y asistieron decenas de supervivientes procedentes de todo el país.

El entretenimiento no solo corría a cargo de artistas de «fuera». (Aquí debo explicar qué quiere decir «fuera»: si una persona o un lugar no formaban parte del kibutz se decía que era de «fuera». Algunos *chaverim* tenían padres «fuera». El barbero que venía dos veces al mes para cortarnos el pelo era de «fuera». Matti, el profesor, era de «fuera». A menudo, venían niños de «fuera» a pasar las vacaciones con sus parientes del kibutz.) También teníamos nuestro propio coro, dirigido por el profesor de música del kibutz, y hasta un grupo de actores amateur, liderado por Chanan, gran aficionado al teatro. El coro ensayaba por las noches después del trabajo, y tenía que preparar canciones para fiestas como Pésaj o Hanukkah.

Ahora bien, la fiesta más importante entre los *chaverim* no era ni Pésaj, ni Rosh Hashaná ni el Yom Kippur, sino Purim. Se trata de una festividad menor que conmemora un acontecimiento ocurrido en la antigua Persia. La reina Ester, que era judía, y su tío Mordecai salvaron a los judíos de morir a manos del malvado Haman. Purim se celebra con máscaras y disfraces, de manera parecida al carnaval en otros países.

Los preparativos empezaban muchas semanas antes. Se confeccionaban elaborados disfraces, se armaban y decoraban, y se preparaban complejas charadas para el gran acontecimiento. Cada año se elegía una temática además de la tradicional historia de Megilat Ester. Una vez, fueron «Los Años Veinte», otra «En la Playa» y otra «En el Zoo». Recuerdo una charada memorable sobre «Modas anteriores a la primera Guerra Mundial».

Nuestro amigo Pat´a era el productor y nosotros, el grupo checo y unos cuantos compañeros húngaros y polacos, hacíamos de figurantes en la charada. Ensayábamos en el cuarto de las duchas por la noche, después de acostar a los críos. A todos se nos ocurrieron personajes graciosos y no parábamos de reír.

La escena era un parque público con una niñera empujando un cochecito de cartón, detrás del cual estaba Efraím agachado con un gorrito de bebé y un chupete. Había una pareja de ancianos, él con un sombrero de copa y bastón, y ella con un enorme sombrero decorado con un jardín entero de flores. Eva y Peter llevaban pantalones cortos de niño y jugaban a la pelota. Un policía columpiaba su porra y una pareja joven se hacía mimos en la playa. Parecía una fotografía de tiempos pasados.

Los mejores disfraces recibían premio. Un año, el ganador fue nuestro fontanero. Se había construido un inodoro de mentira, con cisterna y todo, incluida la cadena a la espalda y el asiento del váter como un mandil por delante.

Ninguno de los miembros del kibutz eran religiosos, ni nadie llevaba kipá. La comida que se preparaba en ambas cocinas, la de niños y la de adultos, tampoco era kosher. De hecho, los primeros años, cuando había escasez de alimentos, nuestro kibutz crio cerdos para comer. La pocilga estaba oculta detrás de los establos y los cerdos se alimentaban a base de los restos de ambas cocinas. Eran una atracción venerada por los niños de la guardería. Algunos cocineros eran *chaverot* procedentes de Checoslovaquia y Hungría y sabían preparar un buen *goulash*. Eso sí, algunos miembros que venían de familias tradicionales judías de Polonia o Rusia no fueron capaces de vencer su aversión al cerdo y pedían platos vegetarianos.

Se observaban todas las fiestas judías. En Pésaj, había una comida de Séder en el enorme gimnasio decorado con guirnaldas y flores. Nuestro ideólogo, Chaver Segal, reescribió y modernizó la Hagadá, convirtiéndola en una celebración de la primavera y la libertad, a pesar de que mencionaba de pasada el éxodo de Israel de Egipto. Pero bebíamos las cuatro copas prohibidas de vino y nuestro coro, del que yo era una integrante entusiasta, cantaba las canciones tradicionales. Siempre acudían muchos invitados, especialmente parientes cercanos de los miembros del kibutz, y era una velada fantástica que nos emocionaba a todos.

También había otra fiesta llamada Chag Ha´mayim, que significa «en alabanza del agua». Supongo que era la tradición ancestral de rezar para pedir lluvia, revivida por el kibutz. Se celebraba al aire libre en los campos a finales de verano. El público se sentaba en fardos de heno. Las chicas, ataviadas con vestidos de falda ancha, y los chicos, con camisas amplias, bailaban alegremente sobre los rastrojos, y el punto álgido de la fiesta llegaba cuando de repente salía un chorro de agua muy alto. Era una celebración alegre y maravillosa. Me pregunto si seguirá habiendo ese tipo de fiestas en los kibutz hoy en día.

36

Mi carrera de zapatera

No duré mucho lavando platos. En el kibutz, se entendía que los miembros trabajarían allí donde se les mandara, las únicas excepciones eran las mujeres en avanzado estado de gestación y los convalecientes.

Cuando me quedé embarazada de nuestra hija Michaela, me dejaron trabajar en el taller de costura como ayudante de la sastra, porque se consideraba trabajo «ligero». Sara, que así se llamaba la modista, era una mujer pálida y delgada de expresión mustia, que por principio se negaba a decir nada bueno de nadie y jamás alababa mi trabajo. Podía hacer la costura más recta de principio a fin, y la máxima señal de satisfacción por su parte era asentir sin decir una palabra mientras me daba la siguiente prenda.

Si Sara era delgada, su marido lo era más. Su pecho parecía el interior de un plato de sopa y aquellas rodillas que sobresalían bajo sus flácidos pantalones cortos caqui eran la parte más gruesa de sus piernas. Acabaron teniendo un hijo cuyas extremidades parecían mondadientes.

El marido solía venir al taller de costura para discutir con su esposa en un tono de voz suave y monótono algún tema importante, como quién iría a buscar al comedor la leche y el pan para la merienda, y cuántas rebanadas necesitarían. A veces, volvía para decir que tal vez solo debería traer cuatro rebanadas, no cinco.

Con todo, a mí me encantaba trabajar en el taller de costura, porque la ropa me gustaba y estar cerca del lugar de fabricación me permitía ser la primera en elegir material cuando llegaban los rollos de tela. En el kibutz, cada mujer recibía un traje de trabajo al año, y un vestido para el Sabbat cada dos. Todavía recuerdo un vestido azul celeste que debía usar para

trabajar, pero me parecía tan bonito que me lo ponía en el Sabbat, aunque estaba hecho de una tela muy barata. Al menos dos *chaverot* me lo copiaron.

Después de nacer mi hija, me dejaron seguir trabajando varias semanas más en el taller de costura. Todos los recién nacidos se quedaban en la casa de bebés y las madres iban cada varias horas de su lugar de trabajo para darles el pecho. Por eso era conveniente trabajar dentro del kibutz y no en los campos o los huertos. Sin embargo, en cuanto desteté a Michaela, volvieron a considerarme una trabajadora físicamente capaz que no necesitaba ser consentida con tareas ligeras.

Un día, después de la cena, me llamaron ante el «encargado de empleo». Cada año, un miembro del kibutz estaba obligado a ejercer ese puesto, asignando empleados a los distintos sectores: era un trabajo odioso pero necesario. A medida que avanzaba el año, el «encargado» se volvía más desagradable y agresivo. Siempre le faltaba gente, pues la demanda siempre era mayor que la oferta. Alguien enfermaba aquí y había que sustituir a alguien allá; este trabajaba en Sabbat y había que darle un día libre durante la semana; y aquel otro tenía que ir a Haifa a ver a un pariente enfermo.

Había trabajos desagradables que nadie quería hacer y se los encasquetaban a los recién llegados. Era más fácil convencer a los nuevos aspirantes de lavar los platos o fregar el suelo del comedor después de contarles que todos los veteranos habían hecho esas mismas tareas cuando llegaron al kibutz. Evidentemente, todo el mundo tenía que contribuir, aunque no fuera en su línea de trabajo. Un neófito verde no podía oponerse sin más a una exigencia con tanta carga moral.

Como yo ya era miembro de pleno derecho y había completado mi fase lavando platos, Ezra, el encargado de empleo, me ofreció trabajos más atractivos. Podía ser asistente de una de las maestras de la guardería o ayudante del cocinero, aunque también necesitaban a alguien en el viñedo para meter las uvas en cajones. Dije que no.

—Me gustaría hacer algo con las manos, alguna artesanía. Se me dan bien los trabajos manuales, coso bastante bien…

—No, no, esos trabajos son solo para los discapacitados. Tú eres joven y fuerte.

Me fui sin haber encontrado una solución.

Los días siguientes me mandaron de un lado a otro para cubrir ausencias.

Ninguno de los trabajos me gustó. Al poco tiempo me tocó hacer un turno de vigilancia nocturno. Todas las mujeres miembro dejaban su trabajo regular una o dos veces al año durante dos semanas para ello. Los hombres hacían guardias nocturnas con un arma en la periferia del kibutz. Los niños dormían en las casas infantiles, y había que estar atenta por si lloraban. En invierno, teníamos que asegurarnos de que estuvieran bien abrigados y no se destaparan. Cuando un niño lloraba, le dábamos de beber y lo tranquilizábamos hasta que volvía a dormirse. Si lloraba mucho tiempo, íbamos a despertar a la madre. Conocíamos a todos los padres y, por supuesto, sabíamos dónde vivían.

La guardia nocturna me gustaba, porque cuando terminaba de doblar todos los pañales de los enormes cestos de todas las guarderías, me sentaba en uno de los porches a escuchar los sonidos del resto de los edificios mientras hacía punto o leía. En la guardia del año anterior había hecho regalos de cumpleaños para nuestro hijo, un juego de loto con imágenes de cartón y varios animales de peluche. La mejor parte de la noche era el amanecer. Los *chaverim* iban saliendo con cara de sueño de sus habitaciones con sus monos y sus gorros caqui[10] para ir a trabajar, mientras que yo ya pensaba en meterme en la cama. Me levantaba a mediodía, me duchaba, iba al comedor a almorzar y luego tenía tiempo libre hasta que llegaba la hora de ir a buscar a Shimon. Me encantaba.

Pero pasadas dos semanas, la guardia terminó, y tuve que decidirme por un lugar de trabajo permanente.

Ezra parecía dispuesto a ceder. Me ofreció un trabajo en la fábrica de barriles. ¿No quería un oficio que exigiera habilidad con las manos? Pues ahí tenía un trabajo con madera, madera recién cortada. ¿Cómo no me iba a gustar?

Sonaba bien. Conocía el taller donde dejaban los barriles terminados junto a la pared exterior, y los tablones de castaño virgen colocados en filas ordenadas dentro. La madera es uno de mis materiales preferidos y me apetecía trabajar con ella y crear objetos tan útiles como un barril. El cliente principal era nuestra propia fábrica de conservas, que los necesitaba para encurtir aceitunas.

Ezra me acompañó personalmente y le dijo al jefe de barriles, Lova:

—Aquí tienes la nueva empleada que pediste.

Lova me miró receloso, pero parecía dispuesto a darme una oportunidad.

El trabajo que debía hacer no exigía demasiada fuerza física ni conocimientos previos. Me condujo hasta una máquina, una especie de marco de metal alto con una ranura y algo parecido a una prensa. Apretó una palanca y dos botones, y la máquina empezó a hacer un ruido sordo. Entonces me mostró lo que tenía que hacer: cogías un tablón estrecho de un montón de piezas cortadas a medida y lo metías por la ranura. El tablero entraba recto y salía curvado, como un plátano o una cuna mecedora. La verdad, no era complicado ni difícil de aprender. Me vieron meter dos o tres tablones en la prensa, Lova asintió y se marcharon.

Así pues, me puse a trabajar sin parar. Al fondo del taller había varios *chaverim* manejando otras máquinas, pero el ruido era tal que no se podía mantener ninguna conversación. Me agachaba, cogía un tablero, lo metía en la ranura, iba al otro lado para sacarlo, lo colocaba sobre el montón, con un lado mirando hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, volvía al frente de la máquina, me agachaba, cogía otra pieza, la metía en la máquina, y así constantemente. El día se me hizo interminable, el tiempo no pasaba. Cada hora me sentía más anestesiada y atontada. Por fin acabó la jornada, se apagaron las máquinas y pude irme a casa.

Pero había tomado una decisión: aunque me gustaba el material y Lova estaba satisfecho con mi rendimiento el primer día, no quería seguir fabricando barriles.

Llegado este punto, tengo que detenerme a explicar el estatus de las mujeres en el kibutz. La filosofía básica de todo el movimiento de los kibutz era igualdad absoluta entre los miembros. La propiedad era de todos: cada miembro tenía los mismos derechos y responsabilidades que los demás. Los puestos administrativos como el de tesorero o secretario del kibutz se cubrían por rotaciones. Nadie valía más que el otro, ya fuera jornalero o maestro, fontanero o contable.

Ahora bien, bajo esta ilustrada ideología liberal seguía estando la vieja creencia del macho de la especie: que él era amo del universo y, a pesar de su benévola indulgencia hacia la hembra, seguía siendo su superior.

Por ejemplo, no había conductoras de camión, un trabajo que permitía a los hombres ahorrar dinero para su uso particular. Les daban dietas para comer en los largos viajes de transporte, pero se llevaban sándwiches del comedor y gastaban el dinero en dulces para sus hijos. Evidentemente ellos jamás admitían la auténtica razón de su monopolio y aducían que la mujer

no tenía suficiente aguante para conducir un camión.

Ninguna *chaverot* podía viajar al extranjero como Lova, que iba a Italia cada año para elegir personalmente la madera para los barriles. Eso sí, en la cocina eran todo mujeres, exceptuando por supuesto al «mozo de cocina» que llevaba lecheras y metía cubos llenos de patatas peladas en las enormes cubas.

A mí me molestaba esa actitud machista. Tenía la sensación de que el encargado de empleo solo quería que me acabase rindiendo y admitiera que aquellas tareas masculinas eran demasiado para mí. Volví a verle y le dije que no me gustaba el soporífero trabajo en la fábrica de barriles y que, como me consideraba una persona razonablemente inteligente, creía que una labor tan robótica acabaría convirtiéndome en una cretina.

—Lo sabía —dijo él—, pero te apetecía hacer un trabajo de hombre.

—Es que puedo hacer algunos trabajos de hombres —insistí.

Me refería a cuando estuve trabajando en la fábrica de conservas. Yo me sentaba en una mesa alargada con otras *chaverot*, rellenando latas con racimos de uva. Una vez que tenía turno de noche, el hombre que operaba la máquina de sellado de pronto gritó y dio un salto hacia atrás. La máquina le había pillado el dedo. Tuvieron que llevarle al hospital. ¿Qué podíamos hacer? El turno entero iba a malograrse, porque no había nadie para sustituirle sobre la marcha. Pero yo me ofrecí voluntaria. Había visto a David trabajar y parecía bastante sencillo. Las latas llegaban deslizándose por un conducto serpenteante, él cogía la que tenía más cerca con la mano izquierda y con la derecha cogía una tapa del montón, la ponía sobre la lata y apretaba un pedal. La máquina fijaba la tapa y la lata ya cerrada rodaba a una cinta en movimiento, de donde las mujeres las iban cogiendo después para meterlas en cajas de cartón.

El capataz se quedó dubitativo: ¿debería dejar que una mujer operase un aparato tan sofisticado? Sacó de la cama al encargado de empleo porque no se atrevía a decidirlo solo. Lo hablaron, mirando hacia donde yo estaba. Finalmente, se me acercó el capataz y dijo:

—¿De veras quieres probar? Es peligroso; tú misma has visto lo que le ha pasado a David.

Se colocaron a ambos lados y, conteniendo la respiración, vieron cómo realizaba la peligrosa hazaña que jamás se había permitido hacer a una mujer. Era pan comido: solo había que tener cuidado de protegerse los

dedos. No tardé en coger ritmo y el turno siguió adelante. Al final se cumplieron las cuotas habituales y me sentí feliz de haber pinchado su burbuja de arrogancia.

—Es que ahora mismo no hay vacantes en ninguno de los talleres —me dijo Ezra, después de consultar su lista—. Lo único que hay es en el taller del zapatero, pero tú no eres zapatera cualificada —alzó la vista y sonrió—, no encajarías.

—Podría hacerme aprendiz e ir formándome sobre la marcha.

Ezra sacudió la cabeza.

—No conoces a Yaacov el zapatero. Nadie querría trabajar a sus órdenes.

Sí conocía a Yaacov: su hijo menor y el nuestro tenían la misma edad y vivían en la misma guardería. Le veía cada noche cuando les duchábamos y los metíamos en la cama. A mí no me intimidaba.

—Si Yaacov no se opone —dije—, yo estoy dispuesta a probar.

Al día siguiente emprendí mi carrera en el taller de reparación de calzado.

El taller del zapatero estaba en un espacioso edificio bajo, bien ventilado por grandes ventanales en sus cuatro lados y a la sombra de un viejo eucalipto plantado cuando el kibutz aún era joven. Las paredes estaban cubiertas de estantes con un desorden de zapatos de todos los tamaños, colores y edades, junto con las hormas (unos modelos de madera en forma de pie que se usaban para hacer los zapatos). También había un cuarto cerrado con llave donde Yaacov guardaba la piel, los empeines, agujas, bramante y cuchillas. El almacén estaba prácticamente lleno de zapatos viejos desechados, todos aquellos que con el paso de los años se habían declarado irreparables. También había cajas con zapatos hechos a medida por el propio Yaacov que el cliente (para quien los fabricó) había rechazado y se guardaron con la esperanza de que algún día le valieran a otra persona. Eran su fracaso y él intentaba olvidar que existían.

Al igual que ocurría con los vestidos de las mujeres, cada miembro del kibutz tenía derecho a un par de sandalias al año y un par de zapatos para el Sabbat cada tres. El calzado de trabajo era más fácil de conseguir, y si llevabas tus zapatos desgastados, podías llevarte un par nuevo. Evidentemente, los viejos nunca se tiraban, sino que iban al montón del almacén, y cuando estaba demasiado lleno, se empezaban a amontonar en un rincón del taller.

Tradicionalmente, Yaacov y su ayudante Mimon (del que hablaré más

adelante) fabricaban todos los zapatos ellos mismos, pero cuando entré a trabajar en el taller, el creciente número de miembros hacía imposible cubrir la demanda de zapatos. Por ello, la asamblea general, que se reunía todos los Sabbat por la tarde, decidió comprar todos los zapatos de niños y de trabajo en el almacén central de los kibutz en Tel Aviv.

Claro, eso obligaba a Yaacov a ir a Tel Aviv una vez por semana. Recibía las dietas habituales para cubrir el transporte y la comida en la ciudad. Pobre Yaacov: debía de pasar hambre, porque al acostar a nuestros críos por la noche, veía con envidia los dulces que le traía a su hijo después de pasar el día en Tel Aviv.

Yaacov fabricaba zapatos de calidad para los *chaverim* y especialmente para las *chaverot*. Los clientes se sentaban en la única silla de altura normal que había en el taller, colocaban el pie sobre una hoja de papel y Yaacov sacaba su perfil con un lápiz, incluyendo juanetes y dedos torcidos. Luego medía el empeine y el puente con cinta métrica, los anotaba en el papel con gruesos caracteres en su lenguaje jeroglífico personal, añadía el nombre de pila del cliente y sus preferencias de color y tipo de cuero.

Con los hombres, la cosa era fácil: podían elegir entre mocasín o el clásico zapato de cordones, de color negro o marrón. Las mujeres eran más exigentes.

—Quiero el mismo modelo que le has hecho a Miriam, pero con tacón más alto y en verde en vez de blanco. A ver, no verde oscuro, más clarito, para que vaya con mi vestido nuevo de Sabbat.

Yaacov asentía apretando los labios mientras lo anotaba en su papel.

Una semana después, la *chavera* pasaba a por sus zapatos nuevos, pero Yaacov la despachaba diciendo:

—La semana que viene, quizá; pregúntame el jueves…

El jueves llegaba y nada, pasaba otra semana, y otra. Cinco o seis semanas después, los zapatos estaban listos, con sus tacones, lustrosos y nuevos en la caja. Pero en vez de verde, eran blancos.

—Pero si te pedí que me los hicieras verdes —lamentaba la mujer.

—¿Qué dices? Lo tengo aquí escrito; mira, exactamente lo que querías. Blancos como los de Miriam.

La *chavera* tenía dos opciones: o se llevaba los blancos o los dejaba en el taller y esperaba tres años a que volviera a ser su turno.

No había opción C. Todo el mundo en el kibutz sabía que Yaacov tenía un

problema de corazón y nadie se atrevía a hacerle perder los nervios, porque eso podía desatar su hipertensión y, Dios nos libre, un infarto o algo peor.

Algunas veces, lo que estaba mal no era el color, sino la talla. Yaacov podía escribir el nombre Chaim en el papel de la huella, pero había tres Chaim en el kibutz, y el pie del más alto evidentemente era dos o tres tallas más grande que el del Chaim más bajito. Este último, si quería, podría llevarse unos zapatos grandes y rellenarlos con papel de diario, pero Chaim el alto nunca conseguiría ponerse los zapatos pequeños de Chaim el bajo.

Y así, los zapatos huérfanos y no reclamados se iban añadiendo a los olvidados de Yaacov, acumulando polvo en el almacén cerrado. De vez en cuando lograba endosarle un par a algún miembro indiferente y ajeno a las modas cambiantes. Pero nadie osaba mencionar los desechados delante de Yaacov.

El primer día de trabajo en el taller iba rebosando buena voluntad y ganas de aprender el oficio y hacerme útil. Me dieron un delantal azul enorme, ocupé mi sitio en un taburete bajo delante de la mesa de trabajo y me puse una gruesa tabla de madera sobre el regazo. La tabla tenía un trípode pesado de hierro fundido. Siempre se martilleaba sobre ese yunque y durante las tres primeras semanas los muslos se me pusieron de color azul, morado y amarillo. Pasado un tiempo, me acostumbré al dolor y dejó de molestarme.

Me dieron un martillo de zapatero con un extremo ancho y romo, y otro con dos puntas, que podía meterse bajo los clavos torcidos para sacarlos. Yaacov me dio una sandalia vieja y dijo que le cambiara el tacón.

—El tacón está hecho de capas, metes el destornillador entre ellas y vas quitando una capa tras otra hasta que llegues a la que no esté desgastada. Entonces haces un patrón de papel con el tamaño, lo copias sobre un trozo de piel y recortas el tacón nuevo. Lo clavas con estos clavos medianos, con cuidado de que no sobresalga la punta por dentro.

¡Me encantaba! Reparar cosas viejas y hacerlas útiles de nuevo es una de las pasiones de mi vida. Sandalia tras sandalia, tacón tras tacón, reparaba y reparaba, y ni siquiera notaba el paso del tiempo. El olor a pies que emanaban las sandalias no me daba asco. Lo único que me preocupaba era la posibilidad de hacer algo mal, de cometer algún error o preguntar alguna tontería que hiciera enfadar a Yaacov y le subiera la presión arterial. Intentaba comportarme con moderación y ser dócil como un corderito, lo cual no es muy propio de mí, pero siempre decía «sí» y me quedaba

mirándole por si había alguna señal de desagrado.

Tenía motivos para ser precavida. Había visto con mis propios ojos la aterradora escena que se produjo cuando uno de los veteranos más respetados del kibutz, llamado Baruch, entró exigiendo zapatos nuevos para el Sabbat un año antes de que le tocara. Era un hombre corpulento y pesado que andaba torcido, y sus zapatos simplemente no duraban el tiempo establecido. Nos los enseñó con sus grandes manos y era innegable que habían pasado a mejor vida.

—Este año no te corresponden zapatos nuevos —dictaminó Yaacov.

—Pero estos no los puedo llevar —le imploró Baruch.

—He dicho que este año no vas a tener otro par. Vuelve el año que viene. No hay más que hablar.

Cualquier otro *chaver* se habría resignado y quizá se hubiera calzado las sandalias durante los fríos meses de invierno, o las botas de trabajo para el Sabbat. Pero Baruch era testarudo. No se dio por vencido y siguió explicando con su voz lenta y neutra que, a pesar de las reglas, necesitaba unos zapatos nuevos, aunque fuese en contra del principio de derechos igualitarios…

Yaacov no contestaba. Nos quedamos en silencio, dejamos de martillear y le miramos. Hinchó el pecho, se puso rojo y se le marcaron las venas de la frente, parecía como si en cualquier momento pudiera darle un ataque de apoplejía.

Al ver la que había armado, Baruch dejó la frase sin terminar, empezó a recular hacia la puerta como un cangrejo y desapareció, con los restos de sus viejos zapatos en la mano. El rostro de Yaacov recuperó poco a poco su color habitual y, pasado un rato, pudo volver al trabajo.

Tenía el terrible presentimiento de que Yaacov no superaría muchos más incidentes como aquel.

A pesar de esto, se me había ocurrido un plan para reorganizar el taller y hacer que funcionase de acuerdo con el atesorado principio de igualdad de derechos. El sistema de Yaacov no era un sistema, sino más bien un caos: cuando un *chaver* o una *chavera* traía sus zapatos para remendar, Yaacov los dejaba al lado de su taburete, donde iban formando un montón apestoso. Siempre cogía el par que había en lo más alto, que podía haber llegado ese mismo día, lo reparaba y tal vez arreglaba un par más. Mientras tanto, llegaban otros zapatos, de manera que siempre reparaba primero los de

arriba, mientras que los que estaban abajo del todo nunca se llegaban a tocar. Cuando los dueños venían a por ellos, seguían en las profundidades del montón, a veces durante semanas.

Y Yaacov simplemente se encogía de hombros.

—Ya ves cuánto trabajo tenemos; todavía no ha llegado tu turno.

La mayoría de los *chaverim* aceptaban esa respuesta, por miedo a despertar su mal humor. Sin embargo, algunos se desesperaban porque no tenían otras botas que llevar al trabajo. Yaacov tenía la solución perfecta para ellos: se volvía hacia el estante de detrás y le daba al *chaver* algún par ya arreglado. Pero evidentemente, era el calzado de otra persona. Cuando esta venía a buscarlo, Yaacov decía que las botas desaparecidas no tenían arreglo (había que tirarlas, sin más) o tal vez le explicaba que estaban debajo de un montón en alguna parte, esperando a ser reparadas.

Sabía que tendría que intervenir con mucha cautela, tal vez casi en secreto, para poner orden en el taller de reparación de calzado.

Un día que Yaacov estaba en Tel Aviv, quité varios pares de lo alto del montón junto a su taburete y los coloqué en fila sobre el estante en el orden que habían ido llegando.

Temía la reacción de Yaacov al día siguiente, pero no dijo nada, ni un solo comentario. Tal vez hasta se alegró de ver que el montón había menguado por arte de magia. Y así, cada mañana mientras él estaba fuera, yo ordenaba los zapatos que habían llegado, colocando uno detrás de otro, y poco a poco el sistema quedó establecido. Yaacov parecía aliviado de no tener que aguantar las quejas de sus compañeros kibutzniks. Con el tiempo, los *chaverim* dejaron de dirigirse a él y me convertí en una especie de intermediaria. De ese modo, Yaacov podía seguir trabajando en su rincón, recortando suelas y tacones de los grandes trozos de cuero, y no tenía que escuchar las conversaciones en torno a la mesa de trabajo. Hasta me dejaba barrer el suelo, aunque fuera solo alrededor del desorden, claro, para no alterar la mierda acumulada. Pasadas unas semanas, el lugar era más acogedor, de algún modo más luminoso, y los *chaverim* que entraban con gesto preocupado salían sonriendo.

Trabajar en el taller de reparación de calzado tenía una gran ventaja para mí. No soy de madrugar, y levantarme con el amanecer a las 5.30, especialmente en invierno cuando aún es de noche, me parece un auténtico tormento. La gente que trabaja en las cocinas, en las residencias de los

niños o con los animales de granja, no podían llegar tarde a su puesto. Pero los zapatos no tenían hambre, ni lloraban exigiendo mi presencia, de modo que no importaba si empezaba a trabajar a las siete y media o a las ocho. A menudo me quedaba sola al cabo de la jornada para terminar mis ocho horas y media. Era evidente que Yaacov no estaba de acuerdo, pero lo toleraba en silencio. Pasaban las semanas y cada vez me sentía más asentada. Yaacov me enseñó a reparar otras cosas aparte de tacones. Era un maestro zapatero, y había aprendido el oficio de joven cuando vivía en su Hungría natal.

Distinto era el caso de su ayudante, mi compañero Mimon, a quien Yaacov insistía en llamar Maimón. Mimon era de «fuera», es decir, no era miembro del kibutz sino un empleado asalariado. Se trataba de algo excepcional, porque en un principio el kibutz era totalmente autosuficiente. Todo era producido por los propios miembros. Cultivábamos nuestra fruta y verdura, criábamos pollos, patos y ganado, hacíamos nuestro pan, construíamos las casas, fabricábamos los muebles, llevábamos una escuela para los niños del kibutz y hasta un círculo de teatro y un coro para que hubiese entretenimiento.

Mimon no era zapatero de profesión, sino una de esas personas con manos de oro, capaz de hacer cualquier cosa. Solo tenía que mirar una herramienta o una máquina, e inmediatamente sabía cómo funcionaba; podía desmontarla y volver a montarla sin problema. Era alto y delgado, bastante musculoso y parecía como si alguien le hubiera estirado del cuello, con una enorme nuez que se deslizaba de arriba abajo. Venía de Marruecos y ceceaba.

—Zalom ZoZana —le decía a la maestra de la guardería—, zuz zapatoz eztán terminadoz, Eztán zobre el moztrador.

Mimon tenía esposa e hijo, aunque casi nunca les mencionaba. En los tres años que compartimos la mesa de trabajo, sentados en los taburetes uno enfrente del otro, seis días a la semana, ocho horas y media al día, me habló de muchas cosas: de sus muchos hermanos, de su antiguo hogar y de cuando estuvo en el ejército. Una vez comentó de pasada:

—Hemos tenido un bebé.

—Lo sé —dije—. Ya me lo contaste hace tiempo.

—Eze fue otro —me corrigió—, el niño. Ahora ha zido una niña otra vez.

—*Mazal tov*! O sea, que ahora tenéis tres.

—Graciaz. No, cuatro.

Al principio, Mimon venía al kibutz en autobús. Pero en cuanto ahorró unas cuantas liras se compró una vieja motocicleta. El problema era que la moto se le averiaba constantemente a medio camino, y Mimon llegaba al trabajo empujando su pesado vehículo, sudando y resollando. La dejaba aparcada delante de la tienda y en cuanto Yaacov salía a hacer cualquier recado, se agachaba junto a la moto y empezaba a arreglarla. A menudo se quedaba horas después de trabajar, trasteando con el motor y maldiciendo entre dientes. A veces conseguía que le acercasen al pueblo vecino para comprar alguna pieza de recambio. Eso sí, era un tipo alegre y optimista. Cada vez que el motor arrancaba y no se ahogaba, sonreía como un niño, convencido de que a partir de ese momento funcionaría siempre a la perfección. Pero la moto le dejaba tirado una y otra vez. Debía de invertir todo su mísero salario en el cacharro, hasta que al final se rindió y la vendió asumiendo pérdidas.

Ahora bien, Mimon no era un hombre de viajar en autobús como otros mortales. Él necesitaba la motocicleta para alimentar su ego masculino, para sentirse el rey de la carretera, y no tardó en comprarse otra. «Pero mucho mejor, un auténtico chollo.» Pobre. Resultó que su chollo no era más fiable que la anterior y a Mimon le daba vergüenza admitir otro fracaso. Así que escondió la moto averiada detrás de un edificio abandonado e intentó repararla después del trabajo, cuando no había nadie.

Nuestros mejores días eran cuando Yaacov no estaba y podíamos hablar libremente. Mimon era un narrador nato, pero delante de Yaacov se cortaba para no dar la impresión de que desatendía su trabajo. Se sabía un montón de cuentos de hadas, largas historias enrevesadas de aves mágicas, sueños proféticos y búsquedas de venganza. La mayoría de las veces no tenían pies ni cabeza, simplemente iban serpenteando sin conexión entre el principio, el desarrollo y el final. Eran realmente absorbentes y fascinantes, pero sospecho que se las inventaba sobre la marcha. Años después encontré un paralelismo entre las historias de Mimon y la manera en que algunas personas mezclan realidad e imaginación, tan alejada de nuestra forma de pensar racional y moderna.

Según pasaban los meses, aprendía más y más sobre remendar zapatos. Sabía volver a coser tiras despegadas a las sandalias con la máquina y también pulir tacones acabados con los cepillos rotatorios y cera. Podía

afilar mi cuchilla de zapatero sola, y ya no tenía que pedirle a Yaacov o a Mimon que lo hicieran por mí. Había que afilarla varias veces al día, para que cortase el cuero como si fuera mantequilla.

Una vez al mes, un anciano venía a comprar zapatos viejos. Era un *oleh chadash*, un recién llegado de Rumanía que hablaba yiddish pero no hebreo. Podía comunicarse con Yaacov, pero le costaba bastante mantener una conversación con Mimon, que sabía árabe, francés y hebreo. Solía llevar un saco de yute vacío al hombro y al llegar lo soltaba en el suelo esperando entablar una charla amigable. Yo, al ser mujer, no contaba como compañera de conversación. Y Yaacov no era de esos que invitan a intimar. Así que solo quedaba Mimon.

—¿Dónde aprendiste a hacer zapatos? —empezó un día el hombre.

—*Yach nisst ferstayn* («No entiendo»). —Era todo lo que Mimon había aprendido a decir.

El hombre ignoró la contestación de Mimon y se embarcó en una larga relación de sus penas y desventuras, de cuando le engañaron aquí y le robaron allá, de cómo el gobierno le prometió todo tipo de ayudas y al final no recibió nada.

Mimon asentía con gesto comprensivo. Adivinaba que el hombre estaba quejándose, aunque no entendía ni una sola palabra.

—Tú bueno, bueno. Tú eres comprende —logró decir el pobre anciano en hebreo. A continuación, empezó a rebuscar entre los zapatos desechados del montón que había en un rincón, hizo dos pilas y después revisó uno por uno los zapatos, botas y sandalias más aceptables. Finalmente, los metió en su saco y empezó a negociar el precio. Yaacov no era un hombre de negocios; sabía que los zapatos viejos no valían nada, pero no podía decepcionar al baratillero, para quien el regateo era parte fundamental de la transacción. Después del ritual de negociación, Yaacov aceptó la primera oferta del hombre y se dieron la mano.

El rumano se detuvo con el saco lleno junto a la puerta, rodeó la mesa de trabajo para dar una palmada en la espalda a Mimon y le dio la mano enérgicamente.

—Tú bueno, bueno —dijo con entusiasmo. Se echó el saco al hombro y se marchó.

Viví una época agradable en el taller del zapatero. En los casi tres años que trabajé allí, me ascendieron a remendar zapatos de Sabbat, y llegué a

cambiar suelas desgastadas con puntada invisible, como un profesional. Primero se hace un corte diagonal en el cuero nuevo con la cuchilla bien afilada, luego se hace un pequeño agujero con la lezna y después se insertan dos agujas desde lados opuestos con un cordel encerado para fijar una nueva suela. Hecho eso, hay que poner pegamento de zapatero en el corte y cerrar la solapa para que la costura no se vea. A veces, incluso ayudé a hacer zapatos nuevos sobre una horma. Las manos se me llenaron de callos y durezas; ni frotando con jabón lograba quitarme el color marrón y negro de las grietas. Lo peor de todo era la suciedad que se me quedaba alrededor de las uñas, que no se me quitó hasta mucho después de abandonar el kibutz.

En Givat Chaim había un *chaver* importante, un político que viajaba a menudo al extranjero en misión oficial del Estado. Él consideraba un gran logro que el kibutz permitiese a una mujer convertirse en zapatera, porque así ofrecía una prueba viviente de la igualdad entre hombres y mujeres. Antes de uno de sus viajes al extranjero, decidió utilizarme como herramienta de propaganda.

Una mañana, convenció al viejo señor Heller, anciano padre de una de las *chaverot*, para que me fotografiara trabajando. El viejo tenía una de las dos cámaras que había en el kibutz. Estuvo dando vueltas alrededor de la mesa de trabajo, buscando el mejor ángulo y la luz adecuada, nos dijo que miráramos hacia un lado y hacia el otro, que dijéramos patata, y finalmente hizo unas cuantas fotos.

Nuestro prominente *chaver* salió de viaje llevando consigo las históricas instantáneas y convencido de que mis fotos serían el cebo más tentador para hacer que la diáspora judía emprendiera la *aliyá* y se uniera a los pioneros en el nuevo Estado de Israel. Creía que la imagen de una zapatera haría a todas las mujeres judías venir en tropel a nuestro kibutz.

No captó a una sola persona. Sospecho que mis fotos tuvieron un efecto adverso y que, cuando las ricas señoras judías de Argentina me vieron con el trípode, remendando zapatos viejos, se asustaron, pensando que si venían a vivir al kibutz todas tendrían que hacerse zapateras.

37

El comedor

El comedor de un kibutz cumplía diversas funciones. Principalmente, claro está, servía las tres comidas diarias: desayuno, comida y cena. En las casas de una habitación de los chaverim no había cocina ni utensilios de cocina, como mucho un hornillo eléctrico y un hervidor. Se podía preparar té o café, tal vez hervir un huevo si tenías buena relación con el encargado de la granja de gallinas, o con Chava, la encargada del almacén de alimentos. La única comida que se hacía regularmente en casa era por la tarde, con los niños. Nos llevábamos rebanadas de pan del comedor y las untábamos con mermelada, que nunca escaseaba gracias a la fábrica Pri-Gat. También podíamos merendar en el comedor. Preparaban las mesas con jarras de té, pan y latas cuya etiqueta anunciaba: «Sardinas y otros pescados». La gente se reía: sí, sardina y tiburón.

Pero el comedor también era el lugar donde celebrábamos la asamblea general cada semana. El secretario del kibutz, un puesto que también iba rotando, daba a conocer la agenda y los miembros votaban a favor o en contra de cada punto. Podía ser comprar un tractor nuevo, aprobar la solicitud de algún miembro de recibir clases de conducir, o simplemente anunciar que Eva y Arieh formarían una pareja a partir de ese momento y deseaban vivir juntos. Mientras se discutía, muchas de las *chaverot* hacían punto y otras charlaban entre susurros. Llegado el momento de votar, todo el mundo participaba: algunos levantaban la mano a favor del sí, otros a favor del no, pero no estoy segura de que siempre supieran exactamente a qué acababan de asentir o negarse.

Había que leer con atención los avisos importantes a la entrada del comedor. Por ejemplo, allí ponían la lista con los nombres de los tres

chaverim que tenían guardia nocturna esa semana, un aviso de que había dos plazas libres en el coche que saldría hacia Tel Aviv a la mañana siguiente, un anuncio público de que Efra y Gerti Schalinger habían hebraizado su apellido y a partir de entonces se llamarían Shalev, o una advertencia de que a partir de las ocho de esa noche hasta la mañana siguiente se cortaría el suministro de agua para limpiar el depósito, porque la arena acumulada había obstruido el flujo.

Después de la cena, las mesas eran ocupadas por los distintos comités. Ahí, la *chavera* encargada de temas sanitarios distribuía dinero a la gente que tenía que ir en autobús a los diferentes especialistas de la Organización de Mantenimiento de la Salud en la ciudad. Ella sabía exactamente cuánto costaba el billete a Tel Aviv y a la cercana Gedera. Cuando tenía que ir al ginecólogo o a hacerme una radiografía, yo solía hacer autostop y, con el dinero que me ahorraba, compraba dulces para los niños. En aquella época, la mayoría de los conductores en Israel cogían autoestopistas, especialmente si eran jóvenes y atractivas.

En otra mesa se sentaba Ayko, el responsable de distribuir hojas de afeitar y preservativos. El cupo semanal era dos de cada, y él era bastante rácano con sus productos: si alguien le pedía un preservativo más, le acusaba de malgastar. «¿No puedes reciclarlos?», gruñía. Él era soltero, se cortaba el pelo canoso una vez al año y se paseaba sin camisa ni chaqueta en cualquier estación, mostrando su pecho moreno con un revoltijo de pelos blancos. También era muy aficionado al deporte y campeón de barras paralelas.

El más ocupado de todos era el *sadran avodah*. Su trabajo era el menos agradable. Él o ella tenía que encontrar gente para cubrir las ausencias de los enfermos o de los que no podían ir a trabajar al día siguiente, siempre por alguna razón de peso. Si se trataba del electricista, el zapatero o el contable, tampoco importaba tanto. Pero ¿qué pasaba con las vacas, los pollos o los niños que había que alimentar? Las únicas personas disponibles estaban de Sabbat, es decir, habían trabajado en Sabbat y tenían un día libre entre semana para compensar. ¿Y quién estaría dispuesto a ceder su día libre? Con todo su celo sionista, los *kibutzniks* se aferraban a su Sabbat. Y una vez agotados todos sus esfuerzos persuasivos, el o la pobre *sadran avodah* muchas veces acababa cubriendo la baja personalmente.

En otras mesas había grupos discutiendo planes varios. Por ejemplo, estaba el tema de las vacaciones, a las que todo miembro tenía derecho

durante diez días, una vez al año. Ir a un hotel era inconcebible: la asignación para alojamiento no alcanzaba ni para una noche en un hotel de tercera. Mucha gente tenía familia en Haifa, Tel Aviv o en pueblecitos, pero la mayoría no quería meterse en sus casas. La mejor opción era llevarse una tienda e ir de acampada. También se discutía el lugar y, a menudo, se enviaba a un *chaver* a buscar un sitio adecuado.

Recuerdo con nostalgia la semana que pasamos en la aldea árabe abandonada de Ein Hod en el monte Carmelo. Solo había una pareja judía con su hijo, que habían montado un quiosco básico en una de las casas abandonadas, y vendían cigarrillos y bebidas a la gente que pasaba de camino a los asentamientos de la montaña.

Las casas estaban desnudas: en lugar de ventanas y puertas, solo había agujeros. Elegimos una donde corría la brisa y nos instalamos. El camión del kibutz transportaba a los vacacionistas y el equipo. Llevábamos el armazón de hierro de la cama y los colchones, sartenes y cacerolas, lámparas de aceite, platos y cubertería, comida para una semana, spray antimosquitos, papel higiénico, botiquín, nuestras mochilas, sombreros de paja y trajes de baño, y nada más llegar, empezamos a planear nuestro itinerario. A pesar de que la brisa mantenía el edificio fresco, preferimos dormir en la azotea. Uno de mis mejores recuerdos es de aquellas noches cálidas, contemplando las estrellas y la luna, escuchando los sonidos, el lastimoso ulular del búho y la música de las cigarras.

Íbamos diez, cinco hombres y cinco mujeres. Todos éramos la mitad de una pareja, la otra mitad se había tenido que quedar en el kibutz para cuidar de los hijos. A ellos les tocaría en el siguiente grupo.

El organizador de nuestro grupo, Efra, se había estudiado los alrededores y localizado los puntos de interés. Así pues, al día siguiente, anduvimos hasta la fortaleza cruzada de Atlit, y el siguiente, seguimos el camino del monte Carmelo, después al templo bahaí en Haifa, y también pasamos un día en la playa de Tantura; en resumen, hicimos una excursión cada día de la semana. Al volver a la base por la tarde, preparábamos la cena entre todos, que generalmente consistía en sopa, ensalada, un huevo, pan, queso, yogur, aceitunas y a veces, patatas hervidas o espaguetis.

Yo hice dos vacaciones de acampada. La segunda fue por Galilea occidental, cerca del kibutz Gesher HaZiz, donde nos alojamos en una planta de envasado de cítricos vacía en medio de los naranjales. En esa

ocasión, fui con gente distinta a la de la primera acampada, pero ambos grupos tenían en común que varios de sus integrantes habían acordado con su otra mitad que podían divertirse un poco con la mitad del sexo contrario de otra pareja.

El comedor fue uno de los muchos sitios donde trabajé en los siete años que pasamos en el kibutz. Era un trabajo por turnos, de seis a dos y media, o de once y media a ocho de la tarde. Cuando llegamos al kibutz, había mesas largas con bancos para cuatro personas a cada lado. Los dos de los extremos lo tenían fácil para sentarse, pero los del medio tenían que trepar por encima del banco agarrándose al hombro del vecino, que a menudo estaba justo llevándose a la boca una cucharada de sopa y, por supuesto, se le derramaba. O, si tres personas terminaban y se levantaban a la vez y estabas sentado en un extremo del banco, tu peso hacía que se desequilibrara y te caías al suelo. Más adelante, el kibutz compró mesas cuadradas con dos sillas a cada lado. Como nunca había cuchillos suficientes, porque los *chaverim* se los llevaban para usarlos en casa, cada mesa tenía dos cuchillos para usar por turnos. De nada servía que el «economista» de provisiones comprara cuchillos nuevos, porque a las pocas semanas, ya habían desaparecido.

La comida se sacaba de la cocina en carritos de varios estantes, con el plato principal de carne o pescado ya servido en platos hondos. La sopa se tomaba después del principal, para no tener que lavar dos platos. Los acompañamientos, ya fueran patatas, fideos o arroz, se ponían en cantidades ilimitadas sobre la mesa. Los vegetarianos tenían la posibilidad de pedir una porción de *quiche* o de coliflor empanada. Para ello tenían que decir en alto *Bimkom*, que significa «en vez de» en hebreo, y les servían un plato sin carne.

Después de comer, tenía que limpiar las mesas, levantar las sillas y fregar el suelo. Y siempre había que servir a algún rezagado. Luego, se preparaban las mesas para la siguiente comida.

El viernes por la noche, el comedor se transformaba en salón de fiestas. Las mesas se cubrían con manteles blancos y había flores por todas partes. Los *chaverim* entraban recién duchados, ellos con sus camisas blancas bien planchadas, ellas con sus mejores vestidos, y se saludaban diciendo «*Sabbat*

shalom». La comida también se preparaba con un mimo especial y se servía en los mejores platos. A menudo había un programa cultural después de cenar.

Yo no era la única camarera, claro; éramos varios de guardia en cada turno. Una vez, el comité del kibutz decidió contratar a un especialista en economía laboral para que nos enseñase a ser más eficientes y así reducir el personal. Durante más de una semana estuvo observando nuestro trabajo en el comedor y tomando apuntes. Luego propuso un horario nuevo.

No funcionó. El problema era que había planteado su nueva organización basándose en mi rendimiento. Resultó que mis compañeros no eran tan rápidos como yo y no podían hacer algunas tareas dentro de los cálculos del especialista. Llegaron a la conclusión de que tendrían que contratar a dos personas para hacer lo que yo hacía sola. Y aunque nadie lo dijo en voz alta, yo sabía que los demás se mosquearon conmigo.

38

Un nuevo trabajo para Otto

Después de una breve temporada trabajando como mozo de cocina, Otto pasó a ser sanitar, junto con nuestro vecino de al lado, Chanan. Su tarea consistía en mantener limpios los cuartos de baño y los aseos comunitarios, vaciar las papeleras, exterminar ratas, cucarachas y otras plagas, y desatascar las tuberías obstruidas. Los chaverim necesitaban siempre su servicio con urgencia, les pedían que no se retrasaran y acudieran de inmediato, que el lavabo estaba a rebosar, las hormigas habían invadido la despensa, o que habían visto una cucaracha en la residencia de bebés. Y los dos sanitars, sentados con el equipo en su carro, tirado por la mula del kibutz, respondían con gesto serio que primero tenían que acabar las tareas más importantes, es decir, limpiar los baños o vaciar las papeleras. A menudo les sobornaban, ya fuera con huevos (del encargado del gallinero) o con una taza de auténtico café brasileño de Anita, la recién llegada de América Latina, que estaba histérica porque había visto un ratón bajo su cama.

A pesar de ser insulso, su trabajo tenía la gran ventaja de que eran sus propios jefes: nadie interfería en su horario y el *sadran avoda* no podía pedirles que cubrieran la ausencia de otro empleado. Otto estaba muy contento con el empleo y aprendió mucho de temas de fontanería y alcantarillado. No era un manitas nato, pero siempre decía que si un estúpido fontanero podía hacerlo, él también.

A veces, su trabajo requería una delicada discreción. Un día, cierto *chaver* le llamó aparte para que nadie pudiera oírles, y le preguntó si tenía algo para eliminar los piojos. «No para el pelo, para el cuerpo.» Días más tarde, otro *chaver* le vino con la misma queja. Y cuando el número creció, Otto

empezó a investigar discretamente y logró dar con el origen de la epidemia en vías de propagación. Se trataba de una joven guapa y soltera que acababa de llegar al kibutz. Se le suministró un poco de loción en secreto y el problema quedó solucionado.

Sin embargo, al final Otto no duró mucho como *sanitar* y fue por mi culpa.

Una tarde, el *sadran avoda* de turno se presentó en nuestra habitación buscándole. Él había salido, así que me preguntó si era cierto que Otto había estudiado inglés en la universidad de Praga.

—Así es —contesté con orgullo.

—¿Crees que podría enseñar inglés a los niños en la escuela?

—Claro que sí —contesté, sin dudarlo un momento.

—Dile que venga a verme mañana por la mañana.

Vi claramente el alivio en el rostro del *sadran avoda*.

Así pues, a partir del día siguiente, Otto pasó del humilde empleo de *sanitar* a la elevada posición de profesor de inglés. Recibió dos camisas respetables del almacén de ropa para sustituir su atuendo azul de empleado, y emprendió su nueva carrera.

Ahora bien, lo que en realidad necesitaba nuestro kibutz no era un profesor de inglés, sino de literatura hebrea. El kibutz vecino de Ein Hachoresh tenía un profesor de literatura maravilloso, el escritor Hanoch Bartov, y el director de su escuela estaba dispuesto a prestárnoslo, a condición de que les ofreciéramos un profesor de inglés para Ein Hachoresh. Ambas partes llegaron a un acuerdo y se aprobó el intercambio. Y de ese modo, los dos maestros tuvieron que empezar a recorrer varias veces a la semana los campos y huertos que separaban ambos asentamientos para dar clase en el kibutz del otro. Por la mañana y por la tarde se cruzaban a medio camino, rodeando desde lados opuestos el gran charco que se hacía en invierno en el camino. Aunque el asunto era más complicado.

El kibutz informó debidamente al Ministerio de Educación en Jerusalén de quién iba a ser el próximo maestro de inglés de los cursos quinto a octavo en la escuela primaria de Givat Chaim. Y no era Otto Kraus, sino Chaver Yaacov. Este era un profesor graduado con años de experiencia que odiaba dar clase y trabajaba en el cuarto de las calderas. Y era comprensible, pues el inglés era la asignatura más odiada en las escuelas israelíes debido a la ocupación británica. Negarse a estudiar el idioma era

una forma de mostrar la resistencia judía. Muchos maestros huían de clases rebeldes y siempre faltaba gente para impartir la materia. Por ejemplo, el maestro de inglés anterior a Otto había dimitido después de que sus alumnos le encerraran en el cuarto de las escobas.

Esta actitud duró bastante tiempo después de la marcha de los británicos, y solo empezó a cambiar de forma gradual cuando los israelíes comprendieron que había un mundo ahí fuera donde la gente no entiende el hebreo. Evidentemente, el kibutz prefería recibir el sueldo de un profesor experto como Yaacov que el de un principiante como Otto, que ni siquiera tenía licencia como docente. Pero el arreglo apenas duró un año. En cuanto el director de la escuela de Givat Chaim se enteró de la popularidad de Otto en Ein Hachoresh, decidió no desperdiciar la bendición y se lo quedó en la escuela de Givat Chaim.

Como Otto no se había licenciado en ninguna escuela de magisterio ni tampoco le habían enseñado teorías para enseñar una lengua extranjera a niños reacios, se inventó su propio programa. Utilizaba canciones y chistes, y en poco tiempo los niños empezaron a cogerle gusto a aprender inglés. Sus padres estaban sorprendidos por la popularidad de Otto, viendo la cantidad de maestros que habían huido después de una semana en el aula. La culminación de su éxito fue la obra de fin de curso *¿Cómo consiguió el elefante su trompa?* de Rudyard Kipling, que los niños hicieron en inglés. Trataba de un pequeño elefante curioso que quería saber qué había cenado el cocodrilo. «Acércate, elefantito, te lo contaré», dijo el cocodrilo, y cuando el elefante se acercó, el cocodrilo le mordió la nariz, y tiró y tiró, y el elefante tiró hacia atrás, más y más, y su nariz se hizo más y más larga, y así es como consiguió su trompa.

Han pasado sesenta años desde entonces, pero podríais preguntar a las abuelas y abuelos que viven en el kibutz hoy, y os contarían cómo consiguió su trompa el elefante. En inglés.

39

Langostas

En aquella época, no había manera de hacer un anuncio público en un kibutz. Nadie tenía teléfono, no había interfonos y aún no se conocía la televisión en Israel. En vez de un sistema de altavoz público, teníamos un trozo de tubería de hierro colgado de una cadena en un poste delante del comedor. En caso de fuego o emergencia, la persona que estuviera más cerca golpeaba la tubería con un martillo o lo que tuviese a mano; el sonido llegaba hasta el último rincón del kibutz y todo el mundo acudía corriendo.

Un día, hicieron sonar la alarma al grito de «¡Langostas!».

En efecto, se oía su zumbido acercándose como si fueran un millar de colmenas, y de pronto el cielo se ensombreció con una inmensa nube de langostas. Era fundamental que no se posaran en nuestros campos y huertos. Varios *chaverim* que ya habían vivido invasiones de langosta dieron la orden: «¡Coged cazos y sartenes y tapas de la cocina y haced todo el ruido que podáis!».

Nos dispersamos por toda la zona, gritando, chillando, golpeando las tapas de metal con cucharones. Todo el mundo estaba allí, niños grandes y pequeños, hombres y mujeres; todos dejamos lo que estábamos haciendo para salvar nuestras cosechas y nuestros jardines. La idea era dejar que las langostas se posaran más avanzada la tarde, porque cuando hace frío no comen y entonces se pueden rociar con spray para matarlas. Tardamos toda una tarde, pero lo conseguimos. Al día siguiente, la nube era más pequeña y salieron espantadas sin causar demasiados daños.

Entre los recién llegados al kibutz había varios marroquíes que eran felices al ver las langostas. Ellos cogían los insectos, los metían en una olla y la tapaban rápidamente. Decían que eran una exquisitez.

Una de ellas, Shoshana, la madre de un niño que estaba con Shimon en la residencia infantil, nos invitó a comer en su casa y compartir el festín. A mí la idea me hacía estremecer, pero Otto sí fue, y dijo que las langostas asadas eran una de las cosas más deliciosas que jamás había probado.

Ya he mencionado alguno de los servicios que había para los *kibutzniks*, como la panadería o el taller de la modista. También teníamos nuestra propia lavandería, con enormes lavadoras que limpiaban toda nuestra ropa. Había cestos distintos para toallas y sábanas blancas, para monos de trabajo, para calcetines y medias, y para las blusas y camisas delicadas. Al principio de la semana, metíamos la ropa sucia en ellas, con cada prenda marcada con un número personal, y el viernes la recogíamos de las estanterías del almacén en un montón limpio y bien doblado.

Luego estaba el electricista, Hans, que aparte de encargarse del mantenimiento de todo lo que funcionaba con electricidad, arreglaba enchufes rotos o cortocircuitos en nuestras habitaciones y reparaba los hornillos. Teníamos un taller de carpintería, donde tres o cuatro *chaverim* fabricaban sillitas para nuestros pequeños, construían vallas de madera y pegaban las patas de las sillas rotas. Si uno era hábil con las manos también podía ir al taller, coger algún trozo de madera desechado, y hacer un juguete para sus hijos o una estantería para su habitación. Otto fabricó una preciosa cajita de pinturas para el cumpleaños de Shimon y un tablero y piezas con letras de madera contrachapada para jugar al Scrabble, que era el último juego de moda.

Luego estaba el taller de reparación de calzado, del que ya he hablado en el capítulo anterior, y el garaje del mecánico de tractores. Años más tarde, cuando fui a visitar a amigos en el kibutz, me contaron que había un dentista residente y hasta una maquilladora y un peluquero.

Nosotros éramos más afortunados que muchos otros kibutz porque teníamos nuestro propio médico, el doctor Ebl, que vivía en Givat Chaim con su familia. Era un personaje curioso, cuyos dictámenes circulaban por todo el kibutz, y sospecho que iban adornándose al pasar de boca en boca.

Era vienés, veterano de la Primera Guerra Mundial, algo que recordaba constantemente a sus pacientes. Si te quejabas de un dolor en el hombro, te hablaba inmediatamente de una vez que sirvió en el campo a las órdenes del káiser Francisco José, y le dolía tanto el hombro que lo que tú le describías no era nada en comparación con aquel sufrimiento. Cualquier enfermedad

que tuviera un paciente, también la había padecido él. A excepción de Fruma, por supuesto, que se quejaba de no poder quedarse embarazada. Pero él la consolaba diciendo:

—Tienes suerte de no ser una vaca.

—¿Por qué? —preguntó ella, perpleja.

—Si una vaca no se queda preñada, la sacrifican para carne.

Así era su sentido del humor. Otra *chavera* contó la siguiente conversación:

—Doctor, me duele tanto la espalda que no puedo tumbarme.

—Siéntate en una silla con la espalda recta.

—Pero es que el dolor no se va cuando me siento.

—Entonces te recomiendo que camines o te levantes.

—Cuando camino o estoy de pie el dolor es todavía más insoportable.

—Pues si no puedes tumbarte, ni sentarte, ni caminar ni estar de pie, lo único que te queda es colgarte.

No sé si esas fueron las palabras exactas del doctor Ebl, pero tampoco me extrañaría. Ahora bien, era un médico práctico y entregado con mucho sentido común.

Al doctor Ebl le caía bien Otto y charlaban a menudo, algo que el médico disfrutaba porque podía hablar en alemán. En cierta ocasión, Otto le comentó mis recurrentes migrañas y dolores de estómago.

—Herr Otto —dijo Ebl—, coja a su mujer y a sus hijos y márchense del kibutz. En cuanto vivan fuera, ella estará bien.

Tenía sentido. Después de siete años, aún no me sentía en casa. Para mí, la vida en el kibutz no era algo permanente, sino un período de transición. No parecía razonable seguir aguantando con la esperanza de algún día empezar a sentirme en casa en Givat Chaim. Tenía que admitirlo: yo no era del tipo de persona que vive en un kibutz.

Ahora bien, ese no fue el único motivo que llevó a Otto a decidir buscar otro sitio para vivir. Él también tenía un dilema con respecto al movimiento kibutz y su trabajo como escritor.

Al año de llegar al Givat Chaim, más o menos, empezó a escribir una novela llamada *Viento de montaña*. Trataba de un kibutz ficticio en algún lugar de Galilea, habitado por personajes con distintos problemas. Entre ellos había un niño solitario y asocial que no encajaba en su grupo. La causa de ese comportamiento prácticamente autista que el autor insinuaba era que

los niños apenas pasaban unas horas al día con sus padres y dormían aparte, en casas infantiles. Este tema despertaba opiniones encontradas en el kibutz, pues algunos *chaverim* decían que era antinatural que los niños crecieran en un colectivo, alejados de sus padres desde su nacimiento, mientras que los ideólogos del kibutz y sus partidarios creían que no solo no era perjudicial, sino que creaba individuos sanos, socialmente integrados y nada mimados.

Cuando Otto envió el libro a la editorial Hakibbutz Hameuchad, no gustó a los editores, que lo vieron como una crítica a los preceptos educativos del movimiento. Se reunieron con él y trataron de convencerle de introducir cambios en la obra. Querían publicarlo, pero temían lo que pudiera hacer a la reputación de los kibutz en Israel. Enviaron a uno de sus editores, el escritor Alexander Sened, a hablar con Otto.

Alexander era alto y esbelto, con el pelo rojizo y gafas gruesas. En cuanto llegó a Givat Chaim, me sonó su cara. De pronto recordé de qué. Saqué nuestro álbum de fotos y le enseñé una foto que hizo un fotógrafo callejero en Praga a Otto y su amigo Metek poco antes de nuestra *aliyá*. El hombre que pasaba detrás de ellos era Alexander. Y en efecto, nos dijo que en aquel momento estaba en Praga, trabajando en una misión. ¡Qué casualidad!

Tuvieron una larga conversación sobre la novela, pero Otto no estaba dispuesto a ceder. Alexander le hizo una propuesta atractiva con el incentivo de que la editorial le permitiría estudiar un año en la universidad que quisiera. Sonaba muy bien y quedaron en volver a hablar sobre ello, pero sería en Revivim, un kibutz en el desierto del Negev donde Alexander vivía con su esposa, Yonat. Alexander y Yonat no eran solamente pareja: eran un equipo, escribían libros juntos.

Jamás olvidaré aquel lugar. Era un asentamiento verde, con plantaciones irrigadas con agua salada y completamente rodeado de un desierto seco y marrón, hasta donde alcanzaba la mirada. Los miembros también bebían de esa agua y el café sabía salado. Como la Red Nacional de Agua que se estaba construyendo no llegó a las regiones meridionales hasta más tarde, dependían totalmente del pozo. «Pero estamos acostumbrados», decían ellos, sonriendo.

Ahora bien, por memorable que fuera aquella visita, no dio los resultados esperados. Hakibbutz Hameuchad decidió no publicar la novela.

Otto se la ofreció entonces a una editorial privada, Hadar, y firmaron un

contrato. Había llegado el momento de renunciar a uno de sus dos sueños: el sueño sionista de ser pionero en la Tierra de Israel, o el de ser escritor y publicar sus libros. Sacar la novela en contra de los deseos del kibutz supondría que no podría quedarse en Givat Chaim.

Tampoco le costó encontrar trabajo como profesor de inglés. Llegaron varias ofertas, y al final decidimos mudarnos a Hadassim, una aldea infantil que tenía un instituto.

En la mayoría de los casos, cuando alguien decidía marcharse del kibutz, se veía como una especie de traición. Los veteranos les acusaban de utilizar el kibutz como trampolín, solamente para aprender hebreo y hacerse a la vida en Israel o aprender un oficio para luego abandonar la comunidad de forma egoísta.

Sin embargo, cuando el resto de los miembros supieron nuestra decisión, nos sorprendieron con sus muestras de amistad y de pena por perdernos. Una de las cosas que más conmovieron a Otto fue lo que le dijo una de las integrantes más veteranas y valoradas del kibutz: «Te respeto, y no solo porque has sido un buen profesor, sino sobre todo porque has sido un buen trabajador».

40

Hadassim

Avi Fischer, amigo de Praga y del Kinderblock de Auschwitz, se enteró de que queríamos dejar el kibutz y vino a Givat Chaim para decirle a Otto que su colegio buscaba un profesor de inglés. Él también daba clase en la aldea juvenil de Hadassim, donde residía con su esposa Hanna y sus tres hijos.

Hadassim era una institución inusual, creada poco después del final de la Segunda Guerra Mundial para recibir a los niños supervivientes. Situada entre huertos de cítricos, no lejos de Netanya, el campus incluía residencias, edificios de aulas, instalaciones deportivas, un gran comedor y cocina, parques con césped y árboles, una piscina y bungalós adosados para profesores y empleados, y contaba con la financiación de la organización canadiense WIZO.

Con la idea de ir integrando a los huérfanos supervivientes, la institución admitía a un cupo prácticamente igual de alumnos israelíes. Y así vivían juntos, aprendían el nuevo idioma y entablaban amistad. Años después, cuando los primeros alumnos empezaron a graduarse y a marchar, Hadassim comenzó a admitir a hijos de diplomáticos que no querían tenerlos viajando de país en país. Y también había niños que venían de hogares rotos o casos problemáticos.

Los directores, Yeremiahu y Reachel Shapira, recibieron encantados a Otto. Los profesores de inglés eran un lujo poco habitual, debido al odio que seguía despertando el idioma en los alumnos israelíes. Cuando nuestros hijos Shimon y Michaela se enteraron de que tendrían un horario parecido al del kibutz y vivirían con nosotros en su propia habitación, se entusiasmaron. Nos asignaron un bungalow de tres habitaciones rodeado de un jardincillo. Y casualmente, estaba al lado de casa de Avi.

¿Qué haría yo? No era maestra. Y no trabajar tampoco era una opción: el sueldo de un profesor era demasiado humilde como para mantener a una familia, aunque no tuviéramos que pagar alquiler. Cogí un empleo en el comedor del colegio. Mi jefa se llamaba Malvina, y era una superviviente polaca del Holocausto, arisca y seria, que jamás estaba contenta conmigo. Pero aquella temporada trabajando con Yaacov el zapatero me había curtido en el trato con personas difíciles, de modo que evitaba cualquier conflicto.

Pasado un tiempo, la situación mejoró y empecé a trabajar de tutora de alumnos que necesitaban ayuda en inglés. A mitad del curso escolar, el director me pidió que sustituyera a una profesora que estaba de baja maternal. Yo estaba aterrada. Nunca había tenido suficiente confianza en mí misma para hablar en público, pero Otto insistió en que lo aceptase. Me prometió que él me prepararía para cada clase. Empecé muy nerviosa, pero poco a poco fui descubriendo que no era tan difícil y cuando llegó el fin de curso ya me sentía bastante confiada. Durante los años siguientes, acudí a clases nocturnas y a seminarios intensivos durante las vacaciones escolares y acabé pasando los exámenes de magisterio y sacándome la licencia.

Como profesora, yo era meticulosa pero aburrida. En el aula de Otto, se oían repentinos estallidos de risa; él era divertido y los alumnos adoraban sus clases. Incluso ahora que son abuelos y abuelas repartidos por el mundo, siguen recordándole con nostalgia. Otto tenía un don para hacer comentarios ingeniosos y cómicos; contaba chistes e interpretaba espontáneamente escenas de *Julio César* de Shakespeare, que formaba parte del programa. De repente, cogía una escoba, decía los versos de César «¿Tú también, Bruto, hijo mío?», y la dejaba caer estrepitosamente al suelo.

En una de las clases, le tocó un alumno persa rebelde que no paraba de interrumpir la lección para preguntar el significado de esta o aquella palabra. Un día, Otto tenía catarro y estaba estornudando mucho, y Farshit preguntó:

—¿Qué se dice en inglés cuando alguien estornuda?

Con gesto serio, Otto contestó:

—Se dice *muerte*. —La clase sonrió, pero se quedó muda.

Otto estornudó varias veces más y cada vez que lo hacía Farshit decía:

—*Muerte*, profesor. —De pronto paró y dijo—. ¡Pero muerte significa muerte! —Toda la clase rompió a reír.

Y recuerdo que un día, Otto comentó entre nosotros:

—Farshit es mejor que *near shit.*[11]

Envidiaba su capacidad para despertar interés y cariño en sus clases. Yo fui profesora durante veintiocho años. En mi última etapa, preparaba los últimos dos cursos para los exámenes de acceso a la universidad y mis alumnos aprobaban bastante holgadamente, pero en el folleto conmemorativo, donde aparecían las fotos de todos los estudiantes y sus profesores, olvidaron incluir la mía.

Poco después de mudarnos a Hadassim, se organizó una exposición de pintura de los niños de Theresiendstadt en el Museo de Historia del Holocausto de Yad VaShem, Jerusalén. Y me invitaron a la ceremonia de inauguración. Los organizadores me habían localizado por mi firma en una de las pinturas. Cogí el autobús a Jerusalén.

Hubo discursos del director de Yad VaShem, el doctor Kubovy, y otras autoridades. Al recorrer las paredes de la sala de exposiciones, vi nombres de niños que llegué a conocer. Habían pintado lo que veían a su alrededor, las literas de tres pisos, carros funerarios tirados por hombres, llevando hogazas de pan a los barracones, gente colgando de las horcas. Sin embargo, también había dibujos de locomotoras, aviones, niños jugando y mariposas posadas sobre flores. Y bajo cada imagen, el nombre del niño o la niña, su edad y las palabras: NO SOBREVIVIÓ. Conocí a muchos de ellos, algunos eran amigos míos. Me sentí como si estuviera en un funeral.

De repente, vi un dibujo en blanco y negro. Era de una iglesia y unos tejados, y estaba firmado: Dita Polachová. Lo había olvidado por completo, pero en aquel momento recordé perfectamente lo que me hizo pintarlo. Estaba intentando plasmar el momento después del atardecer, cuando todos los colores ya se habían desvanecido y los tejados negros creaban un claro contraste contra el cielo luminoso. Aunque, en mi dibujo, los perfiles estaban desdibujados, porque lo pinté con carboncillo negro que se corre fácilmente.

Fue un mal momento. Comprendí con angustia que mi dibujo era el único en toda la exposición que no tenía las palabras NO SOBREVIVIÓ debajo.

Mi admiración por el intelecto de Otto, por su capacidad de analizar temas difíciles y expresarlos claramente, y su conocimiento enciclopédico

de tantos asuntos, comenzó el mismo día que le vi en Praga, después de la guerra. ¡Yo era tan inexperta, tan incompetente a su lado! Seguía sintiéndome como una niña, mientras que él era un adulto.

Otto estaba bendecido con un maravilloso sentido del humor. Siempre era el centro de atención con sus bromas y sus ingeniosos comentarios. Una vez me admitió que de pequeño tenía complejo de gordo y que su talento para hacer gracia era una manera de compensar ese defecto. Cuando Otto y Pat´a estaban juntos, su conversación era como un espectáculo de fuegos artificiales entre ocurrencias brillantes e ideas creativas; se inspiraban mutuamente. Otro de sus amigos inteligentes y llenos de talento era Rejšík, que vivía en el kibutz Naot Mordecai. Cuando estaban los tres juntos, nosotras, sus esposas, nos dedicábamos a escucharlos y reír. Pero no solo admiraba el sentido del humor de Otto, sino también su talento para observar las tendencias internacionales. Intuía las crisis políticas y los cambios económicos que se estaban produciendo. Por ejemplo, cuando en cierto momento sus alumnos a punto de graduarse le preguntaron qué les recomendaba estudiar, él les aconsejó aprender chino. Ya veía venir que, en los años setenta, China se convertiría en una superpotencia.

Durante muchos años, mi relación con Otto fue desigual: él era el varón dominante y yo la dócil esposa. Pero eso acabó un día que estábamos en Hadassin, cuando yo tenía ya unos cuarenta años.

Íbamos de camino a algún sitio, y conducía yo. Ya llevaba bastantes años conduciendo. A menudo me encargaba de hacer la compra en Netanya, puesto que en Hadassin solo había una pequeña tienda de alimentación mal abastecida y cara. Al cambiar de marcha en una subida, se oyó un ruido chirriante, Otto exclamo «¡Oh!», y cerró los ojos con un gesto de dolor. Hasta ese día, me habría disculpado o habría intentado justificar mi error. Pero en aquella ocasión, simplemente estallé. «¡Para de criticarme y de darme lecciones todo el rato! Esto también te pasa a ti cuando vas cuesta arriba, y yo no hago comentarios ni te corrijo. Ya llevo suficientes años conduciendo y no necesito tu consejo.»

Otto se quedó en shock: no entendía lo que estaba pasando. Ese fue el momento en que comencé a crecer y a convertirme en adulta. Mi arranque fue infantil, sí, pero el hecho de exigir que me tratase como una igual… eso era nuevo. Durante las semanas siguientes, nuestro matrimonio atravesó una crisis. De pronto, tenía mis propias opiniones, y ya no aceptaba sin sentido

crítico todo lo que él decía. Otto llegó a pensar que deberíamos separarnos. Pero nuestro vínculo era fuerte y sobrevivió al bache. Creo que, en años posteriores, se alegró bastante de que cambiara como lo hice. Poco después de sufrir un ataque al corazón, le diagnosticaron cáncer de estómago. Estuvo muy enfermo y, durante los últimos años de su vida, agradeció que yo me encargara de las cosas importantes y poder depender de mí, aunque le preocupaba que me quedase siempre con él y no le dejara nunca solo. Me decía: «Sal, pásalo bien, y olvídame». Le amargaba sentirse como un lastre, estaba seguro de que acabaría odiándole si su dependencia limitaba mi libertad. Yo le abrazaba, pero él insistía: «Vete, ve, que estaré bien».

Los alumnos internos en Hadassim tenían un fin de semana libre dos veces al mes. Se iban a casa el viernes al terminar las clases, y regresaban el sábado por la noche o el domingo por la mañana. Los profesores que residían en el campus debíamos ofrecer nuestra casa a aquellos alumnos que no tenían adónde ir. A nosotros nos tocó Annie, una guapa joven de quince años cuya madre estaba en un psiquiátrico y cuyo padre no podía hacerse cargo de sus tres hijos.

Durante un trimestre también se quedó Shulamit, una chica sudafricana que acababa de perder a su madre, cuyo padre la había enviado al internado después de casarse de nuevo. Y alojamos a un muchacho checo llamado Honza Rohan, que aún tenía a ambos padres, pero vivían en Alemania. Todos ellos siguen siendo amigos, aunque ahora están desperdigados por distintas partes del mundo.

Los padres también venían a Hadassim a visitar a sus hijos o conocer al profesorado. La primera vez solían pedir indicaciones para llegar a los dormitorios o las aulas. Cuando algún padre paraba a Otto, le preguntaba «¿Usted también tiene un hijo aquí?». Y él explicaba educadamente que era profesor. Hasta que un día, uno le preguntó: «¿Tiene algún nieto aquí?».

Al llegar a casa, Otto me dijo: «No tenía problema con que pensaran que era un padre. Pero que me vean como un abuelo demuestra que ha llegado el momento de dejar de enseñar. Voy a estudiar grafología».

Se matriculó en la Universidad de Tel Aviv y en dos años se hizo grafólogo. La universidad no daba diplomas a sus graduados, solamente un certificado que reconocía la asistencia del alumno al curso de grafología.

Otto se unió a la Asociación de Grafólogos y no tardó en convertirse en un miembro respetado.

Dejó de dar clase y pronto empezaron a salirle clientes. Disfrutaba enormemente con su nueva profesión. Bromeaba diciendo: «Si nadie quiere leer lo que escribo, al menos leeré lo que escriben ellos». ¿Que quién podía querer analizar una letra? Para empezar, algunas empresas antes de aceptar a un empleado nuevo, kibutz que estaban barajando aceptar nuevos miembros, jóvenes que no sabían qué estudiar o querían averiguar más cosas sobre su nuevo novio o novia, y también padres que querían asegurarse de que el hombre con el que iba a casarse su hija no era un maleante.

La grafología resultó ser una gran elección, no solo porque a Otto le encantaba, sino porque pudo seguir con ello cuando enfermó de cáncer. A veces, se sentaba horas con su microscopio a analizar un trozo de papel y de pronto exclamaba: «¡Eureka! ¡He resuelto el rompecabezas!». Decía que su trabajo se parecía mucho al de un detective.

41

Rosh Piná

A Otto le encantaba Galilea porque podía pescar en el río Jordán o en el lago Kineret. Casi siempre que teníamos unos días de vacaciones o en verano, cogíamos el coche y nos íbamos al norte. Al principio teníamos un jeep. Lo compramos tras recibir dinero del gobierno alemán en compensación por los trabajos forzados que tuvimos que hacer durante la guerra. Estaba bastante maltrecho, después de haber sido utilizado en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial, y le costaba arrancar a no ser que fuese cuesta abajo.

Unos años después, nos compramos un coche mejor fabricado en Israel, un Susita, en honor a la montaña en los Altos del Golán. Era una furgoneta fea sin ventanas, pero espaciosa y fiable. Y con ella solíamos ir al Albergue Juvenil de Rosh Piná.

Rosh Piná es un pintoresco pueblecito al norte de Israel con vistas al monte Hermón, cuya mitad superior se cubre de nieve en invierno. Más arriba del pueblo hay un manantial cuyas aguas cristalinas caen en cascada junto a las primeras casas y de pronto desaparecen bajo tierra. Rosh Piná se encuentra en la ladera oriental del monte Canaan, y en su cara occidental está el famoso pueblo cabalista de Safed.

En hebreo, *rosh* significa cabeza y *pinna,* esquina. Juntos, significan Piedra Fundacional. El pueblo fue creado por el Baron Rothschild entre finales del siglo XIX y comienzos del XX para los nuevos colonos judíos procedentes de Rumanía. La idea era que se ganaran la vida produciendo seda. Plantaron moreras y empezaron a criar gusanos de seda, pero el proyecto no cuajó. Las moreras siguieron creciendo allí, mientras los colonos se fueron marchando y muchas de las bonitas casas de madera

quedaron vacías.

Con la creación del Estado de Israel en 1948 llegó una nueva oleada de colonos. Las casas se llenaron rápidamente y hubo que construir otras nuevas a toda prisa. Éstas no eran tan hermosas como las primeras, con sus gruesos muros de piedra y sus tejados rojos. Las nuevas eran adosadas y tenían una sola habitación, una cocina muy pequeña y una ducha.

Una de las veces que fuimos al Albergue Juvenil de Rosh Piná, el gerente nos preguntó:

—¿Cuántos jóvenes?

—Somos solo nosotros dos —dijo Otto.

El hombre miró las canas de Otto y comentó educadamente que no parecíamos muy jóvenes.

Tuvimos que buscar otro alojamiento. Tsippi, una compañera nuestra de Hadassim, era propietaria de una de las casas nuevas de Rosh Piná y tuvo la generosidad de dejarnos dormir allí. También nos sugirió que nos planteáramos comprar una, ya que había varias en venta.

Fuimos en coche a la oficina municipal de Safed que gestionaba las casas disponibles. Les sorprendió que alguien quisiera quedarse con una casucha tan pobre cuando, en el pueblo vecino de Chatzor, podíamos comprar una casa propiamente dicha con dos habitaciones prácticamente por el mismo precio. Nos señalaron varios juegos de llaves herrumbrosas colgadas en la pared y dijeron: «Elijan ustedes mismos».

Volvimos a Rosh Piná y nos pusimos a buscar las casas por los números de las llaves. Las calles no tenían nombre y los lugareños nos daban indicaciones como: «Ah, esa es la que está debajo de la escuela», o «Probablemente sea la de enfrente de los Slomovich». De repente, me fijé en una casa abandonada con huecos en vez de ventana y puerta, pero que estaba recogida en un bonito rincón entre altos eucaliptos. Me enamoré de ella a primera vista y deseaba desesperadamente que fuera la casa de las llaves.

En el porche de una parte de la casa había una mujer.

—Sí —nos confirmó—, esta es la número dieciséis B. Yo soy la señora Ungar, ¿y ustedes? —Sonrió feliz al oír que cabía la posibilidad de que compráramos la otra mitad—. Ay, voy a tener vecinos agradables —dijo—. El viejo zapatero murió hace cinco años, y desde entonces estoy aquí sola.

Nos asomamos a ver el interior. La habitación estaba llena de restos del

oficio y el vicio del antiguo propietario. Todo el suelo estaba cubierto de viejos zapatos y botellas vacías.

Cuando Tsippi se enteró de que íbamos a comprar la casa de al lado de la de la señora Ungar y cuánto costaba, dijo categóricamente:

—Las cosas no se hacen así. Deberíais regatear. Decidles que no hay ventana ni puerta, que falta el escalón de entrada, que el tejado tiene un agujero, que la ducha no es más que una tubería que sale de la pared y que no hay fregadero en la cocina.

Los de la oficina de Safed nos dieron la razón y dijeron que enviarían un tasador. El veredicto llegó varias semanas después, y nos bajaron el precio una cuarta parte.

Teníamos que planear cuidadosamente cada viaje que hacíamos a Safed, porque nuestro único momento de libertad era durante las vacaciones escolares y, como todo el mundo sabe, las oficinas tampoco abren en vacaciones. Hadassim estaba a 150 kilómetros de Safed y, con las carreteras estrechas y llenas de baches de aquella época, tardábamos tres horas en el trayecto.

Evidentemente, la casa necesitaba bastantes obras antes de ser habitable. Encontramos un arquitecto joven y entusiasta en Safed que acababa de terminar sus estudios. Quedamos en un lugar intermedio entre Safed y Hadassim y nos sentamos en torno a la mesa de una gasolinera para discutir el plan. Yo soñaba con una casa con patio cerrado, como las que tienen en Grecia, con uvas colgando de un emparrado. Nos dibujó un plano en una hoja de papel y se ofreció a supervisar personalmente a los obreros. Contratamos a un constructor, Shimon Azrad, que vino de Safed vestido de traje y corbata, y con un maletín bajo el brazo para impresionarnos. Resultó que de construcción sabía poco, pues en realidad era ayudante de pintor, pero eso no lo descubrimos hasta varias semanas después. El arquitecto tampoco debió de supervisar las obras con demasiado esmero, porque pusieron una puerta nueva en la entrada, pero no encajaba bien y no se podía cerrar con llave. La otra habitación que él había diseñado tenía una pared torcida, de manera que el techo no podía colocarse, y así varias cosas más. Al final lo arreglaron todo a medias y viajamos a Rosh Piná para tomar posesión de nuestra nueva casa. Para entonces ya había terminado el curso escolar y estábamos de vacaciones.

A pesar de la sonrisa con la que nos recibió el arquitecto, sabíamos que

algo le preocupaba. Pasado un rato, admitió avergonzado que había olvidado incluir un desagüe en el aseo, así que tuvimos que llamar al fontanero local, que acudió con un ayudante, picos y palas. Cavaron un agujero profundo en el suelo rocoso y una zanja para la cañería. A los eucaliptos les encantó. Lanzaron sus raíces como finos tentáculos y no tardaron en perforarla, sin importarles siquiera que el agua proviniera del inodoro.

La factura final de la reforma acabó siendo superior al precio de la casa. Pero no nos arrepentimos. Pasamos todas nuestras vacaciones y puentes con nuestros chicos allí (lamentablemente, Michaela ya no vivía), y después con nuestros nietos. La gente nos preguntaba:

—¿Qué os llevó a Rosh Piná? ¿Tenéis raíces allí?

—Pues sí, y no paran de atascarnos la cañería —decía Otto.

42

Amigos

Varias de las personas con las que viajamos a Israel eran amigos y conocidos nuestros; a otros, los conocimos en el tren. Pat´a, por ejemplo, era amigo de Otto desde que estuvieron en Terezín. Al principio él también vivió en el kibutz de Givat Chaim, pero al poco tiempo se unió a una compañía de teatro, porque era actor. Más tarde decidió hacerse psicólogo y se marchó con su esposa Betty a Estados Unidos. Cuando terminó sus estudios, regresaron con su hijo Mike, que había nacido allí, y Pat´a empezó a trabajar en la clínica de psicología del movimiento kibutz en Tel Aviv. Íbamos a visitarles a menudo. Otto y Pat´a murieron con varios años de diferencia, pero Betty y yo seguimos en contacto.

Annetta y su hermana Stěpa son gemelas, y estuvieron entre los «sujetos de experimento» del doctor Mengele en Auschwitz. Annetta y su marido Jirka vivieron también unos años en Givat Chaim antes de emigrar a Australia. Ella es una viuda en plena forma de noventa y tantos años, tiene tres hijos y un montón de nietos y bisnietos. Su hermana Stěpa vive cerca de su casa.

Eva Weissová no se quedó en Israel. Se casó con Karel Gross, uno de los niños checoslovacos que enviaron a Inglaterra al principio de la guerra. Él adoraba aquel país y no quería vivir en Israel, así que se mudaron a Londres. Eva y yo éramos amigas desde Auschwitz. Murió hace dos años y la echo muchísimo de menos.

Eva y Pavel Lukeš se quedaron en Shaar Chefer. Durante años fueron nuestros más íntimos amigos. Una vez jubilados Otto y yo, jugábamos al bridge con ellos dos veces por semana. En 2017 perdimos a Eva, y Pavel falleció tristemente en 2019. Tenían un hijo, tres nietos y dos bisnietos.

La única que permaneció en Givat Chaim fue Eva Schlachetová, que adoptó el nombre hebreo de Michal Efrat. Fuimos compañeras de habitación en Hamburgo y Bergen-Belsen, donde murieron nuestras madres. Estudió diseño gráfico en Praga, y en Israel se convirtió en una conocida ilustradora de libros infantiles. Nos vemos bastante a menudo, y siempre tenemos mucho de qué hablar. Por desgracia, mientras escribía este libro, en 2018, me llegó la noticia de que Michal había fallecido mientras dormía.

Los amigos aquí mencionados son solo aquellos que viajaron con nosotros en el tren y en barco a Israel. Hay muchos otros con quienes mantuvimos el contacto, pero la mayoría son amigos de antes de la guerra, o de Terezín y Auschwitz.

43

Los años posteriores

Cuando Israel se convirtió en un Estado independiente, fue reconocido por Checoslovaquia. Nuestros pilotos se formaban allí y los checos nos vendían armamento. Pero esto cambió drásticamente cuando se dieron cuenta de que Israel no estaba dispuesta a someterse a la influencia de la Unión Soviética, como ellos esperaban, y se iba a aliar con Estados Unidos. La República Socialista Checoslovaca empezó a considerar a Israel como un enemigo y el sionismo se convirtió en una palabra maldita. Retiraron al embajador checo de Tel Aviv y cancelaron la emisión de visados a ciudadanos israelíes para visitar Checoslovaquia.

Solo un puñado de amigos valientes siguieron escribiéndonos a Israel. Se sabía que cualquiera que mantuviese correspondencia con «Occidente» era sospechoso de espionaje y que los censores leerían escrupulosamente sus cartas. La tía Manya no me escribía, solo recibimos noticias suyas varias veces a través de su hermana, Zdenka. Margit, por supuesto, sí me enviaba cartas a menudo, con fotos de sus hijas y más tarde de sus nietos. Vala y Véna, de Náchod, mantuvieron el contacto con nosotros en todo momento, y cuando murieron, Věra siguió escribiendo sin ningún miedo. Pero muchos amigos desaparecieron de nuestra vida.

En realidad, nos vetaron de nuestra patria, como hicieron nuestros antepasados con Moisés, destinado a vagar por el desierto durante cuarenta años. En sentido figurado, claro, porque en la era moderna, Israel dista mucho de ser un desierto.

Cuando vinimos en 1949, apenas un año después de la creación del Estado independiente de Israel, el país era todavía, si no un desierto propiamente dicho, un lugar muy subdesarrollado y atrasado. En el viaje

por aquella angosta carretera llena de baches desde el campamento de tránsito a Tel Aviv vimos tierras sin cultivar y cubiertas de maleza y espino. Recuerdo mi desilusión cuando el tío Ernst-Benjamin nos llevó orgulloso a dar un paseo por Tel Aviv. Las playas estaban llenas de basura y de quioscos cutres que vendían limonada. Los escaparates de la calle Allenby eran mugrientos, y sus expositores plagados de artículos sin encanto.

Alguien que lo viera entonces y volviese a día de hoy creería haber aterrizado en otro país. En lugar de aquellas casas desoladoras, ahora hay edificios modernos y calles arboladas. El paseo marítimo de Tel Aviv es una joya de playas de arena, de rascacielos con hoteles y restaurantes capaces de competir con los mejores del mundo. Cualquier barrizal se transforma en tierra cultivable, hay autopistas de cuatro y seis carriles siempre llenos de coches… es un país realmente fuerte y dinámico.

En marzo de 1989, cuarenta años exactos después de nuestra marcha, Otto y yo viajamos a Praga. Checoslovaquia seguía bajo un régimen comunista. Otto y Ruth Bondy habían sido invitados a participar en un simposio celebrado en Terezín, en conmemoración del campo familiar de Auschwitz. Las autoridades me permitieron acompañarlos como fotógrafa de la delegación.

Fue una experiencia extraña. Al llegar al aeropuerto, nos recibió un funcionario comunista que nos llevó directamente a su despacho. El oficial nos dio la bienvenida con frases floridas y, guiñando un ojo, se ofreció a darnos los visados de entrada en una hoja aparte, para que no se vieran en nuestro pasaporte. ¡El pobre creía que tendríamos problemas al volver a Israel cuando descubrieran en el control de pasaportes que habíamos estado en Checoslovaquia!

El día siguiente lo teníamos libre y estuvimos paseando por nuestra Praga natal, visitando los lugares donde crecimos, nuestras escuelas y nuestros parques favoritos. Pasamos por el Teatro Nacional, nos detuvimos en el puente de Legii y Otto dijo: «Mira, el Vlatva sigue fluyendo…».

Habíamos borrado completamente nuestro antiguo país del recuerdo. Era como si Checoslovaquia no hubiera existido durante cuarenta años.

Sin embargo, varios meses después de aquel memorable viaje, el régimen

comunista llegó a su fin con la famosa Revolución de Terciopelo, y el país volvió a ser una democracia. A partir de ese momento, podríamos visitarlo siempre que quisiéramos. Retomamos el contacto con viejos amigos: Otto con su círculo literario (Joska Hiršál, Urbánek) y con antiguos compañeros de campo, como Pavel Stránský y Jirka Franěk, entre otros. Yo también encontré a mis amigas de la infancia Raja y Gerta, y a algunas de las chicas de la Heim L410 en Terezín y del *Kinderblock*. Me enteré de que se reunían cada año en las montañas Krkonoše. Tenía muchas ganas de verlas y al año siguiente se produjo el feliz reencuentro.



Gerta Altschul, 1945

Fue un acontecimiento memorable, y cada año desde 2006 me he reunido allí con ellas durante varios días. De Israel venían otras supervivientes de Terezín, algunas con sus maridos y sus hijos ya adultos. Otra participante habitual era Ella Weissberger, que vivía en Estados Unidos, y también Helga Hošková, que venía de Praga, y Anna Flachová (Flaška) de Brno. Una vez participaron incluso dos de nuestras antiguas educadoras: Eva Weissova, que vino de Inglaterra, y otra cuyo nombre no recuerdo, de Suecia.

Solíamos alojarnos en el Hotel Horal, en Špindlerȯv Mlýn. Cada día, cogíamos el teleférico a la cumbre de la montaña, o dábamos paseos o nos bañábamos en la piscina. Cantábamos temas de la ópera *Brundibár* o canciones de Voskovec y Werich. Pero lo que más hacíamos era hablar, recordar el pasado y a todos los amigos perdidos. Por desgracia, cada año

había menos participantes, y la última vez solo fuimos tres.

Por caprichos de la suerte, encontré a otra persona de mis años de antes de la guerra. Ocurrió durante una de mis visitas a Praga. Mi amiga Flaška de Brno me invitó a un concierto que iba a dirigir su talentoso hijo Tomáš Hanus en una de las pintorescas iglesias antiguas de la ciudad. El programa incluía el estreno de una obra de un compositor contemporáneo, Jan Klusák. Después del concierto, Flaška me llevó a los camerinos para conocer a su hijo. Allí había varios hombres más, esperando a que el director se cambiara de ropa para salir a celebrar el estreno.

Yo había estado todo el concierto dándole vueltas al apellido Klusák. Antes de la guerra, mis padres eran amigos de una pareja llamada Porges, y recordaba que el apellido de soltera de ella era Klusáková. A menudo íbamos de excursión con ellos y su hijo pequeño, Honzík. En 1937, la señora Porgesová y Madre alquilaron una casa de vacaciones en Senohraby, cerca de Praga, y nos llevaron a Honzík y a mí. Íbamos a nadar al río Sázava y paseábamos por el bosque, pero yo nunca jugaba con Honzík porque era cinco años menor que yo.

No me atrevía a abordar al famoso compositor, pero, mientras estábamos esperando, me armé de valor y le pregunté:

—Disculpe, ¿por casualidad fue alguna vez a Senohraby cuando era niño?

—Sí —contestó asintiendo.

No estaba del todo segura, así que le pregunté:

—¿Su padre se llamaba Otto?

—Sí —respondió sorprendido, mirándome con curiosidad.

—Yo estuve allí contigo —dije impulsivamente.

El resto de los presentes dejaron de hablar, atraídos por nuestra conversación, y se quedaron mirándonos. Con la voz colmada de asombro, dijo:

—¿Eres Edith Polachová?

No pude hacer más que asentir y susurrar:

—… y tú eres el pequeño Honzíček.

El camerino se quedó completamente en silencio. Flaška se enjugó las lágrimas y a mí me desbordó la emoción.

Entonces Honzík dijo:

—Madre y yo creíamos que no habíais vuelto. Os buscamos. Mi padre murió en la guerra. Todavía tengo aquella regla especial que me regalaste

cuando vinisteis a despediros antes de que os deportaran. La uso para trazar los pentagramas cuando compongo.

Flaška quería que me fuera a celebrar con ellos, pero estaba demasiado desbordada por la emoción y necesitaba estar sola.

A la mañana siguiente, Honzík vino a verme llevando un maletín grande. Sacó la regla, que evidenciaba los años de uso. Luego abrió su álbum de familia. Había fotos de viajes con nuestros padres y también de Senohraby. Tengo las mismas fotos en mi álbum.

Desde que nos reencontramos, quedamos para vernos una vez al año. Hace un tiempo, me invitó al estreno de su ópera *Filoktetes* en el Teatro Nacional. Ahora somos buenos amigos, la edad ya no importa.

44

Los escritos de Otto

Cuando alguien preguntaba a Otto por su profesión, decía: «Mi verdadera vocación es escribir, pero me gano la vida de profesor». Y es que él nunca dejó de escribir. Después de corregir los trabajos de sus alumnos y preparar las clases para el día siguiente, se sentaba delante de su escritorio o debajo de un árbol que había en el jardín delantero, y escribía. A veces se quedaba un buen rato mirando a lo lejos sin más. «No creas que estoy holgazaneando,—me decía—. En realidad, trabajo duro. Estoy pensando.» Sin embargo, su aceptación editorial seguía siendo decepcionante. Después de la traducción al hebreo de su primera novela, Tierra sin Dios,[12] y del siguiente libro, que desencadenó nuestra marcha del kibutz, ninguna editorial había mostrado interés. El principal problema era el idioma. En Israel, Ruth Bondy era la única traductora de checo a hebreo, y ella estaba demasiado ocupada con su propia obra.

Así pues, Otto empezó a escribir en inglés. Decía que tenía el checo «oxidado» y que, de todos modos, se pasaba todo el día inmerso en el inglés, de manera que se sentía cómodo con él. Aún no existían los ordenadores y él escribía en un cuaderno grande con un bolígrafo Parker que le dejó un tío rico. Luego yo lo pasaba a máquina en nuestra Olivetti, hacía tres copias poniendo papel carbón azul entre las hojas. Como en Israel nadie quería publicar libros en inglés, enviaba sus manuscritos fuera, a Inglaterra y a Estados Unidos. Pero siempre recibía negativas: Lo sentimos, pero el tema no nos encaja; a veces ni siquiera le daban un motivo. Todo aquello era frustrante y empezó a dudar de su talento. «Puede que no sea un buen escritor.» Ahora bien, pasado un tiempo, recuperaba la confianza y seguía creando. No era capaz de rendirse.

Finalmente acabaron reconociéndole. Cuando cayó el régimen comunista en Checoslovaquia y se restableció la democracia, varios de sus manuscritos en inglés fueron traducidos al checo y publicados muy seguidos. Incluso después de su muerte, varias de sus obras inéditas vieron la luz.

45

El Museo Imperial

Los primeros años después de volver de los campos de concentración recordaba mis experiencias con todo detalle. Al encontrarme con supervivientes como yo, hablábamos sobre Auschwitz, Terezín y Bergen-Belsen. Pero no nos abríamos fácilmente con el resto, los no iniciados, porque sentíamos que eran incapaces de comprendernos.

Más adelante, cuando ya teníamos hijos, mi marido Otto y yo hablábamos libremente sobre nuestras experiencias en el Holocausto. No nos importaba que los niños lo oyeran. Y así, entre otras cosas, mi hijo pequeño, Ronny, recordaba que le había contado cómo después de liberar Berger-Belsen, los fotógrafos del ejército británico me filmaron al grabar un documental sobre el campo.

En 2002, Ronny estuvo investigando en internet y averiguó que los documentales se encontraban en el Museo Imperial de la Guerra en Londres. Se puso en contacto con ellos y le informaron de que cualquiera que deseara verlos podía hacerlo pidiendo cita previa. Me urgió a que viajase a Inglaterra, y después de dudar un poco decidí hacerlo y aprovechar la ocasión para visitar a mi buena amiga Eva Gross, que había dejado Londres y entonces vivía en el sur del país.

A finales de mayo de 2002 pasé dos días en una salita del Museo Imperial de la Guerra, rodeada de cajas y cajas redondas de metal con rollos de película, viendo los horrores de Bergen-Belsen en pantalla pequeña. Las cajas tenían etiquetas con fechas y descripciones de las imágenes, así como los nombres del equipo de rodaje. Eso me permitió elegir las partes en las que creía que podía aparecer y descartar otras en las que era menos probable.

La experiencia fue realmente desgarradora. Vi cómo las excavadoras sacaban tierra de las fosas comunes, el entierro de miles de cadáveres, la mayoría desnudos, algunos en estado de descomposición, a los supervivientes esqueléticos envueltos en mantas, mirando a cámara con los ojos hundidos, rollo tras rollo, hora tras hora.

Hacia el mediodía de la segunda jornada, de repente reconocí a Eva Kraus, la prima de Otto. La habían grabado hablando con un oficial, sonriendo y con un pañuelo en la cabeza que me resultó familiar. Ella y yo encontramos dos iguales en el bolsillo de un abrigo cuando saqueamos con otros prisioneros los almacenes alemanes del campo días después de la liberación. Eran azules con puntos blancos, y cada una nos quedamos con uno.

La película seguía y, de pronto, me vi.

Llevo una chaqueta y el pañuelo de puntos atado bajo la barbilla, y estoy junto a un soldado sentado en un jeep. Él me ha ofrecido un cigarrillo y me lo está encendiendo. En el brazo izquierdo llevo la banda blanca con la letra «i» de «intérprete».



Dita Polach y Leslie en Bergen-Belsen, 1945

Paré el vídeo tal y como me habían indicado. Estaba tan emocionada que no podía hablar y me quedé un rato inmóvil, intentando tranquilizarme. Cuando empecé a buscar, realmente no esperaba encontrar nada. Hacía tanto tiempo, era tan poco probable, ¡era de locos! Y sin embargo, ahí estaba la prueba de que ocurrió, de que de verdad estuve allí. De pronto, ya

no era un recuerdo borroso, tal vez ni siquiera cierto. Había vuelto del pasado lejano y se había convertido en un hecho incontestable.

Mi descubrimiento conmovió también a los empleados del Museo. Habían visto a muy pocos supervivientes reconocerse con certeza en aquellos documentales. Hicieron una copia del vídeo y me la enviaron por correo. Llegó a los pocos días a casa de mi amiga Eva, y lo vimos juntas.

Es una escena muy breve, apenas dura medio minuto. Sin embargo, para mí es un documento inmensamente importante. Puede que muchos acontecimientos que recuerdo de los campos de concentración se hayan distorsionado, o ni siquiera sean ciertos, porque hace muchos años que ocurrieron. Pero aquí hay una prueba tangible, una verdad histórica; esto se grabó en Bergen-Belsen, y la chica de la chaqueta y el pañuelo soy yo. Y ahora también recuerdo al soldado. Era pelirrojo y se llamaba Leslie.

46

Idas y vueltas: viaje a Japón

Un día de primavera de 1996 recibí una llamada de Aliza Schiller, directora de Beit Terezín. Beit Terezín es un monumento conmemorativo creado en el kibutz Givat Chaim que también sirve de biblioteca, museo y archivo. Me comentó que una periodista japonesa quería hablar conmigo. Organizamos una reunión en mi casa de Netanya, y así conocí a Michiko Nomura.

Buscaba información sobre la vida de las chicas de la Heim L410, sobre nuestras clases con Friedl Brandeis, y también sobre mí. Antes de despedirnos, me preguntó despreocupadamente:

—¿Vendría a Japón si la invitáramos?

Sin dudarlo un instante, contesté:

—Claro que sí.

No lo tomé en serio, parecía una idea demasiado surrealista. Pero tampoco conocía la determinación de la señora Nomura.

En mayo, recibí una invitación firmada por ella para viajar a Japón y asistir a la Exposición Fotográfica sobre los Niños de Terezín. Y entonces sí que me emocioné de verdad.

Mi vuelo con All Nippon Airways salía de París un domingo por la mañana. Como en Israel no hay vuelos en Sabbat, tuve que viajar hasta allí un día antes, lo cual acabó siendo un regalo. Yo nunca había estado en París y así tuve la oportunidad de ver los Campos Elíseos, el Arco de Triunfo, la catedral de Nôtre-Dame y también a muchos turistas de fin de semana contemplándolo todo boquiabiertos y hablando checo. El billete me esperaba en París. Como no estaba segura de si me pagarían el vuelo desde Israel y el alojamiento, reservé una habitación en un hotel barato para la

noche antes de ir y después de volver de Japón. Y acabé arrepintiéndome, porque a la vuelta, me caí del colchón que sobresalía de la estrecha cama, y me golpeé tan fuerte en la barbilla que se me puso media cara morada. Otto prácticamente no me reconocía.

Aproveché aquel día y medio para ver todo lo que pude en París. El domingo fui al aeropuerto, donde me encontré con Anděla Bartošova, que había seleccionado las fotografías en el Museo Judío de Praga, y que también estaba invitada. Volamos cerca del Polo Norte y me quedé fascinada con los paisajes que vi desde la ventanilla. A veces creía estar viendo el mapa de un atlas, con manchas de verde, marrón y azul y ni rastro de vida humana. La mayoría de los pasajeros eran japoneses e iban muy callados y disciplinados, nada que ver con los ruidosos israelíes, que no paran de charlar y moverse.

El vuelo aterrizó al día siguiente sobre mediodía y, nada más bajarnos del avión, nos abordaron unas personas con una silla de ruedas diciendo «Mistel Klaus, Mistel Klaus». Yo les aseguré que era la señora Kraus y no necesitaba silla de ruedas; pensarían que una superviviente del Holocausto tenía que ser inválida. Resultó que eran un equipo de rodaje. Me pidieron que fuese a la cola del avión y me grabaron avanzando hacia ellos mientras el cámara reculaba guiado por un ayudante. Me sentí bastante incómoda, no sabía dónde mirar. Al menos me tranquilizaba pensar que me había peinado y pintado los labios un poco antes de aterrizar. Por fin, salimos a la terminal del aeropuerto, donde Michiko y su hija Aki nos recibieron con abrazos, besos y grandes sonrisas.

Todos los días, desde muy temprano hasta bien entrada la noche, los pasé visitando museos, asistiendo a recepciones de gobernadores y alcaldes, contestando preguntas, explicando, hablando y hablando, como no lo había hecho en mi vida. La señora Bartošová tampoco era de gran ayuda, porque no entendía las preguntas y era incapaz de contestar en inglés. Nos llevaban de una ciudad a otra y cada noche dormíamos en un hotel distinto. Cuando por fin me metía en la cama, sentía que no podía decir ni una palabra más, pero estaba satisfecha de poder hablar a tantos japoneses de nuestra vida en el gueto de Terezín y en Auschwitz, de las cámaras de gas y del sufrimiento. Me gustaba haberme convertido en la voz de aquellos niños cuyas fotografías eran la única prueba de su existencia.

Después de pasar una noche en el lujoso hotel Fujiya, viajamos a Osaka

con Michiko y Aki. Cogimos el famoso tren Shinkansen, que vuela sobre un campo magnético superando los trescientos kilómetros por hora.

Tres horas después llegamos a Osaka y, como Tokio, me decepcionó un poco. La arquitectura no parecía japonesa. Eran todo rascacielos, como en cualquier otra metrópolis.

Aunque, ¡un momento! Ahora que lo pienso, sí hay un precioso castillo rodeado por un parque. Está en lo alto de una montaña, y cada uno de sus cinco pisos tiene un tejado verde con esquinas que apuntan hacia arriba como dedos.

A continuación tuvimos una comida conmemorativa. Era cocina japonesa tradicional, servida en pequeños cuencos con dos o tres bocados cada uno, maravillosamente presentados como flores u hojas, en rosa, amarillo, verde, rojo o negro. Había unas cosas que parecían dulces y en realidad eran encurtidos amargos, el té sabía a sopa y los fideos resultaron ser finas tiras de rábano. Aquello era un no parar de sorpresas, y para diversión de mis acompañantes, me atreví hasta a intentar comer con los palillos.

Hubo discursos de bienvenida y, por supuesto, me hicieron muchas preguntas. Como tantas veces antes, y tantas otras después, la gente tenía una idea errónea de cómo eran los guetos, y la mayoría tampoco sabía qué pasó después. Yo hice lo que pude por esclarecerlo, explicándoles que los niños cuyas fotos veían expuestas no sabían lo que les iba a ocurrir y que sus dibujos no fueron actos de heroísmo. Simplemente eran niños, actuando como niños. Mis oyentes escucharon con toda su atención.

A la mañana siguiente, nos despertamos tarde debido al cansancio del día anterior, y nos llevaron a toda prisa al Centro Comercial Saty en Izumi City. En la segunda planta estaba la sala donde se había instalado nuestra exposición. El vestíbulo tenía varias filas de sillas y un piano, y en sus paredes había grandes fotografías enmarcadas de Helga Hošková, Raja Žádníková, Willy Groag y de mí, con ejemplos de nuestros dibujos y explicaciones en japonés. La sala principal albergaba la exposición propiamente dicha, y tuve que posar para la prensa debajo de mi foto. Al día siguiente, las imágenes aparecieron en varios periódicos.

A continuación hubo una rueda de prensa que duró varias horas entre preguntas y respuestas traducidas en ambas direcciones. Luego, gente que había visto la exposición antes se unieron a los oyentes. Sus rostros expresaban un inmenso desasosiego e interés: a algunos se les saltaban las

lágrimas.

Exhaustas, bajamos a tomar un café a la planta baja. De pronto, se nos acercó una colegiala sonrojada. Michiko me explicó que le habían impresionado tanto los dibujos de los niños del gueto que quería conocerme. Se llamaba Yuriko y había venido corriendo desde su colegio con la mochila a cuestas. Estaba tan emocionada que se echó a llorar, y yo le dije que le enseñaría fotos de mi familia si se tranquilizaba un poco.

Por la noche, vivimos uno de los momentos culminantes de nuestra visita a Japón. Un miembro del comité tenía una «casa tradicional» y nos invitó a cenar. Aquello era como estar dentro de la escena de una película. Dejamos nuestros zapatos al pie de tres escalones de madera y pasamos a un espacio cubierto con finas colchonetas. Las habitaciones eran pequeñas, con puertas deslizantes y muy poco mobiliario. En el centro de la sala principal había una mesa baja y redonda, y decían que el techo de madera de cedro tenía alrededor de mil años. Anděla y yo nos sentamos estirando las piernas bajo la mesa, mientras que los locales lo hicieron cruzándolas. Nos dieron una auténtica cena tradicional: sukiyaki, té verde y muchas cosas que iban cocinando en un plato grande en el centro de la mesa. Varias mujeres vestidas con preciosos kimonos nos sirvieron. Algunas eran de la familia, otras simplemente vecinas. Se respiraba serenidad, y había muchas reverencias y sonrisas.

Junto a la casa había un diminuto jardín con árboles y arbustos recortados y caminitos de piedras y, presidiéndolo todo, la luna llena iluminando el cielo como un farol.

El jueves visitamos un museo muy curioso con la obra pictórica del señor y la señora Maruki, que estuvieron en Hiroshima nada más producirse el bombardeo atómico. Ellos ayudaron a dar sepultura a los muertos, exponiéndose a la radiación. El señor Maruki seguía pintando, ya cumplidos los noventa años. El museo tenía cuatro lienzos enormes en blanco y negro, que representaban las cuatro catástrofes de nuestro siglo: Hiroshima, Auschwitz, Okinawa y Nanking. Eran impactantes, y sentí alivio al pasar a la siguiente sala, donde había cuadros más alegres.

Alguien le dijo a Michiko que a la anciana pareja le gustaría conocernos. Estábamos emocionadas: era un gran honor.

La residencia de los Maruki se encontraba enfrente del museo, y tenían una especie de escenario de madera delante de la entrada. Nos invitaron a

sentarnos allí mismo sobre unos cojines, y el señor y la señora Maruki se unieron a nosotras. Él se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, pero la anciana lo hizo sobre los talones, al estilo japonés. Su rostro era como el de una muñeca de porcelana, con ojos brillantes y alegres.

El señor Maruki estaba algo encorvado y no parecía entender nada lo que se decía. Tampoco nos habló. Por cortesía, probamos el zumo de naranja y unas galletas que trajo una familiar o criada sonriente y, al poco rato, nos despedimos. Y lo hice con una reverencia, a la manera japonesa. Mientras íbamos hacia el coche, oí una campana sonando. Al volverme, vi algo maravilloso. El señor Maruki estaba de pie sobre sus piernas arqueadas, con la barba blanca y las gafas oscuras ocultando parte de su rostro quemado y azulino, tirando lentamente de la cuerda de una pequeña campana que colgaba sobre la puerta del museo. Era su forma de decir adiós. Me conmovió tanto, que lloré.

También tuvimos un encuentro encantador en la prefectura de Saitama. Por supuesto, primero vino la parte oficial, la recepción y el tour por el edificio, explicándonos sus funciones. Pero luego nos invitaron a una comida celebrada en torno a una mesa baja muy larga. El ambiente lo marcó el anfitrión al decirnos: «Será mejor que estiren las piernas bajo la mesa: sabemos que son gente de silla y les cuesta sentarse en los talones». La comida era japonesa y una vez más, me esforcé por usar los palillos. Lo más rico me pareció el cangrejo, que estaba servido dentro del caparazón del animal. (Los judíos no pueden comerlo, pero yo no sigo las normas kosher).

Después de comer, recitaron un largo poema en japonés. Dije que me gustaría escuchar una canción y, en ese momento, los distinguidos funcionarios empezaron a dar palmas y a cantar con entusiasmo, meciéndose de un lado a otro siguiendo el ritmo. Luego yo les ofrecí una canción en hebreo: *Heveinu shalom Aleichem*. En cuanto cogieron el ritmo, se unieron con las palmas. Después nos pidieron una canción en checo. Anděla dijo que no, era tímida, pero cuando empecé a cantar *Na tom pražkém mostě*, se unió. Fue un banquete informal y precioso, mi segundo mejor recuerdo de Japón.

También me fascinaron los paisajes de arrozales. En Japón, la escasez de

terrenos cultivables es evidente, y cultivan hasta el último trocito de tierra. Incluso las parcelas que hay entre edificios industriales se convierten en sembradíos. Yo ya había oído hablar del arroz, de que se siembra bajo agua, y había visto las espaldas dobladas y los amplios sombreros de los segadores en el cine. Pero no sabía que el azul del cielo se refleja en el agua y que las nubes nadan entre los verdes semilleros.

Otra imagen nueva para mí fueron esas franjas de color verde oscuro que parecen pintura recién exprimida del tubo en líneas paralelas, y que trepan laderas o siguen las colinas redondeadas. Eran plantaciones de té. Durante parte del tiempo, el paisaje consistía en pequeños collados completamente cubiertos de árboles, principalmente bambú. Sus colinas cónicas podían alcanzar un centenar de metros de altura y parecían el dibujo de un niño. Muy pocas de las casas que vimos eran de estilo japonés tradicional; estaban muy juntas y muchas tenían el tejado azul. A veces, había menos de un metro de separación entre ellas, lo justo para que pasara una persona.

Finalmente volvimos a Tokio, con sus altos edificios de oficinas, aunque el más imponente parecía la oficina central de Yasuda. Subimos en un ascensor rápido hasta el piso 42, que ni siquiera era el más alto. Allí se encontraba el Museo de Arte Yasuda.

Después de una recepción en las lujosas oficinas, nos acompañaron a ver las salas de exposición. Aparte de los grandes pintores europeos, había dos artistas destacados en la colección: la estadounidense Grandma Moses y el célebre Seiji Togo. Sus cuadros son grandes, pero lo que llamó mi atención fueron varios dibujos de cabezas de niñas hechos a lápiz. Resulta que eran de una checa y una israelí; qué casualidad…

El Museo Yasuda tiene motivos para imponer sus estrictas medidas de seguridad. Posee uno de los famosos cuadros de girasoles de Van Gogh, que adquirió varios años antes de mi viaje por una inmensa cantidad de dinero. Al estar delante del maravilloso original, me acordé de la primera vez que lo vi.

Vuelvo a recordar a Friedl y la clase que nos dio a las tres niñas en su diminuta habitación. Veo la escena, cómo nos invitaba a mirar aquellos girasoles, los colores y las atrevidas pinceladas. Friedl no solo me animó a seguir pintando, sino también a apreciar el arte.

El sábado era nuestro último día antes de marchar. Un taxi nos llevó del hotel a Urawa, donde debíamos encontrarnos con Michiko. Tardamos

bastante por los constantes atascos, pero al final llegamos a tiempo.

Después tuvimos una reunión de dos horas y media con un numeroso grupo de funcionarios sentados en mesas dispuestas en forma de cuadrado. Michiko abrió la sesión haciendo una larga introducción sobre el gueto de Terezín y los dibujos de los niños, que me hizo pensar en cómo había llegado a conocer su historia. Le dije a Norie que no se molestara en traducir, pues podía imaginar lo que estaba describiendo. Así fue más fácil para las dos.

Después de esa reunión, como en tantas anteriores, hubo muchas preguntas. ¿Cómo pudieron los niños pintar cosas tan alegres, sabiendo que iban a morir? ¿Cómo es posible que los dibujos sobrevivieran? ¿Por qué cree que sobrevivió usted? ¿Qué hizo para volver a sonreír? ¿Puede describir el momento más triste y el más feliz que vivió en el gueto?

Sé cuál es el más triste, lo he contado varias veces. Se ha convertido en el símbolo, la esencia del dolor por todo lo que perdí. Fue la muerte de Marta Pereles, mi amiga y compañera de litera en la sala 23. Su padre, jorobado, siguió viniendo a nuestro dormitorio después de morir su hija. Cuando entraba, todas nos quedábamos calladas, incapaces de mirarle. Se sentaba junto a la ventana, silenciosamente inmerso en su dolor…

Me costó más pensar en un momento feliz. De repente, recordé el extraño incidente con el termómetro, poco después de llegar a Terezín, en aquella habitación vacía de los barracones Magdeburg. Cuando vieron que el termómetro marcaba 40 grados, tacharon nuestros nombres de la lista de transporte, y Madre y yo nos quedamos en el gueto, lo cual me hizo muy feliz. Aún no tengo una explicación lógica de cómo pudo ocurrir.

Esa misma tarde debíamos volver a Tokio pero quedaban varias horas libres y Michiko aprovechó para enseñarnos su «oficina central» en Omyia City. Era un piso alquilado y sorprendentemente pequeño. Tenía dos habitaciones y cuarto de baño metidos en poco más de 25 metros cuadrados. Nos dijeron que ese era el tamaño habitual de una vivienda para una familia con dos hijos. Aquello me ayudó a entender lo que querían decir cuando afirmaban que el país no era lo bastante grande para su enorme población.

Cinco o seis voluntarias nos estaban esperando con té y pasteles. Nos sentamos en colchonetas, hacía mucho calor. Dos de ellas se pusieron a nuestro lado con abanicos de papel para crear ventilación. Eran tan amables y serviciales, que me quedé bastante prendada de ellas. Estuvieron toda

nuestra estancia en segundo plano, asegurándose de que estábamos bien y de que todo transcurría sin problemas, sonriendo y asintiendo sin parar, a falta de conversación en inglés.

Por fin llegó el taxi y nos llevó de vuelta a Tokio. Quedaba la última cita en el programa de viaje, con el canal nacional de televisión japonesa, NHK, porque hasta entonces, lo habían cubierto las cadenas regionales. El trayecto duró mucho tiempo, y eso a pesar de que era fin de semana y el tráfico debía huir de la ciudad. En vez de una hora, tardamos dos y media. Michiko tuvo que bajarse del taxi para llamar al canal de televisión desde una cabina de teléfonos.

Finalmente llegamos a las 8 de la tarde, hambrientas y desaliñadas. «¿Cómo voy a hablar de manera coherente delante de las cámaras en este estado?», me preguntaba. Nos prometieron algo de comer en cuanto terminase la retransmisión; Anděla y yo apenas tuvimos tiempo de peinarnos y empolvarnos un poco el brillo de la nariz. El productor se llamaba Toda, lo cual era un buen augurio. (En hebreo, *toda* significa gracias). La entrevistadora era una japonesa despampanante que hablaba inglés como una americana nativa. Llevaba una hoja con las preguntas preparadas y nos dio varios minutos para revisarlas.

¡Ay, no! Otra vez, todas las preguntas estaban mal planteadas, porque se basaban en la creencia errónea de que los niños de Terezín sabían que estaban a punto de morir, y que por tanto los dibujos fueron su última expresión de heroísmo. Pero nuestra hábil entrevistadora me aseguró que cambiaría las preguntas y pensó en otras distintas según subíamos al plató. En pocos segundos entendió cuál era el planteamiento adecuado y, una vez sentadas, con las cámaras y los focos centradas sobre nosotros, condujo la entrevista con absoluta profesionalidad.

Traté de mantener la compostura, consciente de que era el momento más importante de nuestra visita a Japón. No solo hablé de Terezín, sino también de Auschwitz, del ingenioso engaño de los alemanes a la comisión de la Cruz Roja y sus razones para que existiera el campo familiar, donde mantenían con vida a hombres, mujeres y niños como coartada, para luego exterminarlos en las cámaras de gas, cuando ya no eran necesarios…

¡Aquello fue agotador! Notaba las manos y las piernas temblando. En la oficina, nos dieron café y una fiambrera de dos pisos llena de manjares japoneses y envuelta en una enorme servilleta morada.

Por fin habíamos terminado y tenía la sensación de haber cumplido una misión.

En Japón descubrí otras dos útiles costumbres de cortesía. Una es entregar tarjetas de visita. Cuando dos personas se conocen, sacan su tarjeta de la cartera y la intercambian. Yo recibí 31; en algunas de ellas el nombre también aparecía en inglés, y varias tenían incluso una foto de la persona en cuestión. La última noche, antes de dormirme tras un día exigente, traté de hacer balance de la importancia de aquel viaje a Japón. Me preguntaba por qué unos dibujos de niños de un país lejano y de un tiempo pasado podían haber despertado tanto interés y una respuesta como aquella en Japón.

La mayoría de la gente que conocí en el viaje era joven: los periodistas, el comité ejecutivo, la propia Michiko y sus amables ayudantes, hasta los funcionarios. Todos ellos debieron de nacer después de la guerra, o eran demasiado pequeños como para recordarla. ¿A qué se debía entonces esa empatía de los japoneses por nuestra suerte? El papel que jugó Japón en la Segunda Guerra Mundial probablemente siga atormentándoles. Varias veces me preguntaron «¿Cuál es su postura ante Japón hoy, teniendo en cuenta que fue un aliado de Alemania?».

Es posible que la respuesta se encuentre en el hecho de que ambos pueblos se vieron expuestos a grandes traumas, Hiroshima y Auschwitz. Como me dijo una señora con el brazo roto en Sapporo: «Puedo sentir con usted, porque tengo su edad y sé lo que es el sufrimiento. Puede que el haber vivido una catástrofe cree hermandad entre la gente».

El domingo por la mañana, Michiko y sus amables señoras se presentaron en el aeropuerto de Marita. Cada una de ellas tenía un regalo de despedida para nosotras. ¡Tantos regalos, tantos recuerdos! Sonreímos e intercambiamos reverencias. También nos dimos la mano. El joven señor Hiroshi había vuelto a tomarse la mañana libre y también estaba allí. Todos fueron tan encantadores que se hizo difícil partir.

Siguieron saludándonos con la mano mientras pasábamos el control de aduanas y el de pasaportes, e incluso encontraron otra ventana para continuar despidiéndose cuando ya estábamos en las escaleras mecánicas.

Adiós. Adiós, Japón. *Arigato!*

47

Un viaje nostálgico

Durante una de mis estancias en Praga, sentí la necesidad de pasear por el casco antiguo otra vez. Hacía un día ventoso y frío, pero cuando el sol asomó entre las nubes hinchadas, el tiempo se volvió bastante agradable. Anduve junto al río y luego crucé el centenario puente de Carlos con sus estatuas de santos, ennegrecidas y desgastadas por el tiempo.

En Malostranské náměstí cogí el tranvía número 22, sabiendo que pasa por Náměstí Míru, donde se cambia al 10 o 16, mis tranvías habituales. Al subir, sonó un anuncio grabado que decía que aquel coche hacía otra ruta. Varias personas bajaron y corrieron hacia la estación de metro. Aunque no entendía todo lo que decía el altavoz, sí reconocí el nombre de la calle Vinohradská, que está cerca de mi casa, así que me quedé en el tranvía. «Da igual», pensé, tardará más, pero no tengo ninguna prisa.

No tenía ni idea del nostálgico viaje al pasado en el que me estaba embarcando.

El tranvía atravesó el barrio de Nusle y recorrió su calle principal, que en el pasado era la avenida SNB. A la izquierda estaba la vieja fábrica de Koh-i-Noor, que hizo los lápices de varias generaciones de la República. Un poco más adelante vi la pequeña callejuela donde Otto y yo vivimos de jóvenes. Nuestro apartamento estaba en la última casa del callejón sin asfaltar, y detrás había unos jardincillos rodeados por vallas de madera, en alemán *Schrbergarten,* cada uno con su pequeño cobertizo para las herramientas en la esquina. Los vecinos los alquilaban para cultivar flores y hortalizas, o incluso algún árbol frutal. Después de acabar la guerra, seguía habiendo escasez de comida, así que los huertos de verdura se convirtieron más en una necesidad que en una afición. Al otro lado, estaba el barrio

vecino de Vinohrady con los inmensos barracones donde Otto hizo el servicio militar meses antes de casarnos. Cuando salía de permiso, yo le veía volver a casa entre los jardines desde la ventana.

Los jardines ya no existen, en su lugar hay unos edificios de apartamentos desangelados de la era comunista, llamados *paneláky* porque se construyeron con paneles prefabricados.

Dos paradas más adelante, el tranvía se detuvo cerca de la calle V Olšanech, donde vivía Mirek, amigo de la infancia de Otto. Con la ocupación nazi, se prohibió tajantemente el contacto entre cristianos y judíos, pero Mirek no quiso abandonar a su amigo. Tuvieron un emotivo reencuentro tras cuarenta años sin verse. Mirek seguía viviendo en la misma casa donde nació y allí había criado a sus hijos y nietos.

A la vuelta de la esquina estaba la antigua casa de la familia Kraus. Ya no queda ni rastro de ella, no; ni la garita del vigilante ni la entrada para coches con el cartel que rezaba orgulloso, RICHARD KRAUS. TOVÁRNA DÁMSKEJO PRÁDLA (fábrica de lencería femenina). En su lugar hay un edificio de apartamentos de cinco pisos con dos entradas.

Justo enfrente, al otro lado de la calle, vivía el médico que me operó de urgencia de una infección en el pecho. Por supuesto, la placa con su nombre tampoco sigue allí. Debió de morir hace tiempo, han pasado muchos años desde entonces.

Hacia el final de la calle, antes de que el tranvía girase a la izquierda, estaba el cine Vesna. De niño, Otto iba allí los domingos por la mañana, a ver *westerns*. Como las películas aún eran mudas, el sonido lo ponía un hombre tocando el piano bajo la pantalla y acompañando la acción. Tocaba marchas o galopes cuando había una persecución y música romántica cuando se besaban los amantes. Su repertorio era limitado, y los chicos sabían exactamente lo que iba a tocar en cada momento.

Donde antes estaba la última parada y la cochera de tranvías, ahora hay un moderno edificio de oficinas. Cerca de allí estaba la clínica para bebés donde solía llevar a Peter cada semana para que lo pesaran y examinaran. La doctora Březovská le dedicaba especial atención, en parte porque yo apenas tenía dieciocho años pero también porque su marido Bohumil, conocido escritor, pertenecía al mismo círculo de autores que Otto.

Cuando el tranvía dobló la esquina, vi un edificio bajo con tejado a dos aguas y un portón de madera. Antes de la guerra, albergaba una empresa de

transportes de una familia judía cuya hija Hana era compañera de Otto. En aquella época, las mudanzas se hacían con carros y caballos, y el portón daba a un patio con establos para los animales y cobertizos para los vehículos. Los dueños perecieron en los campos de concentración.

En aquella casa del tejado a dos aguas fue donde encontramos la pequeña habitación del ático para mi abuela después de la guerra, cuando había una catastrófica escasez de viviendas. Solo se podía acceder a la habitación por el patio, subiendo una escalera destartalada, pero la casera, la señora Adamová, era un alma bondadosa e hizo que la abuela estuviera todo lo cómoda que pudo. Cada día, la abuela bajaba las escaleras e iba a la casa Kraus para ayudarme con el niño, porque su pequeño bisnieto era un consuelo por la pérdida de toda su familia.

Cada vez que visitaba Praga tras la Revolución de Terciopelo y pasaba por delante de la casa, me dolía verla tan abandonada y desconchada. Sin embargo, esta vez la encontré bastante bien restaurada, con un restaurante nuevo en la planta baja.

La siguiente parada del tranvía era cerca del campo de deportes de Hagibor. La pequeña verja de hierro está oculta entre arbustos y desde la ventanilla del tranvía apenas se puede distinguir el nombre Hagibor sobre ella. En tiempos de la ocupación nazi, ese era el único sitio donde podían encontrarse los niños y jóvenes judíos a jugar y hacer deporte. El verano antes de nuestra deportación, allí se organizó una especie de campamento. Como ya no podíamos usar el transporte público, íbamos caminando hasta allí desde todos los rincones de la ciudad, y algunos, entre los cuales me incluyo, tardábamos una hora de ida y otra de vuelta. Aun así, fueron momentos maravillosos e inolvidables. Nos dividían en grupos y cada uno tenía un entrenador o instructor. Había tiendas de campaña para descansar, juegos y espectáculos. Un mago llamado Borghini vino a hacer un espectáculo ante varios centenares de nosotros y el legendario Fredy Hirsch se encargaba de organizar las carreras y competiciones. Pero a las siete de la tarde teníamos que emprender la vuelta a casa, porque el toque de queda era a las ocho y llevábamos la estrella de David amarilla que nos identificaba como judíos. Hagibor era un mundo aparte, y los pocos que regresamos del Holocausto lo recordamos con cariño.

Al lado del campo de deportes se encuentra el nuevo cementerio judío. Después de la guerra, mi abuela hizo que inscribieran los nombres de mis

padres y de mi abuelo en la lápida del hermano de mi padre, Fritz. Siempre voy a visitarlo, para honrar a mi familia y a mi abuela, que está enterrada en Brno, su ciudad natal.

Estaba llegando al final de mi desvío. Me bajé del tranvía y empecé a caminar, dejando el pasado detrás de mí y haciendo planes para el día siguiente.

La previsión del tiempo decía que no iba a llover, así que podría dar otro paseo, aunque esperaba que fuera solo por el presente.

48

Peter-Shimon

Cuando cada uno de nuestros hijos nació, vivíamos en un lugar distinto. Peter Martin (Shimon) en Praga, Michaela en el kibutz Givat Chaim y Ronny en Hadassim. Ronny acabó siendo nuestro consuelo cuando supimos que Michaela no sobreviviría. Él solo dio alegrías, jamás hubo ningún problema con él. De niño era alegre y encantador, y aunque con el tiempo puede que haya perdido algo de esa alegría, desde luego sigue siendo un adulto encantador.

Por desgracia, las cosas no le fueron tan bien a Shimon. Era buen estudiante en la escuela y fue al ejército como todos los chicos y chicas en Israel. Pero en aquella época, Otto y yo ya empezamos a notar algunos patrones de conducta extraños. Nos contaba que su comandante le perseguía y tenía brotes de paranoia e hiperactividad. Aun así, terminó su servicio militar y se mudó a Jerusalén a estudiar sociología en la Universidad Hebrea.

Shimon era un joven tremendamente guapo, alto y con un cuerpo proporcionado como una escultura griega clásica. De hecho, uno de nuestros amigos decía que era un «Adonis real», aunque él no parecía ser consciente de su atractivo. Era inteligente, divertido y simpático, pero, por algún extraño motivo, siempre se hacía amigo de chicos con mala suerte: uno tenía un brazo atrofiado y otro acababa de perder a su padre.

Tenía catorce años cuando nació su hermano Ronny. En aquel momento yo estaba aprendiendo a conducir en la ciudad cercana de Netanya. Otto me llevaba hasta allí a las seis de la mañana para poder llegar a tiempo a la escuela y Shimon era un canguro competente y voluntarioso. Ni siquiera le importaba cambiarle los pañales al bebé cuando lloraba.

La enfermedad de Michaela fue a peor y a menudo tenía que ser hospitalizada. Verla sufrir se hizo insoportable, y un día Otto tuvo un ataque al corazón. (Curiosamente, el egipcio Abdel Nasser también sufrió un ataque al corazón esa noche, y Otto solía bromear diciendo: «Nasser salió con los pies por delante; yo, de pie».)

En Jerusalén, Shimon estudiaba durante el día y trabajaba de noche en un hospital psiquiátrico. Allí conoció a una enfermera llamada Miriam y se hicieron novios. Según él mismo nos confesó, la relación no era nada equilibrada, pues él no estaba enamorado de ella, pero Miriam sí lo estaba profundamente de él. Cuando se enteró de que estaba embarazada, decidió casarse con ella, pero nos suplicó que no fuéramos a la boda. Aquello nos confundió y nos hirió, pero respetamos su deseo.

El bebé no nació hasta once meses después. Pusieron al dulce niño el nombre de Ehud. Shimon dejó de estudiar sociología y se pasó a un curso de dos años de gestión hotelera. Encontró trabajo en un hostal juvenil donde le iba bien y caía bien a todo el mundo, hasta que empezó a tener problemas con los empleados y por fin le despidieron. Lo mismo ocurrió en el siguiente hotel. Y así una y otra vez: le contrataban fácilmente pero luego se volvía a encontrar en el paro. Era como si tuviera el impulso de sabotear su trabajo, de prohibirse el éxito. La joven familia se encontraba constantemente en números rojos, no podían pagar el alquiler, debían dinero al tendero y nosotros no parábamos de salvarles de la catástrofe.

Era evidente que Shimon necesitaba ayuda psiquiátrica. Empezó un tratamiento con un profesor de psiquiatría muy caro que duró muchos años. Afortunadamente, en aquella época Otto y yo comenzamos a recibir la indemnización de Alemania por los años en sus campos de concentración. Con eso pudimos pagar al profesor, que se esforzaba tanto que a menudo se quedaba dormido mientras Shimon hablaba. No le ayudó nada. Tampoco el siguiente psiquiatra de Tel Aviv, a quien Shimon tenía que ir a ver dos veces por semana desde Jerusalén. La psicología no ayudó; lo que necesitaba era medicación. Mientras tanto, tuvieron otro hijo, un niño llamado Assaf.

Su matrimonio cada vez era más insoportable, y el ambiente, explosivo. Shimon quería divorciarse. Fue una época difícil, plagada de odio y acusaciones. Ambos afirmaban que nosotros les estábamos poniendo en contra del otro, y pasábamos noches sin dormir de la preocupación.

Después de la separación, Shimon dejó Jerusalén y se mudó a nuestra

casa de vacaciones en Rosh Piná. Los niños se quedaron con su madre. Para ser justos, debo decir que Miriam era una madre ejemplar. Trabajaba dos turnos, cogía trabajos extra de noche con pacientes privados, y hacía todo lo que podía para mantener a sus hijos. Shimon intentó buscar trabajo aquí y allá, y al final acabó en Netanya. Logramos comprarle un apartamento a tan solo un paseo de nuestra casa. Durante unos años trabajó cuidando ancianos, pero, de tanto en tanto, había que ingresarle en el psiquiátrico. Dejó de trabajar alrededor de los sesenta años, vivía de una minúscula prestación por discapacidad y a niveles prácticos dependía casi totalmente de nosotros. A esas alturas tomaba mucha medicación, que yo le preparaba cada semana.

Cuando su hijo Ehud se iba a casar, vino a Netanya para comprarle a su padre un traje elegante. Quería que tuviese el mejor aspecto posible para la boda. En la foto aparecen ambos progenitores, uno a cada lado de la pareja.

A partir de entonces, al deterioro mental de Shimon se unió un declive físico. Ya no era capaz de cuidar de sí mismo, estaba demasiado débil para caminar, tenía la espalda encorvada y la mente abotargada. Ya no le gustaba la música, ni mostró felicidad alguna cuando nació su primer nieto.

Me alegro de que Otto no viviera para presenciar su triste deterioro. Encontré un cuidador que vivía con él, cocinaba, le lavaba y le sacaba en la silla de ruedas. Sus hijos ya eran adultos. Le querían, y ambos iban a visitarle todo lo que podían desde Jerusalén. Por supuesto, cuando venían también pasaban a saludarme, pero después de ver a Shimon estaban tristes y deprimidos.

En julio de 2016, Shimon entró en coma. Al principio estuvo en el hospital de Netanya, donde le iba a ver a diario, aunque él no lo supiera. Más tarde, sus hijos lo trasladaron a unas instalaciones especiales en Jerusalén para tenerle más cerca. Ehud iba prácticamente todos los días a sentarse junto a su padre, a hablarle y acariciarle, creyendo que él podía sentirle y oírle. Assaf también le visitaba, pero ver el cuerpo de su padre sin ningún signo de vida le resultaba insoportable. Miriam, que ya había superado hacía tiempo su rabia hacia Shimon, también se mostró servicial y cariñosa. Al ser enfermera, conocía a los médicos de Jerusalén y, a través de sus contactos, consiguieron que Shimon estuviera lo más cómodo posible en aquella residencia. Tras un coma de casi medio año, murió el 8 de diciembre de 2016, a las 8:15, unos días antes de cumplir los sesenta y

nueve años. Está enterrado en el cementerio Har Hamenuchot de Jerusalén.

Un año después nació la hija de Assaf. Fue el 8 de diciembre de 2017, a las 8.15, en el mismo hospital donde falleció Shimon.

49

Ronny

Ronny, mi hijo pequeño y el único vivo que me queda, vive con su familia a pocos minutos de mi casa. Tiene trece años menos que Shimon. Michaela y él nacieron en el mismo hospital y, de hecho, en la misma cama, pero con diez años de diferencia. Era un niño amoroso y feliz. Cada mañana se iba a la guardería canturreando. Era seguro dejarle ir solo, porque en el campus de Hadassim no había tráfico ni ningún otro peligro.

Años después, nuestro amigo Pat´a, el actor reconvertido en psicólogo, nos preguntó:

—¿Qué síntomas adolescentes observáis en Ronny?

Otto y yo nos miramos y contestamos, sacudiendo la cabeza:

—Ninguno.

En realidad, aunque Ronny no tuvo esa fase rebelde típica de la adolescencia, sí vivió una especie de rebelión más tarde. Cuando dejó el ejército, se compró una motocicleta a pesar de las protestas de su padre, que no logró hacerle cambiar de idea, ni con razones ni con amenazas. Como él mismo dijo:

—Si no tengo la fase de rebelión adolescente ahora, ¿cuándo la tendré?

Otto estaba desesperado, entraba en pánico cada vez que Ronny volvía tarde. Al final lo solucionó, al menos en parte, comprándole un coche de segunda mano. Pero ni siquiera entonces era capaz de dormirse hasta que oía llegar su coche.

Ronny vivió con nosotros hasta que terminó el instituto y se alistó en el ejército. Allí sirvió durante tres años, y llegó a ser oficial y comandante de tanques. Participó en la guerra del Líbano, de la que afortunadamente salió ileso. Así la describía él:

La guerra comenzó el 6 de junio de 1982. Me hicieron volver de mis vacaciones a la base. El viernes por la noche nos estuvimos organizando y la noche del sábado 5 de junio condujimos hasta la frontera. El domingo 6 de junio, cruzamos la frontera del Líbano por el norte de Nahariya.

Avanzamos por la carretera de la costa libanesa, pasando por Tsor, Sidon y Damour. El mediodía del jueves se declaró una tregua, pero nosotros seguíamos siendo su objetivo y nos bombardearon con misiles Katyusha varias veces más, hasta que alrededor de las 01:30 llegó la calma.

Tomamos posiciones en las montañas al sureste de Beirut, dejamos que cientos de miles de personas abandonaran la ciudad sitiada y nos dispusimos a invadirla, pero afortunadamente, la orden nunca llegó. Volvimos a la base 28 días después de empezar la guerra.

Desde niño, siempre quiso estudiar psicología. Sus amigos de la escuela solían contarle sus problemas personales, y él sentía que esa era su vocación. Primero estudió sociología y ejerció durante dos años. Tenía una novia, Orna, e iba a visitarla a su kibutz cada fin de semana. Pero entonces se fue a Estados Unidos a seguir con sus estudios de psicología, y se separaron. Unos años después, volvió a casa por las vacaciones de verano y decidió verse con ella. Orna estaba estudiando danza en Jerusalén. Otto iba a dar una conferencia allí el mismo día, así que viajamos juntos. Como Otto iba a estar varias horas ocupado, llevé a Ronny a la universidad. Él se fue en busca del departamento de danza y yo me quedé sentada en un banco bajo un árbol. Pasado un rato, los vi venir hacia mí, abrazados, sonriendo felices.

De eso hace casi treinta años, y siguen tan unidos como aquel día.

Ese mismo año, Orna se fue con él a Nueva Jersey, EEUU. Dejó la danza y estudió fisioterapia. Ahora, ambos son médicos, cada uno en su especialidad.

Ronny empezó a tocar la trompeta de pequeño, en Hadassim. Durante varios años estuvo en la Orquesta Juvenil de Tel Aviv. Una vez en Estados Unidos, se unió a un grupo de médicos jubilados que tocaban jazz por placer. Después de un tiempo, decidió que era un desperdicio tocar sin público y formaron una auténtica banda de jazz. La llamaron Jazz Doctors, y tocaron durante muchos años, varias noches por semana, en el Café Angelique de Tenafly.

Ronny y su familia vivieron en Estados Unidos durante veinticinco años, y sus hijos, Gabriella (Gabby) y Daniel, nacieron allí.

Hace unos años, regresaron a Israel. Ronny sentía que debía estar cerca en mi vejez, y también quería que sus hijos conocieran a sus abuelos, los

padres de Orna y yo. Por desgracia, el abuelo Otto solo pudo ver a su nieta Gabby cuando tenía dos años; Daniel no había nacido cuando falleció, en 2000.

50

Michaela

Cuando Otto y yo acabábamos de hacernos novios, me dijo:

—Ojalá algún día tengamos una hija que se parezca a ti.

Michaela llegó al mundo un año después de unirnos al kibutz. El embarazo fue fácil, apenas tuve malestar. Evidentemente, era la época en que las madres no sabían si iban a tener un niño o una niña.

Tuve que registrarme de antemano en el hospital, que estaba en Gedera, a unos quince kilómetros de Givat Chaim. En el kibutz nadie tenía coche, y era inconcebible llamar a una ambulancia, con lo cara que era, solamente para llevar a una madre sana a la maternidad para dar a luz.

Cuando llegó el momento, el 17 de septiembre de 1951, sobre las cuatro de la madrugada, Otto fue a despertar a un camionero que se había ofrecido a llevarme al hospital. Se llamaba Arnošt, y era un checo encantador oriundo de Nachod con el que habíamos hecho amistad. Trepé hasta la cabina aupándome en el alto escalón, me senté a su lado y nos pusimos en marcha. Aún no era habitual que el padre estuviera presente en el nacimiento de sus hijos. Lo único que le preocupaba a Arnošt durante todo el trayecto era que me pusiera de parto en el camión, y cada pocos minutos me miraba y preguntaba:

—¿Puedes aguantar?

La enfermera del paritorio me miró con suspicacia.

—¿Estás segura? —preguntó—. A mí no me parece que estés lista.

Pero lo estaba, y a mediodía Michaela salió de un solo empujón. Era pequeña, apenas pesó dos kilos seiscientos, pero estaba plenamente desarrollada y era bastante bonita. Otto llegó por la tarde y le dejaron asomarse a la puerta de vidrio para ver a la niña que tanto deseaba.

Tres días más tarde, nos dieron el alta en el hospital. Al lado de la salida había una pequeña sala de registro donde me preguntaron:

—¿Cómo se llamará su hija?

Sin dudarlo, les dije: «Michaela». Tenía decidido ese nombre desde los trece años.

Cuando estaba en el gueto de Theresiendstadt, mi madre y yo vivimos una breve temporada en una habitación llena de mujeres, y una de ellas tenía una niña adorable de unos cinco años llamada Michaela, a la que ella llamaba Misha. «Si alguna vez tengo una hija, la llamaré Michaela», me dije entonces.

Mi pequeña Misha tenía algo especial. Era tan blandita, achuchable y sedosa que cuando la cogía me daba la sensación de que se fundía con mi cuerpo, como si fuera parte de él. Y era tremendamente manejable, sus codos y sus rodillas nunca se enganchaban en las mangas o los pantalones.

Misha era la preferida de Rachel, la cuidadora encargada de los seis bebés de la sala. Era enormemente gorda y adoraba a los niños. Cada vez que iba a ver a mi bebé, la tenía en brazos y no quería soltarla. Ella tenía dos hijos mayores, pero un día que no estaba, la enfermera que la sustituía me dijo que Rachel había dado a luz. Nadie se había percatado de su embarazo; estaba tan obesa antes como después del parto.

Solo di el pecho a Misha durante seis semanas, después se me acabó la leche. Eso fue lo que había previsto el cirujano después de nacer Shimon. Me dijo que la incisión había dañado los conductos y que el otro pecho tampoco podría producir suficiente leche como para amamantar a los siguientes hijos.

Sin embargo, Misha crecía muy bien con el biberón y tenía la ventaja de que Otto podía sustituirme si estaba demasiado cansada o hacía mal tiempo. Él agradecía bastante la oportunidad de coger a la niña, mientras las madres daban de mamar a sus hijos de espaldas a él. Y a ellas les gustaba tener a Otto allí, pues las divertía con sus chistes y sus anécdotas.

Misha pasó de la casa de bebés a la de niños pequeños, donde también eran seis por habitación, más una maestra y una ayudante. Allí se enamoró de una niña rubia llamada Amalia, hija de una mujer siria y de padre húngaro. Siempre estaban juntas, iban a todos lados abrazadas. Dos o tres años más tarde, la pobre Amalia sufrió un accidente que le dejó terribles quemaduras en la cara. Consiguieron mejorar su aspecto con varias

operaciones, pero algunas lesiones quedaron de por vida.

Micha era una niña bondadosa, y eso se hizo evidente siendo ya muy pequeña. Le encantaba regalar. A medida que se hizo mayor, dibujaba o hacía cosas para sus amigos con mucha imaginación y talento. El accidente de su adorada Amalia le rompió el corazón.

Michaela tenía seis años cuando nos fuimos de Givat Chaim. Cargamos todas nuestras pertenencias, incluido nuestro gato *Tonda*, en un camión que dispuso el propio kibutz, y salimos rumbo al nuevo hogar, en la Aldea Juvenil de Hadassim. A los niños les encantó, corrían sin parar entre las tres habitaciones, la cocina, el porche y el jardín. Estaban algo tristes porque a medio camino Tonda había saltado del camión. Pero, para nuestra sorpresa, el gato logró regresar al kibutz y, varios días después, Otto nos lo trajo de vuelta.

Aquel mes de septiembre, Michaela (para entonces ya la llamábamos por su nombre completo), empezó el primer curso. Como en Hadassim no había suficientes niños de seis años, pusieron a los de primero y segundo en una sola clase con la misma maestra y un ayudante. A una edad tan temprana, enviaban a muy pocos niños internos, así que la mayoría eran hijos de los empleados. La fantástica maestra, Hadassa, era más que una profesora: una educadora nata a quien los niños adoraban y que, en mi opinión, les influyó para siempre.

Nuestros hijos también se hicieron amigos de los Meyer, Dany de Shimon y Michaela de Gaby. Su padre daba clase de manualidades y dibujo, y su esposa era la encargada de una de las residencias.

En cierto sentido, Hadassim no era muy distinto del kibutz. Alumnos y profesorado compartían un comedor comunitario, y los dormitorios se parecían bastante a los del kibutz. Nuestros hijos contaban con la ventaja añadida de tener casa propia, de modo que solo íbamos al comedor al mediodía; desayunábamos y cenábamos en casa.

Cada semana había cine. Un día tocó *El lago de los cisnes*. Michaela se quedó fascinada con el maravilloso ballet. Por algún motivo, los niños solo podían quedarse hasta las ocho, y después tenían que irse aunque no hubiera terminado la película. La pobre no apartaba los ojos de la pantalla mientras caminábamos hacia la salida. A día de hoy, aún siento su dolor mientras

lloraba por no poder quedarse hasta el final.

Un año después nos enteramos de que había un circo en Tel Aviv y llevé a los niños a ver el espectáculo. Cuando volvíamos en el autobús, encontré dos garrapatas en el lóbulo de la oreja izquierda de Michaela. Ya tenía experiencia con ellas y sabía cómo quitarlas. Lo hice y no le di más vueltas.

Tres días después, Michaela volvió enferma a casa. Nuestro médico, el doctor Matatías, vino a examinarla. El diagnóstico fue inequívoco: tifus. Otto y yo nos asustamos mucho, habíamos visto cientos de prisioneros morir de tifus en los campos de concentración. Pero el doctor Matatías nos tranquilizó:

—Hoy en día se trata con penicilina y puede curarse.

Ni siquiera mandó a la niña al hospital. En pocos días, se recuperó.

Unas semanas después, aprovechamos el Sabbat para ir a ver las excavaciones arqueológicas en Cesarea, pero Michaela estaba tan débil que no podía ni caminar, y Otto tuvo que llevarla toda la vuelta sobre los hombros. El doctor Matatías sospechaba que podía ser una infección de oído, y nos derivó a un otorrino.

Llevamos a Michaela a Ramat Gan para ver al doctor Kraus, amigo y compañero de campo de Otto. Él también trataba las frecuentes infecciones de oído de Shimon. Lo primero que hizo fue pedir un análisis de sangre. Los resultados eran alarmantes: tenía la velocidad de sedimentación muy baja. Hacía falta un examen exhaustivo para identificar el problema. La llevamos al hospital Tel Hashomer y durante las siguientes seis semanas el famoso doctor Rotem intentó diagnosticar lo que tenía. La pobre cría tuvo que someterse a pruebas dolorosas, la pinchaban casi cada día para hacerle análisis de sangre, no tenía apetito y perdió peso. Además, sufrió un duro golpe cuando un niño árabe de su misma ala que tenía una enfermedad de corazón falleció. Una noche se orinó en la cama, y eso le rompió la moral.

Después acudimos a un especialista estadounidense, y nada más verla supo lo que tenía Michaela: cirrosis juvenil.

No hay cura para esa enfermedad. Aquella tarde, cuando volvimos a casa de ver al médico, nos derrumbamos. Cuando Shimon vio a sus padres llorando, él también empezó a llorar. Queriendo consolarle, le dijimos que para él era más fácil de aceptar que para nosotros, que éramos los padres. Nunca nos perdonó que no le dejáramos compartir el dolor.

El especialista estadounidense propuso tratar a Michaela con una dosis

importante de cortisona para intentar detener el avance de la enfermedad. La dejaron venir a casa y volvió al colegio. El tratamiento le provocó hinchazón del rostro como efecto secundario, la famosa «cara de luna», pero parecía estar mejor, se la notaba más fuerte, volvía a tener apetito y, aparte de los chequeos rutinarios en el hospital Ter Hashomer, llevaba una vida normal.

No obstante, nosotros seguimos buscando una cura, tanto en Israel como en el extranjero. La llevamos a ver a un especialista en Haifa, que tenía mucha experiencia tratando a jóvenes pacientes árabes con la misma enfermedad. Nos pusimos en contacto con hospitales de Estados Unidos y Suiza. En todos ellos estaban experimentando, pero nadie había encontrado una cura.

Otto decidió que debíamos tener otro hijo, y un día me quedé embarazada. No se lo contamos a los niños hasta que estuve de cinco meses para que la expectación no fuese tan larga. La mañana que les dije que esperaba un bebé, se pusieron como locos, aplaudiendo, saltando y gritando de alegría. Cuando nació Ronny, Michaela tenía diez años y Shimon trece, apenas hacía unos meses de su *bar mitzva*.

La enfermedad de Michaela no empeoró durante varios años, de hecho las pruebas mostraban una leve mejoría. Iba a la escuela de forma regular, aprendía bien y hasta participaba en los viajes de fin de curso. Sus mejores amigas eran sus compañeras Bettina y Zehava, que solían quedarse a dormir. Ambas venían de familias problemáticas, como la mayoría de los niños que enviaban a Hadassim. Un año, hice vestidos idénticos a Zehava y Michaela para Purim: llevaban dianas con círculos en blanco y negro delante, en la parte de atrás y en la cabeza. Fueron un exitazo.

Cuando Michaela tenía dieciséis años, la tía Ella nos invitó a Londres. Fueron unas vacaciones muy buenas. Siguiendo su recomendación, nos fuimos a pasar el día a Oxford, a ver Hampton Court, el castillo de Berkeley, el palacio de Blenheim, los Cotswolds y otras atracciones turísticas. Por supuesto, también fuimos con ella al jardín botánico de Kew Gardens, la Torre de Londres, Kenwood Park y al teatro al aire libre de Regent´s Park, donde vimos *Cyrano de Bergerac* y *El sueño de una noche de verano*.

Ella era muy generosa y cariñosa, pero había que obedecerla siempre y no aguantaba que la contradijeran. Un día, Michaela no se levantó a tiempo

para una excursión, y Ella le quitó la manta chillando: «¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!». Michaela se echó a llorar y se puso en posición fetal. Ella se quedó asombrada. No esperaba esa reacción, y el sufrimiento era evidente en su cara. Pero a partir de entonces, se volvió mucho más dulce con Michaela y le compró muchos regalos.

Sin embrago, cuando regresamos de Londres, hubo un cambio repentino. El primer análisis de sangre que le hicimos a Michaela fue alarmantemente malo. Recuerdo el momento en que la secretaria del laboratorio me dio los resultados. Por su gesto de preocupación supe que me había quedado pálida. El corazón me latía a golpes, pero intenté mantener la compostura. No quería perder el control y mostrar el miedo delante de la niña.

En todos los años de enfermedad de Michaela, ese fue mi mayor miedo. Me aterraba el momento en que se diera cuenta de lo que su padre y su madre ya sabían: que se iba a morir. No porque se lo dijéramos nosotros, por Dios, sino porque lo leyera en nuestras caras, en nuestros gestos. Cada vez que le compraba zapatos nuevos, o le cosía un vestido o una blusa nueva, no podía evitar pensar que podía ser su último vestido o sus últimos zapatos. ¿Vivirá suficiente tiempo para ponérselos? ¿Puede ver la angustia en mis ojos? Me obligaba a parecer alegre o al menos compuesta, a sonreír cuando mi corazón se estremecía de miedo por su joven vida. No sabía cuánto podía durar su enfermedad. A diferencia de Otto, yo no busqué información sobre la esperanza de vida media de los pacientes de cirrosis o cómo morían. Al contrario, evitaba conocer los detalles y las posibles complicaciones de la enfermedad. Yo lo prefería así: me daba más fuerza para fingir ante ella que pronto se pondría bien.

Después de volver de Londres, ya no hubo tregua. Michaela se volvió irritable y las peleas entre su padre y ella eran incesantes. El humor le cambiaba constantemente y a menudo era gruñona y desagradable. Otto tampoco tenía paciencia con ella. Quería marcharse de casa y vivir en un kibutz.

Otto se puso en contacto con Ephraim en Ein Hachorech, que le propuso que Michaela se mudara al kibutz como estudiante de «fuera». Así podría unirse al grupo de chavales de su edad, vivir con ellos en su residencia y estudiar con ellos. Ephraim y su esposa se ofrecieron a ser sus padres de acogida y cuidarla. Fue una oferta generosa, ya que ambos sabían de su enfermedad y sus dificultades, y aun así estaban dispuestos a hacerse cargo.

A Michaela le entusiasmó la idea. Había vivido en un kibutz hasta los seis años, y para ella era como una especie de regreso a tiempos mejores. Ein Hachoresh se encuentra al lado del kibutz Givat Chaim y no muy lejos de Hadassim.

El plan no funcionó. Michaela se instaló en la residencia para su edad, en una habitación con otras tres chicas. El curso académico arrancó, y ella empezaba décimo. Pero pronto empezaron a surgir problemas. No se encontraba bien y sus padres de acogida comenzaron a preocuparse. Nosotros íbamos a visitarla una o dos veces por semana, y muy pronto se hizo evidente que no podía quedarse allí. Además, su relación con las compañeras de habitación tampoco ayudaba a la situación: no dejaba de ser «de fuera», y los niños de kibutz tienen fama de ser una comunidad bastante cerrada que no integra a los forasteros.

Después de menos de tres meses, nos la llevamos de vuelta a casa. Ya no podía unirse a su antigua clase, había perdido demasiados días lectivos al quedarse en cama cuando no se encontraba bien. Por ello decidimos que repitiera noveno. No le afectó demasiado porque también tenía amigas en esa clase, y los maestros eran los mismos. Todos sabían de su enfermedad y la trataban con consideración, aunque ella no exigía ningún privilegio.

El tratamiento de cortisona se había interrumpido hacía ya tiempo viendo que no producía ninguna mejora. Ahora solo tomaba medicación para paliar los síntomas, y cuando el recuento de células caía, le hacían transfusiones de sangre que aumentaban su fuerza inmediatamente, aunque no por mucho tiempo. A ella lo que más le molestaba eran los fuertes calambres que sentía en las piernas, que eran frecuentes, sobre todo cuando estaba acostada.

Alguien nos dijo que una dieta orgánica mejoraría su estado y nos recomendaron a un especialista en ese tipo de nutrición, Yitzhak Ben-Uri. Vivía a las afueras de Netanya, donde cultivaba una enorme variedad de hortalizas y hierbas aromáticas orgánicas. Se había construido una cabaña anexa para alojar a unos cuantos pacientes y tenerlos en constante observación. Examinó a Michaela mirando el iris de sus ojos. Tenía una tabla con explicaciones, y sorprendentemente, hasta nosotros pudimos ver dónde estaba indicado el hígado dañado. Ben-Uri era consciente de que no podía curarla, y así nos lo dijo, pero prometió que, si seguía la dieta que le iba a prescribir, se sentiría mucho mejor.

Michaela se mostró dispuesta a cooperar y accedió a quedarse en la

pequeña cabaña del jardín, pero a menudo entraba con la familia en la casa, donde la acogían y trataban con cariño. Los primeros días debía ayunar, aunque Ben-Uri no se atrevió a forzarla a que el ayuno fuera absoluto. En pocos días, ya se encontraba mejor, era indudable que aquella dieta era beneficiosa. A la semana, volvió a casa muy mejorada, su piel tenía un aspecto sano, y ella estaba animada.

Ahora bien, seguir la dieta era complicado. Para empezar, no podía comer nada que tuviera sal, lo cual significaba que tenía que ir a un herbolario a comprar pan sin sal y otros productos que, hasta entonces, nunca creía que llevaran sal, como el yogur, por ejemplo. No estaba permitido ningún producto animal, ni leche, ni queso, ni huevos ni artículos de panadería que llevaran huevos. Solo verduras y frutas biológicas, que comprábamos a un agricultor cerca de Netanya, o en un herbolario de Tel Aviv. También tenía prohibidos muchos tipos de verdura y fruta, como los tomates, las berenjenas, las naranjas, entre otros. Se hizo una labor muy ardua, por no hablar de cara, pero evidentemente lo hice lo mejor que podía.

Entonces descubrimos que Michaela estaba haciendo trampas. Iba a escondidas a la nevera y cogía un trozo de queso o un pepinillo. Se empezó a obsesionar con antojos salados, y no dudaba en abrir los armarios de la cocina de la gente para coger cosas que tenía prohibidas. Los vecinos me lo comentaron a sus espaldas, no porque les molestara, sino porque se preocupaban por ella y sabían que tenía que seguir una dieta estricta.

En aquella época, tenía 16, 17 y 18 años y le encantaba la ropa nueva, así que yo le hacía vestidos, faldas y camisas, y le tejía suéters y otras prendas. Era bastante impaciente y cuando le pedía que se los probara se quejaba, lo cual provocaba conflictos familiares. En cuanto Michaela me levantaba la voz, Otto se enfadaba y le gritaba que debería estar agradecida porque le hiciera cosas, y a mí me gritaba que dejara de coserle vestidos porque no hacía más que insultarme y ni siquiera lo apreciaba. Me costaba evitar que se enzarzaran.

Michaela tendría dieciocho años cuando volvió a aparecer en su vida un amigo de la infancia, Gaby. Por entonces estaba en el ejército, sirviendo en una base cerca de Hadassim, y empezó a visitarla bastante a menudo. A ella le gustaban sus visitas. Cuando estaban juntos en su habitación, la oía reír. Era un chico divertido y gracioso. Más adelante, descubrí que en realidad eran amantes, cuando ella me lo confesó creyendo que podía estar

embarazada. Llevaba años sin tener la menstruación cada mes.

Pedí cita con la doctora Gross, una ginecóloga de Netanya. La examinó y me miró con gesto de preocupación:

—No le encuentro el útero; está completamente sin desarrollar —dijo. Le hablé de la enfermedad que padecía Michaela, y eso explicó la situación. Por un lado, sentí alivio de que no hubiera peligro de quedar embarazada, pero, por otro, me dolió mucho saber que nunca podría ser madre. Por poco probable que fuese, mi corazón sufrió al saberlo con certeza.

Michaela estaba en el último curso del instituto. Era evidente que no podría hacer todos los exámenes de ingreso a la universidad, porque su asistencia había sido irregular y su capacidad mental también se había visto mermada. Aunque entonces no lo sabía, más adelante comprendí que su cerebro no estaba recibiendo suficiente oxígeno por el bajo recuento sanguíneo. El director del centro, Zeev Alon, habló con ella y le explicó con mucha delicadeza que en vez de un certificado de graduación, obtendría uno que demostraba que había completado ocho años de escuela secundaria.

Entonces surgió la pregunta de qué haría con su tiempo. Todos sus compañeros se fueron a hacer el servicio militar, así que no le quedaba ningún amigo en la aldea. Se nos ocurrió que aprendiera alguna artesanía. Tenía talento en ese campo, hacía tapices batik y objetos de cerámica muy bonitos, y también diseñaba con gusto prendas de ropa. En Hadassim había un taller de artesanía dirigido por Fili, la dotada esposa del director de la escuela. Ella animó a Michaela y le dedicó mucha atención. En aquellos años se pusieron de moda las joyas de esmalte y Michaela decidió que eso era lo que quería aprender.

En la calle Sheinkin de Tel Aviv, había una tienda que vendía todas las herramientas y materiales necesarios para hacer joyas de esmalte. El matrimonio propietario importaba los materiales de una compañía alemana, y ella daba un curso para principiantes. Michaela empezó a asistir dos veces por semana.

Yo la llevaba en coche hasta Tel Aviv. A veces me quedaba con ella a ver la clase y ayudarla a seguir las instrucciones, y de hecho yo también aprendía. Otras, la esperaba en una cafetería. Le encantaba aquel oficio, así que decidimos montarle un rincón de trabajo en su habitación, para que empezase a fabricar cosas en casa. Le compré una mesa de trabajo robusta (porque había que martillear las bases metálicas de las piezas), un horno,

herramientas y tintes, cierres y cadenas, y muchas cosas más. Pero a las pocas semanas, se cansó de viajar a Tel Aviv y dejamos de asistir al curso. Tampoco era capaz de entender las técnicas más complicadas, porque su memoria no retenía lo que iba aprendiendo. A partir de entonces, solo trabajó en casa.

Michaela no tenía dolores a causa de la enfermedad: el hígado en sí no duele. Como ya he dicho, tenía calambres muy fuertes en las piernas que podían durarle hasta media hora. Le ayudaba un poco que le diera masajes en los músculos de las piernas. Otro problema era que se le hinchaban los brazos, las piernas, hasta el abdomen, y ganaba varios kilos. Para combatirlo, tomaba diuréticos que eliminaban el agua, pero eso le secaba y descamaba la piel. También se le secaba la boca, y su aliento olía un poco a alcohol.

Aun así, empezó a salir con un chico, Avi. Era un muchacho apuesto de Kfar Netter, un pueblo vecino. Un chaval bueno, normal, con los pies en la tierra y simpático, que estaba haciendo el servicio militar. Los días que libraba, cogía el coche de sus padres y venía a ver a Michaela, algunas veces hasta la llevaba a dar un paseo. Cuando estaban juntos, ella volvía a la vida de algún modo, se arreglaba, se maquillaba y estaba guapísima. No creo que Avi fuera consciente de la gravedad de su enfermedad.

La cirrosis había permanecido latente desde sus diez años hasta los dieciséis, pero después del viaje a Londres, se reactivó. Avanzaba de forma lenta pero constante, y la necesidad de transfusiones era cada vez mayor. Todos nosotros donamos al banco de sangre para que tuviera reservas aseguradas. Desde que cumplió doce años, ya no la trataban en la planta de pediatría de Tel Hashomer, sino en Medicina Interna del hospital Meir en Kfar Saba.

Una noche de septiembre de 1970, Otto sufrió un ataque al corazón y le dejaron en la planta de cardiología, donde tendría que permanecer inmóvil durante veintiún días. Michaela estaba ingresada dos pisos más abajo para tratar sus edemas y transfundirle sangre.

El estrés de aquellos días fue casi insoportable. Allí estaban: mi marido, con la vida pendiendo de un hilo, y mi hija, sufriendo. De hecho, Michaela estaba más confusa que nunca, y no paraba de repetir una estúpida frase y de reírse de manera descontrolada. Yo estaba desquiciada por la preocupación. El pequeño Ronny, que por entonces tenía nueve años, se

quedaba en casa con nuestra amiga Lea y unos vecinos. Shimon ya estaba en el ejército.

Pasados unos días, Michaela mejoró lo bastante para que le dieran el alta. La transfusión había ayudado. Otto volvió tres semanas más tarde. No le dejaron volver al trabajo, tenía que tomárselo con calma. Pero se encontraba bien y pronto volvió a ser el mismo de siempre.

Para Michaela, seguir la dieta sin sal fue siempre un enorme problema. Yo le preparaba todo tipo de platos apetecibles sin sal usando hojas secas de apio que dan un toque salado y no son nocivas. Pero ella tenía un intenso anhelo que le hacía desear lo más salado que tuviera a su alcance. Y no funcionaban ni las explicaciones ni las advertencias. Sus piernas y sus brazos estaban constantemente hinchados. Ella misma lo demostraba hundiendo un dedo sobre la carne y haciendo una hendidura que no desaparecía hasta que lo quitaba. Conseguía pastillas diuréticas de alguna manera y las escondía en el cajón de su mesita de noche. Yo era discreta y nunca abría sus escondites, pero Otto sí. Encontró las pastillas y se las confiscó. Pero al poco tiempo, volvió a tener. Era evidente que las compraba a menudo y sin receta en una farmacia de Netanya, cuando iba a cortarse el pelo o salía con Avi.

Llegó el verano y el comienzo de las vacaciones escolares. Solíamos ir a la piscina, que era gratis para los residentes de Hadassim, y a veces también venía Michaela, pero cada vez estaba más cansada. No obstante, acompañó a Otto a Netanya para comprarme un regalo de cumpleaños, que estaba a la vuelta de la esquina. Otto eligió una cesta de picnic y Michaela un caldero pequeño con tapa.

Nuestro piso necesitaba una mano de pintura, y acordé con el pintor que empezaría por el dormitorio de Michaela. Ella quería quedarse tumbada por la mañana, así que Ora Goren, la enfermera de la aldea, le dijo que se echara en su habitación de invitados. Por la tarde, Ora vino a decirme que Michaela no se había levantado desde la mañana y que no conseguía despertarla.

La acompañé a su casa e hicimos que se incorporara. Estaba extrañamente somnolienta, y tuvimos que cogerla entre las dos para llevarla hasta casa. Su habitación no estaba terminada todavía y todos los muebles seguían afuera. La tumbamos sobre su cama en el jardín, la cubrimos con una fina sábana y volvió a quedarse dormida al instante. Por la noche, una

vez terminada su habitación, Otto y yo conseguimos meterla en casa. Pero estaba casi inconsciente. A lo largo de la noche, nos estuvimos asomando para ver cómo estaba, pero ni se despertó ni se había movido. Tampoco había orinado desde la mañana.

Al día siguiente, muy temprano, pedí a nuestro vecino de al lado, Ami, que me ayudara a llevarla hasta el coche, ya que Otto tenía prohibido cargar peso. Recliné el asiento trasero haciendo una especie de cama para que se tumbara cómodamente, y fuimos al hospital Meir. Otto había revisado el cajón de su mesita y había encontrado allí un frasco de pastillas diuréticas, y se lo dijo al médico. En la tabla al pie de su cama se leía: ¿Suicidio?

Varias noches antes, había tenido una larga conversación con Michaela. Ella estaba abatida, se quejaba de que tenía las piernas y el abdomen hinchados. Me senté en su cama y traté de ayudarla a superar el bajón hablando de comida, y diciendo que si volvía a ceñirse a la dieta, no se le hincharían así.

—¿No te acuerdas de lo bien que te sentías en casa de Ben-Uri, cuando solo comías lo que te dejaban? Si sigues la dieta sin sal, volverás a sentirte bien.

Me miró con una expresión esperanzada y dijo:

—¿Tú crees, todavía…?

Sus palabras me asustaron. ¿Sabía Michaela que su enfermedad era incurable? Durante todos esos años de enfermedad, mi mayor temor había sido que de algún modo se enterase de que no había esperanza. Hacía todo lo que podía por fingir que podía recuperarse. Eso exigía una fuerza titánica. A menudo, me entraban ganas de tirar la toalla y gritar, abrazarla y llorar por su joven vida perdida. Pero lo que más me importaba era no dejar que sospechara mis miedos. Es más, también tenía que mantener la moral por Otto, que se apoyaba en mí. La rabia por ser incapaz de encontrar una cura para Michaela le volvía loco, y a veces hasta se comportaba de forma irracional.

No podía permitir que se diese por vencida.

—Claro que sí —contesté—. Tú solo intenta vencer ese antojo de sal. Verás lo bien que te encuentras.

Aquello pareció convencerla, y se fue a dormir con una determinación renovada.

En el hospital, Michaela no volvió a despertar. La pusieron frente al

puesto de enfermeras para que vigilasen el monitor al que estaba conectada. Me quedé sentada junto a ella, observando su carita preciosa y serena, el perfil de su joven cuerpo de mujer bajo la sábana, siguiendo su respiración. Pasaron las horas y no se movía. Paré a una joven médica en el pasillo y le pregunté si cabía alguna posibilidad de que Michaela saliera del coma. Me contestó secamente:

—He visto algún caso… —Y siguió con paso enérgico. Cuando me fui a casa, avanzada la noche, aún no había ningún cambio.

El día siguiente era jueves. Avi volvía de Estados Unidos, donde había ido a visitar a su hermano. Llevaba fuera muchas semanas, y Michaela le había estado esperando con ansia. Apareció en su coche e hizo sonar la bocina bajo la ventana de Michaela, como siempre solía hacer, todo sonrisas. Shoshana, nuestra vecina de la izquierda, salió de inmediato a pedirle que no hiciera ruido y le dijo que Michaela estaba muy grave en el hospital. Avi se quedó muy abatido y se fue sigilosamente.

Aunque le vi y le oí desde la ventana, no dije nada. En ese momento estábamos en casa porque Otto tenía que descansar después de pasar toda la mañana con Michaela.

Al rato, Shoshana vino a decirnos que habían llamado del hospital. En aquella época aún no teníamos teléfono. El mensaje era que Michaela había dejado de respirar. Un miembro de la familia debía ir al hospital para identificar el cadáver.

Ni Otto ni yo teníamos fuerzas para hacerlo. Mandamos a Shimon, que estaba en Eilat trabajando en un campamento de verano infantil. Llegó a las pocas horas y fue directo al hospital con mi primo Doron. Los médicos pidieron nuestro consentimiento para hacer una autopsia a su hígado con fines científicos, y accedimos.

Ronny tenía diez años y, cuando llegó la noticia, estaba jugando en algún lugar fuera de casa. Se enteró por uno de los vecinos.

El funeral se celebró al día siguiente, a mediodía. El cementerio está en Even Yehuda, una aldea al lado de Hadassim. Amigos y parientes se reunieron en nuestro jardín delantero, donde Michaela había dormido solo tres días antes. La bañó Shulamit, una mujer yemenita del pueblo vecino de Ein Yaacov que había sido nuestra canguro durante muchos años. Más tarde le pregunté qué aspecto tenía la cicatriz de la autopsia, y me enseñó en su dedo lo pequeña que había sido la incisión. Dijo que Michaela estaba

preciosa y serena.

A día de hoy me sigo preguntando si Michaela sabía lo que hacía cuando se tomó un frasco entero de pastillas. ¿Lo hizo con la esperanza de eliminar los edemas, antes de que llegase Avi de Estados Unidos? ¿Estaba confundida o pensaba con claridad? Sea como fuere, así se libró de años de sufrimiento que habrían acabado inevitablemente en la muerte. Aunque desearía estar segura de que solo quería estar más delgada para Avi, que no quería morir.

51

Stolperstein

Hace no mucho tiempo, Heiner Schultz se puso en contacto conmigo para decirme que iban a colocar una piedra conmemorativa (en alemán, Stolperstein) con el nombre de mi madre en la calle de Falkenbergweg en Hamburgo. Sería el 29 de septiembre de 2010.

En aquel momento yo estaba en Praga, y decidí volar a Hamburgo para participar en la ceremonia. Ya había 20 000 piedras como esa en Alemania, y más de tres mil solo en Hamburgo. El artista Gunter Demnig las fabrica y luego las coloca personalmente.

Llegué por la mañana temprano un día antes de la ceremonia, y me recibieron Heiner y su hija. En el camino desde el aeropuerto, pasamos por los exclusivos pueblos de las afueras de Hamburgo. Traté de reconocer sitios donde habíamos hecho trabajos forzados, pero todo estaba completamente distinto a los lugares azotados por la guerra.

Después de desayunar, Heiner me llevó en autobús a ver el lugar donde antes había estado nuestro campo de trabajo. Hoy solo queda un claro con hierba en medio del bosque. El único recordatorio son dos pilares de hormigón en el sitio donde se encontraban los barracones.

En una esquina hay una roca grande con una placa de bronce que conmemora el campo de trabajo de las mujeres judías. Según Heiner, la placa fue arrancada varias veces por vándalos, así que habían grabado el texto directamente sobre la roca, gracias a un donativo privado.

Cerca de allí está Falkenberg Strasse, una calle estrecha con casas a un lado y la arboleda Falkenberg al otro. Allí ya han colocado una *Stolperstein* y la siguiente será la de mi madre.

A la mañana siguiente, hacemos el mismo recorrido con Karin, la esposa

de Heiner. Una mujer con una cámara de vídeo acaba de sacar brillo al cubo metálico, adelantándose a Heiner, que quería hacerlo con unas herramientas que lleva en la mochila. En pocos minutos se reúne una multitud de personas a nuestro alrededor, algunos de ellos periodistas, unos estudiantes con su profesor de historia y miembros de la organización de voluntarios que puso en marcha el proyecto conmemorativo.

El escultor llega junto a varios obreros y un camión con las herramientas. Mientras él está arrodillado quitando adoquines, unos cuantos periodistas me entrevistan. Me piden que sostenga la *Stolperstein* de bronce. El cubo de hormigón pesa, y la cara de arriba es suave y brillante. Me hacen fotos mirando el nombre de mi madre, Elisabeth Polach, y las fechas de su nacimiento y su muerte. No quiero que me saquen llorando y montar un drama barato, pero los ojos me escuecen y estoy segura de que los tengo enrojecidos.

Una vez preparado el agujero, el artista inserta la piedra, echa agua por encima para que se fije y los obreros rellenan los huecos con arena. Barren los restos sobrantes y Karin y otra persona dejan cuatro rosas rojas junto a ella.

La ceremonia concluye. Me quedo un rato contestando preguntas de los estudiantes, que están visiblemente emocionados, y por fin nos dispersamos.

De ahí, tenemos que ir a toda prisa a una reunión con miembros de la organización en Hamburgo. Una de las señoras nos lleva en su coche. Asistimos a una conferencia junto con muchos otros miembros en un auditorio, donde se habla de una familia judía que regentaba una tienda en la concurrida calle donde estamos. Acto seguido, todo el grupo baja a ver las tres piedras en su recuerdo, y a depositar rosas rojas junto a ellas. Sin embargo, no todos los transeúntes son conscientes de lo que ocurre allí y una joven con un cochecito de bebé pasa rápidamente desperdigando las rosas.

Al día siguiente, mis simpáticos anfitriones me hacen una visita guiada de Hamburgo. El paseo es largo, pero hace un tiempo agradable y la ciudad está preciosa con sus ríos, sus canales y sus parques. Mi vuelo de regreso a Praga sale a las siete y media y, como por arte de magia, en tan solo tres horas estoy de vuelta en mi cama.

52

¿Dónde me siento en casa?

Desde 1990, Otto y yo íbamos a Praga cada año, hasta que se puso demasiado enfermo para viajar. Cuando murió, invertí todo el dinero que le habían dado en compensación por el patrimonio de su padre y compré un pequeño apartamento en la ciudad. Dos veces al año, en primavera y otoño, paso varias semanas allí. Me encuentro con mis viejos amigos, también he encontrado amigos nuevos. Aunque hablo hebreo bastante bien, la lengua y la cultura checa siguen estando más cerca de mi corazón.

Cuando la gente me pregunta: «¿Dónde te sientes en casa?», no sé qué contestar. Mis raíces ya no están en la República Checa, pero tampoco puedo decir que me sienta arraigada en Israel. Me encanta Praga y el paisaje checo, pero en Israel adoro el lago Kineret y el Mediterráneo, donde nado cada mañana. Mis seres queridos están enterrados en Israel, pero los nombres de mis padres y de mi abuelo, que perecieron en la Shoa y no tienen tumba, están grabados en una lápida de mármol en el Cementerio Nuevo de Praga. Cuando estoy en Praga, me siento relajada, en casa. Pero cuando regreso a Netanya, también es mi hogar…

Y cuando muera, seré enterrada junto a Otto en el kibutz Givat Chaim.

53

No debo aplazarlo más

Una de mis actividades consiste en dar charlas sobre mi experiencia del Holocausto a estudiantes en Israel y en el extranjero. Después de la conferencia, suelo contestar a las preguntas de los asistentes. Para los jóvenes es una experiencia desgarradora, y a menudo noto un tono esperanzado cuando me preguntan:

—Pero, después de la guerra, ¿tuvo una vida feliz?

¿Acaso puedo decepcionarles diciendo que no? Así que hago algún comentario gracioso para evitar una respuesta directa, mientras para mis adentros, pienso «Ojalá la hubiera tenido…».

Querido lector, no puedo acabar aquí, dejándote apenado por las amarguras y las pérdidas de mi vida. A todo el mundo le ocurren cosas milagrosas, y yo no soy una excepción. Aquí están.

He tenido la suerte de llegar a la respetable edad de ochenta y nueve años (mientras escribía esto). Sigo teniendo una salud razonable, a pesar de que estoy medio sorda. Puedo viajar, escuchar música, conducir mi coche, leer libros, pintar flores, jugar al bridge, nadar en el Mediterráneo, reunirme con viejos amigos, y hacer otros nuevos. Recientemente, incluso me he convertido en la heroína de un libro titulado *La bibliotecaria de Auschwitz*.

Mi hijo Ronny está felizmente casado y tiene dos hijos encantadores, mi guapa nieta Gabby, que terminó hace poco el servicio militar y ha empezado la universidad, y el apuesto Daniel, que acabó el último curso del instituto y pronto empezará el servicio militar. La esposa de Ronny, Orna, es como una hija para mí.

Los hijos de Shimon, Ehud y Assaf, se han convertido en hombres maravillosos. Ambos son altos y guapos, simpáticos y cariñosos. Tienen

éxito en su trabajo y están criando a una nueva generación de chicos listos. Mi relación con ellos y su madre, Miriam, no podría ser mejor. (Los viejos recuerdos amargos están olvidados.) Me encanta pasar fines de semana con ellos y jugar con los pequeños. Me hace feliz el hecho de que, a pesar de los esfuerzos de Hitler por exterminarnos, ahora haya catorce descendientes de Kraus (la última es mi bisnieta Michelle, que solo tiene diez meses).

Ya no espero… a que termine la guerra, a que nos liberen, a casarme, a que nazca el bebé, a tener más dinero, a que termine el curso, a que llegue la paz…

Ya no hay por qué aplazar nada. Me he puesto al día con mi vida.

Agradecimientos

Estoy en deuda con el editor de Akropolis, Filip Tomáš. Fue idea suya convertir mis recuerdos en un libro. Ojalá hubiera vivido mi gran amiga Dana Lieblová para verlo publicado. Acababa de terminar su traducción al checo cuando falleció repentinamente. También estoy agradecida a Hana Hříbková, magnífica editora, por haber unido las partes en un todo.

Estas tres personas han sido comadronas de mi *Yo, Dita Kraus*.

1. Referencia al título original, *A Delayed Life* (Una vida aplazada). *(N. de la E.)*

2. Juego de palabras con *man*=nadie, *Mann*=hombre y *Frau*=mujer. *(N. de la T.)*

3. De vez en cuando, hacía la cola de la tienda de comestibles en lugar de Madre. Había un *pub* en nuestro edificio y, como los judíos no podían salir a partir de las ocho, pasaba por el sótano para ir a buscar cerveza para la cena del abuelo.

4. Fredy Hirsch no se suicidó, como generalmente se cree. Nuestros médicos le dieron una sobredosis de somníferos y murió en las cámaras de gas junto con el transporte de septiembre el 8 de marzo de 1944. En Auschwitz había un movimiento clandestino. Se decidió que, si en efecto iban a asesinar al transporte de septiembre en las cámaras de gas, prenderían fuego a los barracones y los prisioneros tratarían de abrirse paso por la alambrada para huir. Fredy Hirsch sería el encargado de comenzar el levantamiento con su silbato de instructor de deportes. Él estaba profundamente angustiado, porque creía que los niños no tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir, y pidió a los médicos algo para tranquilizarse. El doctor Mengele había prometido a los médicos que volverían a los barracones del hospital, donde los necesitaba. Por ello, no querían que el levantamiento se produjera y le dieron una dosis mayor de somníferos a Fredy. No pudieron despertarle para que diera la señal. Se lo llevaron dormido a las cámaras de gas con el resto del transporte de septiembre. Varios médicos y el farmacéutico, el doctor Sand, sobrevivieron. Otto Kraus escuchó esta explicación de sus propios labios en marzo de 1989, en Terezín.

5. Recuerdo una conversación posterior, cuando estábamos trabajando en una calle, recuperando ladrillos de un edificio bombardeado. Una transeúnte se detuvo y me preguntó: «¿Qué delito habéis cometido?». Le contesté: «Somos judías». Y ella continuó: «De acuerdo, pero ¿qué delito habéis cometido?».

6. Los mensajes se escribían en pequeños trozos de papel que luego se envolvían alrededor de una piedra y se arrojaban a la cubierta superior o inferior.

7. Posteriormente me enteré de la fecha del bombardeo, el 21 de marzo de 1945, y del nombre del guardia, Paul Gustav Karl Freyer.

8. Muchos años después, en 1994, un periodista alemán llamado Rainer Hoffschildt, que investigaba la homosexualidad en los campos de concentración, se puso en contacto conmigo y me pidió que le contara cualquier detalle que recordase sobre el comportamiento de Bubi en Hamburgo. Por él supe cómo se llamaba realmente, Anneliese Kohlmann, y que al final la condenaron a dos años de cárcel. Se puede encontrar más información sobre ella en internet.

9. Los nazis llamaban arios a todos los no-judíos. Cuando expropiaban propiedades judías, lo llamaban arianización.

10. El accesorio más popular para cubrirse la cabeza en Israel era un gorro de tela color caqui, práctico no solamente para protegerse del cálido sol, sino para limpiar el sudor de la cara o llevar las naranjas y nueces que cogían bajo los árboles. Se llamaba *kova tembel*. En hebreo, *kova* es un sombrero y *tembel* es tonto. Y en efecto, si uno llevaba el gorro muy calado parecía un poco tonto. El icónico dibujo del «pequeño Srulik» con sus pantalones caqui y su *kova tembel* se convirtió en una especie de símbolo de lo israelí; de los pioneros, de los voluntarios… de la buena gente.

11. Otto hace un juego de palabras con el nombre Farshit, la palabras *far* (adj. lejano/a), *shit* (mierda) y *near* (adj. cercano).

12. La traducción de *Země bez Boha*, su primera novela, fue publicada en Praga en 1947.

Título original: *A Delayed Life. The True Story of the Librarian of Auschwitz*

Primera publicación como *A Delayed Life* por Ebury Press, un sello de Ebury Publishing. Ebury Publishing forma parte del grupo Penguin Random House.

Primera edición en este formato: marzo de 2021

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18417-77-1